

2016



Antología
Navideña

WARNING!



YAOI Boys Love +18
Cont. homoerótico

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

El contenido de los relatos en esta antología podría no ser apto para menores de 18 años, ya que podrían contener escenas de sexo explícito.

Si este tipo de temática gay/homoerótica no es de su agrado, se sugiere no continuar con su lectura.

Índice



Cálida y Blanca Navidad E.R.Indigo

Canción de Nochebuena Ely Grados

Éxtasis Anne Scarlett

Una Promesa del Cielo Daniel Richards

Un Chico Bueno en Navidad Yukima Reyes

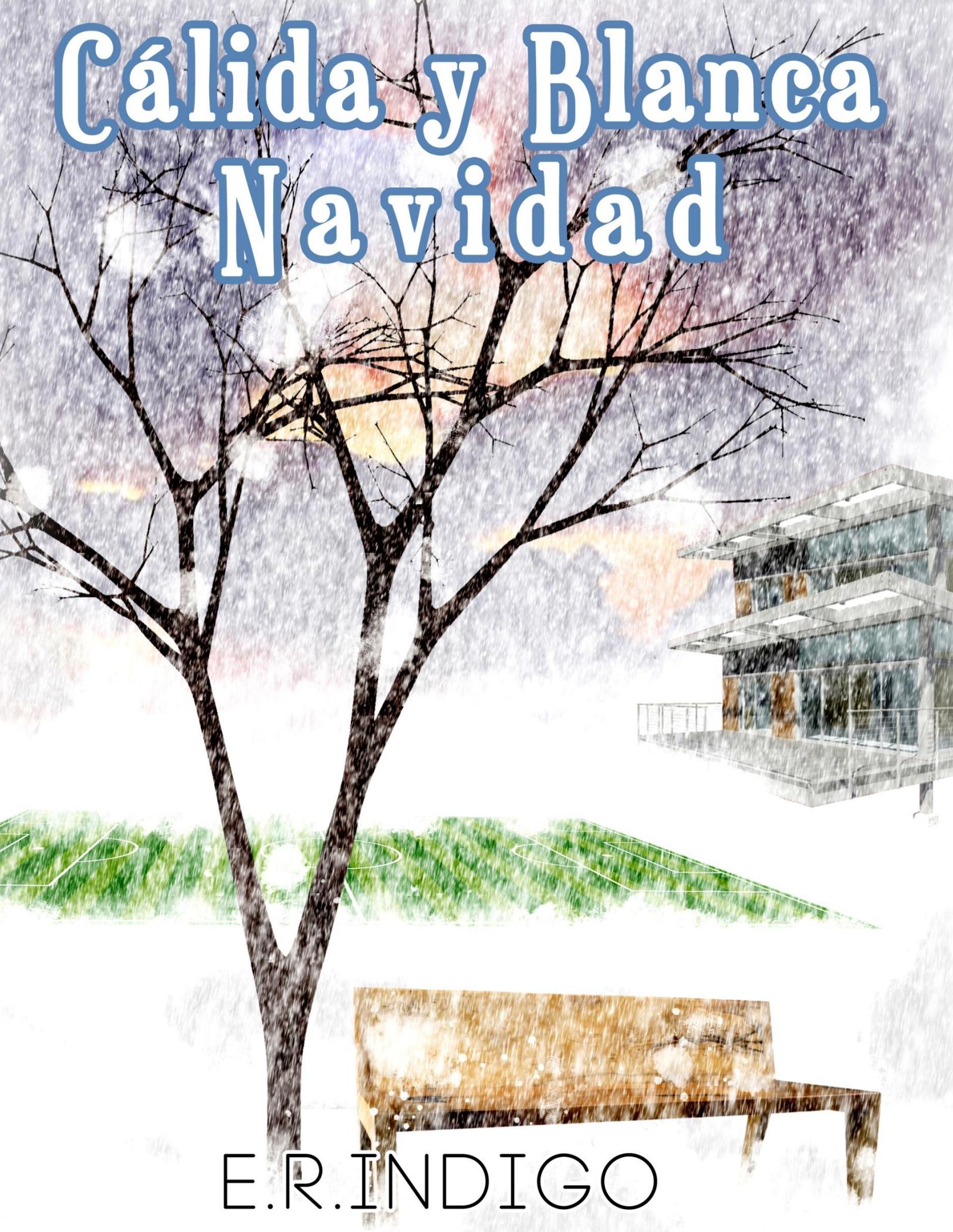
Sueños en Índigo Ruby Vervain

Un Deseo para Navidad Celeste G.

Toda la Mierda que Dejaste atrás Paloma Caballero

Una Navidad con Eros H.Y.Barrios

Cálida y Blanca Navidad



E.R.INDIGO

Cálida y Blanca Navidad



E.R.Indigo

Sinopsis

Isaías y Zacarías son gemelos idénticos, o al menos para quienes no los conocen bien. El primero es extrovertido, risueño, sociable y fiestero; mientras que el otro es reservado y cauteloso al involucrarse con personas que no pertenecieran a su familia, es por eso que solamente tuvo un amigo durante su vida en el colegio.

Leobardo en su época de estudiante fue un muchacho centrado y extremadamente dedicado a sus deberes, ahora, ocho años después, es un adulto joven apasionado por la vida y muy positivo que ha decidido esta Navidad regresar a su ciudad natal para recordar viejos tiempos, reencontrarse a sí mismo y sobre todo con Zac, su mejor amigo del colegio.



MIÉRCOLES, 07 de diciembre.

***En la oficina.**

Hacia casi cinco minutos su jefa había pedido le comunicara con el departamento de *marketing* de manera urgente por lo que marcó esperanzado y por enésima vez la extensión telefónica desde aquél aparato color mostaza. Zacarías maldijo a Emilia, la chica que debería contestar y no lo estaba haciendo; eso podría ocasionarle un serio problema con su jefa. Pasó su vista por su escritorio, era un caos, debía arreglarlo pronto antes de que eso también fuera motivo para un regaño; su mirada se paseó desde el montón de hojas adheribles, los lápices masticados hasta la pantalla de su ordenador, de donde emergió una pequeña ventana notificándole la llegada de un e-mail personal. Sabía que no debía tener esa cuenta de correo abierta en el trabajo; no quería imaginar lo que su jefa le diría si llegara a descubrirlo.

—Buen día; marketing, ¿en qué le puedo ayudar?— la voz aguda a través del auricular le espabiló.

—Emilia, soy yo, Zac; te comunico con mi gerente, necesita corroborar algunos indicadores, le urge esa información— no le dio tiempo a la mujer de contestar, simplemente transfirió la llamada antes de suspirar aliviado.

Escuchó la voz de su jefa al contestar la llamada, sabía que tardaría lo suficiente como para que pudiera chequear su correo electrónico personal y así lo hizo.

Abrió los ojos enormemente antes de acomodarse los lentes sobre el puente de su nariz, era un *e-mail* de Leobardo; no decía mucho pero era algo importante: él llegaría a la ciudad en algunos días y pasaría tanto Navidad como Año Nuevo allí.

Se dejó caer en su silla pegándose al respaldo tras lanzar un largo suspiro; Leobardo fue su mejor amigo en el colegio quien poco antes de cumplir los dieciocho años él y su familia se habían mudado al extranjero debido a los deberes laborales de su padre. En ese entonces el *whatsapp* y el *facebook* no existían, así que se conformaron con el correo electrónico, además de que con el tiempo cada uno tuvo sus propias ocupaciones y preocupaciones por lo que nunca pasaron del dichoso *e-mail* mensual.

—Oye. ¿Viste a Vanessa? Hoy viene más linda que ayer.

Zacarías elevó su mirada y frente a él estaba Gerardo, el asistente del gerente administrativo y lo más cercano que tenía en la actualidad a un amigo.

—¿Eh?

—Vanessa, linda ropa— repitió las palabras que pensó eran claves.

—Ah sí; ella es bonita— Zac le dio la razón; la verdad era que la recepcionista del edificio era una chica muy atractiva; pero no su era "su tipo".

Rodó los ojos, —cuando lo dices así no suena convincente; sé que jamás te gustará pero podrías por lo menos fingir que te interesa y seguirme el juego para que yo pueda emocionarme y hacerme ilusiones—, Gerardo no era homofóbico y sabía que Zac no estaba interesado en mujeres, aún así siempre terminaba hablando de lo mismo con él.

—Lo siento, pero es que...— se relamió los labios. ¿Cómo decirle que el chico por el cual descubrió su orientación sexual vendría a la ciudad? Porque tenía que decirlo, a alguien tenía que contarle eso en algún momento.

—¿Es que qué?— Gerardo entrecerró los ojos.

—Uu-un viejo amigo, él vendrá a la ciudad pronto.

—¡Vaya! Debes presentarnos, me gustaría conocerlo, tal vez él pueda explicarme porqué a veces parece que te desconectas del mund...¡Ey, Tierra llamando a Zac!— agitó la mano frente al rostro del muchacho con anteojos.

—Oh, disculpa— parpadeó y volvió a centrar su atención en su compañero de trabajo ya que su mirada había quedado perdida en el vacío.

—A estas alturas ya debería haberme acostumbrado— se encogió de hombros, — regresaré a mi escritorio, tengo mucho papeleo. ¿Quieres que a la hora de la comida vallamos por unas hamburguesas o pedirás una pizza?

—Mejor vamos por comida china, yo invito— definitivamente necesitaría despejarse.

—Bien dicho, me encanta esa actitud— sonrió antes de adentrarse y atravesar al laberinto de cubículos para llegar hasta su escritorio.



***En el Barrio Chino.**

—Jimena es un bombón, ¿ya te lo había dicho?— Gerardo incrustó los palillos en el guiso que había ordenado, siempre que iba a ese lugar pedía pollo agridulce.

—¿Ahora te gusta mi jefa, qué hay de Vanessa?

—Vanessa es joven, su hermosura es diferente, en cambio Jimena tiene una belleza madura.

—Eres incorregible; sería un milagro que tuvieras una novia formal.

—¿Me estás retando?— Gerardo elevó una ceja.

—Para nada; es sólo que creo que deberías sentar cabeza— engulló sus fideos.

—Mmn; puede ser que tengas razón; en la fiesta de la empresa tal vez consiga un muérdago para robarle un beso a Vanessa, a Jimena, o a quien se deje.

Zac fingió temblar; —sería muy incómodo verte besando a mi jefa.

—No creo que lo sea tanto como cuando te vi con Sergio; yo sólo le robaré un beso casto.

Zacarías enrojeció de vergüenza al recordar aquello: su en ese entonces enamorado había aprovechado la "privacidad" del elevador de su edificio para besarle con ahínco e incluso acariciarle el trasero, ese día Gerardo había decidido visitarle y fue quien los vio en plena faena cuando las puertas metálicas se abrieron.

—Eso fue diferente— refutó; —pero ya no hablemos de ello.

—Bien, porque se me quitará el apetito si remembro los detalles de esa escena; mejor hablemos de tu amigo.

—¿Por qué tanto interés en él?— trató de no sonar muy a la defensiva.

—Porque no conozco a nadie más que interactúe contigo además de mi, por eso. ¿Cuál es su nombre?

—Leobardo— contestó acomodando sus anteojos sobre el puente de su nariz, no muy convencido de la explicación.

—El buen Leo— meneó la cabeza de forma afirmativa, —¿De dónde se conocen?

—Fuimos juntos al colegio.

—¿Y dices que viene a la ciudad?

—Sí, él se mudó hace años y desde entonces no nos hemos visto.

—¿Era guapo?— le miró sugerente.

—¿Qué?— la cuestión hizo que Zac casi se atragantara con sus fideos, —¿De qué hablas?

—Tú sueles escucharme cuando hablo de chicas aunque en realidad no es un tema que te apasione; quise devolvarte el favor.

—No lo hagas, eso es muy raro.

—Bien, me callo.



SÁBADO, 10 de diciembre.

***En el aeropuerto.**

Tenía los dedos apretados alrededor del volante mientras el vehículo avanzaba con lentitud y buscaba con la mirada un lugar donde aparcar; en esas fechas encontrar el estacionamiento del aeropuerto casi a reventar era normal.

Exhaló notando el vaho que escapaba de sus labios cuando encontró por fin un espacio, dos minutos y tres maniobras después ya se hallaba caminando hacia la sala de llegada; tenía un cartón no más grande que una hoja de papel con las palabras: Bienvenido Leo. No sabía cómo luciría después de ocho años, nunca ninguno se preocupó por pedir o enviar fotografías.

Recordaba a Leo delgado, de su misma estatura, de cabello oscuro y extremadamente corto, usaba anteojos y un tiempo usó frenillos en los dientes.

Remembró también que a partir del verano en que cumplió dieciséis años supo que gustaba de los chicos, en especial de Leobardo, ya que verlo en bañador le había causado curiosidad y un interés muy diferente al que tenía con las muchachas de su misma edad; con los meses fue prestando más atención a los modales, comportamientos y particularidades de Leo; era su amigo, sí, pero también se sentía en extremo feliz cuando tenía sólo su atención, Leobardo era amable y paciente al escuchar. Sin embargo casi un año después, cuando por fin se armó de valor para hablar sobre lo que sentía, Leo tuvo que partir junto con su familia al extranjero.

Por una parte Zacarías sintió alivio ya que existía la gran posibilidad de que Leobardo no le correspondiera, y no sólo eso, sino que lo viera como un *bicho raro*. Desde entonces decidió mantenerlo sólo como un recuerdo de lo que fue su primer amor; el que ahora se hospedaría en su apartamento. Leobardo le había pedido que le ayudara a encontrar un lugar, cosa que no fue posible por dos razones: número uno, era época Navideña y mucha gente llegaba de visita, debía dedicarse mucho tiempo a localizar un

buen lugar a un buen precio, cosa que no pudo hacer por, número dos: había tenido mucho trabajo y seguramente lo seguiría teniendo los próximos días. El apartamento donde vivía era amplio así que no había mucho problema en alojarlo.

—¿Zac?— nuevamente su mente había abandonado su cuerpo así que no fue consciente de que alguien había llegado a su lado, sino hasta que este agitó la mano casi frenéticamente frente a su rostro.

—¿Eh?— parpadeó y enfocó su vista a través de los anteojos.

El muchacho que estaba ante él fácilmente le sacaba quince centímetros más de altura, tenía el cabello oscuro algo largo de tal forma que sus suaves rizos enmarcaban su rostro, se notaba que se ejercitaba puesto que su pecho y brazos tonificados se notaban bajo ese suéter oscuro.

Jadeó y exclamó, —¿LI-Leo?

El recién llegado sonrió ampliamente dejando ver sus perfectos y maravillosos dientes, se quitó las gafas oscuras y afirmó divertido, —*Zaqui*, sigues haciendo lo mismo.



***En el auto.**

Mentiría si dijera que no estaba nervioso; Leobardo se hallaba a escasos centímetros de él ocupando el asiento del copiloto mientras miraba por la ventanilla. Definitivamente esos ocho años le habían sentado muy bien, maravillosamente bien debía admitir.

—Lo extrañaba— sonrió Leobardo, —casi todo esta exactamente igual a como lo recuerdo; excepto eso— señaló hacia la derecha.

Zac sonrió al mirar de reojo un parque bastante grande, luego volvió a centrarse en el camino; —fue inaugurado apenas el año pasado.

—Era un centro comercial, ¿no es así?

—Sí— meneó la cabeza de manera afirmativa, —no tuvo gran éxito.

—Vaya, ¿quién lo diría?— suspiró antes de enfocarse en otra cosa, —y cuéntame, ¿cómo está tu hermano?

—Isaías ahora vive con su novia en la capital.

Leobardo rió, —¿Ella pasó la prueba?

Zac no comprendió al instante pero luego sus labios se curvaron en un mohín; —odiaba cuando hacía eso, era tan infantil.

—Pero no puedes negar que era divertido.

—Por supuesto que no, siempre dudaban de mi palabra y terminaba siendo regañado.

Isaías y Zacarías eran gemelos idénticos y en el colegio pocos eran los que los diferenciaban, sobre todo si tenían el mismo corte de cabello y el uniforme; así que cada vez que Isaías hacía de las suyas le echaba la culpa a Zac, pero el mayor de los hermanos no sólo aplicaba esa estrategia para "burlar a la ley" sino también como una "prueba de amor" para sus noviecillas y enamoradas.

—Aunque aún no comprendo cómo es que siempre fallaban— dijo Leobardo.

—¿Qué parte de gemelos idénticos no has comprendido hasta ahora?

—Pero no son tan idénticos; cuando ríes se te hace un pequeño hoyuelo en la mejilla derecha, siempre te muerdes el labio inferior cuando estás nervioso, eres más hábil en los juegos de mesa que en los deportes y tienes una cicatriz en el dorso de tu mano izquierda; esas son muchas diferencias.

Un ligero calor invadió las mejillas del conductor al darse cuenta de que Leobardo había reconocido y aún recordaba esos detalles; carraspeó para aliviar su tensión y decidió cambiar el tema.

—Mejor dime, ¿qué te trae de nuevo a la ciudad, es por trabajo?

Afirmó con la cabeza, —sí, y he venido para quedarme.

—¿En serio?— le miró rápidamente antes de poner su direccional.

—Sé que mis padres vendieron la casa que tenían pero no me importa empezar desde cero.

—Ya te dije, puedes quedarte en mi apartamento el tiempo que desees; eres bienvenido.

—Gracias *Zaqui*, pero no quiero ser una molestia ni mucho menos incomodar.

—Para nada, sería agradable tener compañía; sobre todo en estas fechas— suspiró, —este año podría celebrar una Navidad decente.

—¿Cómo dices?

—Mi hermano dedica su tiempo exclusivamente a su vida en pareja, papá viajará al Caribe con su novia en turno y mamá seguramente visitará a los hijos de su esposo; así es cada año.

—Yy-yo, lo siento— Leobardo se disculpó, él no se imaginaba cómo sería si sus padres se separaran, eran tan unidos que les costó dejarle vivir en su propio apartamento, y cuando anunció que regresaría a su ciudad natal casi rompieron en llanto.

—Descuida, no tienes porqué— apagó el motor, habían llegado al edificio donde Zac vivía.



DOMINGO, 11 de diciembre.

***En el departamento.**

El despertador sonó y Zac abrió los ojos después de varios minutos; frotó su rostro y miró la ventana, a pesar de ser frío el día al parecer sería soleado; lanzó un largo bostezo

antes de bajar de la cama. Arrastrando los pies fue al baño, donde más dormido que despierto se aseó y se dispuso a ir a la cocina. Unos *hot-cakes* serían un buen desayuno, aunque no recordaba si tenía todos los ingredientes; el plan B sería sólo un plato de cereal. De repente un exquisito olor llenó su nariz haciendo que su estómago rugiera al instante.

—Muy buenos días. Hay huevo, tocino, pan tostado, jugo de naranja y café. ¿Qué te sirvo?

Tanto sus ojos como su boca se abrieron de manera descomunal, jamás su mesa se vio tan llena; lo que le hizo recordar que Leo se había quedado en el cuarto de huéspedes, aquél que usó su hermano un par de veces antes de irse a la capital con su novia.

Lo que veía lucía más apetitoso que la comida económica que compraba frente a su trabajo entre semana; y tal vez era porque hacía mucho tiempo que no comía algo casero.

—Ey, Zac. ¿Estás bien?— Leobardo se posicionó frente al anfitrión.

—Yy-yo...— tragó saliva, en verdad se le estaba haciendo agua la boca y no sólo por la comida; Leo tenía una playera blanca que se ceñía a sus pectorales, parecían muy firmes; —es sólo que...— parpadeó y se obligó a espabilar; —eres el invitado, no tenías que haber hecho esto; pudimos haber salido a desayunar.

—¿Bromeas? Me estás dando alojamiento, es lo menos que puedo hacer; además no pude resistirme cuando vi las naranjas en la tienda de la señora Judith.

—¿Conoces a doña Judy?

—Cuando salí a correr esta mañana pasé por allí, es una señora muy amable.

¿Salir a correr? Zacarías miró el reloj de pared. ¡Pues si apenas iban a dar las diez! Solamente se despertaba temprano cuando tenía que ir a trabajar.

Leobardo le sonrió, —Ven, vamos a comer— lo tomó de los hombros para encaminarlo a la mesa, luego le informó, —me gustaría ir a la galería. ¿Aún existe?

—Sí; hace como dos años fue remodelada. ¿Deseas que te acompañe?

—Sería genial, pero no quiero interferir en tus planes.

—Lo que tenía en mente puede esperar— mintió, los domingos no tenía planes, no desde que terminó con Hugo; —además de regreso podemos ir al supermercado.

Leobardo asintió, era una gran idea.



***En el supermercado.**

—No sabía que el encargado fuera amigo tuyo— dijo Zac metiendo las manos en los bolsillos de su abrigo, cuando las puertas automáticas se abrían para dejarlos ingresar a la gran tienda. Estuvieron en la galería y allí un joven saludó a Leobardo invitándolo a charlar en privado dentro de una pequeña oficina por unos minutos. El supermercado estaba a un par de calles por lo que decidieron ir a pie dejado desde el principio el auto en un estacionamiento público a una distancia intermedia.

—Sólo lo conocía por videollamadas gracias a su hermana Sofía; ella vivía a dos casa de la de mis padres.

—Oh— se mordió el labio sopesando si debía indagar más. A dos casas era muy cerca. ¿Qué tan unidos habían sido Sofía y Leobardo? El solo pensar que pudieron haber sido novios o enamorados le daba celos; Leo era amable, considerado y muy guapo.

—¿Zac?— una voz conocida le llamó. Gerardo llegó hasta ellos empujando su carrito lleno de bolsas; —¿qué haces en este lugar; no es muy lejos de tu apartamento?

Zacarías no sólo era algo perezoso para levantarse por las mañanas, sino también para desplazarse a zonas muy lejanas de la ciudad.

—Bonito día a ti también, es un placer saludarte— ironizó Zacarías. Gerardo se echó a reír, —No Zac; ya, en serio— su vista viajó del rostro de su compañero de oficina al muchacho alto que estaba a su lado; —¡Oh, claro! El buen Leo está aquí.

—¿Eh?— Leobardo se sorprendió; estaba seguro de no conocer a ese sujeto que vestía ropa y zapatos deportivos cuando era más que claro que el ejercicio no era uno de sus pasatiempos.

—Zac me habló de ti, que vendrías a la ciudad.

—Gerardo— gruñó el nombrado y rezó mentalmente para que no fuera a decir una estupidez; pero fue ignorado.

—No me digas que no te ha hablado de mi. Somos compañeros de trabajo muy cercanos— extendió la mano, —soy Gerardo y cualquier amigo de Zac es amigo mío también.

Leo levantó una de sus cejas, extendió la mano con lentitud y estrechó la ajena, —soy Leobardo, pero creo que eso ya lo sabes.

—Por supuesto, el pequeño Zac no dejaba de hablar de ti.

—Claro que no— se defendió Zacarías.

—Como sabrás casi no tiene visitas— bajó la voz, —es normal que se emocione cuando alguien llega.

—Si no te callas voy a golpearte— amenazó.

—Ey, tranquilo— elevó las manos simulando una barrera protectora, —sólo digo la verdad— miró de nuevo a Leobardo, —bienvenido a la ciudad; por cierto, tú y yo debemos hablar de algunas cosas. ¿Siempre ha sido Zac tan agresivo?

—Esfúmate.

—Ya voy, ya voy— soltó una risita, —nos vemos mañana en la oficina; un gusto conocerte Leo— y se marchó por fin.

—Es gracioso — dijo Leobardo cuando reanudaron su camino.

—Y muy hablador; el ochenta por ciento de lo que dice es mentira y el otro veinte es de procedencia dudosa.

El más alto rió, —¿y dice que trabajan juntos?

—Sí. Gerardo es asistente del gerente administrativo de la cadena de hoteles; siempre anda enamorando a Vanessa, la recepcionista del edificio; y también a Jimena, mi jefa.

Soltó un chiflido por lo bajo, —es todo un donjuán.

—No, es más bien como un perrito faldero y lambiscón.

—Vaya, si eso dices de tu amigo no quiero saber lo que dices de mi.

—No, tú no; tú eres diferente— y fue muy tarde para morderse la lengua, ya había soltado aquello.

—¿Ah, sí? ¿Diferente cómo?— para ese entonces Leobardo empujaba el carrito aún vacío.

Zac tragó saliva, no quería evidenciarse pero pensó que sería la excusa perfecta para saber algo en específico; —No creo que seas un picaflor como él. ¿O sí?

—Haber salido con un par de personas no me hace uno. ¿Cierto?

—Para nada— respondió Zac al momento que giraba sobre sus talones para tomar la leche del estante, estaban en el área de lácteos y era momento de empezar a llenar su carrito.



MIÉRCOLES, 14 de diciembre.

***En la oficina.**

Zacarías miraba la agenda, tenía muchos pendientes; tenía citas con proveedores que ni conocía para los próximos días; debían concretar algo, una alianza comercial, lo que sea antes de las fiestas de fin de año. Suspiró tratando de relajarse cuando su teléfono móvil vibró.

Al ver el nombre en la pantalla una sonrisa se instaló en automático en su rostro.

—Hola *Zaqui*. ¿Interrumpo algo?

—Para nada, pronto será la hora de la comida y estaba a punto de comenzar a guardar todo mi papeleo.

—Estoy cerca de tu oficina. ¿Podemos almorzar juntos? Llegaría en unos minutos.

—¡Claro, por supuesto!— carraspeó al notar lo entusiasmado que sonó, —nos vemos en recepción.

Tras presionar el botón "colgar" una voz le hizo dar un respingo.

—Vaya, una cita con el buen Leo.

—¡Gerardo! No hagas eso, un día me matarás de un infarto.

—Oh no, no seré yo; será tu conciencia sucia. No tiene nada de malo que te llame para reunirse; sólo son viejos amigos. ¿O es que ocultas algo?

—No oculto nada.

—Ajá— se sentó en el borde de su escritorio, —y a mí no me gustan las *mami-ricas*.

Zacarías rodó los ojos, —el sucio eres tú.

—No desvíes el tema; estábamos hablando de tu cita.

—No es una cita.

—Lo es; y más cuando sonríes como colegiala idiota al ver su nombre en tu teléfono. Eso hiciste el lunes cuando casualmente vino por ti a la salida, ayer que te trajo un café antes del medio día y ahora que han quedado para comer.

—Deberé hablar con recursos humanos, veo que te pagan demasiado por lo poco que haces ya que tienes tiempo de andar espiándome.

—Querido Zac, prácticamente acabas de admitir que tengo razón: ¡Te idiotizas cuando ese hombre te llama! Y sobre mi trabajo no es culpa mía que seas un desorganizado y suelas procrastinar.

—A veces me pregunto por qué te sigo soportando.

—Eso es porque soy genial— se bajó de un brinco del escritorio, —mejor vámonos, no queremos hacer esperar al buen Leo.

Gerardo tenía razón en varias cosas, o mejor dicho, en todas. Durante los últimos días su interés y emoción cuando Leobardo estaba cerca era cierto; mentiría si dijera que no le gustaba. Una cosa era el enamoramiento de adolescente que vivió años atrás, y otra muy diferente lo que sucedía en la actualidad; lo comprobó esa mañana cuando a Leo se le ocurrió la brillante idea de pasearse por la sala vistiendo únicamente el pantalón de su pijama; Zac odió su buen sistema de calefacción ya que gracias a ello su inquilino había hecho eso mientras él vestía un pantalón corto sencillo que poco pudo ocultar su entrepierna.

El timbre del elevador anunció la llegada a su destino; las puertas se abrieron y lo primero que oyó fue la risa de Vanessa.

—Leobardo es un bonito nombre— dijo ella al momento que parpadeaba más de tres veces. ¿Acaso algo le entró en el ojo? Pensó Zac, aunque estaba seguro de que no era eso.

—Hola hola, hermosa dama— Gerardo prácticamente corrió hacia el mostrador, sonriéndole a la chica; —cada día luce más radiante.

—Deberías ampliar tu repertorio de piropos; ese me lo dijiste ayer— exclamó la recepcionista ya no tan sonriente.

—Lo siento, pero es que su belleza me aturde— hizo una reverencia.

—Tutéame, me haces sentir mayor cuando hablas así— se quejó.

—Pienso que es un agradable gesto de respeto— intervino Leobardo.

—¿Lo crees?— preguntó ella con coquetería.

—Mi amigo Leo tiene razón— argumentó Gerardo.

—¿Es tu amigo?— sonrió ampliamente. Y no era para menos su comportamiento; Leobardo vestía unos entallados jeans que hacían lucir sus largas piernas, su chamarra de imitación cuero era de una marca reconocida y el cabello atado en una pequeña coleta le daba un toque *sexí*.

—Por supuesto, *madame*— dijo Gerardo con orgullo, inflando el pecho; —tal vez algún día vayamos a algún bar o al menos a comer todos juntos.

—¡Sí! Eso sería muy agradable— la mujer no tenía reparo en demostrar su agitación, poco le faltó para aplaudir.

—Claro, pero hoy no. Hoy el buen Leo tiene un compromiso. ¿No es así?—, Gerardo miró a Zac; quien no se había acercado mucho.

El chico pensaba que en realidad no le molestaba ser excluido, a Vanessa sólo la saludaba al llegar y ya, no tenía interés en entablar una amistad. Lo que sí aún se preguntaba era qué es lo que había visto Gerardo en ella, sólo tenía grandes senos y evidentes curvas traseras; era un hecho, jamás entendería a los heterosexuales.

De repente sintió que un brazo rodeaba sus hombros, miró hacia arriba, a su derecha y se encontró muy cerca con el rostro de Leobardo.

—Me preocupa que su mente vague de esa manera; creo que debería ver a un médico— dijo Gerardo.

Zacarías se sonrojó, y no por lo que dijo su compañero de oficina, sino porque Leobardo lo atrajo hacia él para encaminarlo a la salida.



***En el restaurant.**

—Vanessa es una muchacha algo peculiar— dijo Leobardo al tomar sus cubiertos.

—¿Peculiar? Yo diría extraña, si por ella fuera te hubiera lanzado su ropa interior en el rostro— dijo Zac haciendo que los de la mesa de junto le miraran. Leobardo rió.

—No es gracioso— declaró Zac y agregó, —es humillante; debería tener algo de recato y dignidad.

—Mientras no le haga daño a nadie no veo el problema.

—Claro, como a ti te hizo ojitos no hay problema— nuevamente su lengua actuó más rápido que su cerebro, quiso golpearse a sí mismo.

Leobardo rió con más fuerza que la primera vez, —vamos, no seas amargado. ¿Qué nunca antes han coqueteado contigo?

—No, si; no lo sé— bajó la mirada clavándola en el salero.

—¿No lo sabes?

—Admito que soy algo despistado en ese aspecto— así era, la última vez no supo nada de nada hasta que Gerardo demostró con hechos que tenía un pretendiente.

—¿Qué tanto?

—Mucho— bebió un poco de agua, luego dijo, —un letrero luminoso sería más que adecuado.

—Eso es extremo.

—Bastante— le dio un bocado a su comida; prefería mantener su boca llena para no tener que hablar de sus pocas y fallidas experiencias amorosas.

Cuando finalizaron Leobardo se ofreció a pagar la cuenta con el pretexto de que él había sugerido la reunión. Por más que Zac se negó fue inútil; Leo terminó depositando los billetes en la charola. Eso le hizo preguntarse por enésima vez a Zac sobre el trabajo de su amigo. Había llegado a la ciudad para quedarse pero nunca le había hablado sobre su trabajo, siempre decía que "era una sorpresa". Eso sí, durante la mañana, mientras estaba en la oficina Leo salía a algún lugar; Zac lo sabía porque en ocasiones había llegado al departamento antes que él.

De regreso a la oficina Zacarías nuevamente disfrutó de la compañía de Leobardo; este ingresó al edificio y saludó a Vanessa, quien con descaro le sonrió e incluso le lanzó un guiño.



***En la oficina.**

—Tengo un noticia extraoficial— a los pocos minutos de haber llegado a su lugar, Gerardo apareció. —Es sobre la fiesta de navidad— el próximo fin de semana sería la reunión con los de la oficina.

—No me digas, se canceló.

—No digas tragedias; no— exclamó serio, —como muchos van a viajar hay lugares disponibles, así que recursos humanos mandará un *memorandum* por la tarde para informarnos que podemos traer a un acompañante.

Zac no había confirmado ni cancelado su asistencia a dicha fiesta, aunque estaba pensando seriamente en no ir puesto que no sería justo hacerlo cuando alguien se estaba quedando en su departamento.

—Podrías traer a Leo— Gerardo pareció leerle la mente; —eso sí; será tu deber estar siempre junto a él, no permitas que se acerque a Vanessa. ¿Entendido?

—¿Yo? Mejor que ella no se acerque.

Gerardo sólo rio y se retiró.



***En el departamento.**

Estaba cansado, el cuello le dolía pero estaba tranquilo. Algunas de sus reuniones para los próximos días habían sido pospuestas o canceladas y así que de ahora en adelante esperaba estar más relajado.

Se echó en su sofá y cerró los ojos; era algo tarde pero sabía que Leo estaba en el departamento. Su sentido del olfato no le engañaba, había *lasagna* casera en el horno.

¿Qué haría cuando Leo consiguiera un departamento? Moriría de hambre, eso era más que seguro.

—Ey, no te escuché llegar— Leo apareció con el cabello húmedo y una toalla sobre sus hombros. Vestía una playera de manga corta y un pantalón de chándal.

—Acabo de hacerlo y tengo una propuesta para ti.

Leo se sentó a su lado, atento a lo que diría; —bien, te escucho.

Zac se removió, el olor a jabón y su presencia le pusieron nervioso; —Eeh...es sobre la fiesta de la empresa. Es este sábado por la noche; tengo un pase extra y me preguntaba si quisieras acompañarme.

—¿Estás seguro que deseas invitarme? Esas fiestas son para familiares y pare...

—Claro que me gustaría que me acompañaras; eres mi *amigo*; y lo más cercano que tengo a una familia— le cortó.

Leobardo le sonrió, —entonces por supuesto que iré.

En eso el timbre se escuchó; —yo voy—dijo el más alto, probablemente era el mensajero, todavía eran las seis de la tarde y otros días había recibido la correspondencia de su anfitrión; no veía el problema.

—Zac, estoy de vuelta y...— es sujeto de cabello castaño calló abruptamente, tras unos segundos dijo; —esté es el apartamento 7C. ¿No es así?

—Sí, es correcto— respondió Leo.

—¿Hugo?— Zac asomó el rostro detrás de Leobardo.

—Amor, he vuelto.

Leobardo parpadeó innumerables veces. ¿Había escuchado bien?

—Ya vi. ¿Pero qué haces aquí, en mi apartamento?— Zac se puso nervioso, eso no podía estar pasado; se suponía que Hugo se había ido para siempre de su vida.

—Vine a hablar sobre nosotros— intentó entrar y Leo no supo qué hacer; literalmente estaba en medio.

Zacarías exhaló, luego con cautela tomó a Hugo del antebrazo y lo hizo salir del apartamento; —hablemos afuera—; le echó un vistazo a Leobardo, disculpándose con la mirada y cerrando la puerta tras de sí.

Daba gracias a que solamente un apartamento más en ese piso tuviera dueño, el cual estaba de viaje; los demás estaban vacíos.

—¡Dijiste que era muy pronto para que vivamos juntos, pero ahora regreso y te encuentro con un tipo!— gritó Hugo.

—No tengo porqué darte explicaciones.

—¡Año y medio! Te di año y medio de mi vida, Zac.

—Y con eso tuve más que suficiente.

—¿Qué quieres decir?— entrecerró los ojos.

—Ya lo sabes; no estaba cómodo con nuestra relación. Así que por favor vete.

—Me alejé de ti para que pensaras las cosas; podemos volver a intentarlo.

—No, Hugo. No vamos a volver.

—Cuando te invité a salir la primera vez me dijiste que no; luego me dijiste que sí. Ahora vuelves a decirme que no. ¡Sigues siendo un maldito indeciso!

—¡Las cosas cambiaron; esta vez es un no definitivo!

Hugo se acercó y lo tomó por la muñeca tirando de él con fuerza. —No me retes, cabrón; porque sabes de lo que soy capaz.

—¡Me haces daño!

—¡Oye, suéltalo!— Leobardo había abierto la puerta y ahora estaba furioso; lo había escuchado todo.

—Veo que la *nenaza* sigue sin poder defenderse *sola*— con más fuerza de la necesaria soltó a Zacarías empujándolo hasta hacerlo chocar contra la pared; este resbaló por ella y se sentó en el suelo.

Con sólo un paso Leobardo podía llegar hasta Hugo y romperle la boca de un puñetazo, pero no lo hizo. Desde su lugar Zac sujetó la parte baja del pantalón de su amigo, pidiéndole silenciosamente así que no se involucrara.

Hugo se echó a reír y desapareció por las escaleras contra incendio.



JUEVES, 15 de diciembre.

***En la oficina.**

Su jefe le había pedido un par de reportes urgentes desde muy temprano, así que Gerardo apenas pudo tomar un respiro a las once y media de la mañana. Eso por supuesto no le había impedido notar el extraño semblante de Zac, quien parecía más callado y retraído.

—¿Sí?— contestó el teléfono sobre su escritorio.

—Ey, tu amigo Leo está aquí— era Vanessa.

—Gracias nena, pero creo que te equivocaste de extensión, tal vez la llamada era para Zac.

—No no; quiere hablar contigo, espera.

Escuchó el evidente ruido que se produce al cambiar el auricular de manos, luego la voz de Leobardo, —hola Gerardo, espero no importunarte.

—Pierde cuidado. Dime, ¿para qué soy bueno?

—Es sobre Zac.

—Y que lo digas, parece zombie. ¿Qué sucedió?

—Ee...Ocurrió un incidente poco agradable ayer por la tarde— al principio Leo no estaba convencido de contactarlo, pero Gerardo era la persona más cercana que Zac tenía.

—¿Qué cosa?

—¿Podemos hablarlo en persona?— y era porque Vanessa parecía estar pegada a él.

—Claro, espera; ya bajo.

Había una pequeña cafetería en el mismo edificio, una para empleados donde curiosamente pocos empleados iban; es que ¿quién en su sano juicio no querría salir de ese lugar por unos minutos?

—¡¿Qué?!— Gerardo se sobresaltó; —¿Ese animal regresó? Es un bastardo infeliz— exclamó al escuchar el nombre del "intruso".

—Eso lo he notado, pero dime quien es.

—¿No has hablado con Zac?— Gerardo no estaba seguro de que abrir la boca fuera buena idea, pero ya no había marcha atrás.

Leobardo negó con la cabeza y explicó; —discutieron en el pasillo; el sujeto fue muy violento. Después de que se fue Zac no quiso hablar, se duchó y se fue a la cama sin cenar; esta mañana no habló más de lo necesario. Temo preguntar e incomodarlo pero tampoco puedo dejarlo pasar.

Gerardo suspiró y dijo, —Hugo es el exnovio de Zac; salieron por poco más de un año. Al principio, como todo, su relación era *miel sobre hojuelas*; el tipo se desvivía por Zac, luego dejó ver su verdadera naturaleza; no es un hombre es un animal. Lo golpeó en la cara porque él había rechazado su propuesta de vivir juntos, Zac faltó al trabajo varios días, fui a visitarlo a su apartamento y lo vi, el pobre estaba prácticamente desfigurado— tiritó al recordar la escena.

Leobardo no pudo evitar cerrar los puños con fuerza; si lo hubiera sabido le habría hecho lo mismo al malnacido la tarde anterior.

—Zac terminó con él y esa bestia no lo tomó muy bien; lo siguiente, a sugerencia mía, fue amenazarlo con levantar una orden de restricción; si de por sí yo no le agradaba a ese sujeto con eso me odió. Unos días después llamó a Zac diciéndole que se iría de la ciudad, y no volvimos a saber de él hasta ahora.

—No tenía ni idea— se lamentó Leobardo.

—No es algo de lo que Zac ande hablando; creo que ni su familia lo sabe.

—Pero yo lo... soy su amigo.

Gerardo sonrió, —sí, un amigo que lo estima muchísimo. ¿No es verdad?

Leo carraspeó y el otro agregó; —le quieres, en verdad le quieres. Debo admitir que eres bueno, si a mí me costó *descifrarte* imagina lo difícil que será para Zac, a él tendrías que explicárselo con un *letrero luminoso*— sonrió con más amplitud y se acomodó su corbata, —es bueno saber que esta navidad él no estará solo, sino en compañía de alguien que en verdad lo aprecia.

Leo se sonrojó, había sido descubierto; una de las razones de su regreso era encontrarse de nuevo de Zac y al principio temía hacerlo, pero fue muy feliz cuando

descubrió que seguía siendo el mismo: bondadoso, simpático y que aún poseía ese carácter fuerte escondido debajo de su ingenuidad.



***En el departamento.**

Regresó arrastrando los pies. Se concentró todo el día en el trabajo para no pensar en lo sucedido; pero fue inevitable no recordarlo ahora que estaba en su sala.

—Hola— Leobardo apareció por el pasillo que daba a la cocina.

—Hola— contestó no muy animado.

—¿Podemos hablar?

Asintió, no podía callárselo para siempre.

Tomaron asiento uno frente a otro en la sala, Leo fue el primero en abrir la boca.

—¿Ee-el... el que vino ayer era tu...?

—Sí— quiso ahorrarle la pregunta y no quería escuchar esa palabra, —salimos un tiempo.

Cabeceó asintiendo, luego dijo, —yo no...— "yo no quiero incomodarte con mis preguntas pero ayer fue inevitable escucharlos"; eso iba a decir pero Zac se le adelantó.

—¿No sabías que era gay?— tragó y dijo, —¿eso te molesta?

Porque siendo sinceros eso era lo que más le abrumaba; Leo nunca dio indicios de ser homosexual y no sabía si convivir con uno le molestaba.

—¡No, no no! No me incomoda; es sólo que.... bueno...

Zacarías le miró cauteloso; Leo agregó, —lo que iba a decir es que yo no deseo incomodarte, pero sin querer pude escucharlos en el pasillo y debo decir que ese hombre no es de mi agrado.

Zac sonrió de manera floja, —no sé qué le vi, soy un verdadero tonto.

—Ey, tranquilo; todos cometemos errores— Leo se dejó caer de rodillas sobre la alfombra acercándose para tomar las manos del más bajo entre las suyas y acariciarlas; —lo importante aquí son dos cosas: que te has alejado de él y que cenaremos pasta.

—¿Eh?— el desconcierto no fue tanto por lo último que le dijo, sino por las caricias que estaba recibiendo en las manos.

—Tengo todos los ingredientes. ¿Quieres ayudarme?

—Ss-soy un desastre en la cocina— argumentó.

—Vamos— tiró de él, —yo te enseñaré.



SÁBADO, 17 de diciembre.

*En la fiesta.

—Jimena está guapísima— exclamó Gerardo en voz baja al ver entrar a la jefa de su amigo al salón.

—Oh, por favor, no— balbuceó Zac.

—¿Cuál de todas es Jimena?— preguntó Leo, notaba a varias mujeres de buen ver.

—Mi jefa es la de vestido verde— respondió Zac.

Tras mirarla el más alto de los tres dijo, —Gerardo tiene razón, es bonita.

—¿Verdad que sí?— sonrió el nombrado, —le llevaré algo de beber.

—Si también vas a estar tras Vanessa te pido discreción— dijo Zac, —si *lo que sea que ocurra hoy* no deja satisfecha a mi jefa no quiero que sepa que me conoces, qué tal si me carga más trabajo a manera de venganza.

—Deberías darme ánimos; pero para que veas que yo sí soy un buen amigo te prometo que me encargaré de que aumente tu salario— movió ambas cejas de manera sugerente y se perdió entre la multitud.

Leobardo rió, él pensaba que Gerardo era muy ocurrente; a veces algo inmaduro pero era buena persona.

—Hay *ponche*. ¿Quieres un poco?— la pregunta de Zac le hizo observarlo y admitió nuevamente de manera mental que se veía muy bien, su cabello corto pero algo desordenado le hacía lucir rebelde, además de que sin las gafas podía apreciar sus bonitos ojos, aquellos *que siempre le gustaron*.

—Sí, claro; vamos— contestó con una suave sonrisa.

Caminaron hasta la larga mesa donde las bebidas y los bocadillos se encontraban, donde cada uno sirvió un poco del líquido en su respectivo vaso; en ese instante la melodía de fondo era agradable, pero el *Dj* habló por los altavoces diciendo que era momento de animar el ambiente y la pista musical cambió a una más rítmica y estruendosa.

Enseguida la gente comenzó a concentrarse en el centro del salón.

—Hola guapo. ¿Quieres bailar?— Vanessa "apareció de la nada" junto a Leobardo, lo tomó del antebrazo y lo jaló a lo que era la pista sin siquiera esperar por su respuesta.

El chico se sorprendió, pero siguió avanzando solamente oponiendo un poco de resistencia para reducir la velocidad; —sería un placer, si supiera cómo—, evitó contestarle con un tajante no.

—Oh, vamos; yo te guiaré— insistió y continuó tirando de él.

Antes de sumergirse en el grupo de personas, Leo le echó una mirada rápida a Zac, el pelinegro desde su lugar junto a la mesa los observaba con una suave y casi imperceptible sonrisa.

Zacarías vio cómo Vanessa se llevaba a Leo hacia la multitud danzante; escuchó su voz chillona: "Hola guapo, ¿Quieres bailar?"; pero debido a la distancia y a la estridente pista musical no fue testigo de la respuesta, aunque no fue muy difícil deducirla ya que ambos continuaron su camino hacia la pista; sólo cuando su amigo le miró se dedicó a sonreírle. Caminó hasta el balcón más cercano, necesitaba un poco de aire fresco y algo de paz. Vanessa era bonita y eso seguramente no pasaría desapercibido para Leo; oponerse a que bailaran y se divirtieran juntos hubiera sido algo injusto, al fin y al cabo para eso era una fiesta; por eso no le quedó más que sonreír aunque en realidad se sintiera triste.

Definitivamente Navidad era una época que, aunque dijera lo contrario, le hacía sentir incómodo, por no decir triste y olvidado; era cuando veía y escuchaba sobre familias y parejas reunidas, algo que él no tenía; y aunque agradecía el intento de Gerardo por hacerlo sentir "en familia" sabía que había límites; él usualmente viajaba a su ciudad natal a pasar los días festivos con su familia, su abuela era alguien muy mayor y todos los nietos la visitaban. Y sobre pasarlo en pareja, la única vez que había sido así fue cuando salía con Hugo, cuya idea de celebración era mirar televisión de paga mientras comían ensalada navideña y tomaban ponche de huevo del envase de cartón.

Exhaló notando el vaho salir de su boca y caminó hasta sentarse en la pequeña banca de madera, el balcón estaba adornado con muchas coronas navideñas y luces titilantes y de colores, sin duda un lugar bastante cálido para encontrarse a la intemperie. De un trago acabó con su ponche de frutas y con cuidado colocó al vaso en suelo, a varios centímetros de sus pies; luego frotó ambas manos y exhaló en ellas.

Leobardo le gustaba, eso era un hecho que ya no podía negar; cuando sucedió lo de Hugo tuvo miedo de que no lo aceptara por ser gay, cosa que no había sucedido; aunque tampoco veía las cosas con mucho entusiasmo ya que seguramente Leo prefería a las de cabello largo y ondulado, justo como Vanessa.

—No quiero importunar tu momento de reflexión, ¿pero puedo hacerte compañía?— la voz de su amigo le hizo voltear hacia la puerta corrediza que daba acceso al balcón.

—¿Eh?

—Bueno, eso y esconderme de Vanessa.

—Claro— Zacarías se movió para darle espacio, —siéntate.

Leobardo caminó y llegó hasta él; —le expliqué que bailar no era mi especialidad pero parece que no escucha o no entiende.

Zac sonrió, —te dije que era una muchacha extraña.

Leo comenzó a reír, —ya sé, y no puedo decir que no me lo advertiste.

—Pero pensé que era tu tipo, además recuerdo que en el colegio te gustaba bailar.

—Eso no era bailar— exclamó Leobardo, —era brincotear al ritmo de la música entre un mar de gente mientras gritábamos tonterías, y sobre lo otro, ella no es mi tipo.

—¿Ah, no?— allí estaba, el mismo Leo parecía estar dándole la pauta para que preguntase, y así lo hizo, —¿entonces cuál es tu tipo, rubias acaso?

Volvió a reír, —¿parece que me va las rubias?— negó con la cabeza ante su propia pregunta y agregó, —mi tipo más bien sería alguien bondadoso, simpático, de carácter fuerte pero a la vez ingenuo, que guste de mi por lo que soy y no por mi apariencia, lo que tengo o lo que puedo llegar a tener.

—Vaya, pides demasiado— tras ese comentario Zac ocultó su desánimo; era una descripción bastante detallada, seguramente "ese tipo ideal" ya tenía incluso nombre.

Leobardo le miró y sonrió; la música se escuchaba distante debido a la puerta corrediza que se hallaba cerrada, por un instante Zac se perdió en la profunda mirada de su amigo hasta que este dijo:

—Zacarías, hay algo de lo que quiero hablar contigo.

Oh, oh; cuando le hablaba por su nombre completo era porque se trataba de algo realmente serio; como cuando lo sorprendió copiando en el examen de inglés, después de

la prueba Leobardo le había dicho que no debía hacer trampa, que debía ganarse la calificación con su propio esfuerzo y un sinfín de reprimendas más; Zac había confesado lo mucho que se le dificultaba esa asignatura y Leo se ofreció a ayudarlo para que no tuviera la necesidad de recurrir a los "acordeones" en el futuro.

—Dime, te escucho.

—Tt-tú...— de repente la seriedad abandonó a Leo y pareció un poco nervioso.

—¿Sí?—, probablemente le diría que debía mantener más ordenado el cuarto de lavado, porque siendo sinceros para Zac era un fastidio separar las ropas por color.

—Yo... verás...— se relamió los labios.

—¿Qué cosa?— le incitó Zac, tal vez anunciaría que se iba a mudar debido a la incomodidad al saber sobre su orientación sexual, lo que sea que fuera quería oírlo; al mal paso darle prisa.

—Tú a mi... ¿Sabes en realidad porqué estoy aquí?— al principio Leobardo estaba muy seguro de que era momento de declarar sus sentimientos, pero cuando iba a hacerlo se puso nervioso y decidió mejor hacer una pregunta.

—Pues porque tenía un pase extra— dijo Zac frunciendo el ceño, ¿qué no era obvio?

—No no, no en la fiesta; me refiero a estar aquí otra vez, en esta ciudad.

—Dijiste que era por trabajo, el cual aún desconozco. ¿Estás bien; por qué me preguntas eso?

—Sí, por trabajo; pero también por ti.

—¿Por mi?

—Zac, tú me gustas.

—¿Qué yo qué?— abrió los ojos desmesuradamente; estaba seguro que sólo había bebido un vaso de ponche cuyo contenido de alcohol era mínimo, seguramente se había quedado dormido y esto era un sueño.

—Me gustas, desde que estábamos en el colegio e iba a confesártelo en ese entonces pero temí que pensaras que estaba loco; luego ocurrió lo de la mudanza y creí que con el tiempo ese sentimiento pasaría pero no fue así. Mi trabajo sólo fue una coincidencia y un pretexto para regresar.

—¿Ee-estás diciendo que... desde el colegio?

Leobardo asintió y dijo; —sé que en estos años la comunicación entre nosotros no ha sido muy buena ni frecuente pero ahora que volvimos a convivir me he dado cuenta que no fue ni es un simple capricho; en verdad me gustas.

Que alguien le pellizcara porque todo seguía pareciendo un sueño, miró detenidamente a Leobardo, sus cejas pobladas eran preciosas, siempre le habían gustado; sus ojos eran como dos brillantes luceros, su nariz un poco más grande de lo que tal vez debería ser hacía ver su rostro más hermoso; y sus labios, sus labios siempre le habían provocado besarlos. Y esta noche lo haría.

Acortó la distancia y respiró su aliento, era cálido y con un leve aroma a alcohol, lo saboreó y luego lo probó; era dulce y embriagante, suave y tibio.

—Tú también me gustas, y mucho, como no tienes idea— dijo Zac tras el casto beso, aferrándose al cuello del otro y recargando su frente en la contraria.



VIERNES, 23 de diciembre.

***En el departamento.**

Lanzó un largo bostezo antes de estirar los brazos; luego frunció los labios al encontrarse solo en la cama. ¿Por qué Leo no dormía como la gente normal? Arrastrando los pies caminó hasta el baño, se aseó y luego fue a la cocina.

—Buenos días, cariño; hay pan tostado y café recién hecho— dijo Leo; hacía una semana que se habían confesado y "cariño" era una de las palabras que se habían incluido en su vocabulario.

—No debiste— exclamó con pereza y se sentó en la silla alta; —dije que yo iba a comprar el desayuno.

—Quise hacerlo— Leo se acercó y besó la frente de su novio, porque sí, justo un día después de la fiesta se hicieron oficialmente novios; —además es mejor disfrutarlo aquí, juntos.

—Oh, no; ni lo pienses— Zac frunció el ceño en un claro gesto de falso enojo; — hoy no puedo llegar tarde.

El día anterior y el anterior a ese lo que había comenzado como "un beso de buenos días" había finalizado en un maravilloso orgasmo en la cocina y en la sala.

Leo rió, —esta vez sólo nos ducharemos.

—Sí, pero no juntos.

—Aguafiestas— se quejó.

—Tendremos toda la tarde y el fin de semana para nosotros— le acarició el cabello.

—Por la tarde debemos ir a la galería. ¿Recuerdas?

—Cierto, entonces será un fin de semana inolvidable— dijo Zac con una sonrisa.

Leo le había prometido que le revelaría "el gran secreto de su trabajo", que más que ser un secreto era un incógnita, ya que desde su llegada no había dicho ni una palabra sobre lo que hacía exactamente, aunque Zacarías estaba empezando a sospechar que se dedicaba a la compra-venta de cuadros y pinturas.



***En la galería.**

Zac parpadeó asombrado delante del gran anuncio en la entrada; era la inauguración de la exposición fotográfica titulada "Blanca Navidad". Él no sabía mucho sobre eso pero creía que era una colección de imágenes relacionadas con la navidad, no había que ser un experto para deducirlo, ¿o sí?

—Señor Montore; bienvenidos, pasen por aquí— un jovencito de tal vez unos dieciocho o diecinueve años, con un atuendo bastante peculiar, saludó a Leobardo por su apellido.

Leo le sonrió y cabeceó a manera de saludo; luego tomó de la mano a Zac para que ambos ingresaran.

—¿De dónde te conoce?— musitó el pelinegro.

El más alto soltó una risilla; —¿por qué, estás celoso?

Zac infló las mejillas, eso no había pasado por su mente; —no, pero es extraño que te hable por tu apellido; ni siquiera yo lo hago.

—Tranquilo; ya lo verás.

Llegaron al final del pasillo hasta la sala principal; al parecer eran los primeros puesto que la estancia estaba completamente vacía.

Y sí, como Zac pensó habían varias fotografías, la mayoría en blanco y negro. Pero hubo una en especial que llamó su atención y no sólo por el gran tamaño.

Podía apreciar una banca de madera junto a un árbol que sobre sus fuertes ramas cargaba nieve, a lo lejos se veía un edificio de dos niveles y una enorme cancha de futbol; se notaba también que pronto el sol de ocultaría.

Exhaló inconscientemente al reconocer el lugar, era donde una vez Leo le había dicho que se iría; giró el rostro encontrándose con su novio y este le regaló una sonrisa.

—Lo recuerdas, ¿no es así?— preguntó Leobardo.

—Sí, pp-pero... ¿Cómo? ¿Tú sabías que esto iba a esta aquí?— se refirió a la fotografía.

Leo señaló el pequeño membrete en la parte inferior de la imagen; el título de la obra era *Despedida*, y el fotógrafo era: *Nano*.

—¿Nano?— musitó Zac, era obvio que no era el nombre verdadero del autor; entonces a su mente llegó aquél recuerdo.

Pronto sería Navidad y él junto con Leo se encontraba vagando por el parque, en ese entonces tenían quince años y las preocupaciones eran menos; de repente escucharon un lamento, buscaron entre los arbustos y encontraron un cachorro, estaba perdido y parecía tener frío. Les pareció tan curioso y bonito que decidieron "adoptarlo" y ponerle el nombre de Nano debido a su diminuto tamaño. Como Nano había sido hallado por ambos decidieron turnarse para cuidar de él, así que durante los siguientes días no pudieron estar separados, estaban tan entusiasmados mimando al pequeño cachorro que incluso Leo se quedaba a dormir en casa de Zac cuando a este le correspondía cuidarlo y viceversa. La alegría sólo les duró un par de semanas, hasta que la madre de Zac anunció que el verdadero dueño, un turista, se había puesto en contacto con ellos y resultó que su verdadero nombre era Sparky, pero para ellos siempre iba a ser Nano.

—Es un pseudónimo muy curioso. ¿No lo crees?— Leobardo fingió estar pensativo.

Zacarías hizo una mueca, —lo tenías todo planeado— afirmó.

—¿Yo?— se hizo el ofendido.

—Sí; tú, señor Montore.

Leo se echó a reír, —¿Te gusta?

—Lo adoro— declaró y también sonrió, pero ese gesto se vio ensombrecido cuando se percató de algo muy importante.

—Ey. ¿Qué sucede?— Leo lo tomó de ambas manos y tiró suavemente de él para quedar frente a frente; —¿Algo te molesta?

Zac negó con la cabeza, —no, no es eso; es sólo que...

—¿Qué cosa, cariño?— y también estaba eso, él no tenía reparo en mostrarse afectuoso siempre.

Suspiró y preguntó, —¿Cuál es mi postre favorito?

—*Hot-cakes* con mucha miel— respondió sin chistar Leo.

—¿Y cuál es mi estación favorita del año?

—El verano, pero te encanta la nieve. ¿A qué viene todo esto?

—¿Ves?

—¿Qué cosa?— Leo seguía sin comprender.

—Tú sabes todo de mi, en cambio yo no tenía ni idea de que te gustase la fotografía.

Leobardo le sonrió con ternura y le abrazó obligándolo a recargarse en su pecho, cerca de su corazón, y le dijo, —si eso es lo que te perturba, cariño; estoy dispuesto a responder cualquier cosa que desees saber.

Zac se abrazó a él también y aspiró su aroma, disfrutó de la calidez que le daba; hasta que el carraspeo del chico de la entrada se escuchó antes que sus palabras.

—Disculpen, ya estamos por abrir.

Leobardo, o mejor dicho Nano, no sólo era autor de gran parte de la colección que se exhibía allí ese día, sino también de otras más que se hallaban en el extranjero, ése día Zac lo supo.



SÁBADO, 24 de diciembre.

***En el departamento.**

—El muy miserable no ha querido decirme cómo fueron las cosas con mi jefa— exclamó Zac al finalizar la llamada con Gerardo, este se había comunicado para desearles una "Feliz Navidad" desde casa de su abuela.

—¿En realidad te interesa?— preguntó Leo removiéndose bajo las sábanas; pronto sería medio día y aún no habían salido de entre ellas. Bueno, sí; pero como días anteriores: una cosa llevó a la otra y terminaron en la cama de nuevo.

—No con detalles, sólo quiero saber qué esperar en la oficina la próxima semana.

—Eres un dramático— negó con la cabeza; —es Navidad, relájate— le acarició el abdomen desnudo.

—Sólo quiero estar preparado.

—Muy bien señor precavido, sugiero que mejor nos demos prisa.

—No quiero, tengo frío— giró y le abrazó con fuerza.

—Vamos Zac— rió, —aún falta hacer algunas compras— golpeó con suavidad sus brazos para que le soltase.

—Podemos hacerlas más tarde, o mañana— musitó cerca de su cuello, donde abría escondido el rostro.

—Pero entonces...— lo que sea que iba a decir murió allí, justo cuando Zac depositó un húmedo beso en su clavícula.

El notar cómo iba cediendo y que ya no insistía en salir de la cama, Zacarías le empujó con suavidad para poder posicionarse encima de él y buscó sus labios.

Sus besos y caricias eran adictivas; pronto todo pareció más ardiente, sobre todo cuando Zac palpó la entrepierna de su novio. Entregados a sus deseos, y con miles de suspiros como un hipnotizante fondo, ninguno de los dos notó que estaba nevando, dando inicio así a lo que sería su primera y verdadera cálida y blanca Navidad.



Sobre el Autor

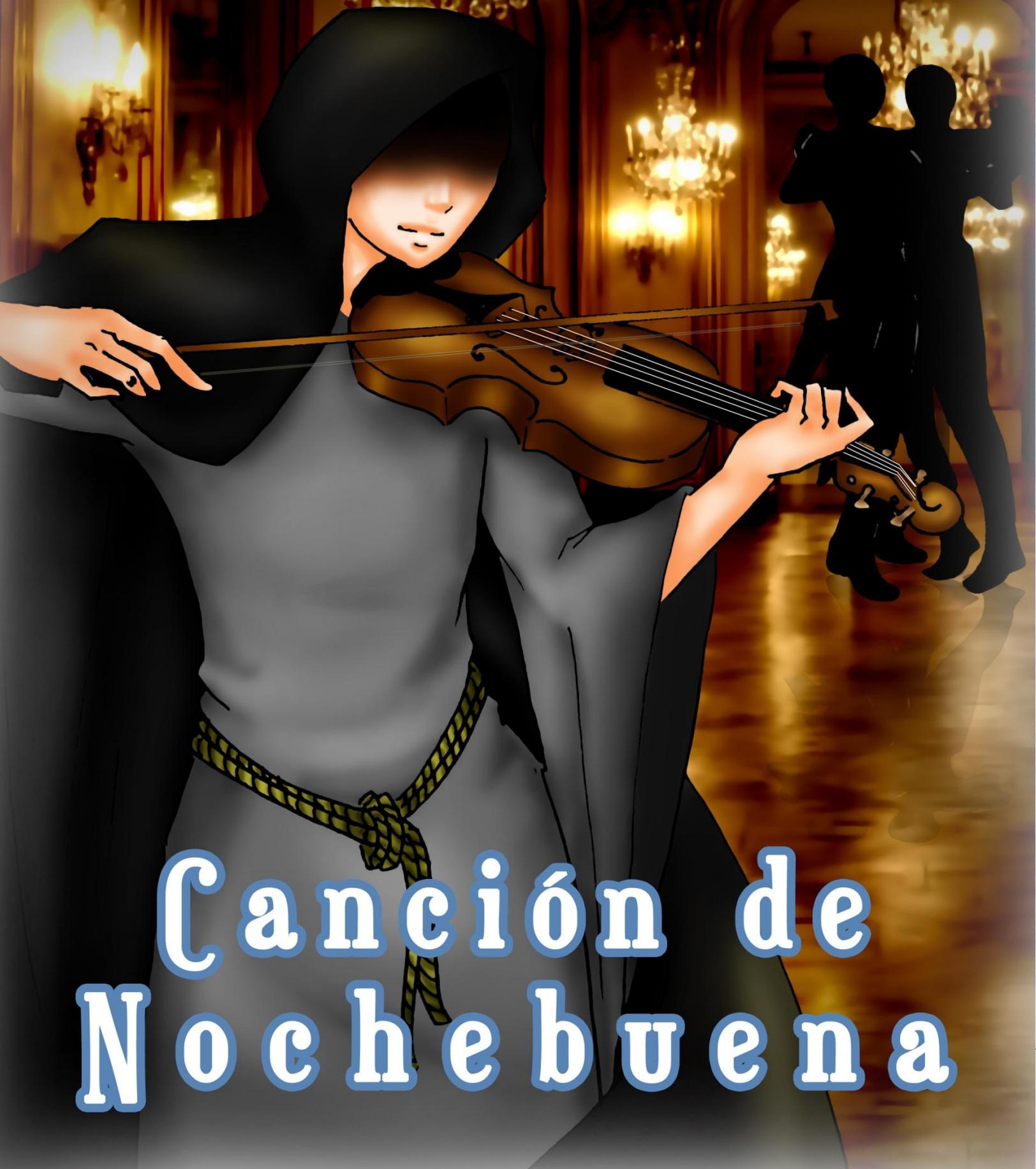
Sitio web (Wattpad):

<https://www.wattpad.com/user/IndigoER>

Reseña de la autora:

Nacida en Quintana Roo, México, a finales de los años 80's. Es su niñez participó en festivales escolares de canto y baile; en su juventud perteneció a un grupo de baile jazz-moderno en la Casa de Cultura de su ciudad natal. Escribir siempre ha sido su sueño y se convirtió en un pasatiempo desde 2011. Sus géneros favoritos son fantasía, magia y misterio, pero también ha trabajado con romance y humor; eso sí, hasta ahora en su mayoría BL (Boys-Love).

ELY GRADOS



Canción de
Nochebuena

Canción de Nochebuena



Ely Grados



Nuestros actos, buenos o malos, traen consecuencias.

*Todos merecemos la oportunidad de enmendar nuestros errores, salvar nuestra alma y
hacer feliz a quienes nos rodean.*

Prefacio de la historia original

Éste es el relato clásico que todos conocemos y sobre todo los que hemos leído el libro de Dickens; pero en esta ocasión, les presento este relato con un distinto protagonista y un final, obvio, no como el original.

Al leer esta historia, conocerán a Ernest Stroud quien no tiene ni una pizca de bondad ni consideración hacia nadie, en especial en Navidad. Esta festividad solo representa para él, es una época para hacer crecer los ingresos de sus empresas de inversiones y grandes almacenes; sobre todo, aprovecha para obtener mayores ingresos y crezcan las utilidades de las inversiones de negocios diversos.

Es así que, al igual a la historia conocida, veremos como un hosco hombre, brusco e insensible, se le aparece el fantasma de su antiguo socio quien le advierte la venida de tres espectros. Estas apariciones le cambiaran la vida de una forma que jamás pensó ser posible.

La Navidad es negocio, no esperanza

La Navidad en la gran ciudad, como en todo el mundo, era un acontecimiento grande, lleno de luces, color, canciones y sobre todo buenos deseos. Alegría y buenos deseos; desgraciadamente, hay quienes no sienten el mismo sentimiento de ansias por paz, esperanza y compartir. No, no todos ansían la Navidad por la misma razón.

Ernest Stroud, un hombre de 44 años con apariencia de ser muy mayor de lo que realmente es. Siempre va vestido de oscuro, con mirada hosca y expresión ruda. Él es uno de los socios de una gran empresa en Londres, "*Stroud y Marlow*". Él y James Marlow, ocho años mayor que Ernest. Ellos, crearon una empresa dedicada a las transacciones de bienes, inversiones y operaciones de ese tipo. A pesar de que Marlow había fallecido 5 años atrás, Stroud había mantenido el nombre de la empresa, la razón nunca la dio.

Ernest y James, habían forjado juntos una empresa rentable, con muchas ganancias en especial en la época de Navidad. Ambos aprovechaban hábil mente sacando provecho de la fecha, aun cuando Ernest ahora era quien llevaba la empresa de inversiones, había mantenido el nombre de su ex socio.

Faltaban muy poco para la llegada de tan ansiada fecha. Había clientes que esperaban especialmente estas fechas para invertir y hacer sus jugadas y movimientos ya minuciosamente estudiados para lograr obtener las mayores ganancias; por eso, usaban a *Stroud y Marlow*. Ernest ese día había llegado tarde a su oficina ya que tuvo un par de reuniones de trabajo con unos empresarios.

A medida que Ernest iba caminando por la calle principal, iba con el ceño fruncido y diciendo maldiciones a todos los que se le acercaban, no precisamente en voz baja, al desearle "¡feliz Navidad!" o intentaba palmear su espalda. Ernest solo hacía un gesto de fastidio.

No, él no necesitaba buenos deseos ni que le desearan feliz Navidad, lo que necesitaba era que fueran a su oficina y empeñaran hasta su alma en inversiones y así él podría hacer efectiva su comisión por las transacciones realizadas.

Ésa era la mejor manera de obtener mucho más dinero sin importar si las inversiones salían bien, él cumplía con invertir y cobrar su comisión por dicho trámite.

—Señor Stroud, gracias a Dios llega —lo saludó, Rob, su asistente que le dio el encuentro en la antesala a su oficina privada.

Las oficinas de Stroud y Marlow, quedaban en una de las calles más concurridas de Londres. Con una sola planta, un recibidor donde Rob, un hombre de unos 30 años aproximadamente, pero que parecía un poco más de esa edad, recibía y tramitaba las solicitudes de inversión y era el mismo Ernest quien las aceptaba o no. Aunque un tiempo a esta parte había confiado en su asistente para que decidiera sobre algunas inversiones de poco valor, viendo como en todas Rob salía muy bien. Él tenía buen ojo para las inversiones, aun así, necesitaba más entrenamiento el que estaba dispuesto a dar con la cantidad respectiva de comisión para él por el esfuerzo.

—Dios no tuvo nada que ver con que llegara justo a la hora que a ti te pareciera justa, sino a la hora exacta que yo me había propuesto —fue la respuesta fría que le dio a su asistente mientras se quitaba el abrigo y lo colgaba en el perchero, sin sacarse los guantes y trayendo puesto un grueso saco de lana, fue a sentarse tras su escritorio donde le aguardaban varios documentos para revisar.

—Señor Stroud, claro que sí. Tiene toda la razón, era solo una expresión —intentó justificarse en voz baja—. Hace una hora que vinieron a buscarlo dos caballeros que no dejaron mensaje, solo preguntaron a qué hora podían regresar para hablar con usted de negocios.

Al instante, sus ojos brillaron con avaricia. Para Ernest, la palabra “Negocios” significaba dinero, y el dinero era lo único en los que él se interesaba realmente. No en vano tenía una gran cantidad de dinero en varias cuentas en el extranjero y una en Reino Unido. Su situación económica era lo suficiente como para cubrirle más de tres vidas seguidas sin trabajar.

—Espero que le informaras que regresaran en la noche y así poder hablar tranquilamente con ellos de negocios —no era una pregunta, sino una advertencia. Si no regresaban debido a que Rob les hubiera dado una mala información, él se tendría que olvidar de recibir su paga completa ese mes.

—Por supuesto, señor Stroud, se los dije. Sin embargo, quería comentarle algo...

Su asistente fue interrumpido por la llegada de Ted, el sobrino de Ernest quien saludaba como si fuera el día más maravilloso del mundo, eso siempre irritaba a Stroud. Si su sobrino lo sabía, nunca hacía gesto alguno de que estaba enterado del malestar de su tío.

— ¡Feliz Navidad! Querido tío, tenga usted muy buenos días, aunque debo decir ya casi tardes.

— ¿Por qué demonios siempre tienes que entrar así, Ted? No sabes que puedo estar con clientes...

—Vamos tío, si Rob no está en ese escritorio afuera de tu oficina, muriéndose de frío en ese lúgubre y helado lugar donde lo haces trabajar, es porque está en tu oficina intentando que te des cuenta del maravilloso asistente que tienes —respondiendo con total osadía a su tío que lo miraba con una expresión de desagrado y estuvo a segundos de botarlo de ahí.

Sin embargo, no lo hizo.

—Que deseas —fue lo único que dijo con desprecio mientras se sentaba y Rob en silencio salía de la oficina y dejaba a los dos parientes hablando, no en voz tan baja.

—Sé que rechazarás mi invitación, pero no me importa, siempre guardo la esperanza que aceptes cenar conmigo y mi familia en Navidad.

La amplia sonrisa que le dio a Ernest solo hizo que algo se le avinagrara en las entrañas y por un momento se vio en la necesidad de tomar un antiácido. Pero no lo hizo, solo simuló leer los papeles que tenía frente a él mientras respondía con frialdad. Él estaba harto de que siempre lo intente llevar a una casa en la cual no se sentiría a gusto y menos interactuar con su esposa a la que le parecía de lo más común y simple.

—Tengo mucho trabajo y estaré en estos días trabajando, ya sabes que lo bueno de estas fechas es que todos necesitan dinero y eso es bueno para mí porque hacen mucho más inversiones. Así que por qué no haces algo bueno y te largas a buscar un trabajo extra y así puedas mantener a la vega de tu mujer —el desprecio en su voz fue tal que esperaba que su sobrino tomara la iniciativa de irse sin decir nada más, igual continuó— ¿Nadie le ha dicho a tu esposa que en estos tiempos ahora las mujeres también aportan al hogar en vez de quedarse de flojas en el hogar? —Como Stroud tenía la mirada en sus papeles no pudo ver la mirada de dolor que mostró su sobrino, sin embargo, la enmascaró y habló animadamente como si no hubiera escuchado la ofensa que traía sus palabras y no un consejo de un tío querido.

—Solo espero que aceptes mi invitación y compartas junto a nosotros la cena de Navidad. Realmente necesitas pasarla con alguien y no sepultarte vivo en esos papeles porque te puede suceder lo mismo que a tu socio Marlow quien murió antes de llegar a los 50 años de edad.

—Sabes muy bien que mi socio murió por un infarto. Comía demasiadas porquerías, algo que no hago y tú sí ¿es que no me habías dicho que tu mujer ya no cocina? Menuda floja te tocó por esposa —añadió con un toque de asco en su tono.

Un silencio sepulcral se instaló en esa oficina. La temperatura normalmente baja se debía a que a Ernest usaba lo mínimo de calefacción, se sentía como si un frío helado cubría toda la oficina, eso produjo un escalofrío en su piel que no supo bien explicar el porqué.

Cuando alzó la mirada vio que su sobrino se acercaba hacia la puerta con intención de irse, pero antes de cruzar el umbral se detuvo y observó a su tío con una expresión distante en el rostro.

—Esta fecha es de paz y amor, tío y no estoy seguro si alguna vez la tuviste ni sé si notas que todo lo que dices y haces daña a las personas que realmente se preocupan por ti; pero muy a pesar de que siempre intentas alejarme, a mí que soy tu única familia, por eso estaré aquí para ti. Mi casa siempre está abierta para mi único y vivo pariente, no solo porque así mi madre lo hubiera deseado, sino que realmente te quiero, tío —Las palabras de Ted eran dichas en un tono de voz triste e incluso a Ernest le pareció notar que su sobrino había perdido toda esperanza de llegar a que él sea parte de su familia. Cuando iba a refutar sus palabras y como él pensaba, estúpidos sentimentalismos, su sobrino añadió—: Por si no te veo, espero que pases una feliz Navidad y un venturoso año nuevo.

Y sin añadir nada más salió por la puerta. Su mirada quedó fija en la espalda de Rob quien estaba apiñado, seguro de frío, sobre su escritorio trabajando en el libro de cuentas.



Ya casi eran las siete de la noche y los ojos de Stroud por primera vez se sentían cansados. Desde hacía unas semanas no se había sentido muy bien, incluso su médico había sugerido que hiciera ejercicios, pero él le respondió que diera sus sugerencias a quien se las pidiera. Para Ernest ir a un gimnasio era una pérdida no solo de tiempo sino de un dinero valioso que él no estaba dispuesto a soltar.

Al ver el reloj de su computador, sonó el timbre de la calle y observó como Rob, con pasos cansados y la cabeza agacha fue hacia la puerta a ver quién era. Al poco tiempo regresó con dos señores a su oficina y los presentó como Terren y Lovets, una vez realizadas las presentaciones y que supiera que eran los caballeros que venían por el negocio que ya le había comentado temprano, Rob fue a su lugar habitual mientras Ernest les invitaba tomar asiento.

—Querido señor Stroud, estamos muy felices de poder saludarlo, me preguntaba si su socio el señor Marlow, nos pudiera acompañar en esta reunión, aunque si son ciertos los rumores que él falleció...

—Así es, mi socio falleció hace unos años, pero ahora llevo las riendas absolutas a pesar de que no he quitado su nombre de la empresa, le aseguro que tengo plena disposición para tratar sobre negocios.

La voz de Ernest era suave y tranquila, en ese momento, estaba intentando averiguar sobre qué era el negocio que venían a proponerle. Algo no le parecía en la apariencia de ese par, ambos no vestían sus mejores trajes y lo más inquietante era que solo traían un portafolio y no maletines de ejecutivo como solían llevar los que hablaban con él de negocios.

—Nos alegra saber que usted puede disponer de autoridad para aceptar lo que le venimos a proponer. Mire usted —dijo el que se presentó como Terren, el otro solo sonreía y si no fuera porque dijo su apellido cuando se presentaron no sabría qué clase de voz tenía—, ya

sabe que en estas fechas todos están sensibles y buscan con ansias limpiar sus almas que han ennegrecido durante todo el año. Es así que nosotros aquí presente, venimos a ofrecerle a usted que colabore en una noble causa.

— ¿Colaborar? —Ernest alzó una de sus largas y descuidadas cejas. Para él “colaborar” era la forma más elegante para decir “danos dinero sin recibir nada a cambio”—. Sea más específico.

—Verá usted, mi querido Stroud. Esta Navidad los niños enfermos del hospital central necesitan de su ayuda, la ayuda de todos, realmente. Es así que el área de quemados tiene una alta tasa de niños abandonados por sus familias que no pudieron costear los gastos de su tratamiento, hay otros que vienen a recibir operaciones que son muy costosas y que por razones económicas no pueden costearlas sus familias. Por eso, nosotros, usted y muchos más, tienen la oportunidad de ayudarlos haciendo una generosa donación para que ellos puedan pasar una hermosa Navidad y a su vez que el hospital pueda afrontar sus gastos de curación y en algunos casos extremos que puedan llevar una mejor y digna vida.

Un silencio tanto o más frío que el que se sintió cuando tuvo la conversación con su sobrino, se instaló nuevamente en la oficina, solo que esta vez, ese frío no le produjo escalofrío, sino una terrible conmoción de ira y deseó haber asistido al gimnasio, así tuviera más fuerza para dar las patadas que les daría a ese par de sanguijuelas serían mucho más dolorosas.

—Escúcheme muy bien, señor Terren —se escuchó la voz de Ernest como si estuviera maldiciéndolos mientras se levantaba lentamente de su asiento—. Ni soy beneficencia ni tengo un pelo de tonto. ¿Piensa usted que fácilmente puede venir a engañar a mi asistente diciéndole que tiene un negocio para mí y luego intentar robarme el dinero que arduamente gano sin que oponga resistencia?

—Señor Stroud... —dijo con voz cauta el interlocutor a la vez que se levantaba, su amigo le imitó el gesto, ambos tenían miradas precavidas.

—No tengo la culpa que esos niños se hayan quemado y mucho menos que sus padres los hayan abandonado cuando el deber de ellos era velar que nada malo les ocurriera. ¿Creen ustedes que soy responsable de los infortunios que les ocurren a los pobres y desdichados? Vayan a intentar quitar el dinero a otra persona que yo no tengo ni un pelo de estúpido. Esos niños merecen lo que tienen, el destino así lo quiso y no soy nadie para cambiarlo. ¡Ahora largo de aquí y que jamás los vuelva a ver o los acusaré de fraude!

Mientras Ernest les decía todo esto, se les acercaba con la clara intención de golpearlos, sin embargo, solo se quedó con las ganas ya que ellos salieron corriendo del lugar sin dar opción a nada.

Agitado y mucho más indignado de lo que se había sentido antes, o quizás no tanto, notó que estaba en el pasadizo donde Rob solía tener su escritorio. No se había dado cuenta que había caminado hasta ahí. En ese momento, su asistente lo miraba con una mezcla de horror y decepción que hizo por una milésima de segundo, arrepentirse de lo que dijo a esos hombres, pero rápidamente justificó su actuar internamente y eso lo hizo sentir mejor.

Respiró profundo y fue a su escritorio a seguir trabajando sin levantar la mirada.



La verdad del Fantasma

Ya eran las diez de la noche cuando decidió que era suficiente de trabajar. Estiró las piernas por debajo del escritorio y movió los dedos de las manos que estaban entumecidas y algo frías. Miró afuera de su oficina y casi se asombró de ver que su asistente aún seguía trabajando encogido como siempre.

Frunció un poco el ceño al ver que Rob se encontraba encorvado en un ángulo que seguramente más tarde, si es que no ya, le dolería fuerte la espalda. Se preguntó si realmente estaba en esa posición por el frío o porque estuviera metido al cien por ciento en su quehacer. Reaccionó y se despabiló al darse cuenta de que se había quedado por demasiado rato mirándolo, algo que no tenía ni lógica ni ganancia alguna.

Realmente no le importaba.

Se levantó de su lugar, guardó todo y caminó hacia la puerta donde se colocó su abrigo y se puso los guantes sobre los otros guantes que dejaban libres sus dedos para escribir.

—Rob, ya es suficiente, vamos a cerrar por hoy.

Ernest se paró detrás de Rob, pero su asistente no se inmutó, solo seguía escribiendo encorvado ensimismado en las cuentas que estaba llevando en el gran libro que tenía frente a él. Intrigado, le tomó del hombro y antes de articular palabra alguna, el hombre dio un salto por la impresión o susto que le dio y de sus oídos se deslizó unos audífonos. Obviamente ésa era la razón por la que no lo había escuchado.

No pudo evitar mostrar una cara de fastidio al ver la razón por la que estaba tan distraído.

—Lo siento, jefe, estaba metido en el trabajo.

— ¿En el trabajo o escuchando música? —Ernest lo cortó antes de que su asistente dijera cualquier cosa— Mira, no tengo ninguna queja sobre ti, pero espero total seriedad de mis empleados en especial de uno al que deposito mi confianza.

Vio como Rob se le iban tornando roja la cara y la satisfacción que sintió Ernest por incomodar a su asistente fue hasta obscena.

—No volverá a suceder, jefe.

—Espero eso —le dijo mientras veía como su asistente desconectaba el aparato y guardaba todo mientras siguió hablando—. Ahora imagino que desearás tomarte el día de mañana —no era una pregunta, sino una afirmación mientras su rostro mostraba el desgano de tener que darle el día libre— y pagado —añadió en un gruñido a su asistente.

—Señor, mañana es Navidad, es un solo día al año y es una fecha especial.

La voz de Rob fue de súplica y estaba seguro de que el joven pensaba que no le iba a dar el permiso e incluso estaba tentado a hacerlo, pero agitó la mano y se dio media vuelta mientras salía.

—Está bien, disfruta de un día de ocio, total como dices, es solo un día al año que puedes disfrutar que no sea domingo. ¡Qué no me tachen de injusto! —Alzó la voz mientras llegaba a la puerta de la calle y mientras Ernest cerraba con llave y los seguros de candados, le preguntó a su asistente intentando no mostrar interés—. Dime, Rob, ¿qué escuchabas?

—Canción de Navidad de Nat King Cole.

Ernest quedó petrificado con la llave suspendida al escuchar el nombre de esa estúpida canción que más era una melodía. Odiaba escucharla, para él, era una música sin entonación y más que nada casi hablada sin ritmo o significado. Volteó a mirar a su asistente mientras éste, abrigado hasta con orejeras, lo miraba sin malicia alguna. No

queriendo dar mayor importancia al asunto que lo había calado hasta los huesos, se despidió sin darle una segunda mirada y caminó calle abajo hacia su edificio.



Recorrió once cuadras esquivando gente cantando villancicos, gritando feliz Navidad a extraños y borrachos intentando abrazarlo.

Odiaba que sea Nochebuena, víspera a la Navidad.

Al llegar a su edificio, pudo respirar tranquilo. Ese edificio era de oficinas, excepto por el último piso que era donde tenía su vivienda. En ese lugar tenía cuatro habitaciones; una de ellas estaba desocupada que fue de su socio, llamado James Marlow, la otra era suya y las otras dos eran usadas como la cocina y un comedor-sala donde ellos habían pasado las horas de descanso.

Ernest subió los cinco pisos hasta su lugar y al llegar arriba notó que transpiraba profusamente. Nuevamente pasó por su mente que debía ejercitarse, sin embargo desechó rápidamente la idea.

Al llegar a su habitación, notó que estaba toda ordenada, la señora que se encargaba de todo ya no estaba y él solo se comenzó a quitarse la ropa y se puso un pijama algo viejo y se fue a dormir, no sin antes prender la estufa con el temporizador a una hora para que se apagara y así no malgastar electricidad.

No sabía si durmió poco o mucho, pero lo despertó un sonido sordo que aparentemente llegaba de las escaleras del edificio. Ernest con la idea segura que ese ruido era de alguno de los inquilinos de las oficinas que decidió romper su norma de no quedarse más de las 9

de la noche. Maldiciendo, se levantó, se puso una bata muy gruesa, salió al pasadizo y se inclinó por la baranda para mirar quien estaba bajando las escaleras ya que ese ruido era productor de pasos. El ascensor sabía que estaba desconectado porque ésa era una de las indicaciones estrictas que dejaba a la señora Dyer.

Por un momento, pensó ver algo brillando. Pensando que seguramente sería un celular, aunque no estaba seguro. Intentó inclinarse un poco más para ver quien hacía ese sonido. Por un momento, el silencio se instaló nuevamente y cuando iba a volver a su cama imaginando que el inquilino ya se hubiera ido, el sonido extraño volvió. Lo que le molestó era que en vez de alejarse se iba acercando más y más a donde él estaba.

— ¡Maldita sea! Saben que este piso está prohibido ¡quién anda allí! —gritó a la nada por las escaleras.

De pronto un frío helado le colmó la espalda y la piel se le erizó. No entendió la reacción de su cuerpo ante esa sensación así que retrocedió y entró a su apartamento con el corazón acelerado y la respiración cortada. Sentía como si hubiera subido las escaleras corriendo nuevamente y un miedo incomprensible se apoderó de él.

¡Plop! ¡Plop!

Sonó y luego otro sonido extraño que poco a poco pudo reconocer como cadenas siendo arrastradas. Asustado a un nivel extremo, fue a pararse detrás de uno de los dos sillones que él solía usar cuando conversaba con James en ese lugar, al darse cuenta de que ese sonido había llegado hasta la puerta de su apartamento.

¡Plop! ¡Plop!

Un sonido fuerte se escuchó e inmediatamente la puerta se abrió haciendo que Ernest ahogara un grito al ver a su socio, James, entraba por esa puerta arrastrándose con cara

de agonía, para después de pararse y mirarlo directamente le sonriera con una de las muecas más horribles que jamás hubiera visto antes.

No podía creer lo que estaba ante sus ojos. Su ex socio, estaba y no estaba delante de él. Era como si fuera una proyección fantasmal pero no en imagen, sino en forma y dimensión. Aterrado de seguir mirando unas cuentas vacías y desprovistas de ojos y párpados, bajó su mirada por ese cuerpo insustancial y pudo observar que traía el traje con el que fue enterrado. Llevó ambas manos a la boca cuando se percató que unas gruesas cadenas se enrollaban en la cintura ajena.

El fantasma de James hizo un movimiento extraño y sentó en el otro sillón que solía usar cuando estaba vivo. Ernest que no sabía qué hacer ni qué decir. Esperó en vano a que el aparecido dijera o hiciera algo, pero nada salió de los difusos labios de quien tenía toda la apariencia de su amigo.

Tragando fuerte, bajó sus manos y se obligó a tenerlas sujetando el sillón como si de eso dependiera su vida.

—James... —Susurró y el fantasma sonrió, odiaba ver que lo estaba mirando con esos huecos que llevaba por ojos.

—Amigo querido, amigo mío —dijo el aparecido con voz distorsionada y ahogada, parecía que se estaba atragantando con algo. Ernest simplemente no quiso saberlo—. He pedido un favor a sabiendas que me lo cobrarán en la eternidad, pero no podía dejar pasar la oportunidad de hablarte... de advertirte.

Ernest que de por sí, estaba aterrado, eso lo hizo que sintiera más miedo, si eso fuera posible.

— ¿Qué es lo que me quieres advertir... amigo mío? ¿Por qué te ves tan abatido? ¿Es que acaso no disfrutas de la eternidad como una buena persona en el paraíso? Fuiste un buen hombre de negocios y muy exitoso...

Una fuerte carcajada se escuchó y Ernest tuvo que taparse los oídos para que estos no le reventaran. Una vez que el fantasma se tranquilizó, notó que tenía una expresión de ironía en su fantasmal rostro y cuando volvió a hablar su voz era de pura tortura.

— ¡Te atreves a burlarte de mi sufrimiento! ¿Es que piensas que una persona que estuviera en el paraíso cargaría estas cadenas forjadas a mano por mis propios actos en vida? No querido amigo, no estoy en el edén, estoy en el mismo paraje del infierno pagando por ser un exitoso avaro y un hijo de puta en vida. Amigo, no tengo tiempo, solo he venido aquí para avisarte que esta noche y dos más, recibirás a dos espectros. Ellos vendrán justo a la medianoche. Deberás escucharlos y seguirlos a dónde ellos quieran llevarte —alzó una espectral mano para acallar las preguntas que Ernest quería hacer y repitió con énfasis—. No opongas resistencia, no te niegues a seguirlos ni a escucharlos si quieres que tu alma se salve. Júrame amigo mío que aceptarás lo que ellos digan y te muestren. Júrame que cambiaras tu vida a mejor ¡júralo! Tu siempre has sido un hombre de palabra ¡júralo!

Ernest se encogió de hombros y respondió casi gritando mientras todo su cuerpo temblaba por el miedo y el terror.

— ¡Sí! ¡Lo haré amigo, lo haré! ¡Lo juró!

Después de que dijo esto vio como el fantasma de James se levantaba notando que ese extraño sonido de golpe eran sus pasos que arrastraban más cadenas sujetas a sus tobillos.

Justo antes de pasar por la puerta que estaba abierta, volteó a mirarlo, sonrió y cuando escuchó su voz, se estremeció de pies a cabeza.

—Recuerda, Ernest, prometiste escucharlos. Eso te aseguro que salvar tu vida y por ende tu alma.

Y después de decir esto, desapareció.



Visita del Primer Espectro

Empapado en sudor, Ernest se dio cuenta de que estaba en su cama. No sabía bien como volvió a ella ni como es que ahora, mirando el reloj de mesa, daban las 11.58 de la noche. Intentó recuperar el ritmo a su acelerado corazón mientras esperaba que algo sucediera.

El sonido del cambio de hora hizo que diera un respingo, su corazón se saltó dos latidos para después latir en su garganta como si quisiera escapársele por la boca.

Al ver que pasaban los minutos y no pasaba nada, soltó una risa temblorosa.

—Todo fue un puto sueño. James, hijo de tu puta madre, el susto que me llevé al soñar contigo... malparido... —murmuró mientras cerraba los ojos y suspiraba profundo.

« ¿Cómo era que se había dejado sucumbir por una pesadilla de esa forma? » se preguntó mientras mantenía los ojos cerrados.

Logrando que sus latidos se calmaran, se puso a meditar sobre la razón por la que hubiera soñado con su socio James. Concluyendo que debía haber sido porque esos hombres habían hecho recordarlo y además la estúpida canción que escuchaba Rob por los audífonos fueron los detonantes para que le produjeran tan terrible sueño, respiró nuevamente profundo y con una sonrisa de suficiencia tuvo la intención de volver a dormir.

Sin embargo, en ese instante la alarma daba la medianoche y dejó de sonar de improviso. Abrió los ojos y miró al reloj, eso era imposible, ya había pasado más de 10 o 15 minutos desde que había visto la hora y era imposible que solo hubiera pasado solo dos minutos. Tampoco había programado para que la alarma sonara.

Se estiró para apagarla, pero está ya no sonaba.

Frunciendo el ceño se preguntó qué había pasado, cuando el recuerdo de su pesadilla volvió en forma de un frío terrible que lo torturó. Esperó un minuto, dos y hasta tres.

Y nada sucedió.

«Mierda»

De pronto, cuando pensaba que nada sucedería y que estaba perdiendo la razón, la puerta de su habitación se abrió y alguien entró.

Esa persona era un niño con hermosos cabellos rubios y frondosos rulos que le caían al rostro. Delgado como un jovencuelo desnutrido y tan blanco como la nieve, llevaba una túnica hermosa y blanca, se paró junto a su cama y le extendió la mano.

—Vamos Erny, no tenemos toda la noche, vamos, ¡levántate, ya! —le animaba el niño con el característico entusiasmo que delataba a uno travieso y bullanguero.

Recordando su promesa de obedecer, tragó y accedió levantarse. Parado al borde de la cama tomó la mano pequeña del niño que no supo descifrar la edad, quizás 12 o 13 años, no lo supo con exactitud. Sin decir nada fue llevado en un abrir y cerrar de ojos al pueblo de su niñez.



Algo mareado, pudo verse a él mismo a la tierna edad del niño que lo llevaba de la mano. Miró a todos lados y supo dónde estaba, negando con la cabeza se vio obligado a ver la escena frente a él.

Allí estaba Ernest sentado solo en un árbol mientras todos los niños jugaban alejados de él.

—Soy Tabyt, ¿por qué no vienes a jugar con nosotros?

—No tengo tiempo para estúpidos juegos —respondió con desdén el niño Ernest—. Estoy cansado que siempre vengas con tu asqueroso olor a canela a intentar distraerme de mis lecturas. Vete y déjame tranquilo.

Ernest cerró los ojos por un momento porque recordaba ese momento y a ese niño. Tabyt era el único niño que siempre se le acercaba a intentar jugar con él, pero luego de eso, esa fue la última vez que le dirigió la palabra.

Al abrir nuevamente los ojos estaban en una habitación pequeña y poco iluminada. La reconoció inmediatamente, era la que usaba cuando estaba en la universidad y quedaba en el bloque B2 de los que usaban los estudiantes de economía.

— ¡Erny! —entró a su cuarto una niña con el cabello hermoso, largo y negro. Ella se le colgó del cuello en cuanto entró.

—Nina, ¿qué haces aquí? —preguntó un joven Ernest.

En ese momento, se dio cuenta de que el niño que lo había llevado hasta ese lugar ahora parecía tener la misma edad que él en ese entonces, unos 19 años.

— ¡No es obvio! ¡Vine por ti para llevarte a casa!

—Sabes que él no me quiere en ese lugar —respondió el joven Ernest con voz suave y una leve sonrisa. Nina era su única hermana, en ese momento tendría unos 9 años de edad.

— ¡No digas eso! Él te ama ¿quién crees que me trajo aquí para llevarte a casa?

Ernest, el mayor, sonrió amargamente.

Esa Navidad fue la única que podría decir que la pasó bien. También había dicho a su madre que regresaría el próximo año, pero no lo hizo, nunca más volvió a su hogar.

Un dolor horrible se abrió por su pecho que casi le quita el aire. Recordaba mucho a su madre e incluso a su padre de quien había sacado el genio y la ambición; no, la ambición había llegado sola.

— ¿Por qué me haces ver todo esto? Espectro, ¿crees que no las tengo presentes? —su voz era amarga y sentía que la mano que sujetaba le quemaba.

— ¿Las tienes? —Repreguntó el espectro con una media sonrisa.

Ernest calló y no supo que responder, más bien no quería hacerlo. Hacía mucho que no pensaba en su niñez ni en su familia. Él solo tenía presente a su sobrino Ted y era porque siempre estaba revoloteando a su alrededor por más que él intentaba alejarlo.

El dolor no se había ido y se acentuó terriblemente en cuanto recordó como había evitado ir a saludar a Nina cuando tuvo a Ted y como solo se hizo cargo de los gastos fúnebres de su hermana luego que tuviera ese accidente junto a su esposo en donde solo su hijo salió con vida. Si bien Ted era ya un joven independiente, sabía en el fondo que nunca se pudo recuperar a la pérdida de sus padres y por eso siempre iba donde él en busca de algo familiar. Un eje, un ancla.

Un mareo casi hace que pierda el balance y al recuperar el equilibrio soltó un gemido al darse cuenta donde se encontraba.

Era el parque donde vio por última vez a Karol, el hombre que hizo que se diera cuenta que era gay y a quién amo con locura, aunque no fue suficiente para que ambos estuvieran juntos.

—Por favor, espectro. Vámonos, no deseo seguir viendo esto ¡no me obligues! —Suplicó en vano.

—Mira y escucha —escuchó una voz de un joven adulto y pudo ver que el espectro ahora había vuelto a crecer en equivalencia a la edad que en ese momento había tenido Ernest.

Con temor y sujetando muy fuerte al espectro, miró a Karol que estaba sentado en la banqueta. Por un instante, creyó que lo observaba a él, pero no era así; su antiguo amante solo estaba con la vista perdida mientras que su yo pasado, quien en ese momento tenía unos 26 años estaba sentado con él y traía una expresión de aburrimiento.

Se maldijo a sí mismo por haber sido tan insensible y no haberse dado cuenta que Karol estaba a punto de llorar.

—Sabes, realmente espero que encuentres a alguien que llegue a comprenderte y a amar mucho más de lo que piensas que yo lo hago. Pero quiero advertirte que eso será imposible.

—Vamos Karol, no seas ridículo. Somos ya adultos y tenemos metas, ambiciones...

—No, yo tengo metas y tú tienes las ambiciones —respondió Karol con voz estrangulada mientras su otro yo ni se inmutaba.

— ¿Es que acaso es malo tener ambiciones? Querer lograr triunfos y ganancias ¿es malo? Claro que no y tú deberías saberlo mejor que nadie —El joven Ernest tenía una cara de fastidio. Lo peor era que ni siquiera recordaba que hubiera puesto esa expresión cuando él realmente deseaba que ambos siguieran juntos—. Karol, nuestra relación podría seguir, pero tú quieres cosas que solo quitan tiempo...

—Cosas que quitan tiempo... —repitió su amante con voz distante y triste— Claro, hacer el amor y pasar el rato, juntos, es un tiempo perdido y sin ganancias sustanciosas.

— ¡Lo ves! ¡Sí me entiendes! —Respondió el joven Ernest con una amplia sonrisa que solo hizo que el Ernest adulto quisiera vomitar. Él quiso patearse a sí mismo por haber sido tan

idiota— Bueno entonces no se diga más, vamos a lograr nuestras metas y luego nos reiremos de todo esto.

Ernest vio cómo su joven yo, se iba sin mirar atrás con una sonrisa en el rostro mientras Karol se quedaba sentado Triste y con lágrimas caían por su rostro. Algo no estaba bien. No sabía el porqué no se marchaban e inmediatamente lo supo.

—Jamás te olvidaré Erny, te amaré siempre y espero que no pierdas la oportunidad de amar.

En un abrir y cerrar de ojos estuvo en la tienda donde trabajaba en ese entonces y pudo verse y a un no tan joven James junto a él en la mesa donde solía trabajar en finanzas con el señor Faulkoner, su primer jefe y quien le enseñó todo lo que aprendió al terminar la universidad. Con él había trabajado por años, hasta que junto a James se independizaron y crearon “Stroud y Marlow”.

—Dirás, cuando le robaron los clientes y formaron “Stroud y Marlow” —escuchó la voz del espectro, al parecer podía leer sus pensamientos. Él solo cerró los ojos por un momento—. Olvidaste que ambos copiaron todas las carpetas de clientes y enviaron cartas manipulando a esos clientes para que trabajasen con ustedes y así dejaran a ese hombre que los traía en tan buena estima. —Habló el espectro serio.

—Solo ponía en práctica todo lo que me enseñó, además ya era viejo y estaba a punto de retirarse.

—Y lo hizo antes de tiempo con mucho menos dinero de lo que pensó y prácticamente vivió con lo justo, luego que ustedes le robaron todo lo que había tenido.

Una cama apareció frente a él y ahí se encontraba tendido su antiguo jefe agonizando.

—No hagas nada contra ellos Clara, por mí, no lo hagas hija mía. No guardes en tu corazón venganza ni seas desdichada el resto de tus días guardando rencor —hablaba con pausa

su antiguo jefe—. Ellos solo pusieron en práctica todo lo que les enseñé... mal enseñé. Soy culpable de haberles oscurecido el corazón, pero confío en que sus almas todavía se puedan salvar.

El dolor en el pecho que sentía Ernest se agrandó más al punto de sentirlo sangrar. No quería ver nada más del pasado, pero de improviso la escena cambió y estaba en la misma calle donde quedaba sus oficinas y ahora la mano del espectro era mucho más grande y pesada, no quiso mirarlo porque imaginaba que era más o menos la misma edad que él ahora tenía.

Callado, dejó que lo guiara con la cabeza agacha al detenerse, pudo ver desde el pasadizo la oficina de James que estaba vacía, desvió su atención a su propia oficina para ver que allí a Rob de pie al lado de su escritorio con un sobre en la mano.

—Señor Stroud, recibió esta carta de la señora Deana Somstroms.

Ernest tragó al escuchar ese nombre, sabía quién era y cuál fue el primer pensamiento que se le cruzó por la mente al escuchar el nombre de la madre de su antiguo amante.

—No me interesa leer esa carta. Deséchala. Ahora necesito ese informe de la nueva compañía francesa que quiere invertir en la bolsa de Londres.

Rob sin contradecir a su jefe, salió de la oficina y cerró la puerta tras él. Ernest con el corazón encogido se acercó al muchacho sin soltar al espectro. De pie a su lado iba a preguntarle al espectro que sucedió y éste hizo una seña, él prestó atención.

—“Señor Stroud, hace poco falleció Karol. Para mí era importante hacerle saber que él superó lo que tuvo con usted. No supe reconocer ese sentimiento y todavía no lo hago, aun así estuve a su lado siempre. Sepa que fue feliz con alguien que lo valoró y le dio todo el amor que él merecía. Gracias a Dios, se alejó de usted. No sabe lo que dejó cuando lo perdió y espero que algún día usted pague todo el dolor que le impuso a mi querido

Karol". —Terminó de leer Rob que a pesar de que fue un murmullo, Ernest, pudo escuchar claramente todo—. Dios, señor Stroud ¿qué le hizo a esa persona?

Ernest se quedó observando atentamente a su asistente y pudo ver decepción, el dolor y el desasosiego cruzar por la cara de su rostro. Recordó que recién lo había contratado, también recordó como lo tenía con los nervios de punta porque pensaba que cometería algún error en cualquier instante como lo hicieron los diez anteriores que postularon al puesto hicieron; sin embargo, él nunca falló.

Ernest aunque jamás se lo había dicho a Rob, él confiaba ciegamente en su asistente; pero, no sabía que había faltado a la privacidad y leído una carta sin autorización. Un apretón de manos llamó su atención hacia el espectro que ahora parecía ser mucho mayor, éste solo le hizo un gesto negativo con la cabeza.

— ¿Sabes cuantas cosas dejaste pasar por tu idea empecinada de ambicionar riquezas? — La voz a pesar de que era dura, su expresión era insondable— Debes saber que mi deseo fue mostrarte lo más terrible que te hiciste a ti mismo. Porque quiero que entiendas que a pesar de todo a quién más dañaste fue a ti y solo a ti.



Aparición del Segundo Espectro

Con un gran sobresalto despertó a Ernest, nuevamente estaba en su cama. Se tocó el rostro y extrañado del líquido que mojaba sus dedos se dio cuenta de que eran sus lágrimas que no dejaban de caer por su cara. Sentía su pecho contraído y no supo bien que hacer, solo miraba sus dedos mojados deseando con todo su ser que todo hubiera sido un sueño terrible, pero sabía que todo había sido real.

Nuevamente sonó su reloj y pudo comprobar que otra vez era medianoche, lo que significaba que había pasado un día entero. Aturdido repasó toda la habitación intentando saber cómo era posible que hubiera dormido tanto.

Como la primera noche, el reloj dejó de sonar solo y casi de inmediato la puerta de su habitación se abrió. Ernest aún con el dolor en el pecho y algunas lágrimas cayendo por sus mejillas, se levantó con piernas temblorosas, caminó hacia la puerta abierta y la cruzó al encuentro del nuevo espectro, al le decía que debía ir en su búsqueda.

En todo el lugar solo se veía una fuerte luz. Asombrado de ver como la sala era ahora mucho más grande de lo que realmente era. Había mesas alrededor llenas de comidas y bebidas diversas; al centro de todo, se encontraba un hombre gordo con una túnica parecida al anterior espectro. Ambos parecían la misma persona y a la vez eran dos distintas. Necesitó parpadear un poco porque ese espectro expelía una brillante luz, mucho más de la que el anterior espectro emitía, una luz natural naturalmente. Éste era mucho más alto y bastante gordo, estaba seguro de que tenía al menos unos tres metros y medio de altura.

— ¿Tú me mostraras algo de mi presente? ¡Oh magnifico espectro! —Ernest habló sin malicia, pero algo cansado emocionalmente.

—Así es, te mostraré el presente y espero que disfrutes del viaje.

El espectro se rió de sus palabras y lo instó a que se sujetara de su túnica. Es así que juntos caminaron por la puerta de salida para dar a la calle sin tan solo haber bajado por las escaleras.

Notó que era la Nochebuena, entonces comprendió que realmente había hecho un viaje al pasado con el anterior espectro. Se estremeció al darse cuenta lo poderosos que eran ellos ya que podían modificar el tiempo sin ningún problema.

Centrándose en lo que el espectro le mostraba, observaba algo desconfiado todo a su alrededor. Veía como todos corrían de un lado a otro saludándose, otros cantaban en las esquinas. Ernest no estaba seguro de que esperar, solo se dejó llevar.

Caminaron por las calles sin ser molestados y la angustia solo se acrecentaba cada vez más a medida que iban avanzando entre las calles. Pudo ver a la gente que usualmente se le cruzaba, ellos eran sus vecinos de las otras oficinas y que jamás se había detenido siquiera a saludarlos a pesar de que ellos sí lo hacían. No estuvo seguro de cuanto caminaron, pero cuando llegaron a un barrio sencillo y tranquilo pudo ver que las familias si bien no eran pobres, no les sobraban mucho el dinero.

Ellos se detuvieron en una casa en particular, entraron en ella por la puerta sin que nadie lo percatara. El espectro tuvo que agacharse para poder entrar sin problemas; cuando estuvieron en un rincón, vio a una señora con dos niños que le hablaban sin cesar. Cada uno tendría unos 13 y 14 años más o menos y estaban arreglando la mesa para la cena.

— ¿A qué hora llega mi hermano, mamá? —Preguntó el menor— Nos aseguró de que estarían a tiempo.

—Lo sé, es tarde y lo más probable es que su jefe no dejó salir temprano a Rob, solo nos queda esperar a que lleguen para cenar.

Ernest supo que se refería a su asistente y se preguntó con quién llegaría. Una sensación extraña se asentó en su vientre, igual a como cuando se quedaba viéndolo sin que él lo notara. Secretamente disfrutaba verlo reír de la nada o como cuando tenía la mirada distraída. Estaba tan emotivo que temió ahondar en ese sentimiento que sentía.

De improviso la puerta se abrió y entró Rob quien traía a un niño unos 8 años en sus brazos y un par de muletas colgadas de uno de sus hombros. Se preguntó como hacía para cargar todo a la vez.

— ¡Mamá, Llegamos!

— ¡Rob! ¡Timy! ¡Al fin!

Los chicos gritaron saltaron felices a recibir a Rob mientras él les sonreía a cada uno y les pedía que dejaran que pusiera al niño llamado Timy y cómodo junto a la chimenea que crepitaba alegremente en la sala. Su madre le sonrió y besó la frente del niño y luego la de su hijo.

—Espero que mañana pases la mayor parte del día con nosotros —le regañó su madre con una sonrisa.

—Sí madre, aquí me quedaré.

— ¡Vaya! Así que ese hombre te dejó libre este año también para qué disfrutes de la Navidad ¡mis oraciones se dejaron escuchar en los cielos!

—Madre —la voz de Rob era suave y condescendiente.

—Hijo, ese hombre es un avaro que solo te esclaviza y recarga de trabajo hasta que casi desfalleces. Recuerda que hace unos meses caíste con fiebre y ese mal... hijo, ¡él no notó que estabas enfermo!

Ernest se asombró de escuchar eso.

« ¿Cómo era posible que Rob hubiera estado enfermo y no lo hubiera notado?» pensó, siempre tenía un ojo en su asistente y sí bien algunas veces lo veía cabizbajo no pensaba nunca que fuera por alguna enfermedad.

— ¿Fuiste a recoger a Timy dónde la señora Gragg? Supongo —preguntó. La voz de su madre era recriminatoria.

—Sabe que no iba a permitir que tuvieras a tres niños que atender con todo lo que tenías que hacer. La señora Gragg es viuda y solo esperaba que llegara a recoger a Timy para irse donde su hermana que vive solo a dos casas de donde vive.

La señora hizo un pequeño puchero y vio como Rob besaba en la mejilla a su madre mientras los niños estaban hablando y riendo al lado de la chimenea.

— ¿El pollo está listo? —su asistente mostró una radiante sonrisa al preguntar y su madre asintió y corrió a la cocina mientras gritaba que todos debían sentarse a la mesa.

Así lo hizo la familia entera, en la mesa. Todos ocuparon sus respectivos asientos mientras que Tim tomaba con sus manitas marcadas con cicatrices los cubiertos como todo un experto. Ernest sintió su pecho aligerarse al ver como los niños interactuaban entre sí, bien podía decir que eran, a pesar de algo revoltosos, unos niños bien educados y muy entusiastas a la hora de cantar villancicos antes de comer y después de dar la oración.

Ernest pudo ver como un pollo y no el pavo tradicional, estaba delgado y muy chico era puesto en la mesa, aun así, fue recibido con gran entusiasmo por todos los comensales en especial por Timy, con su carita sonriente pedía el ala. El empresario no pudo evitar sonreír y disfrutó de todo lo que vio.

Rió con las ocurrencias de Timy, se notaba que era muy inteligente. Sonrió de la risa de Rob cuando uno de ellos decía algo gracioso y de la madre, quien traía una hermosa

sonrisa en el rostro. Estaba maravillado con esa faceta cariñosa y hogareña de su asistente.

— ¡Hagamos un brindis! —Alzó su copa la madre y todos hicieron lo mismo, los niños bebían sumo de frutas y Rob y su madre una cidra—. Que todo sea felicidad y amor en nuestras vidas, sobre todo de nuestros amigos y familiares.

—Y por la salud del señor Stroud —añadió Rob algo sonrojado. Los chicos se rieron y su madre lo miró entrecerrando los ojos para luego sonreír.

—Y por el señor Stroud que Dios y la navidad le den algo de sentido común.

— ¡Salud! —dijeron todos.

El espectro llamó su atención con un movimiento de la mano y cada vez que lo hacia el ambiente era más fraterno y más ligero. Entonces comprendió que él debía ser el espíritu de la Navidad presente. Sonrió al ver que su asistente siempre lo tenía presente y eso hizo que una sensación agradable le llenara el pecho. Después vio como Rob y su madre iban a la cocina y mientras limpiaban todo y los niños iban a la sala, ambos comenzaron a hablar.

— ¿Hijo, cuando será la próxima cirugía de Timy? —la pregunta de su la madre era de preocupación.

Una sensación de angustia se instaló en su pecho.

—Me falta unas cuantas libras más para completar el monto total. El dinero que da la fundación de quemados no es suficiente, pero al menos ayuda mucho. No me quejo del señor Stroud, él, me paga muy bien; sin embargo, temo pedirle un adelanto, mucho más un préstamo. Así que tendré que esperar un poco más para poder pagar esa cirugía.

—Ese avaro —su madre alzó la mano para acallar a su hijo—. Lo siento Rob, pero ese hombre no merece tus atenciones. ¿Crees que no sé lo guardas en tu armario? Y no me

refiero a tu sexualidad —le habló su madre con una sonrisa—. Pierdes el tiempo pensando en que ese hombre cambiará o se dará cuenta de algo. Estoy segura de que no sabe que existes salvo, claro está, cuando necesita para dejarte más trabajo. Deja eso por la paz, hijo.

—No puedo, mamá. El señor Stroud es una persona incomprendida y altamente exigente en su trabajo. Por favor, no hables mal de él. Sobre el dinero, prometo pasado mañana pedirle un adelanto ni bien entre a la oficina y que sea lo que Dios quiera.

—Solo espero que no te eche del trabajo. Timy realmente necesita esa operación, sabes que no podrás costear otra infección y que él no la resistirá.

Ernest quería gritarles que no sucedería, que si Rob hubiera dicho algo, hace mucho le hubiera dado el dinero para esa operación.

Miró hacia el espectro y temió nuevamente.

—Espectro, dime por favor, ¿es que acaso no hay ninguna fundación que ayuda a las personas quemadas a poder salir adelante?

—Sí, pero es algo estúpido, no sé para qué lo hacen. Es una pérdida de tiempo y dinero si de todos modos no vivirán ¿para qué gastar dinero en algo que está perdido? Que sus madres o familiares se hagan cargo de todos los gastos. Si esos niños están quemados es por su irresponsabilidad —la voz del espectro era déspota y fría. Por un instante toda la luz y la calidez habían abandonado su cuerpo para dar paso a algo terriblemente cruel.

Sin embargo, sus palabras era solo un eco de lo que él mismo les había dicho a esos hombres que fueron a pedir dinero para ayudar a los niños quemados. En ese momento, sintió que sus entrañas quemaban por el arrepentimiento, él pudo haber ayudado a muchos niños como Timy y no lo hizo.

— ¡Por favor! Dime espectro, Timy se salvará, ¿verdad que sí? Él será operado y no tendrá mayor complicaciones... dime querido espectro, ¡dime!

—En la mesa veo un espacio vacío y las muletas a un lado de la chimenea sujetas con un listón negro. La familia se ve triste, su padre llorar inconsolablemente y se lamenta no haber podido recibir ese adelanto.

— ¡Pero se lo daré! ¡Lo juro! Lo ayudaré en todo para que su hijo se salve, por favor espectro, dime que él se salvará ¡dímelo!

Sin embargo, el espectro no dijo nada, se dio la vuelta indolente a sus ruegos. Inmediatamente lo llevó a otro lugar. Esta vez, el barrio era distinto, era un poco más acomodado, pero igual de sencillo y acogedor. Se acercaron a una casa que reconoció inmediatamente como la de su sobrino Ted.

Esta vez sabía que entrarían sin que nadie lo notara y pudo ver que adentro estaban los familiares de la esposa de su sobrino. Él estaba trayendo viandas a la mesa, una de las hermanas de su esposa llevaba un delantal y ayudaba a preparar la mesa para la cena. La esposa de Ted estaba sentada de espaldas sin moverse, Ernest, le disgustó que no hiciera nada para ayudar a la familia en ordenar la mesa.

— ¡Estamos retrasados para la cena! —Gritó un hombre que vagamente reconoció como el esposo de la hermana que estaba ayudando.

— ¡Entonces la próxima vez, no tardes en llegar! Te estas pareciendo a Nest, trabajas sin descanso y eso no es bueno —dijo una chica regordeta sentada a un lado de la mesa en clara alusión al monstruo de un lago muy conocido.

— ¡Oye! Eres una de mis cuñadas favoritas, pero no permito que hables mal de mi querido tío Nest —escuchó a su sobrino decir con cariño en su tono de voz.

Todos rompieron en risas y la festividad continuó. Ernest entendió que para ellos era un monstruo como el del lago famoso. Una tristeza llenó su corazón, pero no culpó a su sobrino, él merecía ser llamado así. Vio como todos comieron y rieron en la mesa mientras disgustaban los ricos potajes que estaban servidos. A la hora que llegó el brindis, su sobrino se levantó y alzó su copa.

—Querida familia, quiero agradecer que todos estuvieran aquí.

—Faltó uno —volvió a hablar la gordita que en ese momento estaba mirando el asiento vacío en la mesa donde estaba puesto un plato sin servir. Ernest se preguntó quién era ese alguien que faltó.

—Tenía la esperanza que viniera —dijo su sobrino con un tono de triste y por primera vez su esposa habló.

—Ya deberías saber que tu tío no vendría, deberías dejar de hacer que Cris llegue tarde a la cena con el pretexto de dar tiempo a que tu tío que aparezca.

Ernest vio cómo su sobrino se sonrojaba un poco y las hermanas de su esposa reían igual que el marido que tenía una sonrisa de medio lado. Ese gesto lo llenó de una sublime sensación y se prometió nunca faltar a una Navidad con su sobrino.

Sin más dilatación todos brindaron y su sobrino brindó a su salud. Luego hicieron algo que le sorprendió, todos comenzaron a jugar charadas y cuando le tocó turno a la esposa de Ted, ella se levantó con mucha dificultad dándose cuenta de la razón por la cual había estado en su asiento casi sin moverse.

Ella llevaba una prominente barriga que mostraba un embarazo casi a término. No pudo evitar el sollozo que soltó al recordar cómo había sido tan duro con su sobrino al hablarle sobre que ella lo descuidaba a él y a su hogar.

Unas lágrimas surcaron su rostro mientras veía como la familia se divertía junta. Incluso pudo reconocer varias de las respuestas al juego, pero él al ser solo una aparición al lado del espectro, no le quedaba más opción a ser un espectador más.

—Seré un hombre nuevo —aseguró Ernest con convicción en la voz—, espectro, lo seré. Espera y veras.

Vio como el espectro le sonreía tristemente y todo se volvió negro.



Llegada del Tercer Espectro

Esta vez despertó mucho antes que sonara el despertador.

Eran las 11.45 de la tercera noche y su corazón sangraba del dolor que sentía. El último espectro vendría por él en cualquier momento al sonar el reloj nuevamente; sin embargo, no sabía que podría mostrarle y se puso a pensar en las opciones.

Si el primer espectro representaba al pasado y el segundo al presente. Entonces el siguiente debía ser el que le presentara el futuro. Un alivio cruzó su ser al saber que vería los cambios que estaba pensando hacer en su vida. Sobre todo con Rob, era incomprensible no saber nada de él ni porqué su sobrino no le dijo sobre el embarazo de su esposa.

Estaba pensando en lo que había visto cuando el sonido de su reloj lo trajo brusco a la realidad y sin esperar más, saltó de la cama como si hubiera sido expulsado por un resorte. Ansioso no esperó y fue a abrir la puerta de su habitación sin esperar nada. Al hacerlo tuvo que detenerse en seco al ver que tras la puerta solo se veía negrura y un silencio sepulcral que le erizó la piel.

De pronto, esa negrura comenzó a moverse como si un remolino comenzara a formarse y tuvo que dar dos pasos atrás mientras el remolino tomaba forma. Una forma que hizo que tragar fuerte mientras su piel se erizaba.

Delante de él, apareció un hombre muy alto con lo que calculaba eran dos metros de altura. Vestía una capa le cubría parte de la túnica y de la cara solo dejando ver únicamente la boca que tenía unos finos y delgados labios. Mientras el primer espectro era fresco y lo hacía sentir tranquilo, el segundo era todo intensidad y felicidad. Éste era muy distinto, tenía un aura negra y fría que al sonreír mostró unos dientes muy blancos dejando ver unos colmillos que sobresalieron como si fuera un vampiro.

No pudo moverse aunque su vida hubiera dependido de ello. Cuando tuvo la fuerza y valentía para hablar, lo hizo y notó que su voz le temblaba.

— ¿Representas al futuro, espectro? —preguntó lo obvio.

El espectro volvió a sonreír maliciosamente y asintió, luego le extendió una mano delgada y muy blanca. Cuando Ernest iba a sujetarla, éste la retiró y mostró el camino por la negrura. Solo le quedó al empresario respirar hondo, sujetarse de la capa del ente y dejarse llevar.



Después del ya familiar mareo y desorientación, se vio nuevamente en la calle que daba a su oficina. Al llegar a la puerta cerrada se extrañó, deberían estar atendiendo. Sin prisa entraron encontrándose con que en todos lados había cajas como para una mudanza. Ernest pensó que debió haber alquilar otro lugar donde Rob posea su propio espacio cómodo para trabajar. Se avergonzó que nunca le diera una oficina a pesar de que la merecía. Justificó su actuar de no darle la oficina de James porque era un depósito y archivo a la vez.

La apariencia del lugar era lúgubre y más frío de lo normal. Parecía que nadie estaba en el lugar, pero por alguna razón el espectro no se movía así que decidió esperar.

Un suave llanto se escuchó a lo lejos, sin opción a preguntar o averiguar nada, el espectro caminó hacia la salida y Ernest no tuvo más remedio de salir con él. Ambos caminaron por la calle en dirección hacia donde su apartamento quedaba y antes de llegar al edificio voltearon a un lado de la calle, el espectro mantenía la mano alzada mostrando el camino hacia dónde debía ir.

Ahora seguían a dos personas que caminaban rápido hasta una de las tiendas de objetos empeñados, una tienda de mala muerte que traía muy mala reputación al arte de prestar dinero. Esas dos mujeres entraron y hablaron con el dependiente.

—Cuanto me da por esto. No son finas, pero algo deben costar —dijo la primera mujer.

—Yo quiero saber cuánto me da por este juego de té, sé que no es muy caro, pero también valdrá algo —añadió la segunda mujer.

Ernest no podía acercarse mucho, ya que temía soltar al espectro de la capa y no poder seguir viendo que sucedía.

—Así que por fin nos dejó —dijo el dependiente con una sonrisa malsana en la cara—. Ya era hora que ese muriera, les aseguro que nadie lo echará de menos.

Los tres rieron y a Ernest le indignó que rieran de alguien que hubiera muerto. El respeto por los muertos era algo que siempre tuvo presente, aunque su respeto era no pensar en ellos, jamás pensaría en burlarse de nadie que hubiera pasado a mejor vida. Quiso preguntar quién era el difunto, pero el espectro caminó rumbo a otro lugar.

Rápidamente llegaron a su apartamento un aire helado la atrapó y lo hizo temblar de pies a cabeza. En la entrada había un gran lazo negro, signo de duelo. Ernest tragó fuerte y cuando al fin pudo decir algo, su voz salió nerviosa y sonaba casi histérica.

—Querido espectro, por favor ¿por qué estamos aquí? ¿Es que alguien murió? ¿Era uno de los inquilinos de mi edificio?

Otra sonrisa maligna salió del espectro y caminó en dirección al interior del edificio. Subieron las escaleras mientras Ernest temblaba, al detenerse en la puerta que daba a sus habitaciones la puerta estaba abierta, logrando ver que su recámara estaba casi vacía. No había nada, incluso las cortinas no estaban, solo vio su colchón en el suelo donde había un fardo con alguien envuelto en sábanas aparentemente sucias.

— ¡No! ¡Por qué me muestras esto! —gritó llorando Ernest mientras el espectro seguía con su sonrisa de lado— No te daré el gusto, ya había jurado cambiar, pero ahora lo haré mucho mejor de lo que había planeado. No permitiré que ese sea mi fin. ¡No lo haré! Por favor querido espectro, dime si hay algo que fallé en mi intento de mejorar todo, te lo ruego ¡dímelo!

Cuando iba a soltarse, todo cambió.

Al abrir los ojos luego del mareo ya conocido, vio con horror que estaban caminando por un sendero, un sendero que sabía dónde dirigía. Ernest lloraba mientras era prácticamente arrastrado. Al entrar sortearon las tumbas hasta llegar frente a una.

Esa era su lápida y para su desdicha leyó con lágrimas el epitafio.

Ernest Stroud

“Un hombre que no fue comprendido”

De pronto, una música sonó en el ambiente y cuando alzó la mirada pudo ver que había caído de rodillas ante su tumba. La mano que tenía libre estaba en puño sobre la tierra donde bajo ella sabía que estaban sus restos. Observó al espectro con horror que estaba emitiendo una risa siniestra, casi era una carcajada en toda su medida mientras tocaba un violín que no sabía de dónde había salido; a su vez, éste se balanceaba lentamente al compás de la melodía.

Una melodía que conocía muy bien.

“Canción de Navidad de Nat king Cole”



Despertar y vivir

Un desgarrador grito despertó a Ernest.

Agitado y con un dolor terrible no solo en el cuerpo sino que en la garganta fue lo que se dio cuenta de que el grito había sido suyo. Traspirando y con los ojos cargados de lágrimas notó que estaba llorando desconsoladamente. El frío que sentía lo hacía temblar incontrolablemente aunque él sabía que era una mezcla de terror y desolación.

Ernest se sentó al filo de la cama y puso sus manos a ambos lados de su cabeza, apoyó los codos en sus rodillas e intentó respirar varias veces a fin de calmarse, pero por alguna razón no podía.

« ¿Todo había sido verdad o era un sueño?» Se preguntaba una y otra vez.

Observó asustado que una de sus manos estaba sucia.

Cerró los ojos por un momento, realmente no importaba si fuera verdad o mentira todo lo que pasó en esas tres noches ya que Ernest había jurado y decidido que iba a cambiar su vida. La mejoraría y no solo eso, sino también las de todos los que de una u otra forma estaban vinculadas con él; sin embargo, temía que la muerte regresara para cobrar con su alma todo lo malo que había hecho en la vida.

Temió que eso sucediera, él quería solucionar todo lo malo que había hecho, necesitaba una oportunidad, una que no desperdiciaría y se encargaría de llevar felicidad a todos los que se cruzaran en su camino. Eso ya estaba decidido. Solo necesitaba convencer al ángel de la muerte de ello cuando llegara para él.

A pesar de que sentía miedo y miró hacia el reloj. El reloj daba las 11.40 de la noche y decía que era 24 de diciembre. Asombrado de no haber recordado que su reloj marcaba

también la fecha, sonrió y la agitación que sintió en su pecho lo hizo sentirse vivo. La esperanza y dicha que sintió por primera vez en su vida lo animó con mayor ahínco a ser mejor persona.

— ¡Todo había pasado realmente en una sola noche! Oh benditos espectro que me dan la oportunidad de resarcirme ¡gracias! ¡Muchas gracias! No los defraudaré ¡se los juro queridos espectros, no los defraudaré! —habló Ernest como si hubiera perdido la razón mientras sonreía y repetía sin cesar “gracias” con las manos juntas en su pecho y temblaba de felicidad.

Se levantó rápido de la cama, corrió al teléfono celular que guardaba en su abrigo y llamó a la tienda de catering que tenía en la agenda.

—Buenas noches. Soy el señor Ernest Stroud —dijo a quien le había contestado con voz animada—, deseo que lleven la cena más fabulosa que hayan hecho al señor Robert Caulfield —calló un momento mientras escuchaba lo que le argumentaba quien le respondió—. No, no me puede engañar. Sé muy bien sobre sus cenas de primera que siempre tienen listas para clientes inoportunos como yo que desea todo a última hora. Les pagaré el doble si llevan todo de inmediato, personalmente les cancelaré la factura el día de mañana cuando me acerque a sus oficinas —hizo otra pausa escuchando los datos y sonrió satisfecho por la lista que conformaba la cena—. Sí, está perfecto. Espero que esa cena de Navidad sea llevada, repito, lo más pronto posible. Está demás decir que no deseo que se sepa mi nombre en la nota de envío —hizo otra pequeña pausa y añadió—. Excelente, lleve todo a esta dirección —Ernest dictó las indicaciones de cómo llegar a la casa de la madre de Rob, la cual sabía de memoria.

Desde que Rob entró a trabajar en su oficina supo que debía saber de memoria los datos de la persona que se tendría que contactar en caso de emergencia; sin embargo, no averiguó más, no preguntó nunca su estado civil o si tenía familia, solo verificó sus

referencias y nada más. Ahora sabía que tenía un hijo y aunque no sabía si existía una señora Caulfield, se juró a sí mismo que haría todo para él y su familia.

Cuando colgó, corrió a cambiarse de ropa. Se puso lo mejor que tenía en su guardarropa, no se bañó, no tenía tiempo, solo se lavó y rogó llegar a tiempo.

En menos del tiempo que él esperaba estaba ya en la calle tomando un taxi y algunos minutos después llegó a la dirección donde deseaba estar. Bajó y tocó el timbre. Casi de inmediato abrieron la puerta y su sobrino se quedó mirándolo con la boca abierta. Sabía que eran pasadas las doce, pero esperaba que compartieran aunque sea el postre con él. Su sobrino que por un momento estaba petrificado, de pronto dio un grito de alegría y sin importar que fueran ya unos adultos, lo abrazó y saltó de alegría como cuando era niño y lo veía llegar de visita.

Ernest lo abrazó con algo de torpeza y se dejó arrastrar al interior de la casa. Cuando estaban dentro, todos estaban asombrados al verlo entrar al comedor. La esposa de su sobrino mostrando su avanzado embarazo. Ella al salir de su asombro sonrió dándole la bienvenida. Él los felicitó por el próximo nacimiento del bebé y le resonó por no haberle comunicado nada al respecto.

Esa fue la primera Navidad en mucho tiempo en el que Ernest se sintió feliz, feliz de corazón. Aunque faltaba aún mucho más para hacer y reivindicar, todo sería distinto a partir de ahora. Esa noche fue entretenida, todos jugaron, incluso él lo hizo con algo de torpeza algunas veces, pero a nadie le pareció importarle, solo disfrutaron del momento.



A la mañana siguiente, se levantó mucho antes que el amanecer se hiciera presente e hizo varios arreglos por teléfono a pesar de la hora inoportuna. Uno de esos arreglos fue levantar a su barbero personal y citarse con él en su salón antes de las siete de la mañana.

Cuando salió del salón de su barbero, lucía totalmente diferente, si bien tenía un poco de sobrepeso —que esperaba cambiar en cuanto se inscribiera en el gimnasio e hiciera cita con su médico y un nutricionista— esperaba que su apariencia hubiera mejorado mucho. Al menos eso fue lo que dijo Nelson, su barbero, cuando lo dejó verse al espejo.

—Señor Stroud. Si me permite el comentario, está usted impresionante.

Sonriente, se en rumbó a hacer lo siguiente en su lista. Así pasó todo el día y parte de la noche muy ocupado realizando cambios importantes en su guardarropa, en su apartamento y sobre todo para su oficina. De que servía tener millones en cuentas bancarias ¿si iba vestido como mendigo? Sonrió al ver su cama llena de ropa que si bien no era para un muchacho, ya que él no lo era, esa ropa lo haría verse mucho más joven y muy distinto. Quizás ahora, sí aparentaría sus casi 45 años y no los 55 o hasta 60 que a veces le echaban. También vio una maleta llena con cosas que había comprado aparte y que esperaba que cuando se la diera a esa persona, éste lo aceptaría sin ningún problema.

Sonrió al pensar en el rostro de Rob cuando le diera esa maleta, eso hizo que sus latidos del corazón se aceleraran y como si fuera un adolescente a punto de ir a su primera cita, escogió con detenimiento lo que se pondría para su primer día de trabajo en su nueva vida.

Al día siguiente, llegó a su oficina antes de las nueve. Miró a todos lados y revisó que los controles de la calefacción estuvieran apagados y sonrió. Como si fuera un chiquillo que acababa de cometer una travesura, casi corriendo, fue a sentarse en su sillón tras su escritorio y esperó a que Rob llegara. Viendo a su reloj cada cierto tiempo dio un respingo

de anticipación en cuanto dieron las 9.15 a.m. Con precisión inglesa, escuchó la puerta abrirse y los pasos de su asistente entrar apresurado.

Siempre el día siguiente de Navidad, Rob llegaba quince minutos después. Él nunca se los había descontado, así como nunca había hecho nada en contra de su asistente. Salvo matarlo de frío y no preocuparse por su bienestar.

En cuanto escuchó que ya estaba cerca de llegar a su oficina privada, volteó el sillón para que él no lo vea. Por fortuna ese sillón era muy alto y ancho, lo que le facilitaba las cosas.

—Lo siento, señor Stroud, se me hizo algo tarde —escuchó la voz agitada de Rob.

—Siempre llegas tarde en esta fecha. Espero que no se te haga una costumbre —dijo intentando que su voz sonara severa y déspota como siempre, aunque estuviera aguantando la risa.

No volteaba su sillón por varias razones. Una, porque no quería mostrar su nueva apariencia, no aún. Dos, quería darle la privacidad y comodidad necesaria para que Rob le pidiera ese adelanto. Sabía qué de ese modo podría obtener la valentía para que él hablar.

—Señor Stroud —habló luego de un breve silencio—, sé que hay muchas prioridades en la oficina y que usted... bueno, yo quería preg...

—Al grano Rob, o nos cogerá toda la tarde.

Sonrió Ernest al escuchar como tragaba fuerte. Era malo hacer que el pobre asistente sufriera de esa manera, pero quería darle un poco de dramatismo al momento. Se sentía juguetón por primera vez en su vida y no podía negar que estaba disfrutando a costas de él, pero no era por maldad, sino que necesitaba que hablara o sus planes no saldrían como él deseaba.

—Señor Stroud, quería pedirle un adelanto, realmente es sobre dos adelantos. Le aseguro que se le devolveré hasta el último penique.

—No, no le daré nada de eso —respondió casi al instante que terminó de hablar y sonrió. Deseaba decirle tantas cosas, pero tenía que esperar solo un poco más—. Ese préstamo del que intenta disfrazas cómo adelanto no se lo daré. No, lo siento, pero...

—Por favor, señor Stroud, se lo suplico.

La voz de Rob estaba al borde del llanto y eso significó el fin de su puesta en escena. Dio la vuelta al sillón y vio como Rob tenía la mirada abajo y justo estaba limpiándose el raballo de uno de sus ojos con sus guantes que traía puestos.

—Deje que termine de hablar, Rob, ya sabe cómo detesto que no deje que hable completo —su tono de voz era mucho más bajo del que usualmente usaba. En ningún momento su asistente alzó la mirada, incluso, le pareció que tembló al escucharlo—. No le daré el dinero que me pide, porque yo me haré cargo de los gastos de la cirugía de Timy y no pienso cobrarle nada. Ya hice los arreglos con un doctor a quien una vez llevé sus inversiones. Él me quedó muy agradecido, así que se podría decir que me debía un gran favor por el par de millones que le hice ganar. Ayer hablé con él y aceptó operarlo de inmediato e incluso hoy debe estar llegando de América en el vuelo nocturno ya que le pedí que viajara lo antes posible y aceptó sin demora alguna.

Ernest hubiera soltado una carcajada de no haber sido serio el asunto que ambos estaban tratando. El rostro de Rob era toda una historia cuando la alzó y lo quedó mirando con esos hermosos ojos puestos en él. Su expresión pasó de la angustia al asombro y luego a una extraña expresión.

—Señor... ¿cómo? Usted... sabe... de Timy... su apariencia ¿señor...?

Inmediatamente Rob bajó la mirada y se mordió los labios. Ernest sintió esa misma sensación en la piel cuando lo miraba, solo que ahora ya se daba cuenta del significado de sus sentimientos.

Deseo.

—Me corté un poco el cabello y me quité la barba de náufrago —le respondió sintiendo como una media sonrisa se dibujaba en su rostro— Parezco otra persona porque mi atuendo es distinto al que siempre traigo.

Se acercó a su asistente que claramente estaba nervioso, le tomó de la barbilla alzando su cara para que ambos se miraran. Con satisfacción vio como Rob se perdía en su mirada. Sin pensarlo dos veces bajó la cabeza y tomó los labios de su asistente el cual solo emitió un gemido y se abandonó al beso como si toda su vida hubiera estado esperándolo y ahora disfrutaba a plenitud.

Fue una descarga eléctrica la que sintió y deseó que hicieran el amor en ese mismo momento. Sentir como el cuerpo más delgado aprisionado entre sus brazos vibraba y sentir las manos calientes en su espalda a pesar de tener los guantes, hizo que quisiera gritar de felicidad.

« ¿Hace cuánto tiempo que no tenía a un hombre en sus brazos de esta forma?» pensó por un instante mientras su lengua exploraba la cavidad ajena con deleite y disfrutaba de los suaves sonidos que soltaba Rob mientras Ernest saqueaba su boca y sus manos exploraban el cuerpo de su asistente.

Era mucho tiempo, aun así era la primera vez que sentía tan intenso un encuentro con alguien y era maravilloso. Cuando rompieron el beso, sonrió al escuchar el quejido de protesta de Rob, ambos se quedaron mirándose por un momento y Ernest quiso llorar. No sabía por qué ni de qué, solo quería llorar y reír a la vez.

« ¡Dios, desde cuando Rob se siente así por mí! ¿Y por qué no me había dado cuenta?» pensó maravillado al ver aquel rostro iluminado por el asombro y la dicha. Sus labios hinchados lo hacían verse celestial y la erección que presionaba contra la suya decía que quería más que un simple beso.

Punto aparte era esa deliciosa mirada y la expresión que tenía dibujada en el rostro que deseaba descubrir, pero no ahora, ya habría oportunidad de eso.

Todo a su tiempo.



Epílogo

La Navidad del año siguiente

Risas y conversaciones se escuchaban en la planta baja. Ernest estaba en la cama envuelto en las sábanas sin desear levantarse, pero sabía que debía hacerlo ya que en la planta baja estaban todos esperando a que bajaran, aun así él no deseaba moverse. Eran las 6 de la tarde y había pasado desde el mediodía hasta ese momento en la cama.

Rob y él habían llegado al medio día de Houston junto a Timy, el hijo adoptivo de su asistente, amante y sobre todo compañero de vida. Rob el día que hablaron por primera vez del niño, le había contado su triste historia y no pudo evitar lamentarse por lo mal que se había comportado cuando esos hombres habían ido a pedir ayuda para niños quemados la Navidad pasada.

Timy era uno de esos niños que habían sido abandonados hacía mucho tiempo y que por destino Rob había conocido. Inmediatamente pudo adoptarlo e hizo lo mejor que pudo para intentar curarle las quemaduras de las piernas y las manos. El año anterior, estuvieron en América por casi seis meses entre la recuperación y terapia para que pudiera caminar sin problemas y este año fue un mes completo, en esta ocasión la intervención que fue estética.

La mamá de Rob y su sobrino los habían estado esperando en esa gran casa que compró para que vivieran todos juntos. Era una especie de mansión, Timy decía que era un castillo medieval. Sabía que era una exageración, pero Ernest quería que todos vivieran juntos y como él tenía más dinero del que pudiera gastar en muchas vidas convenció a todos para compartir semejante lugar. Pero él iba a aceptar si ellos no hubieran querido verlo seguido.

¡Ja! Dijo el destino, casi siempre compartían todo y como los gemelos de su sobrino ya caminaban, mal, pero lo hacían por todos lados la gran casa, todo se volvía un real loquerío cuando los hermanos de Rob y el mismo Timy se juntaban a jugar.

Un loquerío que Ernest amaba profundamente.

—Debemos bajar... —habló Rob adormilado— creo que quieren que ya bajemos, debemos ayudar a preparar la cena de Navidad.

—Olvidalo. Contraté al mismo servicio de catering que te llevó la cena el año pasado y esta noche iban a traer todo, seguro que el laberinto de gritos y ordenes que escuchamos es debido a las cajas de comida que están dejando.

Rob se sentó de improviso y lo quedó mirando fijamente. Ernest sonrió, le gustaba verlo despeinado y con expresión de haber hecho el amor hasta saciarse. Sin duda su culo lo sabía, aún estaba adolorido por la cogida monumental que le había dado Rob al llegar del aeropuerto en la privacidad de su habitación que ambos compartían. Amaba que él fuera quien tomara el control.

— ¡Entonces sí fuiste tú quien envió esa misteriosa cena a mi casa el año pasado! —tomó una almohada y se la aventó sobre la cabeza sin mayor fuerza— ¡Lo negaste! Lo hiciste varias veces y siempre dijiste que no sabías de lo que hablaba.

Ernest soltó una fuerte carcajada mientras dejaba que su amante se desquitara con la almohada, pero en una de esas le tomó de la muñeca y lo inmovilizó en la cama subiéndose a horcadas sobre él dejando el culo al aire y riendo fuerte.

—Eso no importa —lo besó al ver que iba a protestar, cuando cortó el beso ambos estaban jadeando y listos para una ronda más—. Lo que importa es que estamos juntos, el pasado siempre quedará atrás y solo lo evocaremos para no cometer los mismos errores ¿recuerdas que nos prometimos eso la primera vez que hicimos el amor? —Rob asintió,

estaba ruborizado por todo el jaleo que había armado— Entonces ya no importa esa Navidad. Fui antes de eso una mierda, lo fui con mucha gente y todavía no he podido disculparme con todos a los que ofendí, humillé y lastimé. Ahora solo quiero ser una mejor persona y creo que lo voy a lograr con tu ayuda.

—No eras malo, solo que nadie te comprendía.

Ernest sintió un nudo en el estómago ante esa declaración. Nunca comentó a nadie sobre esa extraña Navidad, nunca dijo nada sobre el fantasma de James en su apartamento ni mucho menos sobre la visita de esos tres espectros. No, él no diría nada ya que sabía que nadie le creería, así que solo se dedicaría a ser una mejor persona.

El movimiento de caderas de Rob bajo él hizo que volviera a la realidad y sonrió. Su joven amante era todo un semental y estaba asombrado que a pesar de la edad que tenía, Ernest, era como si su libido hubiera estado dormido desde la adolescencia y recién despertara. Aunque nunca recordó ser tan lujurioso como Rob.

—Móntame Erny, sabes que amo sentir tu peso sobre mí.

— ¿Me estas llamando gordo, mocososo? —le dijo entre jadeos, en ese momento estaba moviendo las caderas haciendo fricción con la erección ajena.

—No, has bajado 15 kilos y te vez como un treintañero caliente. Yo mismo estoy en la mitad de mis treinta y no me veo tan magnifico como tú —dijo jadeando fuerte Rob.

—Mentiroso... tú solo... —Ernest no pudo terminar la frase porque ahora Rob estaba trabajando en su culo. No era necesario, pero él no se oponía a sentir los dedos de su amante dentro de él.

No hubo más palabras, solo gemidos y caricias. Ernest en cuanto estuvo lubricado, montó a Rob como nunca antes lo había hecho. Con ambas piernas se impulsaba hacia arriba y luego se dejaba caer con todas sus fuerzas haciendo que Rob jadeara con cada impulso y

cada caída. Debido a los ejercicios que ahora hacía en su gimnasio personal, tenía la fuerza suficiente para mantener el ritmo por un buen rato. Pero en ese momento, por alguna razón ambos se miraron y supieron que el amor que había crecido en ellos era mucho más fuerte que nada lo que hizo que pronto sintieran la llegada de su clímax al punto máximo.

Ernest estaba en el cielo, su cuerpo se flexionaba a ritmo de su cabalgata y gotas de sudor aparecían en todo su cuerpo haciendo de la vista una erótica experiencia. Con un grito fuerte se corrió justo después que perdió el ritmo y salpicó a Rob hasta en la cara. Él con una fuerza del que ya estaba acostumbrado, lo volteó y bombeó en su culo rápido y sintió que bien podía endurecerse nuevamente.

Rob gritó fuerte su liberación mientras Ernest sentía que poco a poco la respiración volvía a ser normal. Ambos sonrieron al verse un desastre y su asistente se levantó y fue por una toalla para asearlo. Lo amaba cuando hacía eso, luego se fue al armario y sacó una caja entregándosela.

Algo confundido miró el tamaño algo grande, se sentó e intentó comprender que era lo que su amado le había entregado.

—Todos los años desde que llegué a Stroud y Marlow, en Navidad, compraba un obsequio para ti. La primera vez llegué con él a la oficina para dártelo por ser un buen jefe

—No lo era, cariño.

—Sé que eras un poco gruñón, pero me dabas un buen sueldo y si bien me matabas de frío o calor según sea el año, no me podía quejar porque sentía que nunca fuiste injusto conmigo —respiró hondo y continuó—. Aquella vez que te llevé el primer presente, escuché como le gritabas a alguien por el teléfono diciéndole que no querías recibir más obsequios por navidad. Que si querían agasajarte que sea por algún logro que hayas obtenido por las inversiones y no por una fecha insignificante.

Ernest hizo una mueca de dolor al recordar esa conversación porque la había tenido varias veces y no se sentía muy orgulloso de su actitud.

—Igual lo guardé y cada año compraba algo para ti sin falta. Mi madre lo descubrió y me retó a que debía o bien decirte lo que sentía, a lo que seguro me hubieras despedido, o bien me olvidaba de lo que sentía y ya no compraba más regalos.

— ¿Cuándo dejaste de comprarlos?

—Nunca. Hoy te entrego todos los que compré hasta el año pasado, unos son grandes otros pequeños, no son muy caros, pero sí significa mucho para mí que los tengas.

No pudo más, lo tomó de la nuca y lo acercó para un beso intenso y largo. Cuando se separaron ambos estaban sonriendo.

— ¿Y el de este año?

—Mañana, no seas ambicioso que aún no es Navidad.

Con una risa se levantó y corrió hacia la ducha, Ernest rió y comenzó a revisar paquete por paquete, soltando risas y emocionando a descubrir que era cada uno de los regalos.

Exactamente a las once y media de la noche bajaron muy presentables al gran comedor que ahora estaba arreglado para la ocasión. Todos estaban riendo y los aplaudieron cuando los vieron. Timy que ahora caminaba sin dificultad fue a sus brazos y le beso en la mejilla. Estaban todos en la mesa, su sobrino, su esposa, los gemelos que por alguna razón estaban muy despiertos y con la energía propia de la edad, ellos gimoteaban y reían; también estaba la familia política de Ted, la madre de Rob y sus hermanos.

Esa noche cenaron y rieron, fueron felices y Ernest se sintió que no merecía nada de lo que en ese momento tenía. Cuando ya todos se habían, Ernest llevó a su amante al salón

de baile que usaban los niños como salón de juego, en ese momento estaba ordenado con motivos navideños.

Sonriendo en todo momento, lo llevó de la mano al centro del salón y lo invitó a bailar.

—No hay música.

—Sí, la hay. Escucha nuestros corazones y verás que bien bailamos a su ritmo.

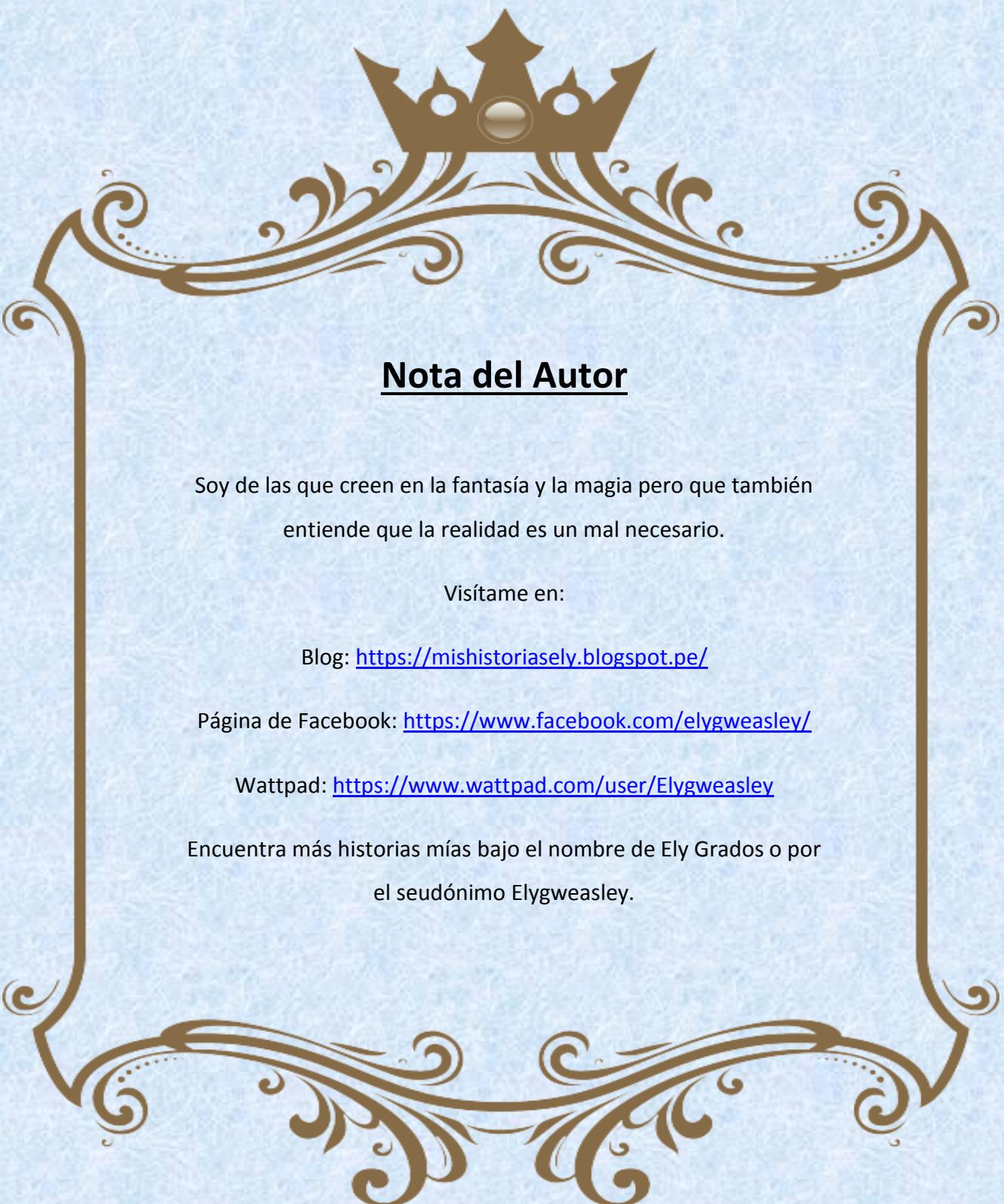
Ambos sonrieron y bailaron por un buen rato. Ellos eran felices y sin darse cuenta, un sonido de violín se escuchaba a lo lejos.

Afuera, en el jardín, sin que ningún ojo humano pudiera verlos se encontraban tres espectros, dos de ellos, uno joven junto a otro algo gordo y un poco gigante danzaban tomados de las manos al compás de la melodía que emitía el violín del tercer espectro. Éste, cubierto con su capa oscura mientras su violín soltaba las notas de una vieja canción de Navidad. El espectro mientras reproducía una hermosa melodía de su instrumento podía ver desde su lugar tanto a sus hermanos bailando como a la pareja que dentro de la gran casa bailaban ajenos a lo que ocurría en su jardín. Este levantó la vista y desde uno de los balcones, pudo ver a un niño pequeño que le sonreía.

Era Timy el único capaz de verlos en ese momento.

El espíritu de las navidades futuras le hizo una seña a modo de saludo y el niño movió una de sus manos respondiendo el gesto, luego se metió a su habitación. El espectro sonrió, pero ya no con malicia sino con satisfacción.

Satisfacción de haber logrado salvar a otra alma más.



Nota del Autor

Soy de las que creen en la fantasía y la magia pero que también entiende que la realidad es un mal necesario.

Visítame en:

Blog: <https://mishistoriasely.blogspot.pe/>

Página de Facebook: <https://www.facebook.com/elygweasley/>

Wattpad: <https://www.wattpad.com/user/Elygweasley>

Encuentra más historias mías bajo el nombre de Ely Grados o por el seudónimo Elygweasley.

Éxtasis



ANNE SCARLETT

Éxtasis



Anne Scarlett

*Dedicado a Andrea, Andy P;
gracias por engrandecer el mundo de Zach.*

— 1 —

Está en el bolsillo de mi camisa a cuadros. Es una bolsita pequeña llena de estrellitas color amarillo que tienen la sonrisa tallada; son estrellitas felices, como cualquiera de los que estamos en este mismo plató. Los latidos de mi corazón se aceleran cada vez que pienso en la probabilidad de que alguien llegue a ver todas las estrellitas: *¿Me creerán si les digo que son mentas?...*

—¡Diez minutos para entrar a escena, Blake!

Dice mi representante listo para entregarme la guitarra acústica.

—¡No cabe un alma en el estudio, hijo! —habla, rebozando de alegría, tiene en su rostro esa mirada que me recuerda la de un perro hambriento a punto de tragarse un filete fresco. No digo nada por temor a atragantarme todo el fijador que la estilista está aplicando en mi cabello negro, pero sigo pensando en estrellas y probabilidades...

Para ser un hombre corpulento con cara dura, Ben, mi representante, habla hasta por los codos. Aprieto los párpados sintiendo las gotas del fijador pegarse en mi cara. Escucho las palabras: *Tema musical, nuevo single, firma de autógrafos, gira promocional...* Mi corazón sigue latiendo un poco más rápido de lo habitual y un nudo se ha formado en mi panza, no estoy escuchando nada de lo que dicen, sigo pensando en la bolsita que llevo en el bolsillo. ¿Cuántos gramos hay en total? ¡Más de trescientos, eso es seguro!... Alguien llama a la puerta: *“Todo listo, después de este corte, Blake entrará en escena”*.

El calor invade mis mejillas. No es la primera vez que subo a un escenario, pero siento como si ese público de chiquillas fuera a tragarme vivo.

Los gramos de cada una de esas estrellitas amarillas pesan tanto que rasgarán el bolsillo de mi camisa y se regarán por el escenario, y me convertiré en el hazmerreír de todo un

país, posiblemente del continente. Entonces siento la mano de Ben sobre mi hombro y sus ojos astutos se quedan clavados en los míos:

—Estás muy distraído, hijo. No has puesto atención a lo que acabo de decirte.

—Claro que sí: Estabas apurándome para que elija el nuevo tema musical para la nueva temporada de esta estúpida serie —respondo poniendo los ojos en blanco.

—Eso, y la advertencia principal: Mantente alejado de Cheryl Electra. La detuvieron ebria en el lobby de un hotel por golpear salvajemente a una camarera. —Me mira preocupado y baja la voz—: Los productores van a cancelar su contrato.

No es noticia nueva, los productores cancelan el contrato de cualquiera que no cumpla con la cláusula: “Cero escándalos”. No es la primera cantante a la que la disquera manda a freír espárragos por no seguir el papel de niña buena.

Muevo la cabeza asintiendo a lo que dice Ben, siento su mano palmeando mi espalda para animarme un poco. Y de pronto dice:

—Cambia esa cara, Blake, eres un chico listo, estoy seguro que no vas a dejarte arrastrar por ese frenesí de pastillas, alcohol, sexo y heroína. ¿Verdad?

Sus palabras penetran en mi cabeza y mis pensamientos angustiosos se esparcen como un puñado de mariposas que acaban de ser liberadas. Ben tiene un sexto sentido para estas cosas, posiblemente lee las mentes de sus representados. ¿Sabe lo del paquete en mi bolsillo y está tratando de darme una advertencia?

—No. Claro que no, ¿cómo crees que voy a meterme esas porquerías? —respondo nerviosamente.

—Ese es mi muchacho... ¡Ahora sal a ese maldito escenario y róbate el show!

Ben me empuja, pongo mi mejor sonrisa, agito las manos cual reina de belleza, choco los cinco con el presentador del show. Los gritos de las fanáticas hacen que mi cuerpo se estremezca. Estiran sus manos hacia el escenario como si pudieran tocarme, algunas levantan sus pancartas decoradas con corazones.

Solo es otro tonto programa televisivo; pienso mientras las luces en el estudio se apagan y las luces me enfocan.

Mis dedos tocan las cuerdas de la guitarra, mis labios temblorosos se abren y muy despacio las primeras frases de la canción salen. Las primeras líneas hablan de sentimientos que se convierten en dulces palabras... *¿really?* ¿Cuánto le pagan a los que escriben estas canciones cursis?

Cuando estoy cantando, la bolsita que guardo en el bolsillo queda olvidada por un momento y enfoco mi atención en los sonidos alrededor.

Cierro los ojos y comienzo a cantar una vez más. Mi voz está ahí, también mis manos tocando la guitarra, pero nada de esto es real. Es televisión y aunque el programa está siendo transmitido en vivo, a los marionetistas se les ocurrió que era mejor ir a la fija y usar el *playback*.

Odio el *playback* tanto como a los marionetistas que mueven los hilos y me presionan con el contrato, sus abogados, sus amenazas, son gente controladora y sin escrúpulos, pero más que nada, odio a mis progenitores.

Es la noche del veinticuatro de diciembre y estoy en un estudio de televisión, fingiendo que canto para una teleaudiencia que no sabe nada de mí. Mis padres están en Paris, Londres o Madrid, no recuerdo bien dónde dijeron que iban a pasar las fiestas decembrinas. Cuando no están conspirando uno contra el otro, andan de gira por el mundo.

Los aplausos del público me animan. De manera inconsciente llevo la mano al pecho y bajo la tela del bolsillo siento que están las estrellitas. Sonrío y hago gestos encantadores a la cámara. Hay que sonreír y fingir todo es alegría, aunque por dentro esté destrozado.

Las personas piensan que ser una estrella de pop es genial y divertido. Pero a este lado del escenario, las cosas no son como parecen, si no te agarras firmemente caerás del tren y la presión te aplastará.

Comencé esta carrera a los diez años, cuando mis padres tuvieron la gran idea de inscribirme en uno de esos programas para niños talento. Mientras iba creciendo, la fama fue aumentando, de comerciales y apariciones esporádicas en series televisivas a mi primer protagónico en una película y ahora en la serie juvenil del momento, y también un contrato discográfico importante. Giras por Europa, Latinoamérica, Asia... ruedas de prensa, ensayos. No fui a la escuela como los chicos ordinarios, sino que estudié con profesores particulares que acomodaban sus lecciones a mi horario de celebridad.

—Con la voz que Dios te dio, no necesitas estudiar, cariño. Solo ponte a cantar, el mundo necesita escuchar canciones que hagan vibrar su espíritu —dijo mi madre cuando mencioné que quería ir a la universidad.

A los niños les preguntan qué quieren ser cuando crezcan. Nadie me preguntó, porque todo el mundo dio por sentado que esto era lo que quería hacer.

Pero este no era momento para pensar en el pasado. Quería pensar en el presente. Cerré los ojos para seguir cantando, para transmitir emociones a quienes estuvieran escuchando mis canciones.

Debo hablar seriamente con Ben y decirle que el compositor apesta y que no volveré a cantar "*Extraña confusión*" nunca más. Aunque el ritmo es pegajoso y estuvo varios meses en el TOP 10, me niego a seguir cantando esta canción tan tonta.

A veces imagino las caras de mis admiradoras si pudieran leer mi mente. La mitad de las veces estoy pensando en lo estúpidas que se ven idolatrando a un joven que no sabe qué hacer con su vida y cuyas respuestas están totalmente programadas por su agente y los productores, cada palabra que digo está ensayada, cada paso que doy está calculado, pero cuando canto mi mente está en cero.

Soy un producto, ni siquiera el nombre que están gritando y que decora sus pancartas es real.

Escucho los aplausos, sonrió feliz, una canción más y podré ir a casa; al apartamento que comparto con *Killer*, el perro pitbull que me obsequiaron los del refugio canino donde estuve el mes pasado filmando un programa televisivo.

No me gustan los perros, no tengo tiempo para mascotas, pero Ben dijo que aceptara y lo mantuviera un par de meses para hacerme quedar como un buen tío que ama a los animales. Recuerdo que dijo algo como:

—Te convertirás en una inspiración para los animalistas, especialmente para los más jóvenes, y eso significa más admiradores y gente feliz comprando tus discos. Tomaremos muchas fotografías e infestaremos con ellas las redes sociales, ¡Ya sé! ¡Sacaremos una canción sobre tu amistad con tu canino!

Sacudo la cabeza. *Basta de recuerdos*, digo para mis adentros. Cuento en mi cabeza las horas que faltan para los fuegos artificiales que anuncian el estallido de los besos y abrazos navideños. Entonces, una vez más vuelvo a pensar en las estrellas que guardo en el bolsillo, mi curiosidad despierta y comienzo a preguntarme a qué saben, cómo me sentiré cuando entren en mi sistema, cuánto durará el efecto...

No soy tan “virgen” en esto, he probado otras veces la maría, pero una cosa es un porro semestral tumbado relajadamente en el césped del jardín, escuchando música de The

Beatles, y otra es depender de las pepas a diario. *¿Y si me engancho a las estrellitas y termino como Lindsay Lohan?...*

¡Qué difícil es tomar una decisión de este calibre! Una parte de mi ser grita que lo haga para escapar de toda esta mierda, otra me dice: “No seas huevón, mejor tómate un somnífero y mañana estarás mejor”. Pero luego pienso en lo que Zach diría, ese jodido sabiendo me sacudiría con un: “¿Sabías que junto al cadáver de Heath Ledger había un frasco de somníferos? ¡Fue el mejor Joker que haya visto en el cine y el muy idiota decidió llenarse la barriga con pastillas!”

Zach, Zach, Zach, su nombre suena como un zumbido eléctrico en mi boca y me distrae por unos cuantos segundos. Ben me felicita, dice que lo hice muy bien, los productores están encantados porque no hubo error. Suspiro y doy un paso hacia los camerinos, mi mirada se cruza con la de Megan Robbie, la coprotagonista principal de la serie juvenil en la que actúo. Ella canta, estudia danza contemporánea y por supuesto: viaja usando su tiquete de estrellitas.

Me sonrío socarronamente, sabe que tengo el paquete en el bolsillo, porque ella lo puso ahí:

—Para la larga noche... —dijo dando palmaditas al bolsillo de mi camisa—. Satisfacción garantizada. Pero si algo sale mal, no te las di.

—Lo sé, no soy un soplón. ¿Y si lo dejamos para otro día?

—Hoy es una buena fecha. Tus padres son tan cretinos como mi madre, esa perra llamó para pedirme que pagara la cuenta de su spa. ¿Los tuyos qué te pidieron?... ¿Pasar navidad en Suiza?

—Creo que es Paris, pero no estoy muy seguro. —respondí y ella me miró con un dejo de comprensión.

Megan conoce casi todo acerca de mí, dice que somos dos alamas gemelas unidas por la soledad y la prisión de la fama. No le creo. En el fondo Megan disfruta de esta mierda, por eso sigue esforzándose en agradar a los productores y en perfeccionar su horrenda danza contemporánea; en cambio yo, cuento cada día que falta para mi cumpleaños número veintidós, cuando el maldito contrato con los titiriteros termine y pueda hacer la música que quiera, tener la imagen que quiera y tomar mis propias decisiones.

Cruzo mis brazos y miro la actuación de Megan, sus manos se aferran al micrófono como una garrapata se adhiere al pellejo de su víctima. Sonríe tontamente, y pestañea mientras le habla a todos esos fanáticos adolescentes que esperan su mensaje de esperanza. ¡Somos unos hipócritas! Les decimos que vivan limpios y no consuman, pero llevamos una semana preparando mi ritual de iniciación en el mundo de las estrellitas.

Doy media vuelta, sigo caminando por el estrecho pasillo entre bastidores, tropiezo con la chica del vestuario, una mujer delgaducha de nombre desconocido, Ben le grita: *"¡Fíjate por dónde caminas, muchachita!"*. Después me sigue hablando, ha recordado lo de la canción sobre mi afecto canino y sigue lanzando ideas para el vídeo del sencillo.

Levanto mis hombros. No me importa, quiero estar solo, ir a casa, ducharme, tenderme en la cama y ver algún programa estúpido. Detengo mis pasos pensando si Ramona, mi ama de llaves, pagó la cuenta del Netflix. Puedo quedarme sin todos los servicios de paga, excepto dos: Internet y Netflix.

Sin Netflix, Zach no tiene motivo para venir a mi casa y pasar la noche. Obvio que no vendrá a mi casa la víspera de navidad, posiblemente cenará con su familia y mañana irá a un festival, sin embargo para cerciorarme sacó de mi bolsillo el móvil y llamo a Ramona para preguntarle si mi cuenta de Netflix está paga:

—Pero si el *Netfis* es ese que paga su madre en *internet*, con eso que llama *pinpan*. —Me dice con su acento de algún lugar de Europa del este, es una mujer agradable recién llegada al país.

Aprieto los párpados cada vez que Ramona habla mal, hace que mis niveles de estrés se eleven y con malgenio le respondo:

—¡PayPal, Ramona, PayPal!

Ben levanta la ceja mirándome, hago una mueca y suspiro con tranquilidad. Ahora que sé que Netflix está pago, puedo tentar a Zach cuando se estrene la segunda temporada de *Stranger Things* para que pase la noche en mi casa.

Ben agita la cabeza reprobando mi berrinche. Nuevamente me pregunta si no me gusta la nueva ama de llaves. Le digo que todo está bien. ¿Cómo no va a estarlo si a Zach le fascina escucharla hablar?, podría hablarle acerca del *pinpan* de Ramona para escuchar a Zach reír, pero entonces tendría que pasar por la vergüenza de quedar como un idiota por no saber cómo se paga el servicio de Netflix, lo cual sería más divertido para él que la mala dicción de Ramona.

El teléfono vibra en la palma de mi mano: Hablando del rey de Roma y él que se asoma... *Zach*. Sonríe como un chiquillo frente a una tienda de caramelos al ver su nombre en la pantalla. Dejo que el teléfono vibre un poco más. Megan dice que responder en la primera vibración es de maniacos obsesivo compulsivos y no quiero ser catalogado como uno de esos.

—Te estoy esperando. ¿Vas a tardar mucho? —pregunta, su voz se escucha entre cortada, hay mucho ruido de fondo y no logro escucharlo con claridad.

—¿Esperándome? ¿Dónde? —mi corazón está acelerado. No recuerdo haber quedado con Zach en víspera de navidad.

—Estoy en la convención. Recuerdas que te dije por *Wasap* que estaría aquí y respondiste que si no tenías nada que hacer, podrías pasar por mí.

—¿Qué la convención no es mañana?

—¡Bzzz! ¡Mañana es navidad! Toda la gente tiene planes navideños, van buscar milagros de Santa, y los solitarios se dedican a atragantarse o a suicidarse... ¿A quién se le va ocurrir hacer una convención de comics en navidad? ¿En qué mundo vives?

Por el tono de voz que ha usado, sé que ha puesto los ojos en blanco y después ha sacudido la cabeza.

—¿Te espero? ¿Sí o no?

—Voy para allá...

Me despido rápidamente de Ben después de entregarle una nota que he garabateado para Megan. Lo siento por ella, pero nuestro ritual de iniciación en el mágico mundo de las pastillas con forma de estrella tendrá que posponerse... por vigésima vez.



— 2 —

Camino por entre una muchedumbre de personas disfrazadas. Esto de la convención es como un Halloween privado para frikis en plena temporada navideña.

Mi humor es similar al de un perro rabioso, llevo buscando a Zach hace un buen rato, su descripción de: “*Estoy vestido como el Doctor Strange*”, no ha sido de ninguna ayuda. No cuando veo muchos tipos y chicas vestidas como ese personaje de película nueva. ¿Por qué Zach no eligió algo más raro este año? Podía volver a usar el Pikachu del año pasado, pero no, esta vez Zach quería estar a la moda.

Entonces escucho la voz ronca de Zach y doy la vuelta para verlo discutiendo con Batman, Supergirl y Harley Quinn:

—Lo único bueno de *Suicide Squad* es el tráiler. ¡Gracias Warner Bros. por poner a un escuadrón de supervillanos que resultaron ser todo, menos villanos! ¿Dónde está la maldad? ¿la locura? ¿El desenfreno de la violencia que provoca que tus tripas se retuerzan?, es una película con un guion feo y aburrido —dice Zach muy seguro de sí mismo, sin importar la mirada molesta que le dirige el Joker de al lado, y la que pone la Harley Quinn—. ¿Qué?... Es tan mala que al salir del cine quería ir a que me devolvieran mi dinero.

—A mí me gustó la escena de Harley Quinn en el helicóptero —responde Supergirl— Margot se veía bien con su caracterización de Harley.

—¡Puff! ¡Solo por el maquillaje y ciertos movimientos! ¡Su locura se veía forzada y sus chistes eran estúpidos! —sigue hablando Zach— Entiendan esto, me gustaba la oscuridad clásica de DC, pero las últimas películas han sido feuchas, acéptenlo *Suicide Squad*, es vomitiva.

—Es difícil ser un fan de DC en estos días. —Harley Quinn parece bastante pesarosa debajo de su maquillaje blanco y los ojos oscuros, se ve muy parecida a la clásica Harley de la serie animada de Batman (la que Zach me obligó a ver durante el verano para tener de qué conversar cuando viéramos *Suicide Squad*)—. Mira cómo convirtieron a Harley en una rebelde adolescente ¡Qué putas! Quería que mostraran más de esa relación abusiva y tóxica, pero la aparición de Joker dejó tanto que desear.

—Lo de Joker fue un mero cameo. El Joker de Jared Leto no tenía como competir con el Joker que interpretó Heath Ledger. —Zach pone un gesto de indignación y añade—: Lo peor es que se atrevieran a compararla con *Guardianes de la Galaxia* solo porque también son una banda de criminales que de alguna manera quieren hacer el bien. ¡Deshonor para tu vaca!

Zach deja de hablar y agarra varias bolsas. Se despide y corre hacia donde estoy, sabe que no me gustan las multitudes porque temo que me reconozcan y los fan y paparazi arruinen la poca vida privada que puedo disfrutar.

—¿Quiénes eran? —pregunto curioso ayudándole a cargar algunas bolsas.

—Ah, otros fans decepcionados de DC. Comenzamos a conversar sobre las pelis mientras hacíamos fila para conseguir un autógrafo de Alan Moore.

No me sorprende, Zach es la clase de joven que entabla fácilmente una conversación con extraños, especialmente si los extraños visten traje de superhéroe y coleccionan DVD de *Star Trek*. Asiento para llevarle la idea, cuando está hablando de las cosas que le gustan parece un fanático religioso hablando del evangelio.

—¡Cielos! ¡Alan Moore es dios! ¡Tienes que ver lo que conseguí! —Abre una de las bolsas y saca un dibujo de una mancha de tinta bajo un fondo blanco, acompañada de una frase: “*A pretty butterfly*”; y el autógrafo de Alan Moore.

Observo muy bien sus facciones para asimilar su mal gusto, si me hubiera preguntado le habría ayudado a comprar un cuadro mucho mejor que esa fea mancha de tinta. Finalmente, asiento y lo felicito por adquirir esa obra de arte abstracto.

—No es una obra de arte abstracto —aclara usando su gesto de sabelotodo—. Es una réplica de una de las fichas del test de Rorschach usada en la novela gráfica de *Watchmen*. ¡Oh! ¡Tengo que prestarte esa! ¡Te va a encantar!

—O... ¿Podemos ver la peli en casa? —pregunto tentativamente, vi la película antes con Cheryl, cuando el estudio nos obligó a salir juntos durante una temporada para poner en los tabloides un tentativo “romance” de celebridades y promocionar su nuevo álbum.

—¡Bzzzz! La novela es mejor, además Alan Moore odia la película, y prometí no ver *Watchmen* contigo. Comienzas a quejarte porque no paro de comparar las pelis de con los libros, novelas o comics...

—¿Y viniste a la convención solo por el autógrafo de ese viejo con barba de rabino?... ¿Sabes? Si me hubieras dicho que lo idolatras hubiera movido mis contactos para que obtuvieras el autógrafo sin tener que hacer una larga fila. —Trato de cambiar el tema, no quiero discutir con Zach la víspera de navidad.

—¿Y perderme todo esto? ¡Bzzzz!... Además, no me gusta molestarte con ese tipo de cosas. Sé que estás ocupado con tu música. Por cierto, te vi en la tele hace un rato, el show ese que pasan por el canal de vídeos...

—¡¿De verdad?! —Zach no es aficionado al pop basura que hacemos en la disquera, a menos que sea parte del soundtrack de una película de ciencia ficción o esté cantando en japonés. Intenté obligarlo a ir a uno de mis conciertos, pero rechazó la invitación porque para él era más importante el capítulo de estreno de la nueva temporada de *The Walking Dead* que rodearse de fanáticas cantando mis canciones—. ¿Y...? ¿Te gustó mi canción?

—Pues... Estaba en la cafetería y cuando levanté la mirada vi tu rostro en la pantalla, pero no pude escuchar porque el volumen estaba demasiado bajo y en la mesa contigua había un grupo de *fujoshi* gritando porque vieron a una pareja de chicos haciendo cosplay de Spider-Man y Deadpool. Querían tomarle muchas fotos, e hicieron tanto escándalo que los del servicio tuvieron que pedirles que salieran, para cuando la camarera elevó el volumen ya tu canción estaba terminando. Lo siento.

Aprieto los labios y siento en mi lengua la sensación picante de las palabras no dichas cargadas con resentimiento.

—Si no estás cansado, ¿La cantarías para mí más tarde?, después de la cena —dice con interés fingido, sé que trata de animarme, lo hace todo el tiempo—. Mi madre ha venido desde Boston... Quiero que te conozca.

Me deja sin palabras, la idea de conocer a su madre me pone nervioso porque me gustaría causarle una buena impresión, supongo que cuando sepa que soy el cantante pop del momento va a hacerme un test para comprobar si soy un drogo. ¡Gracias al cielo no me tragué las estrellitas antes del show!... La madre de Zach es médico cirujana, es una mujer bajita con aspecto mediterráneo y cara seria, en ninguna de las fotos que Zach me ha mostrado sonrío. De pronto comienzo a balbucear:

—Entonces debo pasar por mi casa para cambiar mi ropa y...

—Así estás bien, —interrumpe—. Ella estará feliz porque voy a presentarle a un amigo normal. Le he hablado tanto de ti, que me ha dicho que te invite a cenar. ¡Y no aceptaré un no por respuesta! ¡Sé que no tienes planes esta noche y tampoco mañana!

Lo miro de reojo. Zach sonrío y añade socarronamente:

—Ni pienses que voy a tolerar la excusa de siempre: “*Tengo que ir a una de esas tontas fiestas del estudiooo*”. —Agita la cabeza y hace voz chillona al decirlo.

—No hablo así. No tengo acento infantil sureño... Pero está bien, ¡tú ganas!

—¡Banzaiiiiiiiii! —grita como es su costumbre cada vez que se sale con la suya.

Abro el baúl del coche para guardar ahí todos los paquetes de Zach. Debo acomodarlos cuidadosamente, no quiero los poster se doblen y luego se desquite golpeándome con ellos. Mis ojos observan el regalo que he preparado para él, es una cosa de esas de colección que tuve que encargar con dos meses de anticipación porque es una edición limitada y ¡vaya que hay frikis en este país!... Esta vez espero sorprender a Zach con un regalo de navidad que lo deje babeando. Cierro el baúl y subo al asiento delantero. Para entonces veo el destello de algunas cámaras fotográficas.

—Son paparazi, ¿verdad?

—Supongo, son unas cucarachas. Es el precio de la fama. —digo desalentado.

Zach se queda en silencio. Mira por la ventana como si quisiera distraerse. Pero cuando detengo el coche en el primer alto, pregunta:

—¿Qué crees que dirán cuando te vean acompañando a un tipo como yo?

La pregunta me sorprende. Zach nunca ha tocado el tema de nuestras notables diferencias.

—¿Qué van a decir? Somos dos amigos subiendo a un auto.

—Los cantantes pop no tienen amigos *frikis*. Esto puede dañar tu imagen y debí cambiarme al salir de la convención...

—Ahórrate el discurso. No es común que los cantantes pop recojan a sus amigos en una convención de anime, pero esta es mi vida privada y puedo tener los amigos que quiera, además los frikis están de moda desde que *The Big Bang Theory* ganó todos esos Emmy.

Zach guarda silencio una vez más, parece conforme con mi explicación. He tratado de mantener mi vida privada en absoluta reserva y él lo sabe, me entiende y me apoya. Los titiriteros dijeron que fuera reservado, y hasta que ellos digan lo contrario Blake no puede tener novia oficial, solo coqueteos con las celebridades que ellos elijan. Obviamente, nadie puede saber que soy homosexual.

Mi vida sentimental apesta. Zach me gusta, muchísimo. Pero para él solo soy su amigo “el normal”.

—¿Recuerdas cómo nos conocimos? —pregunta cuando paro el coche en el siguiente alto.

—Sí. Estaba huyendo de un grupo de fanáticas que querían arrancarme la ropa y me escondí en una tienda para otakus. Estabas vestido de mayordomo y las chiquillas gritaban como posesas: “Sebas-chan, Sebas-chan”. Estabas ocupadísimo regañando a un adolescente pecoso por decir que Superman era mejor que DragonBall.

—¡Bzzzz! Sigo pensando que Goku tiene mejor desarrollo personal que Superman...

Nos miramos de reojo y sonreímos.

Hundo el pie en el acelerador. En la radio suena una canción de Britney Spears.

—Recuerdo que te cubrías la cara con un manga de Ayano Yamane y te sonrojaste cuando caíste en cuenta que la página que tenías frente a ti estaba en una viñeta de escena sexual entre dos hombres. Tu expresión es algo que jamás olvidaré... —Zach soltó una carcajada—. Tiraste el tomo de Wiefinder como si hubieras hallado una cucaracha en su interior.

—En cambio yo nunca olvidaré que no me creíste cuando te dije que soy una celebridad del pop. Me insultaste llamándome “loco” justo al lado de mi figura de cartón, en la sección de música. Tuve que girarte para que vieras que el tipo de cartón y yo, éramos la misma persona...

Como las fanáticas se pusieron muy intensas tuve que pedirle asilo a “Sebastian” en la tienda otaku, para esconderme un rato. Tiempo después lo invité a un café, para agradecerle.

Fuera de las cámaras tiendo a ser silencioso y mis padres fueron tan sobreprotectores que grabaron a fuego en mi mente la idea de que todo aquel que se acerca a mí tiene segundas intenciones, por eso me cuesta confiar en las personas. Algunos llegan a pensar que soy arrogante u orgulloso porque no hablo con extraños, no saben que simplemente soy tímido. Mi círculo de amigos se reduce a personas con la que he trabajado, algunos son *cool* como Marco, el guitarrista de *Red Diavolo*. Su padre tuvo un romance con mi madre y gracias a eso Marco y yo pasamos un increíble fin de semana en Italia, fuimos *sexfriends*, ahora solo amigos porque él anda en plan: “*voy a cogerme al guitarrista de la banda*”. Con Zach la conexión fue de lo más rara. Simplemente fuimos dos chicos tomando café, él hablaba y yo escuchaba con interés, posiblemente porque no había escuchado a alguien hablar tanto de Sherlock Holmes desde mi visita al set de la BBC donde filman la serie.

Cuando le pregunté si le incomodaba que fuera un popstar, Zach simplemente dijo:

—Lo que haces para ganarte la vida no dice qué clase de persona eres. Mientras no ponga mi vida en riesgo, puedes ser el prostituto más famoso de Nueva York y no va a importarme. “Lo esencial es invisible a los ojos”.

Me obsequió una figurita moldeada en arcilla de Sherlock Holmes abrazando a Watson en plan “*Best Friends*”.



— 3 —

Hace dos años que conozco a Zach y su habitación sigue causando en mí la misma sensación que causó la primera vez que entré. Él la llama “El santuario”.

Zach vive con su hermana mayor y su sobrina en un tranquilo suburbio, la casa tiene fachada de color verde manzana y un bonito antejardín. Me recuerda un poco a la casa donde viví cuando era niño, antes de convertirme en una celebridad y mudarnos a un lujoso penthouse ubicado estratégicamente. Así que cuando llegamos, siempre me invade un aire de nostalgia y decido no mirar mucho los acabados rústicos y los muebles sencillos, simplemente sigo a Zach hasta que nos metemos en la habitación.

Esta vez, Zach entra cargando sus paquetes, le ayudo a cerrar la puerta principal llevando en mis manos los obsequios que he comprado para Zach y su familia. Dejo junto al árbol los regalos y veo a Amanda mirándonos desde el sofá.

—Mamá no está, se fue con la abuela a comprar ingredientes para la cena —dice la niña de doce años sin pestañear—. ¿Van a encerrarse de nuevo en la habitación?

—Sí —responde Zach sonriendo socarronamente y añade—: Vamos a ver una maratón de pelis de terror asiáticas. ¿Quieres acompañarnos, Amanda?

—Ni loca. —Amanda hace un mohín, y yo sonrío, Zach siempre le dice lo de las pelis de terror para mantenerla lejos cuando nos encerramos en “El Santuario”. Amanda sacude la cabeza—. No sé qué le ven a eso. Siempre que invitas a Elton a casa se encierran en tu habitación a ver películas asquerosas o maratones de dibujitos chinos.

—¡No son dibujitos chinos, Amanda, es anime japonés!... Y es mejor que lo que estás viendo.

—*Shadowhunters* —responde Amanda.

—¿Otra vez? —preguntamos los dos al mismo tiempo.

—No puedo evitarlo. Es genial. En fin... ¿Puedo sacarme una foto junto a Elton para presumir en mi escuela?

—¡No! —decimos al unísono.

—Por favor, por favor, por favor...

—No. No vas a sacarle fotos a Elton para sacar partido de su parecido con Blake. Sigue viendo tu programa, pequeño monstruo.

Intento no reír. En casa de Zach uso mi nombre real, pero les hemos hecho creer que el parecido mío con el cantante es pura coincidencia y que el coche es de mi padre. Amanda se ha tragado la historia, especialmente porque: ¿Qué haría un cantante famoso como Blake viendo maratones de pelis de horror encerrado en la habitación del friki del vecindario?

Amanda baja el volumen de la T.V. y se queda mirándome con una gran sonrisa en los labios, sus ojos negros llenos de inocencia se iluminan mucho más cuando me entrega una bolsa de bombones. Sus mejillas se sonrojan cuando le doy las gracias; sabe que me encantan los dulces y siempre anda regalándome caramelos. Zach me ha dicho que está secretamente enamorada de mí y por eso se comporta de esa manera cuando estoy en su casa.

Zach se dirige al refrigerador y saca una caja de jugo de manzana, luego me mira interrogante:

—¿Palomitas?

—Sí, podría ser...

Minutos después nos dirigimos al “santuario” cargando nuestras provisiones. Cambié de opinión, así que llevó conmigo el regalo para Zach, quiero entregárselo cuando estemos a solas para disfrutar las expresiones de su rostro.

El santuario tiene muchas repisas llenas de objetos que Zach ha ido coleccionando a lo largo de su vida. La habitación está ordenada aunque algunos objetos tienen alguna capa de polvo, pero casi todos se conservan en su empaque original.

Lo primero que hago es observar las paredes para buscar el espacio donde Zach va a colocar sus nuevas adquisiciones. Sé que el poster de *X-Files* se quedará en su sitio, porque está autografiado, así que es posible que quite el horrendo afiche del Depredador jugando billar con el Alien para colgar la horrenda mariposa deforme.

Distraídamente los dedos de Zach juegan con la silicona que rellena los pechos del pad-mouse con la figura de *Boa*, de la serie *One Piece*, (con el tiempo fui aprendiendo los nombres de algunas de sus curiosidades). Ruedo los ojos y observo la figurita en pvc de otra de sus protagonistas anime traída directamente desde la convención.

—¿Otra tetona? —digo tomando la figurita para mirarla detalladamente, tratando de descifrar qué es lo que Zach ve en esas muñequitas que con tanto cariño llama “Bishoujo”. Tiene muchas, la mayoría tienen poca ropa. Supongo que se pajea usando las figuras, como el tipo de un vídeo que Marco me mostró de un hombre pajeándose contra los pechos de una muñeca Barbie.

—No es una tetona cualquiera, —responde Zach, interrumpiendo mis sucios pensamientos—, es Arise, la prota de *Ghost in the Shell*, por cierto, promete que iremos juntos a ver la película cuando se estrene.

—Si estoy en la ciudad puedes contar con eso, será como una... —Muerdo mi lengua, casi digo la palabra *cita*. Dejo la figura sobre el escritorio y me tiendo en su cama. Abrazo la *dakimakura* que ocupa parte de su cama; es una de esas que tiene estampada a una chica

de anime bastante sensual llamada *Revy*—. Si quieres puedo conseguir los mejores asientos para la premier exclusiva para los críticos, ellos siempre ven las pelis antes del estreno oficial.

—¿De veras? ¿Puedes hacer eso?

—Es fácil, solo tengo que pedirselo a mi agente. ¡Es pan comido!

La sonrisa de Zach ilumina su rostro. Realmente está contento. Hundo mi rostro contra la cara de *Revy*, la almohada huele a Zach, a la colonia maderada que él usa y al shampoo de melocotón que a veces impregna su cabello rizado. Me quedo mirando el traje ajustado que lleva. Para tener unos kilos de más el traje no le queda nada mal. Personalmente me encanta porque el color le queda bien con su tono de piel pálido aunque la capa es un accesorio exagerado.

—¿Qué? —pregunta cuando se da cuenta que lo estoy mirando.

—El doctor Strange, tiene algo de estilo, me refiero a que al menos no usa el calzoncillo afuera como Superman, ni tiene color amarillo chillón como Wolverine. Creo que el doctor Strange encaja perfectamente bien con la estética de la Liga de la justicia.

—¡Strange es de Marvel, menso, Marvel! —responde furioso arrojándome un almohadón en la cara—. ¡Confundir personajes del universo Marvel con los de DC es una deshonra! ¡Deshonor para tu vaca!

Realmente está enojado, tanto que no me mira y se dedica a ubicar sus nuevas chucherías en donde cree que deben estar. Para compensar un poco tomo mi regalo navideño y se lo entrego.

—¡Ábrelo! —ordeno impaciente, saboreando el momento. Quiero ver el brillo de sus ojos oscuros cuando abra la caja.

Zach me mira airado, pero su humor cambia a medida que va quitando la envoltura.

—¡Un rompecabezas 3D, me encantan estos rompecabezas! —dice con emoción al ver el logo de la cajita—. Oh, no debiste molestarte con... ¿El halcón milenario? —Su expresión cambia de alegría a escepticismo en un segundo—. Bueno, puedo vivir con esto.

—Pero si te encanta esa nave espacial, pensé que... ¡Oh, no! ¿ya la tienes?

—No, no es eso, lo que pasa es que yo...

—¡Ya sé! ¡Querías la Estrella de la muerte! —interrumpo avergonzado. Esto no está prosperando, mis nervios me traicionan y aprieto contra mi pecho la almohada gigante. La cara de *Revy* se deforma y mis uñas se hunden en la suavidad de la tela.

—No, lo que ocurre es que soy fan de Star Trek... La nave que quiero es el Enterprise, pero está bien. Es un reto entretenido armar la nave más famosa de Star Wars, así que cuando termine con este Halcón milenario lo pondré en la esclusa como si fuera un *cylon*.

—Si eso te hace feliz, ¿en qué esclusa de la habitación piensas ponerlo? —digo un poco más tranquilo, mirando las estanterías—. Por cierto... ¿Qué cosa es un *cylon*? ¿La nave de Spock?

—Cambiemos de plan, ¿Qué te parece si vemos Battlestar Galáctica? —dice sonriendo socarronamente.

Un par de horas más tarde, luego de los primeros capítulos de la primera temporada de Battlestar Galáctica, entendí que un *cylon* no tenía nada que ver con Spock y que la “esclusa” no tenía nada que ver con las repisas. Zach estaba riéndose cuando todo encajó en mi mente. A veces su humor puede ponerse negro.

Me pregunto en qué momento comenzó a gustarme tanto, en qué momento me enamoré de él. Porque lo único que explica que soporte la tortura de leer comics para no confundir

a los X-men con los Avengers, que pase horas frente a un tv viendo maratones de series de ciencia ficción o escuche durante horas a Zach hablar de las teorías de la física sobre la imposibilidad de que la nube voladora exista en un planeta como la Tierra, solo puede ser porque me encuentro tontamente enamorado de él.

Ese es un secreto tan grande como el de las estrellas en el bolsillo de mi camisa. Estoy colgado por Zach y un hombre de veinte que duerme abrazando una almohada estampada con la imagen de una tetona y que se pajea viendo figuritas plásticas de mujeres con poca ropa, no puede ser gay.

Me quedo callado porque es más fácil atesorar cada momento a su lado, porque vivo con el temor de que si llegara a enterarse me mandaría a la esclusa y me arrojaría al vacío como si fuera un *cylon*. Zach es el único que pinta mis días grises con los colores de su frikicidad.

Después de cenar y conocer a su adorable madre, regreso a su habitación. Zach ha logrado convencerme para que pase la noche en su casa.

Estoy hecho un manojo de nervios, le doy la espalda y mis ojos no se despegan de la figurita de acción de Magneto en pose de pelea, listo para enfrentarse a los X-men, tomo al hombre de plástico con la mano derecha y juego torpemente con él.

Zach no ha dicho una palabra. Esta revolviendo los cajones buscando un pijama para mí.

—¿Hulk, Deadpool o los 4 fantásticos? —Pregunta de pronto arrojando la ropa sobre la cama.

—La que quieras, solo es un pijama. —Le digo despectivamente recordando que la última vez me prestó el pijama de Hulk—. Cuando estoy en casa duermo en bóxer.

—¿Y si hay un terremoto o un incendio y tienes que evacuar?

—Hay un abrigo cerca de la puerta... No te preocupes, nadie va a ver mi cuerpo desnudo si tengo que evacuar. —Dejo a Magneto sentado en el regazo de Charles Xavier. Sonrió socarronamente porque acabo de recordar que Zach insiste en que Marvel debería dejar la pendejada y declarar abiertamente que ellos son pareja. Aunque no sé de dónde ha sacado esa idea.

No es la primera vez que pasamos la noche en su habitación, en dos años, he perdido la cuenta de las veces en que me he quedado en su casa. Pero últimamente no me siento cómodo con esa situación. *¿Y si hablo dormido y le digo que me gustaría que fuéramos algo más que amigos? ¿Y si pierdo el control y me lanzo sobre él?*

El pijama estampado con los 4 fantásticos golpea mi cara. Zach suelta una carcajada y da la vuelta.

—¿Qué quieres hacer? —pregunta quitándose los gruesos anteojos que usa para leer y los deja sobre un libro titulado *“Architecture Éphémère D'aujourd'hui!”* en su escritorio. A veces me cuesta ver a Zach como el serio estudiante de primer año de arquitectura que es, luego recuerdo que sus diseños son una cosa futurista y se me pasa.

—Ha sido un largo día... Creo que me vendrá bien dormir, pero antes... —Tomo la guitarra de Amanda, está desafinada, pero no importa; comienzo a tocar los primeros acordes de una canción que tengo en mente.

Zach sonrío, se tiende en la cama y me mira embelesado, mueve la cabeza al ritmo de la música. Aplaude cuando termino de cantar.

—Tienes una voz preciosa, la letra de la canción es algo pendeja, pero tu voz lo compensa.

—Gracias.

Entonces simplemente ocurre.

Siento en mis labios el calor de los labios de Zach. Un cosquilleo recorre toda mi piel. Me estoy mareando, pero es un mareo agradable; como si un fueguito artificial hubiera estallado dentro de mí al mismo tiempo en que la tierra me traga. Una de mis manos recorre su cabello ensortijado y enredo mis dedos en uno de los sedosos mechones, la otra mano se desplaza por su espalda. Comienzo lentamente a corresponder a su beso y separo los labios muy despacio para sentir el calor de su aliento.

Él tira un poco más de mí, sus manos están sosteniendo mi cabeza y lentamente pasean suavemente por mi nuca. Dejo que me acerque a su cuerpo, quiero fundirme con él. Nos separamos para tomar aire y veo sus mejillas tan rojas como la capa del Dr. Strange que está hecha bola en el suelo.

—Yo... Yo... —Sus ojos huyen de los míos. Balbucea y por primera vez, Zach se ha quedado sin palabras.

Entonces voy a la acción, me abalanzo sobre él y rodamos por el suelo. Vuelvo a besarlo, de nuevo su boca está contra la mía, su lengua está moviéndose dentro, y se siente jodidamente bien. Su aliento huele a jugo de manzana y su boca sabe al pastel navideño que acabamos de cenar. Termino el beso mordisqueando un poco sus labios mullidos. Están tan rojos como sus mejillas.

—¿Por qué? —pregunto tontamente. Soy menso para esto del romance y en lugar de decirle lo que he imaginado miles de veces, solo balbuceo esa estúpida pregunta.

—Porque... Me gustas mucho más que como un amigo, yo solo... Está bien si no eres gay... acepto tu heterosexualidad... Con todo: las chicas del espectáculo y las revisas que hablan de tu romance con Cheryl Electra... No importa si no puedes corresponder, puedo vivir con eso, hace tiempo que lo hago... Solo, solo, solo... quería por una vez sentir que tal vez... Cómo en las películas... ya sé que esta no es una película y que la vida real apesta, pero de verdad quería hacerlo.

Zach habla con torpeza, pero lentamente vuelve a ser el hablador de siempre. Suelto una risita nerviosa y sacudo la cabeza.

—¿Te has dado cuenta de quién está encima de quién? —pregunto viendo como sus pupilas se dilatan.

—Tienes la ventaja táctica, ¿quieres darme un puñetazo?... Desearía tener el neuralizador de *Men in black* para que olvides que esto ocurrió, pero bueno, no vas a morir porque un gay te ha besado y si golpearme te hace sentir mejor quiero que sepas que no lo hice con mala intención...

Giro mi cuerpo recostándome en el suelo a su lado y agarro su mano con firmeza para que no huya. Sus dedos están tensos, no se atreve a mirarme. Sigue avergonzado.

—Afortunadamente no tienes el neurocoso ese... ¿Por qué no me dijiste antes que eres gay?... —Suelto una risita nerviosa—: ¡Qué estúpido fui! ¡Debí darme cuenta antes! ¡La culpa de todo la tienen tus estúpidas almohadas estampadas con tetonas!

—¿Eh?

—Supuse que eras heterosexual porque coleccionas todas esas figuras de mujeres de fantasía ligeras de ropa y con gran busto, pensé que tenían algo que ver con algún fetiche sexual, y nunca dijiste nada sobre ser homosexual.

—Nunca preguntaste por mi atracción sexual, tal vez debí dejar que vieras lo que guardo debajo de la cama... Si estás enojado y no quieres volver a verme nunca más, está bien, no insistiré, no es la primera vez que alguien rechaza mi amistad porque soy gay.

—Estoy enojado conmigo mismo por no decírtelo antes: Llevo semanas conteniendo mis sentimientos porque temía que pudieras rechazarme, y... ¡Soy idiota! También me gustas, Zach. No, decir que me gustas no define lo que me haces sentir. Te quiero en todas las formas, desde hace mucho tiempo.

—¿De veritas, de veritas? —Me mira con emoción y sonrío.

Ahueco mi mano para acariciar su mejilla y le doy un beso en la comisura de los labios.

—De veritas, de veritas —susurró acariciando su mentón. Volvemos a besarnos, esta vez con mucha intensidad.

Siento las manos de Zach buceando bajo mi camisa. Se sienten frías y temblorosas, también estoy temblando, debido a todas las sensaciones que se han disparado debido a lo que estamos haciendo. Apenas puedo respirar cuando nuestros labios se separan para tomar aire y volvemos a besarnos. Es simplemente genial.

—Si quieres podemos hacer el amor —susurra en mi oído y procede a besarme en el cuello.

Su propuesta me ha dejado completamente sorprendido. No esperaba que Zach tomara la iniciativa tan rápido. Sonrío coqueto y asiento.

Voy al baño a prepararme. Escucho el sonido de la tv desde el pasillo. Mi suegra está viendo una película con Amanda. Me pregunto qué pensará de mí, durante la cena no dejaba de mirarme como si fuera una bacteria en el microscopio. Entrecierro la puerta del baño y me miro en el espejo, mi rostro está rojo y en mi cuello un morado comienza a tomar forma.

Abro la llave, enjuago mi rostro. Solo entonces recuerdo que las estrellitas siguen ahí, en el bolsillo de mi camisa.

Tomo en mi mano el paquete y me dirijo al retrete. Es hora de deshacerme de ellas.

¡Hoy paso! Todavía no estoy listo. Esta noche no necesito el tiquete de estrellas para viajar, creo que me espera un éxtasis de otro tipo.

—¿Qué es eso?

La voz de Zach me asusta y la bolsa cae al suelo. Las estrellas se desparraman. Sacudo la cabeza y me acuclillo para recogerlas a toda prisa y regresarlas a la bolsita.

—Nada. No es nada.

—Pues esa nada está desparramada en el suelo.

Zach cierra la puerta y se agacha para ayudarme a recogerlas.

—¿MDMA? —dice tomando una de las estrellas entre su dedo índice y pulgar—. ¿Estabas drogándote?

—¡No! ¡Te juro que no!

—¿Con éxtasis? Porque estas tienen que ser éxtasis, ¿verdad?

—¡Ya te dije que no!

—¡Bzzz! ¡Y yo que pensaba que aparte del ritual semestral en el patio de tu casa no estabas metiéndote cosas más raras! ¿Te inyectas heroína?

—¡Por supuesto que no! ¡No son mías! ¡Son de Megan, ella me las dio! —Mis mejillas arden.

—¿Y por qué ibas a tirarlas, si no son tuyas?

—Porque son una molestia. —Caigo sentado en el suelo y lo miro a los ojos—. A veces hay mucha presión y Megan... Ella dijo que una de estas podría ayudar si las cosas se ponían difíciles. Hay momentos en que me siento tan solo y tengo miedo; esta fecha es un poco difícil, y Megan, supongo que pensó que podría funcionar.

—La salida fácil no siempre es la más inteligente. Recojamos esto, si mi madre pilla una, reconocerá fácilmente lo que es y estaré en problemas...

Zach me ayuda a arrojar las estrellas al inodoro, revisamos que no quede una sola en el suelo. Me siento como un criminal limpiando la evidencia y eso provoca mucha incomodidad en el ambiente. Escucho el sonido del retrete y veo la manera en que las estrellitas giran antes de irse. Zach dice que parecen una galaxia espiral a punto de ser tragada por un agujero negro.

Volvemos a la habitación. Zach pone el cerrojo y después volvemos a los besos ardientes. Mi camisa cae en alguna parte. Mis vaqueros vuelan y caen sobre la cabeza del señor Spock. Mis manos también se han encargado de quitarle a Zach toda la ropa y caemos en la cama, en medio de un frenesí de besos, caricias y mordidas juguetonas.

Estoy temblando, su aliento cálido hace cosquillas en mi cuello, el calor irradia sus mejillas, sus manos también tiemblan cuando acaricia mi cabeza. Su respiración se acelera cuando comienzo a acariciar su pecho. De pronto agarra mis manos entre las suyas y se queda mirándome a los ojos, su voz ronca me excita cuando habla:

—Dime la verdad, Elton, ¿Cuántas estrellitas te metiste hace un momento?

—Ninguna. Te lo dije varias veces.

—Bien. Porque el sexo con éxtasis no es real, es una alucinación. El placer y todos esos sentimientos que puedas experimentar no serán reales, y yo quiero que esto sea real... Además mi madre me dijo que el MDMA en exceso puede causar disfunción eréctil.

—Supongo que ese no es mi caso porque: número uno, no consumo éxtasis, y las estrellitas ya fueron tragadas por el agujero negro. Número dos me tienes ardiendo...

—Llevo su mano a mi entrepierna y sonrío invitándolo a seguir—. He esperado por esto desde hace mucho tiempo, ¿Cómo crees que voy a echarlo a perder?

Sonríe para mí. Se recuesta sobre mi cuerpo y deposita pequeños besitos en la comisura de los labios y mejillas, me tiene embrujado con el brillo de sus ojos, con el toque de sus

dedos temblorosos, con su expresión traviesa. Estoy frente a un Zach que no conocía, esta faceta de amante que deseo explorar hasta la saciedad me encanta.

Tomo una respiración profunda. Zach está sentado a horcajadas sobre mí, observo su piel blanca, su cuello largo, la forma de sus brazos, el vaivén de su pecho al respirar. Extiendo una mano que él besa cálidamente, meto el dedo pulgar en su boca, está húmeda y cálida. Él se agacha y escucho que susurra lentamente:

—Hay condones saborizados debajo de la almohada...



— EPILOGO —

Estamos abrazados. Acaricio su suave espalda y su cuerpo responde presionándose contra el mío. No hemos dormido mucho después de hacernos uno solo.

Escuchamos el sonido de los fuegos artificiales. Destellos de luz se filtran por la ventana iluminando por segundos el santuario de Zach y todas sus deidades del universo del frikismo.

—¡Feliz navidad! —dice acariciando mi cabello revuelto y sudoroso.

—¡Feliz navidad! —respondo sin dejar de acariciar su piel.

Se siente tan natural y maravilloso estar ahí desnudos. No se trata solo de estar enamorado, sino de confiar uno en el otro. Zach sabía lo que estaba haciendo y fue muy fácil disfrutarlo. Al estar así, me siento diferente, veo todo de una manera diferente, es como si hacer el amor hubiera alterado la percepción de mi realidad.

—Estoy tan feliz —Confiesa Zach acariciando mi hombro desnudo.

—Ha sido la mejor navidad de mi vida... —No es cursilería, es cierto, nunca antes me sentí tan amado en navidad, excepto antes de ser popstar.

Beso la frente de Zach y entrelazo mis dedos con los suyos. Entonces me asalta una duda y sonriendo pregunto:

—¿Qué es lo que escondes debajo de la cama?

—Ah, eso... ahí solo guardo los mangas yaoi. No quiero que Amanda los vea... Todavía es algo niña para verlos.

Sacudo la cabeza, no tengo idea de qué es lo que esconde, Zach se pone rojo y añade:

—Son mangas de hermosos hombres teniendo sexo apasionado con otros hombres, también tengo mangas bara...

—Y yo qué pensaba que te pajeabas mirando a las tetonas de pvc...

Zach suelta una carcajada y después de llorar, por reírse tanto, me llama “cerdo”.

Minutos después me encuentro absorto contemplando al hombre del que me he enamorado perdidamente. Me arrodillo entre sus piernas y mis dedos se deslizan suavemente por sus caderas, su abdomen redondo, sus muslos tersos. Zach tiene cutis de muñeca, y unas pocas vellosidades en las piernas. Levanto su pantorrilla y masajeo sus pies tratando de simular un juego erótico que muere debido a su carcajada contagiosa.

Beso el empeine de su pie, huele a talco para atletas, un olor que ni me agrada o desagrada, tal vez porque soy consciente de que mis pies huelen igual. Así que río divertido y cuando noto la marca azul en su tobillo me quedo mirándola fijamente.

—Es la Tardis... La nave del Dr. Who... En el otro tobillo tengo tatuado un pequeño Sheng Long... El dragón de Dragon-Ball

—¡Aaaah! —Asiento sorprendido llevando la mirada hacia su otro tobillo. No sabía que Zach tuviera tatuajes, nunca hablamos de eso y nunca había visto sus piernas desnudas.

Zach extiende los brazos, quiere que vuelva a recostarme junto a él y que lo abrace. Dejo caer mi cuerpo sobre el suyo y reímos. Después de unos cuantos tiernos besitos nos metemos bajo las sábanas y buscamos la manera de acomodarnos para dormir.

—¿Recuerdas la película Titanic? —pregunta suavemente.

—¿Cómo olvidarla?... Cada vez que la vemos empiezas a gritar: “¡Putá Rose, egoísta de mierda, en la tabla cabe Jack, mueve tu gordo trasero!”

—Bien. En esa película Jack le dice a Rose: “Tu saltas, yo salto”.

—¿Y?

—Voy a decirlo una sola vez, porque me gustaría que todo entre nosotros sea claro... No esperes que salte detrás de ti. Si saltas, intentaré arrojarte una cuerda salvavidas para que te aferres, pero nunca saltaré detrás de ti. Me amo demasiado como para dejarme arrastrar en tu espiral autodestructiva...

—¿Lo dices por las estrellitas?... Déjalas en el pasado. Por ahora no tengo intención de arrojarme en la espiral autodestructiva... La tentación está ahí, latente, esperando... Ataca cuando la soledad me deja en estado vulnerable, pero desde que te conocí realmente no estoy tan solo. Hace rato lanzaste una cuerda de la que puedo aferrarme.

—No te aferres demasiado a una sola persona. No es sano. Recuerda que Magneto abandonó a Charles Xavier para seguir sus propios ideales y que antes de ser un villano, Darth Vader fue un Jedi. Te quiero muchísimo y espero que lo que haya entre nosotros dure mucho tiempo, pero no esperes lo que no puedo darte.

—Mientras me des amor, vamos a estar bien. En esta relación no puedo ponerme con exigencias. No puedo salir a gritar a los cuatro vientos cuánto te quiero, no podemos tener una cita normal, ni siquiera puedo salir contigo tomado de tu mano, además vas a seguir viendo fotos mías coqueteando con chicas porque Ben dice que nadie debe enterarse todavía que soy gay. ¿Puedes vivir con eso?

—Será difícil, pero no imposible. Somos como dos galaxias que acaban de chocar. Algunos sistemas solares desaparecerán para siempre, pero nuevas estrellas nacerán. Prometo dar lo mejor de mí para que esta nueva galaxia se mantenga flotando en el universo el tiempo que la madre naturaleza lo permita.

Zach consigue sorprenderme con sus dosis de realismo, aunque pase la mayor parte del tiempo en el planeta friki, él sabe muy bien lo que quiere y cómo lo quiere. Se aferra a mi cuerpo y susurra: *“duérmete ya”*.

Beso su frente y suspiro mirando el techo de la habitación. Ese sorprendente techo en el que se encuentra una galaxia, Zach dice que es conocida como “El ojo de Dios”. Leo susurrando las palabras escritas con pintura que brilla en la oscuridad:

—“El cosmos es lo que es, todo lo que fue y todo lo que será”.

—Carl Sagan —susurra medio dormido—. *“Somos un grano de arena en la orilla del océano cósmico”....*

Sonríó cerrando los ojos, disfrutando el calor de nuestros cuerpos juntos. Es la madrugada de navidad y realmente puedo ver el futuro con otra mirada. También quiero que esta galaxia se mantenga flotando en frikilandia. No necesito el éxtasis artificial, porque el éxtasis real está abrazándome, susurrándome frases de Carl Sagan y haciéndome cosquillas en la nuca con su aliento.





Sobre el Autor

Anne Scarlett, es una colombiana enamorada del romance M/M.

Le encanta experimentar escribiendo géneros como la ciencia ficción, acción y fantasía histórica dentro de sus relatos y siempre se las arregla para que sus hombres se metan en más de un lío, eso sí, el romance y la pasión no pueden faltar en sus narrativas.

Puedes leer sus historias aquí:

<https://romancehomoeroticodemiparati.blogspot.com.co/>

DANIEL RICHARDS



Una Promesa
del Cielo

Una Promesa del Cielo



Daniel Richards



Sealiha observó la Tierra como cada Navidad y sonrió al ver a la gente riendo y festejando, poco a poco el tiempo se fue ralentizando, era el tiempo del Regalo. Justo a medianoche Sealiha extendió sus alas y con otros ángeles comenzó volar sobre la Tierra, dotando de amor, esperanza y fe a la humanidad.

-Ahí estas, hadita del bosque- Sealiha reaccionó y vio a su lado a un demonio conocido volando con sus alas negras. Sea sonrió de medio lado.

-¿Otra vez aquí? Sabes que este es nuestro día, el único en que no pueden interferir- le recordó y el demonio asintió. Estaban en planos distintos, y pese a que los demonios eran ángeles exiliados corrompidos, Sea no sentía aberración hacia ellos, era más como que cada cosa tenía su orden y los demonios ejercían su labor como lo hacían ellos.

El demonio voló bocarriba a su lado, sin interferir en su labor- Desde luego lo sé, nunca he interferido ¿no es cierto?- Sea sonrió viendo al frente.

-Ciertamente no lo has hecho, señor demonio. ¿Qué le hace venir a hablarme cada navidad?- preguntó. No sabía cómo se llamaba el demonio que lo seguía, él aun no era creado en el tiempo del Gran Exilio así que realmente no se habían conocido antes. Se notaba que era antiguo, era más grande que el promedio, y sus cuernos se curvaban negros hacia atrás. El cabello oscuro y los ojos negros y brillantes.

-Los ángeles no reaccionan bien a nuestra presencia. Molestarlos siempre ha sido divertido, pero tú no te molestas con mi cercanía- Sea soltó una risita cristalina.

- Estamos en planos de espacio diferentes, aunque puedo verte y escucharte no podemos tocarnos ¿Por qué habría de molestarte? No hay nada que puedas hacerme.

El sujeto dibujó una sonrisa extraña. A Sea le pareció maliciosa y tuvo un mal presentimiento.

-Normalmente así es, es cierto- respondió el demonio y de la nada comenzó a volar sobre él. Sea notó la enorme sombra sobre su cuerpo y se estremeció con el presentimiento de la inminencia, como si algo estuviese por pasar y no hubiese nada que él pudiese hacer para cambiarlo. Asustado levantó la mirada. La visión del hermoso y a la vez terrorífico demonio le heló y en un instinto de supervivencia intentó apartarse de su sombra- No huirás, angelito- sentenció y sintió la mano del demonio salir de su espacio y rodearle la cintura, jalándolo hacia él.

-No... no...- jadeó asustado e intentó volver al plano de los humanos pero era demasiado tarde, estaba en brazos del demonio. En el plano de ellos podía ver la tierra sobre la que había estado pero el sentimiento era diferente, más nítido, más real... más crudo. Pasó duro y el miedo fue apoderándose de su ser.

-¿Qui... quién eres?- preguntó asustado y el demonio soltó una carcajada. Sea no había escuchado jamás tan claramente su voz.

-¿Cuántos siglos llevamos compartiendo esa estupidez de la Navidad? Y es la primera vez que lo preguntas. Nunca te importó porque sabías que no podía tocarte ¿cierto?- Sea vio hacia la tierra e intentó sentir el camino de regreso pero no había nada- No podrás regresar, una vez en este plano no se puede salir. Es ley de tu Dios, entrar es difícil pero salir es imposible.

Sea le vio casi con desesperación- Mientes, tu sacaste la mano, te sentí jalarme hacia aquí- Y el demonio le mostró la mano negra, dañada, que luchaba por regenerarse.

-Es lo máximo que puedo sacar de aquí. Aún si lograras salir, solo estar en este sitio te contamina, tu cuerpo no lo soportaría- Sea lo sabía, claro que lo sabía, era por ello que muchos demonios recurrían a las posesiones demoniacas para moverse con libertad en el mundo humano.

-¿Por qué me trajiste?- el sujeto lo tenía aún por la cintura y lo apretaba fuertemente contra su cuerpo, se sentía pequeño junto a aquel imponente ser. Sus pies no alcanzaban los del otro ni su cabeza la ajena- ¿Qué te hice?- el demonio sonrió de medio lado.

-¿Qué me hiciste? No estoy seguro de poder responder eso, pequeño ángel- respondió comenzando a levitar hacia algún lugar desconocido- Los ángeles siempre nos miran con odio, están manchados con sentimientos negros hacia nosotros aunque quieran dársela de puros y santos –Sonrió con presunción y arrogancia-... pero tú... -la sonrisa se borró – No hay odio o aversión en ti... y no sé que me fastidia más. Si ver esos ojos tan limpios o pensar en que quizá solo estás tan seguro de tu sitio que no debes siquiera preocuparte por nosotros. Me fastidiaba pensar que podrías ser tan arrogante apenas siendo un pobre angelito de no más de unas centurias, pero pensar que es sólo bondad me asquea más- Sea lo escuchaba pero también miraba a todos lados intentando averiguar a dónde lo llevaba. No conocía ese lugar de nada y no sabía siquiera de poder escapar, a dónde podría huir.

-Nunca te he hecho ningún mal... por favor... devuélveme a la Tierra....-pidió y el demonio se rió de nuevo.

-¿Acaso no escuchas? No puedes volver- y Sea negó.

-No es cierto, no puede ser verdad, soy un ángel... no pertenezco aquí. Debe haber una forma de que salga –y el demonio ya con su mano recuperada lo levantó un poco restregándolo contra él.

-No la habrá cuando termine contigo- Y Sea se removi6 en sus brazos intentando apartarlo.

-¿Qu6...?- se le fue la voz- ¿Qu6 piensas hacerme?- sabía lo crueles que los demonios podían ser.

El demonio ri6 y Sea sintió la mano de este bajar de su cintura hacia sus glúteos y se alarm6 y en un acto de reflejo le golpe6 el rostro. Not6 enseguida lo apresurado que había actuado al ver los ojos del demonio centellear.

-¿Sabes cuál fue el pecado de los ángeles caídos?- pregunt6 despacio, pasándose la lengua por los labios- Mi hermano Lucifer, el Querubín más alto se neg6 a inclinarse ante el hombre de barro y como castigo pele6 contra Miguel y fue exiliado- Sea lo sabía, todos conocían la historia y las lágrimas de sangre que Miguel había derramado por la caída de sus hermanos, de un tercio de los ángeles.

Sae tom6 aire, él nunca había pecado, era un ángel de bondad, de esperanza... de fe... aquel demonio no debería ser capaz de tocarlo. Su mente se llen6 de plegarias a Dios, de ayuda a sus hermanos y Azazel, el demonio, sonri6 burl6n- Nadie te escuchara. Este es el Segundo Cielo. El lugar donde estamos confinados los que no somos demonios pero hemos perdido la Gracia de Dios. Las plegarias no llegan a oídos del Padre, no hasta el día final.

Sae le mir6- Eres...- y el demonio descendió hasta un barco, lleno de hermosas joyas que flotaba en medio de un cielo estrellado, Sea no había notado cuando habían llegado ahí sino hasta que su captor lo solt6 dejándolo alejarse un par de pasos- Eres un ángel caído...

-Mi nombre es Azazel- y se divirti6 con el rostro asustado. Azazel era el comandante de los vigilantes, los ángeles que habían estado a cargo de vigilar el progreso de la humanidad, pero en cambio habían bajado a la Tierra a enseñar tecnología, artes ocultas y se habían

reproducido con mujeres humanas. Dios los había expulsado a un misterioso Segundo Cielo que nadie conocía.

-Tú fuiste castigado... por... por fornicar con mujeres humanas...- tartamudeó y Azazel caminó hacia él, haciendo que Sea caminara hacia atrás huyendo de él.

-Fui castigado por amar demasiado a la humanidad, por enseñarles, por darles hijos ¿no es irónico?- preguntó divertido de cómo el pequeño angelito escapaba de él- Por fijarme en las hermosas hijas del hombre... pero ninguna era tan hermosa como tú- Sea desde luego era un ángel hermoso, era una creación del Señor y escuchar la comparación le heló la sangre. Asustado extendió sus alas, listo para huir a donde sea que fuese posible. Él no era un ángel guerrero, no sabía pelear ni defenderse. Se había elevado apenas dos metros cuando sintió a Azazel sujetar su pie y lanzarlo al suelo de forma estrepitosa.

-¡Ah!- se quejó ante el golpe con el suelo duro y blanco.

-No te irás, y te aconsejaría que no intentarás escapar. Este es mi Reino y tantos milenios encerrado comenzaban a aburrirme, pero ahora estas aquí- Caminó hacia él haciendo que Sea se arrastrara por el suelo alejándose de su grandiosa presencia- Puedes intentar escapar, correr, pero no hay salida- Azazel extendió un par de enormes alas negras que lo hicieron ver más majestuoso, tenía un ojo cubierto con un parche, probablemente una herida de su exilio y ropas similares a las de los piratas humanos.

-Yo jamás te he hecho mal alguno- Azazel se lamió los labios.

-Quizá... como te dije, al principio me fastidiabas pero con el tiempo las cosas cambiaron - Azazel lo tomó de la túnica y lo levantó de golpe sujetándolo de la cintura, el ángel revoloteo cual pajarillo aleteando y forcejeando pero el Caído ni se inmutó, sujetándolo con facilidad -Tanta belleza, tanta pureza... una joya tan delicada desperdiciándose allá arriba. Sea le vio agitado y comenzando a sentir verdadero miedo.

-Por favor... Por favor... déjame... quiero volver a casa- y el demonio los transportó a ambos de habitación en habitación hasta llegar a una hermosamente decorada, con una cama llena de preciosos velos. Todo el sitio parecía sacado del famoso libro humano “Las mil y una noches”, cojines tejidos con hilos de oro y plata y la delicada seda le recibió al caer en ella. Pero Sea no tenía tiempo para apreciar la decoración tan similar a la de los castillos en el cielo, parte de las cosas que los vigilantes habían enseñado a los humanos.

-Entiéndelo Sealiha, no volverás- le aseguró tomándolo del tobillo para jalarlo y apresarlo contra la cama- En este lugar sólo somos tu y yo- le aseguró extendiendo sus uñas y rasgando lentamente sus ropas- Fuera de él, lejos de mí, eres una hermosa presa para cualquiera de mis soldados- y Sea colocó sus manos en el pecho ajeno.

-Azazel... Por favor... Yo no hice nada que merezca tenerme aquí- y Azazel sonrió por primera vez algo menos malicioso y le delineó el rostro con los dedos.

-Fuiste inconsciente Sae, un ser tan hermoso no debería sonreír a demonios ni a los ángeles caídos... un ser tan tentador...- Azazel le despojó de los restos de ropa desgarrada- ... no debería tan felizmente conversar con uno...- y a Sae se le aguaron los ojos.

-Quiero volver al Cielo- Azazel pasó una de sus manos por el blanco y delicado cuerpo- Volverás... el día del juicio todos volveremos, es la promesa del Padre y tu lo harás con mi marca...- Sea negó.

-No... no, por favor- y jadeó cuando sintió algo comenzar a rodearlo. Intentó zafarse de ellas pero varias serpientes lo sujetaron y se enredaron en él. Cuando acabaron eran solo cuerdas cruzándose sobre su torso.

Sea sintió que le jalaban las manos y cuando aquellas serpientes terminaron con él no solo había cuerdas por todo su pecho, también tenía los brazos atados a la espalda con firmeza. Movié las alas que aún sentía libres y trató de alejarse pero Azazel le tomó por ellas jalándolo hacia su cuerpo. Estaba expuesto, desnudo y atado. La mano grande del

Caído se movió por encima de las cuerdas en su vientre y un escalofrío diferente al miedo le recorrió. ¿Qué era eso?

-¿Qué... qué me haces?- preguntó, ya había sentido algo similar antes, siempre era cuando se encontraba con aquel demonio, una especie de hormigueo en el estómago pero nunca tan intenso.

-¿Que qué hago? Verifico si tu piel es tan deliciosamente suave como parece- y Sea sintió un calor extraño acumularse en su rostro- Y sí lo es... ¿aquí abajo también?- preguntó y la mano del captor se movió más abajo, hacia la entrepierna del joven ángel que aguantó la respiración ante su toque. El hormigueo en su estómago se extendió hacia su entrepierna y la sensación fue tan abrumadora que jadeó.

-No...- renegó- Para... para...- pero Azazel sólo jaló más sus alas presionando su miembro. El ángel gimió.

-Pequeño mentiroso, tú no quieres que pare, tu quieres que te muestre lo que es tocar la gloria carnalmente, lo que es el cielo del placer... y voy a hacerlo- Sea negó efusivamente.

-No... no quiero- renegó. Pero las sensaciones que aquel Caído despertaba en su piel eran tan nuevas, tan increíbles, tan intensas que asustaban- Suéltame... ¡suéltame!- comenzó a pedir desesperadamente y el demonio apretó las sogas rozando toda su piel mientras aquella mano seguía acariciando superficialmente y el primer gemido salió de sus labios.

El Caído lamió la piel de su hombro sujetándole por las alas y Sea se estremeció, sentía que lloraría en cualquier momento y no precisamente por temor.

-Suéltame... suéltame- rogó a media voz, aferrado a la única negativa que podía dar siendo que su cuerpo parecía seguir las órdenes de Azazel cual marioneta al titiritero.

Azazel le giró y las serpientes se extendieron por las alas del ángel inmovilizándolas, quedando como cuerdas y el demonio le acostó bocarriba, estaba jadeante y sonrojado, avergonzado de su propio cuerpo.

-Basta... basta, por favor- lloriqueó y Azazel sonrió ante la exquisita imagen que se presentaba ante él. Gateó sobre el rubio y en silencio le sonrió y bajó hacia su pecho, mordiendo una de sus tetillas, lamiendo, jugando sobre la sensible zona y a Sea le temblaron los labios de la increíble sensación que sólo eso le causaba- Para... -suspiró entrecerrando los ojos mientras su miembro endurecía por completo-Pa... pa...- por instinto comenzó a mover las caderas, sentía la necesidad de ser tocado en su miembro y el demonio fue bajando sus besos, mezclándolos con mordidas que dejaban a Sea poco a poco más perdido en aquella maraña de placer.

Azazel comenzó a acariciar la dureza de Sea, el angelito parecía ir cediendo de a poco y mojado uno de sus dedos con el premen lo metió entre sus piernas penetrándolo. El ángel se arqueó con los ojos muy grandes.

-¡¿Qué... haces?!- preguntó y se removió- No... no... sácalo, saca eso de mi cuerpo- pidió y el Caído se puso de un solo movimiento sobre él y con la mano libre le tomó por la nuca y forzó un beso demandante en su boca, los labios de Azazel se apoderaron de los de Sea y el angelito se quedó paralizado. La lengua ajena se metió en su boca, acariciando su interior, barriendo dentro y simplemente Sea cerró los ojos más agitado que antes- Azazel...- murmuró atontado cuando el otro le dejó tomar algo de aire y el Caído sonrió volviendo a besarlo. En silencio, no queriéndolo sacar de su trance. El dedo en Sea se movió lentamente haciéndolo retorcerse y antes de darse cuenta el joven ángel ya estaba moviendo las caderas, jadeante y con los ojos vidriosos de lujuria y placer-Ah...ah...- el demonio mordió una de sus tetillas y el ángel gimió, un dedo más fue a dar en su interior y los ojos del ángel derramaron lágrimas de placer. Sentía la mente nublada y el corazón le

repiqueteaba con fuerza- Ah...ah...- su cuerpo no estaba satisfecho, quería más... más... mucho más...

Un tercer dedo le penetró y Azazel se abrió la ropa acomodándose entre sus piernas, lo preparó un poco más y después lo penetró despacio, solo la cabeza de su miembro y el angelito lloriqueó al sentirse abierto.

-No... no...- siguió negándose y el demonio se movió así, con solo la punta dentro, torturando su agujero solo con eso, ensanchándolo, y cuando notó que el placer había consumido a Sea, lo levantó sentándolo a horcajadas sobre él, dejando que solo se dejara caer empalándose en él.

Y Sea lo hizo, como si hubiese encontrado su lugar en el mundo, se dejó bajar lentamente, jadeando y disfrutando de la sensación de ser profanado lentamente hasta tenerlo todo, grande y duro, dentro de él.

-Ah... tan... tanto- gimió y Azazel pasó sus uñas largas por la espalda angelical haciendo que éste soltara un gemido y sus alas presas se agitaran un poco. Parecía que el inocente angelito tenía debilidad por el sometimiento y el ligero dolor.

-Así... Sea...- suspiró y le tomó por las caderas haciéndolo subir y bajar, despacio al principio. Presionando sus uñas contra la piel blanca.

Fue el angelito quien poco a poco comenzó a pedir más, a empujar su cuerpo contra el miembro duro hasta ser una masa de placer, sin razón y completamente poseído cabalgando sobre el Caído, jadeante y llorando por las increíbles sensaciones que estremecían todo su cuerpo.

-Ah... si... Aza... Azazel...- jadeó y el Caído tomó el miembro ajeno masturbándolo, haciéndolo rápido y fuerte, al ritmo de sus embestidas y Sealiha no aguantó mucho más.

Se vino, rebotando sobre el miembro de Azazel llegó al primer orgasmo de su vida, con una sensación tan increíble y sublime como la que nunca pudiese haber imaginado.

Jadeante y sin fuerzas Azazel lo depositó en la cama y sin salir de él le abrió las piernas comenzando a moverse de nuevo. Sea aún estaba disfrutando su orgasmo cuando lo sintió golpear ese punto en su interior que lo hacía desear gritar y lo hizo. Pero Azazel no se detuvo, lo mantuvo en aquel cielo, en aquel paraíso durante horas antes de venirse en su interior, dejándolo jadeante y exhausto sobre las sábanas de seda.

Las serpientes escaparon lentamente del cuerpo de Sea dejándolo libre y cuando Azazel notó que el ángel comenzaba a recuperar la conciencia, a bajar de su orgasmo, le acarició el vientre.

-He deseado tenerte desde hace siglos... - le susurró abrazándolo contra él y besando su cuello- Renegué, grité y finalmente después de mucho esfuerzo logré proyectarme fuera de este sitio, sólo astralmente- le comentó y Sea le miró, tímido y aún algo confundido por la sesión que habían tenido- Pude rogar al Padre por su perdón... y creo que escuchó el verdadero arrepentimiento en mis palabras- Porque estaba arrepentido, quería volver al Cielo, quería estar junto al precioso ángel al que sólo podía contemplar una vez por año sin siquiera poder pasar los dedos por sus rubios cabellos.

-¿Te... te contestó?- Evidentemente la respuesta no había sido favorable, porque seguía ahí dentro y Azazel asintió.

-Mi momento de volver al Cielo fue decretado hace milenios y será el día del Juicio Final, pero el Padre es bondadoso y me concedió una Gracia... una de sus creaciones, la que yo quisiera... podía tomar una para mí... y te elegí a ti. Para mi sorpresa me fue concedido, pero...- Sea le vio y bajó la mirada, estaba muy confundido y de la nada sus ropas fueron regenerándose, las marcas en su piel se borraron... de lo que había pasado sólo quedaba su recuerdo- Lamento haberte mentado... - y Sea no sabía qué sucedía- Tu eres mi deseo

concedido, mi luz de esperanza hasta el Día del Juicio, pero solo una vez por año...- y cuando extendió la mano a Sea ya no podía tocarlo- Te están llevando de vuelta al Cielo... No bajas el próximo año... No si no quieres que ejerza mi derecho sobre ti- Y era demasiado para Sea, demasiadas cosas en tan poco tiempo, sin embargo su corazón se oprimió al verlo alejarse y sentir que su voz ya no se escuchaba tan clara.

- ¡Bajaré! ¡Bajaré, lo prometo!- le gritó y Azazel le vio sorprendido pero sonrió y extendió su mano, Sea lo imitó pero ya no pudo tocarlo, estaban de nuevo en planos distintos y cuando Azazel desapareció por completo Sea notó que había regresado al punto exacto del que había sido raptado, estaba triste y confundido cuando uno de sus hermanos se acercó.

-¿Te encuentras bien? Es tiempo de volver- Sea le vio y asintió.

-¿Es por ese demonio?- Sea le vio sorprendido.

-No es que me dijeren exactamente qué sucede, pero se me pidió hacer mi tarea y también la tuya... supe que te habían concedido a un Caído.

Sea no podía creerlo –¿Desde... desde cuándo lo sabes? – y el ángel se encogió de hombros.

-Desde hace un par de siglos, pero nunca había sucedido. Este año supimos que finalmente lo haría, estaba especialmente emocionado y ansioso... el General dijo que el trato sólo se consolidaría cuando tu corazón lo aceptara, el Padre no te otorgaría solo porque sí... estás bien ¿verdad?- y Sea se sonrojó, ahora estaba más claro... así que eso había pasado.

-Pudo habérmelo dicho...- murmuró.

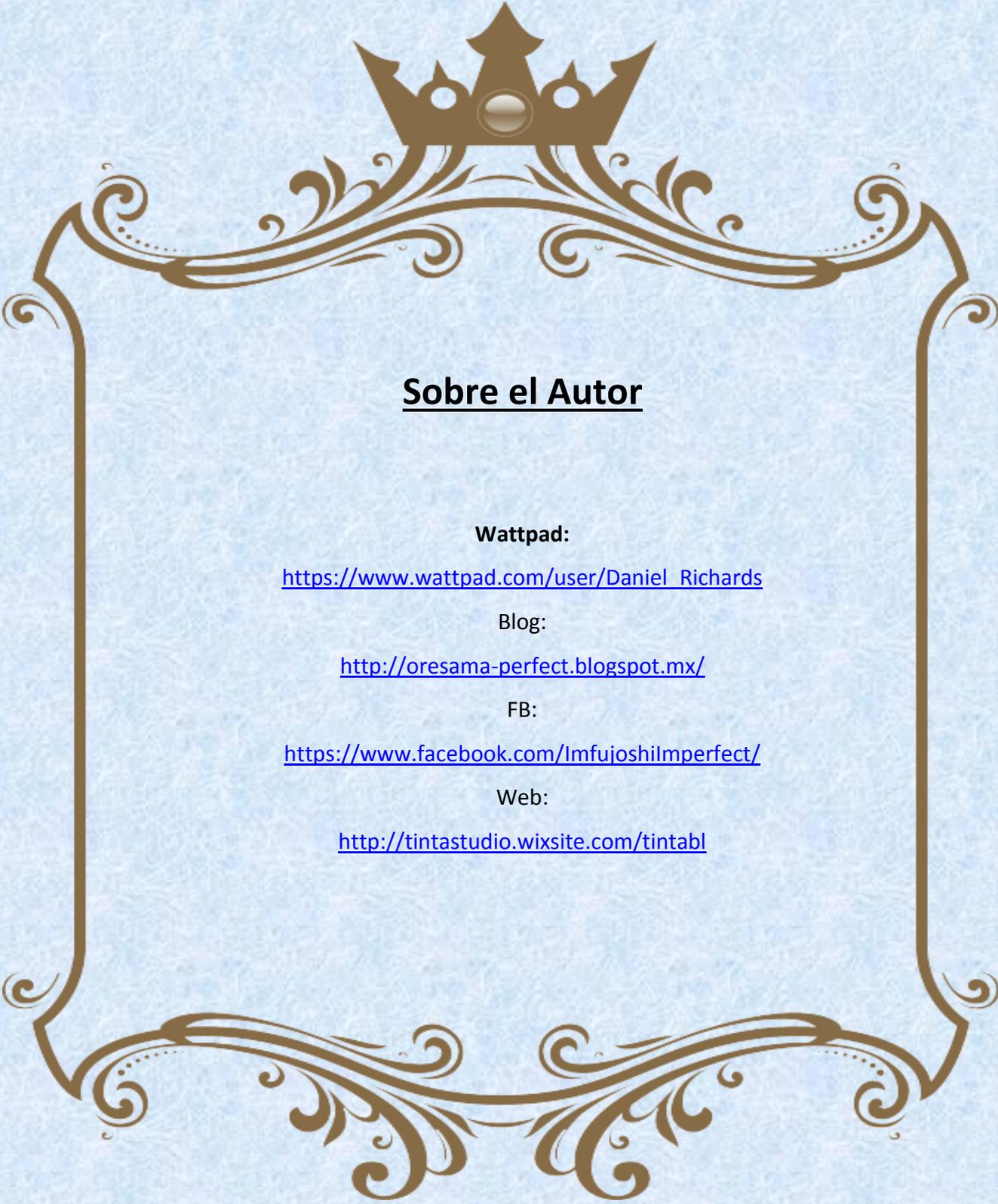
-¿Dijiste algo?- preguntó su hermano y él le sonrió.

-Nada... nada, sólo espero que el próximo año venga pronto.

-¿Dejaste algo pendiente?

-Una promesa.





Sobre el Autor

Wattpad:

https://www.wattpad.com/user/Daniel_Richards

Blog:

<http://oresama-perfect.blogspot.mx/>

FB:

<https://www.facebook.com/lmfujoshilmpfect/>

Web:

<http://tintastudio.wixsite.com/tintabl>

Un Chico Bueno en Navidad



YUKIMA REYES

Un Chico Bueno en Navidad



Yukima Reyes



Soy Glyn, el aburrido chico del barrio, el que no sale, el que no fuman, el que no bebe, el que odia las fiestas y cumple los horarios con asombrosa precisión. Y no, no se debe a que no tengo padres, siempre he sido así, solo me gustan las reglas. Las reglas facilitan la vida, me dicen que debo y no debo hacer, obedecer es sencillo, así que adoro estar en casa y obedecer las reglas de mi hermano, en la escuela y obedecer a mis profesores o un lugar donde las reglas estén claras, la calle no es sencilla, allí nadie me ordena nada ni nadie me dice las reglas, todos actúan como les da la gana y eso me colapsa.

Mi hermano dice que eso hace su vida fácil, él tiene mi custodia ahora, lo hizo apenas cumplió los 18, y nos llevamos por cinco años.

Tengo 16.

Lo único que no incluía como chico aburrido *era* ser estudioso, aparte de eso, soy de verdad, el típico chico aburrido, con lentes, flequillo largo y ropa larga hasta en verano, odio mis flacas y blancas extremidades así que los veranos son una tortura, estar con algo menos que pantalón y camiseta manga larga me supera. Y dije *era* porque gracias a mi profesor privado ya lo soy, debería sentirme avergonzado de ser tan cliché, pero en realidad eso hace mi vida sencilla, no así las amistades...pero sencilla.

Cawley, mi hermano, contrató a Taggard porque quería ayudarme a subir mis notas, él solo termino la escuela secundaria pero siempre ha esperado que yo llegue a más, la universidad o al menos algo cercano, así que necesitaba subir mis notas, y Taggard llevo a mi vida.

Amo a Taggard, y eso sí que es humillante, más que ser un aburrido chico bueno, de verdad. Taggard es más que inalcanzable, tiene solo dos años más que mi hermano pero ya parece todo un hombre -o tal vez mi familia tiene cara de bebé-, se afeita pero siempre deja un poco de barba, su cabello es bien peinado y recortado, no como el mío que lleva años sin visitar el peluquero, su ropa es moderna pero sin seguir tontas modas o marcas, cada vez que él entra a mi casa no puedo dejar de observarlo, y de verdad, me alegro de ser bueno siguiendo reglas o me quedaría mirándolo como idiota las dos horas de clase, pero está bien, no es que espere ser algo de él, me conformo con mirarlo, sé que cual es mi rol como chico aburrido y tengo suerte de conocerlo.

Y por supuesto, como mi barrio es malditamente cliché también tiene el chico popular, bueno, popular de forma diferente. Agradezco que mi barrio sea liberal, Patrick es gay, y yo también lo soy, pero nunca he cruzado una palabra con él porque es mi polo opuesto, Patrick es popular, hermoso y camina mejor que cualquier chica que haya visto, al principio me daba vergüenza verlo, porque movía demasiado sus caderas, pero tengo que reconocer que da envidia esa seguridad y el como todos giran a verlo, sé que Patrick podría ir a cualquier hombre y conquistarlo con una sonrisa, yo ni siquiera quiero pensar en conquistar un hombre porque hasta en mi mente quedo en ridículo. Además, Patrick es el chico malo, él se salta la escuela, fuma sin preocupaciones y hasta bebe a plena luz del día, tiene solo un año más que yo y seguramente cumplir reglas es lo último en su mente.

Ese día lo encontré besuqueándose con otro hombre, lo cual en realidad no era raro, su familia le da tanta libertad que a veces me pregunto si realmente le importa su hijo, así que allí estaba, casi girando y congelado viendo la espalda de un hombre mientras Patrick hundía sus dedos largos y delicados en los hombros del hombre mayor, haciendo sonidos extraños que solo había escuchado en el porno (sí, seré chico bueno pero soy un chico al fin y al cabo), y entonces Patrick movió la cara y el hombre fue atraído hacia él con la cabeza girada y tuve que parpadear dos veces para despegar la vista de ellos.

Porque estaba besándose con Taggard, no lograba ver bien su expresión, estaba oscuro, pero sé que era Taggard, escuche el sonido de sus labios separándose y sus jadeos, pero no me quede para ver, gire en otra dirección y por primera vez desde que tenía memoria llegue después de la hora permitida a casa.

— Estaba por llamarte, Glyn ¿Qué rayos pasó? Me tenías preocupado.

— Pase a comprar, la fila era peor de lo que esperaba— Listo. Una mentira, cielos, no era tan difícil, porque oh, sí, soy tan aburrido que hasta me molesta mentir, mentir complica las cosas.

— ¿Estas bien? Estas un poco pálido.

— No...no me siento muy bien, voy a mi habitación ¿Bien?

Cawley lucia sorprendido, porque aunque esto les suene normal yo siempre le hablo con mucho más respeto, lo amo demasiado, fraternalmente por supuesto, pero sé que no estudio más para hacerse cargo de mí, sé que está en un trabajo que no le gusta mucho esperando ascender para ahorrar para mi educación, y sé que el haría eso para siempre con tal de mantenerme feliz y seguro, así que siempre, siempre le hablo con mucho respeto, somos de esos hermanos que casi no hay, los que nunca pelean, donde el nunca abusa de su poder como hermano mayor y yo no busco mimos como hermano pequeño (tal vez un poquito, pero no mucho).

— Lo siento, solo...no me siento bien.

— Esta bien...no te preocupes, mañana es sábado así que no hay problema ¿Estas bien para las clases particulares?

Mis clases eran miércoles y sábado.

— Uh...no... lo siento — Y de repente sabía lo que debía hacer— ¿Puedes...puedes decirle que ya no venga?

— Está bien, le diré.

— No, espera, creo que no me entendiste bien, que ya no venga, no solo mañana, no más.

— ¿Qué? ¿Por qué? ¿Paso algo en la escuela?

— Si — Mi mente pensó rápidamente y saque los dos últimos exámenes— Mis notas han subido mucho, ahora se organizarme y los métodos para estudiar en cada materia— Solo mira, el profesor me felicito.

Cawley sonrió cuando los vio, eran casi notas perfectas de materias que antes con suerte aprobaba, luego despeino mi pelo y a pesar de todo no pude evitar sonreír, porque adoro complacer a la gente que me importa.

— ¡Esto es excelente, Glyn! Eres el chico más inteligente, y solo van cuatro meses con un profesor particular...pero deberías continuar y...

— No, está bien, en serio.

— Glyn si es por el dinero tengo lo suficiente para seguir pagándole.

— No es el dinero solo.... Solo...ya tengo 16...no quiero perder sábados estudiando, quiero...soltarme un poco ¿Sabes?

Cawley parecía muy confundido y sorprendido, pero al final asintió y me sonrió.

— Lo entiendo.... Si...estas en esa edad ¿No? Estudiar no tiene por qué ser tu única preocupación, me alegra que quieras salir un poco al mundo, mientras no dejes tus estudios de lado puedo ceder un poco en las reglas de la casa.

Sonreí y me fui a la cama, mi hermano me trajo agua de hierba y cosas que solo algunas personas entienden con la idea de que me animara, porque el seguramente sabía que algo más paso.

Y mientras miraba el techo, intentando conciliar el sueño que no llegaba, me puse a pensar.

Patrick tenia suerte, el no obedecía reglas, casi ni asistía a la escuela, fumaba, bebía y exhibía su cuerpo más que las mujeres y ganaba un beso de Taggard, uno muy bueno según vi y escuché, yo perdía mi tiempo estudiando, caminaba derecho a casa, no perdía clase alguna y Taggard solo acariciaba mi cabeza y me felicitaba por ser un buen chico.

No era justo, simplemente no lo era.

Los chicos malos no tienen por qué llevarse siempre lo mejor.

Yo también podía ser un chico malo



Está bien, no puedo ser un chico malo.

Esto no resulta, llevo tres meses intentándolo y creo que soy como un niño creyendo que aún es Halloween, lo cual es doblemente ridículo porque estamos a más de la mitad de diciembre.

Tosí por casi una hora cuando intenté fumar, y escupí la cerveza cuando me dieron para probarla, el grupo de chicos malos de la escuela me acepta, pero además de Vincent, su líder, sé que todos se ríen de mí. Incluso el profesor mando a llamar a mi hermano, pero

como mis notas siguen siendo alta y no he perdido muchas clases mi hermano justifico todo con la *etapa rebelde*, sé que está un poco decepcionado de mí, pero me ha dejado de poner horarios y hacerle llamar cada vez que salgo o llego al colegio, lo cual debería alegrarme, porque ya soy un chico grande, pero no, me siento inseguro, digo ¿Y si me pasa algo y él no sabe dónde estoy? Me gusta tener que llamar al llegar o irme de un sitio, que alguien sepa que voy en camino o cuanto rato no estaré ¡Me gustan las malditas reglas! (aplaude, Vincent, es segunda vez en tres meses que logre decir maldición sin obligarme).

Soy ridículo, lo sé, intentar ser un chico malo es tonto, obviamente no lo soy, pero ya prometí hacerlo hasta fin de año y quedan solo 11 días, luego volveré a ser el chico aburrido de siempre, seguro de que al menos lo intente.

Al menos sé que en los chicos malos hay buenas personas -por raro que suene-, Vincent lo es, es el líder del grupo, pero no ríe de mí, no que yo sepa, el me avisa cuando se juntan y cuando puedo incluirme, incluso me dijo que no me obligarían nunca a hacer algo que no quisiera, y que no me vería involucrado en sus pequeños robos a los súper mercados y peleas de pandillas.

También he cambiado un poco físicamente, mi cabello ya no es el aburrido flequillo hacia abajo, no lo he cortado mucho, pero con gel queda en punta y se ve rebelde, luego de tres meses usar polera no es tan malo, mis brazos siguen siendo flacos y blancos pero puedo mostrarlos sin avergonzarme mucho, Vincent me enseñó a poner esa mirada...que en realidad creo que la cosa no va en como miras, sino en dejar de mirar el suelo e inclinar la barbilla en gesto desafiante, pero aprendí, me cuesta mantenerla pero la aprendí.

No creo que saqué nada de esto, como dije, volveré a ser el mismo para el próximo año, pero quiero demostrarme a mí mismo que también puedo ser un chico malo, que también puedo obtener cosas. No, no es Taggard, ni siquiera lo he visto en estos meses, seguramente a estado viendo a Patrick o algo, pero no me lo he cruzado ni una vez.

Mientras llego a casa observo que la llave oculta en el florero no está, lo cual me extraña mucho, llamo a mi hermano para asegurarme, no quiero entrar y ver un ladrón, digo, ahora parezco más masculino y todo, pero eso no me hace un buen peleador.

— ¡Hola, Glyn! ¿Cómo estás? — Su voz suena apresura, pero hace el saludo habitual, yo también saludaba así, siempre, eran las reglas...pero ahora desafío eso, o lo intento.

— Ah... bien— Me muerdo para no agregar el “y tu” — Estoy llegando y la llave no está. ¿Paso algo?

— ¿Estas llegando recién? — Puedo escuchar la decepción en su voz, pero sé que no preguntara porque llegue más de una hora tarde a casa.

— Sip y bueno... ¿Qué pasa con la llave?

— ¡Cielos! Creí que estabas calmándote o algo por el estilo, está bien, como debo explicar esto.... mira ¿Estas dentro de casa?

— No aún.

— Entra, no quiero darles una escena a los vecinos.

— ¿Escena de qué? — Pero como estoy confundido allí voy yo obedeciendo rápidamente, me sale tan natural, Vincent dice que debo luchar contra eso, que soy demasiado dócil, pero yo no lo encuentro malo, porque no es que obedezca a cualquiera, yo sé a cuáles personas obedecer, mi hermano es parte de esa lista, a Vincent no puedo obedecerlo porque sé que, aunque no es malo, no quiere lo *mejor* para mí.

— Solo entra ¿Entraste? Bien, ve a la cocina, hay un sobre, dinero y una carta...léela, pero no rompas el teléfono, recuerda que soy tu hermano, no me odies ¿Vale?

Asunto confuso y bajo el teléfono para leer, ni siquiera había terminado cuando vuelvo a tomar mi celular y pegarlo a mi oreja ¿Quién necesita respeto? ¡Mi hermano es un idiota!

— ¡¿Te volviste loco?! Puedo cuidarme solo, Cawley, de verdad ¿Qué rayos estabas pensando?

— Sabía que te enojarías, bueno...no estaba pensando mucho, Glyn, las primas llamaron en pánico, la abuela necesitara ser trasladada con silla y no pueden con ella, el implante lo pondrán mañana y allí veremos cuanto tiempo me necesitan.

Tuve que preguntar, porque adoraba a mi abuela.

— ¿Y ella cómo está?

— Muy bien, dice que ya tenía suerte de tener 90 sin un solo implante, la caída fue fuerte y a su edad la fractura no cerrara sola, dicen que es la mejor opción, ira con un pegamento moderno y no dará problemas, se supone, pero la primera semana es importante.

— Una semana... ¿Por qué no me esperaste?

— ¿Aun están clase, ¿no? Termina tus clases, si te necesito vienes, pero sé que no te llevas bien con la tía.

Lo sabía, pero era capaz de aguantarla por mi abuela. Tía era una mujer fría y amargada, divorciada dos veces, con dos excelentes hijas, pero increíblemente mala, viví con ella mientras Cawley cumplía la mayoría de edad, sé que ella hubiera querido que fuera más extrovertido, pero en realidad nunca encontraba buenas razones para regañarme y de todas formas lo hacía, Cawley no podía esperar para sacarme de allí.

Luego volví a ver la nota:

“Taggard cuidara de ti este tiempo, dice que tiene tiempo libre y puede quedarse en casa en la habitación de invitados”

Recordé el beso. ¿Taggard esperaba estar cerca de Patrick? Tal vez se pasaría con él en la casa, tal vez pasaría fuera besuqueándose con él.

— ¡Entiendo eso, pero ¿Por qué tiene que cuidarme alguien?! ¿¡Porque él!?

— No eres muy confiable últimamente, Glyn.

Su tono decepcionado me enfureció más, yo era ridículo, lo sabía, lo sé, no necesitaba que me lo dijera él también.

— ¡Vete a la mierda! Soy perfectamente capaz de cuidar por mi mis-

El teléfono desapareció de mi mano tan repentinamente que me quede unos segundos con cara enfadada mirando mi mano sin saber que estaba pasando, y entonces gire.

Taggard estaba allí con el teléfono cerca de su oreja, tenía una mirada tan enfadada que me congeló en mi sitio e hizo que mi rabia se esfumara.

— ¿Cawley? Soy Taggard, hablare con Glyn ahora, luego el devolverá la llamada y se disculpará por sus palabras.

No sé si hubo respuesta porque colgó luego de decir eso.

Me sentía doblemente ridículo ahora.

Con la camisa fuera del pantalón, y una polera debajo, cabello en punta, era una mala imitación de un chico malo, pero no podía esconderme ahora.

— Cawley me lo dijo...que estabas en tu etapa rebelde o algo así.

Fruncí el ceño confundido, pero no aparte la mirada, siempre la apartaba, pero me mantuve firme esta vez, eso pareció molestarle, casi sonreí.

— Mi teléfono— Murmure extendiendo mi mano, el alzo una ceja en un gesto que se le veía elegante— Devuelve mi celular.

— ¿Disculpa? ¿Desde cuándo me hablas así? — Lucia sorprendido, enfadado, y sé que estaba decepcionado.

— ¡Es mi celular! — Me arrepentí de gritar, porque el alzo la mano y casi creí que me golpearía, pero atrapo mi lengua y presiono con sus dedos al paladar inferior, era doloroso, alce mis manos para alejarlo, sorprendido por lo que había hecho.

— No me hables de ese modo, Glyn, y tampoco hablaras de ese modo a nadie, eres un chico respetuoso, sigue siéndolo.

Estaba asustado porque seguía presionando mi lengua y me sentía más que tonto con la boca abierta y forcejeando para que me libera, la saliva se estaba acumulando en mi boca y estaba empezado a babear.

Asentí asustado, esperando que me soltara, lo hizo y di un paso atrás rápidamente.

¿Qué rayos estaba mal con Taggard?

Él siempre tenía una mirada dulce para mí, bueno, sí, la primera vez que lo vi casi me orine en mis pantalones, tenía una mirada parecida a la de ahora, aunque ahora era peor, pero lucia enojado, como si nadie le importara, y yo solo esperaba tener un momento a solas con mi hermano para decirle que lo sacara de la casa, pero el momento no llego. A lo largo de la clase, en algún momento, comenzo a preguntarme en que me iba mal y esas cosas, y entonces su mirada dejo de estar enfadada, fue raro, pero a mí me alegro, lucia más apuesto y todo, al final nunca le pedí a mi hermano que lo sacara, termine teniendo clases con él dos veces a la semana por cuatro meses, y cada vez entraba tenía esa cara de pocos amigos, pero luego sus ojos lucían menos duros cuando me miraba.

— ¿Entendiste?

Asentí.

— Puedes hablar ¿O no?

— N-no, señor, lo entiendo, lo siento...

Taggard me seguía mirando duramente y tuve que bajar la mirada, debería enfadarme, debería sentirme en pánico por ser tratado así, pero en cambio me sentía avergonzado de haberlo enojado, casi visualizaba a Vincent negando con la cabeza decepcionada, pero baje la mirada y sentí mi rostro caliente.

Taggard me tendió el celular de vuelta.

—Llamarás a tu hermano y pedirás disculpas por cómo le hablaste y por tu tono.

Lo miro de reajo, avergonzado y algo asustado mientras lo tomaba.

— Entiendo, gracias.

Ni siquiera yo sabía que agradecía, pero sentí natural hacerlo, estaba dándome otra oportunidad, no iba a hacer el ridículo de nuevo.

Cawley contesto enseguida.

— ¿Glyn?

—Hola, Cawley...yo...lo siento por lo de recién, por hablarte así.

El alivio fue inmediato, odiaba haber hablado así a mi hermano. No tenía derecho.

Escuche una inspiración de aire al otro lado y Cawley hablo.

— Bien, esto me sorprende...imagino que Taggard te regaño...pero...gracias ¿Supongo? —
Hubo un incómodo silencio— Debería decir esto ahora...pero no me gusta cómo te estás comportando Glyn, me da igual que quieras salir los fines de semana o con tus amigos...pero tu tono...tus faltas de respeto o la forma de contestar...me duele que me

hables así...quiero lo mejor para ti, todo lo que hago es para ti... solo quiero que lo sepas...no quiero enjaularte ni nada, pero...me gustaba más él Glyn de antes...

Tuve que presionar mis labios para no dejar salir un sollozo, porque me sentí un idiota, yo sabía mejor que nadie cuanto se esforzaba por mi...

— Lo siento Cawley, lo siento, sabes que te amo y te respeto mucho, prometo dejar de hacer el tonto.

— No te digo que dejes eso del todo, está bien que quieras hacer amigos y todo.

— No, no, ni siquiera quiero hacer esto ¡No sé porque sigo con esto! Solo quería demostrarme algo a mí mismo y estoy fracasando en todo.

— Lo entiendo, vamos a conversar cuando regrese, tal vez encontrar un punto medio o algo. ¡Dale las gracias a Taggard también! La tía me llama —Hizo un bufido molesto— hablamos después, te amo hermanito.

Corto antes de poder responderle y me demore varios segundos en bajar el teléfono. No alce la vista a Taggard, pero sentía su mirada en mí.

— Glyn...yo...

— Gracias, señor.

— ¿Por qué?

— Por haberme regañado, hubiera seguido siendo un idiota con mi hermano si no fuera por eso...yo, me alegro de haber tenido esa conversación con él— Alce la vista titubeante, Taggard parecía sorprendido y algo pasmado, pero intente no pensar por qué— Solo...gracias...

— Si, bueno, no hay de qué.

— ¿Puedo subir a mi habitación?

Taggard nuevamente lucio sorprendido, pero luego sonrió y me alegre de ver sus ojos suaves de nuevo.

— Claro que sí, chico.



Esperé hasta que Glyn desapareció en su habitación y sentí la puerta, cerrada suavemente, antes de apoyarme en la pared.

¿Qué mierda estaba haciendo?

Sabía que Glyn tenía esos instintos, pero ¿Darme las gracias? Estaba por disculparme yo cuando él me agradece, como siempre, ese chico y sus instintos sumisos no dejan de sorprenderme.

Había estado muy enojado cuando Cawley me dijo que Glyn ya no me necesitaba, yo sabía que el chico me necesitaba, era todo un sumiso natural y yo era perfecto para guiarlo en su camino, pero me hicieron a un lado, y luego de meses descubro que apenas me aparte Glyn estuvo haciendo el tonto con chicos estúpidos, casi quería golpear a Cawley por permitir eso, pero se veía arrepentido así que solo me ofrecí a ayudar.

Glyn era un pecado andante, estaba seguro que mucha gente no se daría cuenta, tenías que saber ver detrás de sus camisetas mangas largas y su largo flequillo, pero era demasiado sumiso por su propio bien, necesitaba cuidados y alguien para guiarlo, era de esos chicos de su edad que casi no habían, un chico bueno hasta la medula.

Normalmente quiero agarrar a golpes a la mayoría de los adolescentes y jóvenes, tonteando más horas de las que estudian, tomando a plena luz del día y siendo irrespetuosos con todos, creyendo que tienen el mundo a sus pies cuando en realidad son solo mierdecilla con patas intentando ser personas. Solo hacia el trabajo de dar clases particulares por consejo de mi propio profesor para aprender a tolerar a esos chicos, pero entonces conocí a Glyn, el muy amable, lindo y sumiso Glyn.

Uno quiere aprender a tolerar jóvenes y terminas aprendiendo cómo controlar su pene. No me lo esperaba, la verdad, voy a reconocer que los primeros segundos creí que solo era un chico introvertido, muy tímido, algo así, pero no, Glyn es solo sumiso, si le das los cuidados y apoyo necesario se abre a ti, y eso no debería calentarme ni hacerme imaginar cosas, pero lo hace.

Mi control nunca es muy bueno cuando se trata de Glyn.

Creo que la única razón por la que no he tonteado por él es porque estaba un poco perturbado, me asombraba como mi cuerpo reaccionaba a él, o como él respondía siempre con tanto respeto, como llamarme señor le salía tan natural, el cómo sabía cuando bajar la mirada y cuando no, lo de ahora, de saber recibir un regaño sin enojarse, tenía unos instintos perfectos, si ese chico continuaba solo y decidía explorar el mundo de dominación y sumisión sería comido vivo, aunque, por supuesto yo no dejaría que eso ocurriera.

Yo lo había encontrado primero.

Sabía que podía ganarme a Cawley, además, creo que el a sospecha mi pequeño (gran) interés en su hermano menor, y aun así me permitió quedarme en su casa así que imagino que de algún modo me acepta.

Lo que quedaba era tentar a Glyn, no soy idiota, he visto como me mira, pero quiero que el entienda mi dinámica, esto de querer dominarlo, nunca he tenido un sumiso propio,

aunque he jugueteado en bares, tengo a buenas personas que me ayudan, además no estoy tan metido en eso, no quiero infringir dolor, hacer escenas o algo por el estilo, solo me gusta controlar, guiar, poder decidir lo que creo mejor, mis antiguas parejas han encontrado eso desesperante, pero sé que Glyn podría aceptarme, como yo aceptarlo a él, no busco enjaularlo ni nada, quiero verlo crecer como un buen hombre, verlo madurar, verlo estudiar y transformarse en un buen ciudadano.

Obviamente quiero todo de él y eso incluye su cuerpo, sé que el sería un amante receptivo y sensible, siempre dispuesto a complacer, gimo bajito intentando controlar mi imaginación, he estado genial controlándome los meses pasados, no me he relacionado con nadie, incluso con los tontos intentos de Patrick de coquetear, ese chico realmente necesita unos azotes, casi estuve tentado de llamar a un amigo para que controlara a ese chico pero he logrado mantenerlo en el límite, aunque me costó un beso, no lo hizo mal, pero si él cree que fingir gemidos es caliente su amante será un hombre muy triste.

Escucho el sonido de un móvil y la voz amortiguada de Glyn, estoy frunciendo el ceño, lo sé, pero me contengo de subir a preguntar con quién habla, pero entonces abre la puerta, baja y lo veo buscarme con la mirada, parece nervioso, volvió a bajarse el cabello y su flequillo tapa sus ojos, lo único que me gusto de su apariencia de hace unos minutos fue ver sus ojos libremente, tiene unos hermosos y grandes ojos grises, estoy seguro que podría hacer un buen trabajo rogándome solo con la mirada, cielos, contengo un gemido e intento centrar mi mente.

— ¿Qué pasa?

— Oh...yo.... ¿Puedo salir?

Alzo una ceja.

— ¿Por qué?

— Mmmm...Vincent...un amigo...me invento a juntarme con él.

— Es viernes.

— ¿Eh? si, si lo es....

— No puedes.

El luce sorprendido y parece enfadado pero la ira retrocede rápidamente.

— ¿Puedo saber por qué?

Realmente adoro lo inteligente que es este chico.

— Es viernes, ¿sabes a que se juntan los chicos los viernes? A tomar y hacer cosas locas, no quiero que seas como esos idiotas, Glyn, eres mejor que ellos, si desvías tu camino ahora será difícil volver.

— No me obligarán a tomar si no quiero, ni harán cosas locas, Vincent prometió no llamarme a esas cosas.

— Así que si son los chicos que hacen ese tipo de cosas ¿no?

— B-bueno si, pero...— Lucio confundido y espere, esta era una prueba, una importaría ¿Ganaría su etapa rebelde o el sumiso que lleva dentro?

— ¿Realmente quieres ir? Siempre creí que preferías quedarte en la casa, no salgas para complacer a los demás, chico, solo debes hacer lo que creas correcto, si realmente lo quieres podemos llegar a un acuerdo para que vuelvas temprano.

El lucia confundido y mordió su labio nervioso, por suerte estaba mirando el suelo porque no pude evitar lamer mis labios al ver ese gesto.

— Creo que tienes razón...no me divierto mucho en esas juntas...solo...no es lo mío.

Asentí, lo sabía, él no era ese tipo de chico, por eso me encanta.

—¿Así que?

—Solo le diré que no hoy entonces.

Sonrió, complacido con él.

— ¿Cómo es ese chico? ¿El que te llamo?

— ¿Vincent? Es el líder del grupo, pero es buena persona...— Pensó un momento antes de volver a hablar — ¿Puedo invitarlo a casa la próxima semana entonces? Tal vez si lo conoces puede decirme que piensa...yo creo que es un buen chico en el fondo.

Sonrió cada vez más orgulloso, amo como piensa mi chico, porque ya he decidido que es mío. Que busque mi opinión, poder ayudarlo a decidir cosas importantes como que persona lo rodeara.

— Claro que puedes.

Me sonríe contento, nadie creería que acabo de negarme a lo que pidió por su sonrisa, estoy seguro que este mismo instante hay adolescentes gritando y discutiendo con sus padres porque no poder salir, pero Glyn no es ese tipo de chico.

Yo ahora estoy seguro, si es que me quedaba una pizca de duda, él es el indicado, y estoy tan feliz de, por fin, haber asimilado esto que no pienso en lo que hago, solo me inclino y deposito un suave beso en su cabeza.

El luce tan sorprendido como yo, pero luego se sonroja y baja la mirada.

— ¿Señor?

No puedo retroceder ahora así que tomo su rostro, su reacción me motiva.

Alzo para que me mire a la cara.

— Si no quieres solo debes decirlo.

— N-no es que no quiera.

Parece querer decir algo más, pero yo estoy contento con eso así que lo beso, simplemente adoro como se abre para mí, como me recibe, como si se moldeara a mí, se deja llevar y participa tímidamente en el beso, lo halago lamiendo sus labios y él se inclina más hacia mí. Cuando me separo de él parece agitado y no puedo evitar sonreírle, amo como se ve por un simple beso, como puedo llevarlo cerca del borde solo con mis labios.

— ¿Tú no estás saliendo con Patrick?

La pregunta me descoloca totalmente y me separo de él, confundido.

— ¿Por qué tendría yo que estar saliendo con ese chico? — Evito decir idiota y otros sobrenombres porque ese chico en serio a veces me perturba, de mala manera, no como Glyn.

Glyn se sonroja y baja la mirada, luce contrariado así que me quedo en silencio, esperando.



Mi mente es un torbellino, no entiendo como pase de pedir permiso para salir a recibir un beso, un gran beso de Taggard, pero no puedo dejar de recordar a Patrick

¿Taggard se dedica a repartir besos? Yo no he hecho nada para ganarme uno ¿Al verme como chico malo lo motivo? Pero ha estado todo el tiempo instándome en volver a como

antes, lo cual me calmo mucho, no sé, tal vez solo necesitaba que alguien me dijera que dejara de ser idiota, que ser un chico aburrido está bien.

— Yo te vi— No me atrevo a mirarlo.

— Viste ¿Qué? Glyn.

— Besaste a Patrick, hace unos meses, lo vi...fue casualidad, solo volvía a casa.

Su respiración se atasca y se mueve, elevo la mirada y lo veo con la mano en su frente, sacude la cabeza y me mira, parece muy serio.

— No, cielos, no, nunca saldría con ese chico, él es...— Mueve su mano, pero no dice nada— No es mi tipo ¿Bien?

— ¿Entonces porque lo besaste?

— Porque prometió dejar de hacer el idiota conmigo en mis clases si le permitía un beso— Se encogió de hombros— Fue tonto, pero lo intente porque la otra opción era azotarlo.

Mi mente no debería haber imaginado una mano golpeando mi trasero, y eso no debería haberme calentado, baje la mirada avergonzado de mí mismo. ¿Qué estaba mal conmigo?

— ¿Tu...tu ibas a azotarlo?

— ¿Qué? No, oh, cielos, todo lo que hago sale mal ¿no? No, iba a llevarlo a un amigo, además del beso no me he relacionado con él más que como estudiante y profesor.

Asentí, avergonzado aún de mi mente, quede mirando la mano que aun descansaba en su cadera, era grande ¿Dolería? Seguro que sí, pero algo me decía que no habría solo dolor.

— ¿Glyn?

Me sobresalte.

— ¿Si, señor?

Él sonrió, como si hubiera dicho algo bien.

— ¿Por qué no me preguntas cual es mi tipo?

Realmente no quería preguntar, porque de seguro tenia estándares muy altos, pero lo había pedido y no podía negarme.

— Mmmm ¿Cuál es su tipo, señor?

— Un sumiso.

Si mi cara no estaba lo suficientemente sonrojada por imaginar azotes en mi trasero ahora si lo estaba. Yo sabía de eso, eso de sumiso y dominante, Vincent tenia revistas de ese estilo, aunque eran heteros, aunque más que imágenes fuertes no recordaba micho.

— ¿S-sumiso? ¿Usted es...es...?

Él estaba sonriendo aún y asintió lentamente.

— Sí, soy un dominante, no es que tenga mucha experiencia, pero no estoy tan dentro de eso...solo me gusta controlar, me gusta guiar, quiero tener un sumiso— Su mano acaricio mi mejilla e me incline al toque, me gustaban las caricias.

Asentí, eso tenía sentido, no lo criticaba, era su vida ¿no? Aunque no lograba entender bien que era un sumiso, las imágenes eran solo de chicas de rodillas con cuero.

Y el beso aún tenía aturdida mi mente.

Su mano bajo a mi mentón y elevo mi rostro para mirarlo a la cara.

— ¿Lo entiendes, Glyn?

Quería decirle que sí, pero en realidad no entendía de lo que hablaba, parecía algo serio.

— Uh...creo que no, señor.

Él sonrió.

— No te asustes, Glyn, pero creo que no lo sabes...pero tienes buenos instintos como sumiso.

Casi me reí, pero vi que era serio.

— Eeeeh...bueno, lamento contradecirlo, pero no lo soy, señor, ni siquiera sé que es un sumiso en realidad.

Él sonrió.

— ¿Te gustan las reglas, ¿no?

Asentí.

— Eso es importante, debes saber recibir órdenes, a algunos les gusta eso solo en la parte sexual— Apreté los labios intentando no verme muy excitado solo al pensar en Taggard en algo sexual— y a otros— Me mira— son así siempre.... Solo les gustan que les ordenen, que los controlen, poder depender de alguien.

Mi respiración se había hecho pesada ¿Eso era yo?

— Solo soy un chico aburrido.

— Eres un chico bueno, un muy buen chico— Se lamió los labios y seguí el movimiento— Un sumiso perfecto.

No pude responder porque me beso y estuve de acuerdo con todo lo que él me dijera, si él decía que yo era un sumiso ¿Quién era yo para contradecirlo?

Así que solo me deje llevar.



Solo tres días después llego navidad, definitivamente los mejores días de mi vida, por ahora. Lo iba a dejar al colegio y lo esperaba en casa, yo no tenía clases en la universidad hasta después de año nuevo así que siempre esperaba ansioso su regreso, me alegraba saber que él también lo hacía, siempre corría a mis brazos apenas llegaba, creo que aún piensa que desaparece en cuanto me pierda de vista.

Glyn era perfecto tal y como siempre lo pensé, quise controlar las cosas al principio, no llevarlo al final, darle tiempo para que se adaptará, pero Glyn era demasiado ansioso y mi control estaba al límite, así que solo sucedió, no puedo decir que me arrepiento de tomar a un menor porque no lo hago, Glyn fue todo y más de lo que soñaba, receptivo y honesto con sus sensaciones, poco a poco se dejó llevar, sé que no ha fingiendo nada hasta ahora, yo fue su primero, y estos tres días han sido experimentar y conocer nuestros cuerpos, nuestros gustos, parecemos muy compatibles, demasiado, casi espero despertar y descubrir que lo soñé todo, así debe sentirse Glyn, pero entonces lo veo a mi lado y sé que no fue un sueño.

— ¿Señor?

Su voz buscándome me saca de mis pensamientos, el libro en mis manos sigue en la misma página, eso uno de los favoritos de Glyn, y quiero entender sus gustos, pero creo que leer no resulta cuando estás duro, aún me sorprende mi resistencia, por supuesto, es culpa de Glyn.

— Aquí— Me levanto y voy para allá, lo veo de espaldas buscándome y lo atrapo en un abrazo antes de que se voltee.

Se tensa un segundo y enseguida se inclina hacia mí, nota mi miembro duro y se roza contra él.

Es un chico insaciable.

Y eso me encanta.

—Deja eso o me correré.

El voltea su cara y me sonrío, no puedo evitar besarlos, se gira hacia mí para quedar de frente y recibe todo lo que le doy.

Siempre tan ansioso en complacer.

Lo hago retroceder y lo elevo para sentarlo en la mesa, adoro lo sonrojado que se pone cuando me besa, el cómo jadea, los sonidos que hace, el cómo responde a mí.

— Eres un buen chico.

Él sonrío, halagado, sé que adora cuando le digo eso, sé que ahora acepta que ser un buen chico no es malo. Ahora está cada vez más orgulloso de eso.

— Gracias, señor.

Le sonrío y lo beso, y mi boca baja por su cuello dejando pequeñas marcas, el gime para mí, moviendo sus caderas y apretando mis hombros como si necesitara más.

Yo sé lo que necesita.

— Genial, que bienvenida.

La voz de Cawley me congela medio segundo y me giro a verlo.

Luce sorprendido, y algo perturbado, pero no molesto.

Glyn parece avergonzado, pero murmura un bienvenido que despeja mi mente, ese es mi chico, siendo respetuoso incluso en situaciones así.

— Vale, bien...me suponía algo así, pero... ¿En la mesa de la cocina? Saben que hay habitaciones y camas para eso ¿verdad?

— S-sí, perdón, hermano.

Acaricio la mejilla de Glyn y él se inclina a mi toque y me sonrío avergonzado.

— ¿Por qué no vas a tu habitación para poder conversar con tu hermano? — No voy a inventarme una distracción, prometimos honestidad, siempre he creído que las relaciones que empiezan con mentira no duran.

Glyn parece algo preocupado, pero asiente.

— Está bien, señor— Me besa la mejilla, abraza a su hermano y sube a su habitación.

Supongo que tendrá que ir aliviarse al baño, al menos mi erección bajo con la interrupción de Cawley.

—Volviste antes.

Cawley sonrío.

— No me distraigas, Taggard, como dije, me suponía esto, Glyn no es muy bueno para no demostrar sus sentimientos y tú no eres mejor— Luego suspira— Esta bien, esto me estresa un poco...digo...ver a mi hermano menor — Parece buscar las palabras correctas— ¿Debo asumir que ya lo han hecho?

Asiento, no le mentaré al hermano de mi sumiso.

Diría lo siento, pero como no lo hago prefiero no decir más.

— Supongo que no está bien...pero...no pude controlarme.

Cawley ríe.

—Eso es porque Glyn es un encanto— Luego se pone serio— Pero es mi hermanito, Taggard, espero que seas serio en esto.

— Por supuesto que lo soy.

Si Cawley supiera que ya estaba planeando mi vida, planeando como viviremos cuando termine la escuela, cuando este en la universidad, cuando trabaje.

Soy tan serio que me asusto.

— Sé que eres como...mandón o algo— No lo corrijo— Pero creo que eso es lo que Glyn necesita, así que...mientras siga siendo un buen hermano menor apoyo su relación.

Le sonrió.

—Gracias.

— De nada— y luego frunce el ceño— pero...eviten hacerlo en otras partes de mi casa ¿bien?



Todos ayudamos a la cena, creo que yo era el más feliz en saber que Cawley solo había vuelto para pasar navidad con Glyn, luego debería quedarse al menos una semana más con la abuela, Glyn prometió ir apenas terminara la escuela, y yo prometí acompañarlo para conocer a su familia.

Mientras Glyn seguía en la escuela y estuviera a su cargo, lo llevaría a mi apartamento, allí nadie se enojaría si tomaba a Glyn en la cocina, todo lo contrario, el dueño estaría muy feliz.

Obviamente la cena fue entretenida, Cawley poniendo al día sobre su familia, su abuela, primas y tía, parecía emocionado de ver al Glyn de siempre allí, a su buen hermanito en vez del rebelde chico que dejó antes de irse, Cawley parecía haberme integrado a la familia, no lo recordaba tan amable, pero eso me gusto, porque sabía que incluso si Glyn se iba a vivir conmigo en algún momento Cawley seguiría siendo la persona más importante, yo sabía todo lo que hizo por Glyn, y agradecería eso, muchas familias habrían querido cambiar a Glyn, que fuera contra su naturaleza, realmente doy gracias de que Cawley es un hombre inteligente.

El árbol estaba decorado desde antes, pero yo había añadido algunas cosas, Glyn me ayudo, también teníamos regalos para Cawley, los compramos en una salida que tuvimos, aunque no esperábamos dárselos realmente en navidad, por supuesto también le tenía regalos a Glyn, dos precisamente, y otro que era personal, que le daría después, cuando estuviéramos a solas, sabía que el también compró cosas, pero prometí no revisar sus bolsas, y lo había cumplido.

Habíamos puestos los regalos bajo el árbol antes de la cena, apenas terminamos Glyn corrió a las bolsas, parecía tan emocionado como un niño, adore ese lado de él.

Cawley parecía muy feliz con su nuevo reloj de muñeca, también estaba encantado de la ropa y las libretas que Glyn le regalo, al parecer le gustaba dibujar y quería camisetas nuevas.

Yo también me sorprendí al ver lentes de sol, ropa, y útiles escolares en mis regalos, ame el retrato de caballos que Glyn me regalo, lo colocaría junto a él en mi apartamento, podríamos decidir juntos en dónde.

Glyn por su parte casi grito cuando vio el reproductor de Blu-ray, me había asombrado que no tuviera uno así que quise gastar un poco en él, me sonrió cuando vio los libros, porque sabía que le gustarían, también obtuvo peluches de Cawley, lo que me sorprendió porque no había visto ninguno en su habitación, Glyn pareció avergonzado.

— Tiene tantos que no caen en la pieza, así que están en bolsas en el sótano.

Yo sonreí mientras hacía planes pensando en donde encajarían esos peluches en mi apartamento, de seguro se podría arreglar, sería tierno verlo rodeado de ellos.

Esa noche, después de hacer el amor con él, intentando ser más suave de lo normal por respeto a los oídos de su hermano, le di el regalo personal.

Era una pequeña gargantilla negra, solo quería que se acostumbrara a ella, una pequeña marca en su cuello.

No esperaba gran respuesta de él, después de todo él no sabe mucho sobre ser un sumiso, pero estaba esperanzado de que le gustara, no era femenina ni muy decorativa, se hubiera visto bien con su intento de ser chico malo, una pequeña línea delgada de cuero trenzado con un broche plateado circular, muy simple, no llamaría tanto la atención y se podía estirar.

El pareció muy emocionado mientras acariciaba el cuero y luego llevo una mano a su cuello.

— ¿Puede ponérmela, por favor?

— Claro que sí.

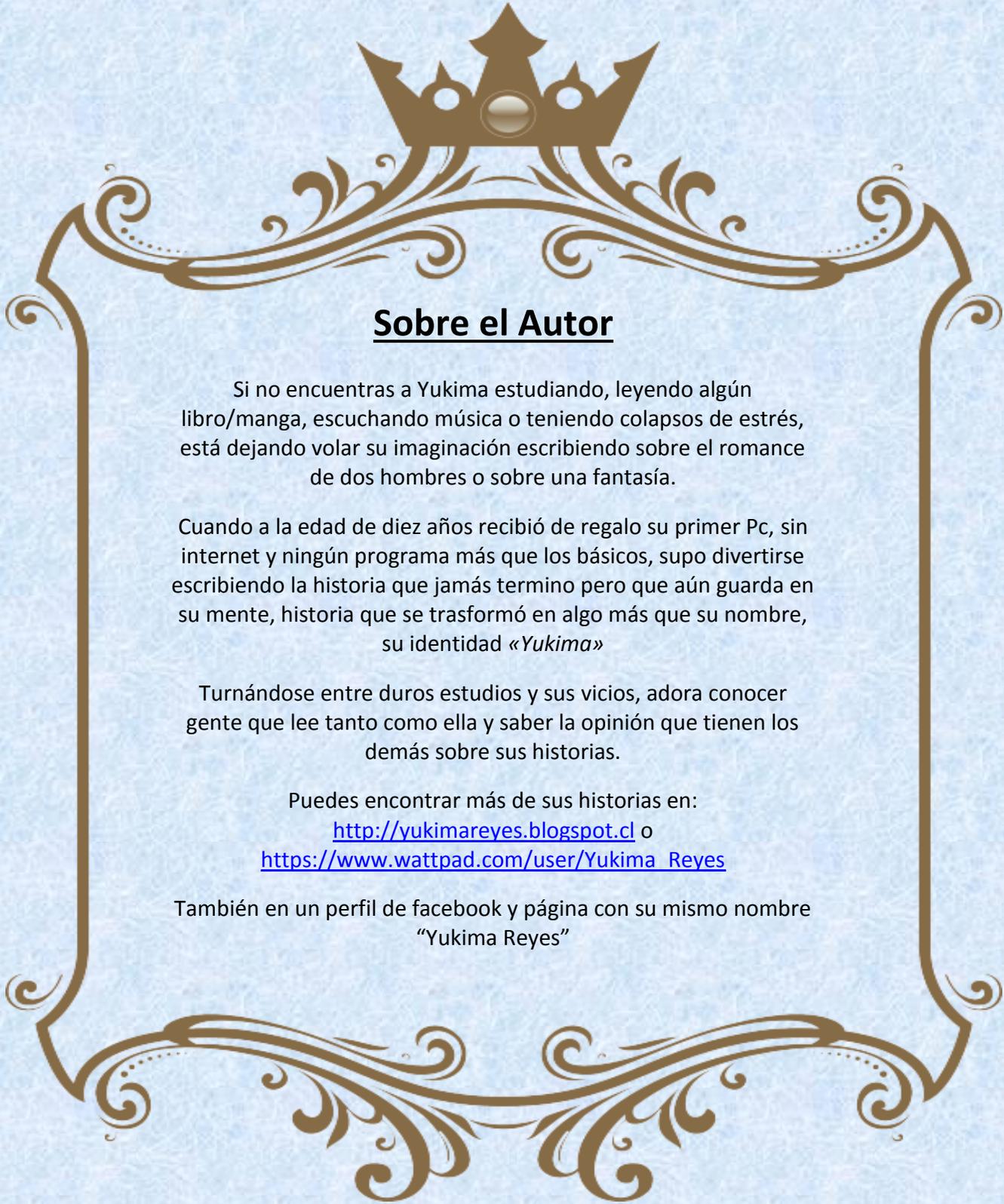
— Gracias, señor.

— Es lo que te mereces, chico, has sido un buen chico esta navidad ¿no?

Él me dio una sonrisa traviesa. Pero, a pesar de todo, yo no lo dudaba, porque Glyn siempre lo es.



[FIN]



Sobre el Autor

Si no encuentras a Yukima estudiando, leyendo algún libro/manga, escuchando música o teniendo colapsos de estrés, está dejando volar su imaginación escribiendo sobre el romance de dos hombres o sobre una fantasía.

Cuando a la edad de diez años recibió de regalo su primer Pc, sin internet y ningún programa más que los básicos, supo divertirse escribiendo la historia que jamás termino pero que aún guarda en su mente, historia que se transformó en algo más que su nombre, su identidad «Yukima»

Turnándose entre duros estudios y sus vicios, adora conocer gente que lee tanto como ella y saber la opinión que tienen los demás sobre sus historias.

Puedes encontrar más de sus historias en:

<http://yukimareyes.blogspot.cl> o
[https://www.wattpad.com/user/Yukima Reyes](https://www.wattpad.com/user/Yukima_Reyes)

También en un perfil de facebook y página con su mismo nombre
“Yukima Reyes”

RUBY VERVAIN



Sueños en
índigo

Sueños en Índigo



Ruby Vervain



La sala de adjudicaciones era de un blanco impoluto. Dos filas de sillas rodeaban un mostrador donde una vieja súcubo hacía las labores de secretaria e iba llamando a los íncubos y súcubos para que entrasen al despacho del Adjudicador. Eran la siguiente generación, la promoción a la que pertenecía Burcu.

Burcu pertenecía a la familia más reconocida e influyente de la sociedad de Súcubos, todos esperaban mucho de él. Esperaban que continuara con la senda familiar, que daría aún más prestigio a la familia. Pero Burcu era diferente, siempre había temido aquel día desde el mismo momento en que su madre le comunicó que era un íncubo. Aquel día en el que le sería adjudicado un mortal del que pudiera alimentarse. Los ojos se le llenaron de lágrimas sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Se encogió en el asiento, cuando pasó por delante uno de los íncubos de su misma promoción, «uno de los mejores», le dijo una vocecita en su cabeza como si quisiera recordarle lo asqueroso de su condición.

Burcu sabía que era diferente desde sus primeros años de vida, sólo el color azul eléctrico de su piel así lo indicaba, ningún otro niño fuera de su familia tenía aquel tono de piel. Tenía pupilas de gato, de tonos dorados y verdosos, y unas orejas ligeramente puntiagudas parecidas a las que tenían los elfos en las películas. Y cómo olvidarse de la cola. Una larga y delgada cola que le salía de su baja espalda y que terminaba en una pequeña punta redondeada. Su cabello, de color azabache, era corto por la nuca y algo más largo en la zona del flequillo, de forma que tapase sus ojos. Era de estatura baja, apenas un metro sesenta, a diferencia del resto de sus hermanos que todos sobrepasaban con facilidad el metro ochenta.

Su familia la componían siete miembros, incluyéndose él mismo; sus padres, sus tres hermanos, su hermana y él. Sus progenitores eran una pareja de súcubo e ícubo muy respetados dentro de la sociedad de sobrenaturales, su madre era la ayudante de la súcubo que estaba en el Consejo de Ancianos y su padre formaba parte de la cúpula de consejeros. Ambos estaban entre los mejores de su época y tenían la particularidad de que no necesitaban tener sexo con los mortales para alimentarse de ellos, sólo con acceder a sus sueños ya aspiraban su esencia vital. También ostentaban el record de menos muertes de humanos, cero los dos juntos.

Su hermana, la primogénita, y su hermano segundo, habían heredado las cualidades de sus padres, por lo que rápidamente habían ascendido dentro de la sociedad de súcubos e ícubos. Los gemelos, sólo necesitaban tocar a la persona y por lo general, solían ir a por parejas. No tenían ninguna particularidad entre sus poderes, excepto el hecho de que habían nacido de un único embarazo. Tener una pareja de hijos había catapultado a sus padres hasta lo más alto.

Y, por último, estaba él. Había nacido solo y carecía de las habilidades de sus padres. No había heredado ni una sola de ellas. Era un ícubo corriente y ordinario, de esos que nunca llegaban a nada. Aún recordaba el día en el que le habían realizado el examen de habilidades al llegar a la mayoría de edad, los veinticinco. Todos habían estado excitados y ansiosos acerca de los resultados que obtendría. Sin embargo, Burcu estaba aterrizado, una voz en su mente le decía que había algo mal con él. No se equivocaba.

Para obtener la esencia vital de un mortal, no sólo tenía que tener relaciones sexuales con ellos, sino que los fluidos debían entrar en su cuerpo. Lo que significaba que era un sumiso. Un ícubo sumiso implicaba que las mujeres estaban fuera de toda cuestión, ya que ellas carecían del equipamiento necesario. Eso dejaba como único alimento a los hombres. Burcu debía darse a todos los hombres para poder alimentarse. Como un vulgar prostituto. Casi prefería morir, pero hasta para eso era un cobarde.

Mientras esperaba en la sala de espera de adjudicaciones, el íncubo que había entrado antes que él salió del despacho sonriente. Burcu volvió a encogerse, casi queriendo desaparecer. Entonces, cuando iba a coger su abrigo y su mochila, el íncubo se dio la vuelta y se le quedó mirando.

—¿Eres Burcu, verdad?

Burcu abrió los ojos como platos. Aquel íncubo, el mejor de su promoción, que nunca había hablado con él, la había dirigido la palabra.

—Sí —susurró Burcu muy bajito, a la vez que asentía con la cabeza.

—Sólo quería desearte suerte —dijo sonriéndole con bondad a la vez que se ponía el abrigo y cambiaba de color su piel a una tonalidad humana—. ¿Sabes?, mi abuelo era como tú, un íncubo sumiso, él fue quien me crió. Ha sido el mejor íncubo que he conocido, gracias a él soy lo que soy ahora. Así que, buena suerte, no te desanimas, ¿vale? A veces suceden cosas que nos parece que son peores de lo que en realidad son.

A Burcu se le escaparon un par de lágrimas y sorbiéndose la nariz, le preguntó:

—¿Tú abuelo fue feliz alguna vez... teniendo que hacer lo que hacía...?

El joven íncubo hizo una mueca.

—Sé que lo pasó mal al principio, pero todo mejoró cuando conoció a mi abuela. — Se acercó a dónde estaba Burcu y le puso la mano en el hombro—. Si alguna vez necesitas hablar con alguien, cuenta conmigo, ¿de acuerdo?

Burcu asintió y en ese momento, la secretaria dijo su nombre y le indicó que entrase al despacho. Con un último asentimiento y el pulgar arriba del otro íncubo, Burcu entró por la puerta del infierno.



El Adjudicador le recibió con un gruñido molesto y una mueca desdeñosa. El íncubo tendría la edad de sus padres, pero no era ni de cerca tan agraciado como ellos. Su pelo, antaño negro, era de un grisáceo zarrapastroso, su tono de piel era de un azul pálido y sin brillo, y sus ojos destilaban amargura.

—Siéntate.

Burcu lo hizo y bajó la cabeza, sin atreverse a mirar mucho a su alrededor. Oyó cómo el otro íncubo trasteaba con unos papeles, cerraba y abría los cajones y finalmente, se quedaba en silencio.

—Muy bien, así que... tú eres «ese». —El Adjudicador suspiró mirándole con antipatía empezando a observar unos papeles—. Nunca había visto a alguien como tú, el último íncubo sumiso murió hace años.

Burcu asintió sin dejar de mirar sus manos.

—Qué mala suerte para tus padres... En fin, incluso los mejores cometen errores —dijo el Adjudicador más para sí mismo que para Burcu, luego le puso unos papeles delante—. Firma en el impreso blanco, las hojas amarillas son para ti. Me imagino que alguien podrá llevarte a la dirección, ¿no?

Burcu asintió firmando rápidamente la hoja que tenía frente a él, quería irse de allí cuánto antes. Luego cogió los papeles de color amarillento y los dobló varias veces, con la intención de guardarlos en su mochila cuando saliese de allí.

—Muy bien, ahora necesito que te desnudes, tengo que revisarte —dijo guardando los papeles en un archivador.

Burcu tragó saliva.

—¿Pero...? Me habían dicho que sólo necesitaba firmar y que me dieran la información del mortal. ¿Porqué...?

El Adjudicador se pellizó el puente de la nariz y resopló con cansancio.

—Mira, me hace tanta gracia como a ti, pero eres un íncubo sumiso: debo controlar que tu cuerpo funciona y reacciona de la forma que debe hacerlo. Si fueras como tus padres o tus hermanos, una sencilla prueba mental sería suficiente, pero dado tu caso, tus pruebas son físicas —explicó con voz monótona como si estuviera harto de decir las mismas palabras una y otra vez—. Así que, por favor quítate la ropa y colócate allí —añadió señalando una silla ginecológica—. Cuánto antes empecemos, antes nos iremos los dos.

Después el Adjudicador se levantó y se fue a la esquina del despacho a colocarse una bata y unos guantes. Burcu se dirigió al lado de la silla, donde había un pequeño espacio con una cortina y empezó a desnudarse. Su profesora, una súcubo ordinaria, le había explicado que a los que no desarrollaban habilidades mentales, solían hacerles un reconocimiento físico. No había concretado mucho, mas había sido suficiente para que a Burcu se le erizara el cabello de la nuca.

Cuando se subió a la silla sintió un escalofrío, el metal estaba helado. El íncubo se acercó y le colocó las piernas sobre los soportes, dejándole expuesto. Ninguno de los dos dijo nada, pero la tensión era palpable.

—Muy bien, voy a comenzar. Si sientes alguna molestia, dímelo.



Había sido lo más humillante que le había ocurrido en toda su vida. Aún podía sentir los dedos enguantados en goma del Adjudicador tocándole por todo su sexo. Había medido y apuntado todas sus dimensiones, desde el largo y grosor del pene, el peso y la circunferencia de sus testículos e incluso el tamaño de su próstata. Burcu se estremeció al recordarlo.

—¿Cómo te sientes?

Burcu suspiró y observó el asiento del conductor, dónde su hermana mayor le daba una mirada compasiva. Sólo ella se había ofrecido a recogerlo y llevarlo hasta la casa del humano. Su hermano mayor y su padre se sentían incómodos a su alrededor, los gemelos lo ignoraban y su madre sólo le mostraba cariño en el interior de su casa. Su hermana, que esperaba silenciosa su respuesta, era la única que se había puesto de su parte, la única que lo había apoyado desde siempre, la única en la que podía confiar.

—¿Cómo te sentirías tú, Sisel?

—Fatal, no puedo ni imaginármelo —suspiró su hermana—. Siento tanto que tengas que hacer esto...

Burcu asintió. No había nada que se pudiera hacer. Si no tenía relaciones con los humanos no se podía alimentar; si no se alimentaba, se moría. Contempló cómo se iba oscureciendo el día a través de la ventana. «Qué importa» pensó, «incluso si me escapo a nadie le importaría». Abrió los ojos cuando ese pensamiento se cruzó por su mente. Podía escaparse. Nadie le seguiría. Su familia se libraría de él y de lo que representaba. Puede que por primera vez se sintieran orgullosos. Probablemente sería lo mejor.

No. Era lo mejor.

...

Burcu se asomó por la ventana de la habitación del chico que le habían asignado. Sisel le había dicho que había tenido mucha suerte, le había tocado un joven humano atractivo y de buen cuerpo. No todos se estrenaban con un humano con tanto potencial. Si lo hacía bien, no tendría que comer en al menos un mes y eso significaba ganar tiempo para su huída.

Sisel esperaba en el coche cuando Burcu le enseñó el pulgar arriba, todo estaba tranquilo y la ventana estaba abierta. Se coló dentro con un golpe seco, por fortuna no había nadie en el interior del cuarto, pero se escuchaban ruidos desde el baño. Burcu no pudo evitar pensar en la suerte de tener un aseo para él sólo, en su casa había que compartir los tres que había y nunca parecían ser suficientes.

Dejó la mochila en el suelo, vigilando que la puerta del baño siguiera cerrada. Se fue desprendiendo de la ropa que llevaba y la fue introduciendo en el interior. Allí su madre le había metido una muda limpia y algunos productos de aseo personal, pero había algo más: en el fondo, casi enterrada, también había una cajita que no había nunca en su vida.

Entornando los ojos, la sacó y la dejó en el suelo, mientras terminaba de desprenderse de la ropa interior y escondía el macuto tras las cortinas. Con la única luz de las farolas que entraban de la calle, Burcu abrió la cajita, encontrándose con unas pequeñas perlas transparentes de color rojizo. Cogió una de ellas y notó que era blanda y suave al tacto, aunque a primera vista parecieran canicas.

Parpadeó confuso, sin saber muy bien qué hacer con aquello, cuando se percató de que había un pequeño papel adherido en la base. Rauda, lo despegó y desdoblándolo con curiosidad, leyó su contenido.

«Para cuando tú coraje flaquee. Agallas, hijo.

Papá».

Los ojos de Burcu se llenaron de lágrimas y abrazó la nota contra su pecho como si fuera un salvavidas. Sus padres le apoyaban. Su hermana le había abrazado y dado ánimos. ¿De verdad quería escaparse?

No. No quería.

Pero todavía pensaba que era lo mejor que podía hacer.

La puerta del baño se abrió y Burcu se hizo invisible a la vez que se agachaba y se escondía en un hueco entre las cortinas y el armario de la habitación. Una figura masculina salió, embutido en un albornoz, seguido de un haz de luz que iluminó su espalda. El chico se dirigió hasta la mesita de noche, encendió la lámpara y se desprendió de la bata tirándola al suelo tras secarse con ella un poco más la cabeza. Entonces Burcu pudo observarle por primera vez.

Su cabello húmedo, de un color rubio casi dorado, caía en suaves ondas hasta las orejas. Su espalda, ancha y musculosa, seguía la línea de la columna hasta un trasero curvado y lleno, que hizo suspirar a Burcu. Sus piernas de deportista estaban contorneadas y salpicadas de un vello fino y áureo. Cuando se dio la vuelta para ir a apagar la luz del baño, Burcu tragó saliva.

Gotas de agua caían desde los mechones ondulados hasta un pecho fornido y torneado, los pezones rosados estaban erguidos por el aire frío, sus abdominales estaban marcados cual tableta de chocolate y una tenue ristra de cabellos llevaban a su sexo que se movía como un péndulo con cada movimiento. El miembro, largo y más grueso en la punta, captó la total atención de Burcu, que empezó a sentir una mezcla de pánico y

deseo en su cuerpo. El joven, no esperó a secarse, se introdujo entre las sábanas y cerró los ojos cuando su cabeza tocó la almohada.

Ahora entendía las palabras de su padre al decir que su coraje iba a flaquear. Burcu abrió la cajita de las perlas y se tomó dos de golpe, cerró los ojos y esperó que le hicieran efecto. «Vamos, vamos», pensó en su fuero interno, mientras escuchaba como el muchacho se metía en la cama y apagaba la luz.

Al cabo de unos cuantos minutos, un extraño calor surgió del interior de su estómago y bajó a su sexo que se alzó erecto y goteante en segundos. Jadeó cuando sintió como su entrada comenzaba a empaparse y la excitación le recorría el cuerpo de los pies a la cabeza.

Respirando con fuerza, se puso a cuatro patas gateando hasta la cama, dejando que el olor de su excitación llegase al chico que ya empezaba a dormirse. Según su hermana Sisel, lo mejor era actuar cuando los humanos se encontraban en medio del primer duermevela, cuando todavía no habían entrado en un sueño profundo. Burcu se subió a la cama y permitió que su color natural de piel, de un azul eléctrico, le cubriese.

Para ese momento, el chico en la cama tenía la respiración acelerada y resoplaba. Burcu cogió la sábana y con lentitud la retiró de su cuerpo. Con su mano, empezó a recorrer los muslos y el trasero del muchacho y llegando a su cabeza, se agachó y susurró en su oído.

—Aliméntame.

¿Era una petición o una orden? Ni el chico ni Burcu lo sabían, pero no hicieron falta más palabras. El íncubo se encontró de pronto aplastado por alguien más alto y más fuerte que él. Burcu le miró a los ojos, sus pupilas estaban dilatadas y le miraba como si fuese algo irreal. Del pelo caían gotitas de agua frescas, que contrastaban con la calidez

que presentaba su piel. Burcu suspiró y pese a su vergüenza, abrió las piernas y juntó los penes de ambos.

El muchacho no se hizo esperar, le atacó y le devoró la boca, y aumentó la fricción entre sus miembros tumbándose sobre Burcu. El íncubo chilló de placer, rodeándole con sus brazos y besándole.

—Tú nombre —murmuró el chico—. Por favor, tú nombre.

—Burcu —jadeó de vuelta—. Me llamo Burcu. Y tú eres Mattias, ¿verdad?

Mattias dejó de restregarse y le miró fijamente a los ojos, con un atisbo de comprensión en ellos. Acarició con el dorso de su mano la mejilla azul de Burcu, estudiándole y volvió a juntar sus labios, esta vez en un beso mucho más tierno y exploratorio que el anterior.

Sus cuerpos no tardaron en volver a coger ritmo. Los gemidos y jadeos inundaron la habitación del Matt, menos mal que sus padres no estaban en casa. El olor de Burcu iba in crescendo, aquello era mucho más de lo que nunca había sentido. Mucho más de lo que le habían explicado. Nada tenía que ver con lo que le había dicho su profesora o su hermana Sisel. Deseaba más.

—... En mí. Entra en mí, ¡Mattias! —exclamó Burcu.

—Matt, llámame Matt —dijo el chico, agarrando las piernas del íncubo por debajo de las rodillas y colocándolas sobre sus hombros.

—¡Matt!

Mattias besó a Burcu de nuevo y mientras le masturbaba con una mano, utilizó la otra para dirigirse a su entrada. Estaba húmeda y abierta, y palpitaba por verse llena. Ambos gimieron con fuerza, cuando de una estocada, Mattias entró en Burcu.

Comenzaron un vaivén de besos, de idas y venidas, y más pronto que tarde, Matt estalló en el interior de Burcu.

Burcu sintió como una plenitud y un impulso recorrían su ser y lo colmaban por completo con una sensación de paz que nunca había experimentado. Suspiró y a su lado, todavía sin salir de su interior, se desplomó dormido Mattias. Burcu le observó con alivio y una sonrisa en el rostro, sin querer irse nunca de aquel dormitorio, dónde se había sentido más querido y amado en unas horas que en toda su vida.

Cuando Matt, en medio de su sueño, se puso en forma de cucharita pegado por completo a su espalda, una lágrima cayó de los ojos de Burcu y se abrazó más fuerte al humano, dando gracias de que él hubiera sido su primero.



—Te lo dije. Es azul. —Burcu oyó un cuchicheo a lo lejos, que entre la bruma del sueño no supo identificar.

Se removió en la cama, acomodándose y preparado para volver a conciliar el sueño, cuando una mano en su cabello le hizo dar un respingo. La caricia era dulce y cariñosa, hizo un gemido de gozo y soltó un suspiro de satisfacción. De repente, Burcu abrió los ojos de golpe y se incorporó de un salto, cogiendo la sábana y tapando su desnudez. Burcu tembló y observó con ansiedad a los dos chicos, que uno sentado en la cama y el otro delante de la puerta, lo miraban con un atisbo de curiosidad en los ojos. Tragó saliva, sin saber muy bien qué hacer.

A pesar de todo, Burcu no pudo evitar contemplar cómo se veía Mattias iluminado por la luz matutina que entraba por la ventana. Su pelo se notaba mucho más dorado y

brillante que la noche anterior, sus ojos eran de un azul más profundo y su sonrisa dejaba entrever una dentadura blanca y cuidada.

El otro, que tenía ojos verdes como la hierba, parecía saber lo que Burcu era. Su cabello rojizo estaba algo más corto que el de Mattias, pero aún lo suficiente largo para poder pasar la mano y sujetarlo durante un beso, algo que Burcu había descubierto que le gustaba especialmente: los besos. Parecía ser un poco más bajo que su amigo y menos corpulento, sin embargo, tenía unas manos agradables, de dedos largos y uñas bonitas. Su piel poseía un tono parecido al de Mattias, lo que indicaba que aquel chico también era deportista. Lástima que estuviera vestido.

Burcu les observaba con una mirada apreciativa en los ojos, ellos lo notaron y Mattias se sonrojó al pensar en la pasada noche. El joven pelirrojo suspiró con impaciencia y se acercó a la cama, mirando de frente a Burcu, que se puso de nuevo alerta, aunque era una alerta ligeramente diferente.

—Mi nombre es Luke, ¿y el tuyo es...?

«Así que así se llama...», pensó Burcu apartando la sábana de su cuerpo y dejando salir de nuevo el olor de su excitación. Su cola se retorció con anticipación, gateando con sensualidad hasta quedar frente a Luke, que lo miraba con las pupilas dilatadas y muy abiertas. Burcu puso su mano en la nuca del chico y lo arrastó hacia él, pegando sus bocas y besándole con fuerza.

Oyó sendos gemidos, uno a través de sus labios y otro en su oreja, segundos antes de que Mattias empezara a lamerle el hombro, al mismo tiempo que con sus manos acariciaba su espalda. Burcu colocó sus brazos alrededor del cuello, montándose sobre él y quitándole la ropa.

Cayeron sobre la cama en medio de un enredo de brazos y piernas, uno a cada lado de Burcu rodeándole, besándole alternamente y paseando sus manos por cada rincón de

su cuerpo. Y cuando dos manos llegaron a su culo y a su pene y comenzaron a masajearlos y a darle placer, Burcu, casi sin darse cuenta, lanzó un suspiro satisfecho y sonrió.



CELESTE G.



Un Deseo
para Navidad

Todos los derechos reservados.

Esta obra está protegida por las leyes de copyright y tratados internacionales. No se permite la distribución total o parcial de esta obra sin autorización del autor.

1ra edición diciembre 2016

Celeste G.

Other.joick.fan@gmail.com

<http://www.Novelasdemifantasia.blogspot.com>

“Este es un trabajo de ficción. Los personajes, nombres, lugares y sucesos son producto de la imaginación del autor o son usados de manera ficticia; cualquier semejanza con cualquier persona real, viva o muerta, establecimiento, negocio, o eventos reales son pura coincidencia.”



**¡Feliz navidad y
próspero año nuevo!**



Les deseo pasen una linda navidad al lado de sus seres queridos, que este nuevo año traiga muchas cosas buenas para todos nosotros.

¡Yo por mi parte tengo mucho por lo que estar agradecida! Un año más participando en esta antología ¡Gracias a Daniel Richards por la oportunidad! Gracias a ambas, hacen un enorme trabajo con sus portadas y teniendo paciencia con nosotros 😊 -principalmente yo, que tardo un poco de más, ¡lo siento!. Claro, agradezco a mi mami que me da la oportunidad de seguir con mi sueño y a mis hermanos que me apoyan incondicionalmente.

¡Los quiero a todos!

Además, doy gracias a cada persona que me sigue en mi blog, Facebook, instagram, Wattpad; gracias por seguir comentando y esperando por mis actualizaciones. Prometo intentar escribir más seguido este año que viene, así no tenerlos esperando ;D

Este es un corto especial, muchas personas han estado esperando por más de esta historia y bueno, yo decidí que este año era el año, ¡así que espero lo disfruten!

Un fuerte abrazo ♥
¡Hasta el próximo año!
Celeste G.

Un Deseo para Navidad



Dusha, Dueño de su corazón 2.5

Celeste G.

La primera navidad de nuestros jóvenes Dushas, la primera navidad en la que se suponía todos estarían juntos compartiendo la dicha de estar emparejados. Claro que eso no podrá ser posible, no cuando hay uno de ellos que falta y tenerlo en ese féretro de cristal es un firme recordatorio.

Ethan está exhausto de luchar, no sabe si podrá con ese nuevo reto, una navidad y un año nuevo sin su Dusha, además de enfrentar su pérdida. Joe no está mucho mejor, sufriendo en silencio, recordando que no importa lo que haga, Drake no va a regresar y sabe que debe superarlo, tiene dos compañeros a su lado y bebés en camino. Pero no es tan fácil. Charlie trata de apoyarlos, pero nada parece ser suficiente, por más que lo intente.

Ethan sabe que sus premoniciones traen un sinfín de cosas inesperadas, pero nunca pasó por su mente que esta navidad fuera a traerle un dolor y alegría tan grande. Charlie y Joe temen por la tristeza de Ethan, pero solo les queda esperar porque su compañero se abra con ellos.

Drake solo tiene un deseo esta navidad, que sus compañeros sean felices.



Siete meses habían pasado como si nada. Casi podía recordar la boda apresurada, el miedo de ser obligado por su padre a un matrimonio que no deseaba. Pero más que nada, podía recordar la incertidumbre de casarse con uno de sus amigos, uno que nunca había demostrado otra cosa que un interés amistoso.

Pero Drake lo había amado.

En ese momento no había sabido que su amigo era un hechicero, así como había ignorado el intenso amor de Drake por él, aunque terminó entendiéndolo. A su matrimonio se unieron sus dos compañeros, uno de los peores y mejores momentos de su vida. Darse cuenta de que tenían a sus Dushas frente a ellos, pero que habían tomado la decisión de unirse fuera de la unión de pareja... había dolido y había sido difícil. Joe había quedado embarazado en la misma noche de su boda, una noche que se había dado vuelta a su vida.

Pero Ethan y Charlie habían sido maravillosos, mejor dicho, eran tan maravillosos. Ellos habían entendido, se habían mantenido a su lado y habían unido su vida a la de ellos, haciendo que su apareamiento fuera en cuatro vías. Un momento único y que mantenía entre sus recuerdos más preciados.

Ethan, Charlie y Drake; sus tres hombres, sus parejas, su todo.

Aún podía ver como cambió sus vidas esa noche. Kevin, su mejor amigo, se había enterado de su ignorancia sobre el mundo paranormal. También se había enlazado a su compañero —el hermano de Joe—, entre los mismos amigos de Nick habían estado la parejas de Rich y Sam, el destino había jugado muy bien sus cartas.

Tantas cosas. Ahora eran un grupo más grande; nuevos integrantes a su grupo de inadaptados, niños a punto de nacer, amigos de otras localidades y un *bebé Guardián*. También... Drake había muerto.

Joe respiró profundo y se movió a paso lento hacia la ventana, una mano apoyada en su espalda y la otra en su bajo vientre. Estaba tan hinchado que casi no salía de la cama, ni siquiera había podido terminar su último año en la escuela, pero eso era lo de menos. El tiempo de gestación estaba cerca de terminarse, estaba tan hinchado y adolorido, pero ese día había tenido una pequeña tregua. Hizo a un lado la cortina y miró con melancolía las luces amarillas que adornaban el jardín de Kevin, así como la ligera capa de copos blancos que empezaba a caer.

Navidad.

Siete meses desde que había contraído matrimonio, cinco desde que Drake había muerto. Tres meses habían pasado de que Ethan anunciará que el bebé dentro de su huevo estaba muerto.

Ellos habían tenido mucho por que llorar esos meses, mucha tristeza, una lucha que parecía cada vez más cuesta arriba. Keelegan había dado marcha atrás luego del gran caos la noche de “Reclamo de luna”, pero eso no significaba que los ataques para diezmar a los dragones se detuvieran. Las muertes seguían, la lucha contra los hechiceros era menos escandalosa, pero seguía cobrando vidas. Ellos seguían ocultándose y protegiéndose lo mejor que podían.

—¿Joe?

La voz llamándole no fue una sorpresa, tampoco lo cansina de esta. Ethan había pasado por tanto, el que su huevo... Joe había pensado que tendrían un poco de paz luego de sufrir la espera de saber si podrían revivir a Drake. El destino había tenido otras ideas.

—¿Joe?

Los pasos se acercaron desde la sala. Tener su propio apartamento dentro de la mansión era una ventaja. Al menos Joe tenía tiempo para prepararse mentalmente para ver a su destrozado compañero, Ethan podía jurar que estaba bien, pero él y Charlie sabían que no lo estaba.

Ninguno de ellos tres lo estaba, seguramente, nunca lograrían estar bien de nuevo.

Aunque intentaban aparentarlo.

—Estoy aquí —dijo finalmente. Por más que quisiera un poco de tiempo a solas, sabía que guardar silencio solo preocuparía al doctor.

Ethan ya lidiaba con mucho.

—Hey... —largos brazos rodearon su pecho y un cálido pecho se apoyó contra su adolorida espalda. Suspiró al sentir el delicado beso contra su sien, el calor de su compañero reconfortándolo. —Pude sentir tu tristeza, quise venir a ver que iba mal...

Joe cerró los ojos y soltó un pequeño bufido. Muchas cosas iban mal, demasiadas, no era justo que su primera navidad como un hombre emparejado lo hiciera con tanta tristeza. Sentía que no había nada que pudiera hacerlo mejor, habían perdido tanto el menos de un año y no parecía que fuera a detenerse pronto.

Claro que no iba a decir eso. No cuando sus huevos estaban cerca de eclosionar y el pequeño en su barriga iba a nacer en un par de días o menos. Joe tenía mucho porqué ser feliz, pero no tener a Drake... Ethan con el corazón roto por su pérdida y un Charlie cayéndose a pedazos... tenía tantas razones por las que se permitía estar triste.

—Yo solo estaba pensando en que no he podido ir al solárium... —comentó alejando sus pensamientos deprimentes, aunque ese pensamiento en voz alta tampoco era una mentira. Le entristecía no poder acompañar a su esposo.

Ese nombre era mejor que “centro de mando”, era el lugar de descanso de su esposo y también el lugar más iluminado de la mansión. Drake descansaba y protegía a todos, Joe lo sabía, lo sentía en cada vez que tocaba el pequeño dije que colgaba solitario en su cuello.

Ethan suspiró.

—Lo sé, hemos estado ocupados con los ataques que no hemos podido acompañarte —dijo moviendo a Joe de manera que se sentase en el sillón pegado a la ventana. Lo conocía lo suficiente para saber que este debía sentir sus pies matándole por estar parado—. Pero Charlie va a regresar con Nick dentro de un par de horas, podremos ir los tres y llevar los huevos, ¿qué te parece?

Joe sonrió ligeramente, intentando ser sincero. Odiaba hacerle daño a sus compañeros con su tristeza, ellos luchaban por hacerlo feliz en ausencia de Drake y él no ayudaba manteniéndose en la depresión. Claro que no es como si pudiera hacer algo para cambiar como se sentía, lo intentaba, pero cada día lo sentía más cuesta arriba.

Forzó una sonrisa

—Eso... eso me gustaría mucho, gracias.

Se aferró al pecho de Ethan, sintiéndose cálido entre sus fuertes brazos y adorando la sensación de amor incondicional que siempre sentía en su dañado vínculo de pareja.

—No es nada cariño... yo también deseo verlo.



Los copos caían como una ligera lluvia, solo que un poco más lento y casi parecía paralizar el tiempo. Subió el cierre de su chaqueta y metió las manos en los bolsillos, miró con atención la enorme mansión frente a ellos. Las elegantes luces blancas parpadeaban alegremente, también los adornos en la puerta principal y colgando de los balcones. Pero sin duda, lo más bello, se encontraba en el jardín principal. Cada árbol estaba iluminado con luces multicolores y la nieve acomodándose sobre las flores.

—Una fría navidad... —comentó Nick, este estaba cubierto por su abrigo de lana negro, pero no parecía perturbado por el frío. Su rostro mostraba calma, aunque sus ojos tenían un tinte rojo que demostraba que su dragón estaba cerca de la superficie.

Esa había sido una normalidad desde el último ataque de los hechiceros, su amigo ya no bajaba la guardia. Charlie creía que esa era la razón por la que Kevin decidió hacer una reunión para esa noche, la primer Nochebuena que iban a compartir como compañeros. Nick necesitaba relajarse, de nada serviría a su dañado corazón que agregase más tensión.

—¿Hemos traído todo lo que Emily nos encargó, verdad? —preguntó. No quería ver esa melancolía en el rostro de su amigo, tal parecía que Nick y Kevin habían intercambiado papeles, pues el joven parecía estar volviendo a la vida mientras que su amigo se marchitaba.

Nick asintió, una ligera sonrisa tiro de sus labios e iluminó sus ojos.

—No puedo creer que Kevin nos hiciera ir hacer las compras...

Los dos se rieron mientras bajaban las bolsas, de alguna manera el joven consorte había logrado que los dos salieran de la mansión mientras se hacían los últimos preparativos. Nick y él habían estado dando órdenes sobre las guardias que se cumplirían cerca de los terrenos del Clan, así como los recorridos que debían hacer los soldados. Mantener un ejército en movimiento en esas fechas era un dolor de cabeza, también disfrutar de las fiestas cuando ellos estaban protegiéndolos, pero Michael había decidido sacrificar ese tiempo para ser el que vigilase todo.

Charlie se sentía egoísta por el ofrecimiento de su amigo, porque este lo había salvado de no estar al lado de sus compañeros y de sus futuros bebés. Pero luego de la media noche se había comprometido a cambiar de lugar con su amigo.

Ellos caminaron hacía la puerta principal con los brazos llenos de bolsas, no fue sorpresa cuando Gavin vino a abrir la puerta, tampoco que este tomase varias de las bolsas sin decir una palabra. El Guardián podía estar usando un ridículo suéter navideño –regalo de su protegido-, pero eso no había hecho que su expresión o sus manías de silencioso se terminaran.

—Gracias... —murmuró Nick, Gavin solo asintió y caminó con cinco de las bolsas más pesadas como si nada.

Ambos se detuvieron cuando pasaron frente el salón del Trono. Charlie contuvo el aire, no podía creer lo que habían hecho en tan poco tiempo pero tal parecía que Kevin tenía planeado hacer de esas fiestas, algo especial. Las tres chimeneas estaban encendidas, así como habían dos enormes árboles artificiales en las esquinas opuestas, llenos de adornos y luces, también habían movido dos juegos de muebles y había una mesa de bufet siendo preparada. Serpentina estaban colgadas sin un orden, muérdago, globos y muchas luces de colores.

Kevin se había lucido, el lugar parecía tan hogareño que nadie creería que se trataba de un salón para doscientas personas. Incluso había alfombras, grandes cojines y distintos juegos para aquellos que desearan divertirse las últimas horas antes de las doce. Era impresionante.

Nick dio un paso dentro, atrayendo la atención de todos de inmediato. Los pocos nobles que estaban ayudando inclinaron su cabeza respetuosamente, mientras que los miembros de su extensa familia sonrieron y señalaron a donde estaba en centro de todo. Kevin estaba colgando grandes calcetines al frente de la chimenea. Parecía estar ajeno a su alrededor, con un animado Taylor que platicaba a su lado.

Kevin debió haber percibido a su compañero pues se volvió, toda su atención fue directo a Nick y una enorme sonrisa iluminó su rostro mientras dejaba las calcetas sobre los brazos de Taylor y caminaba hacía ellos. Charlie se hizo a un lado cuando el joven corrió y se tiró a los brazos de su compañero, Kevin estaba emocionado riéndose y hablando a mil por hora sobre las decoraciones.

Charlie los miró con cierta melancolía pero se alejó y fue en busca de su propio abrazo. No fue sorpresa encontrar a Joe recostado entre los enormes cojines, tampoco ver su triste expresión. Una parte de sí, suspiró, la otra lloró por lo que estaban sufriendo. Quería curar las heridas de sus compañeros pero no había solución fácil. Ethan se levantó del sillón donde había estado sentado leyéndole a Joe. Charlie lo abrazó y beso sus labios con suavidad para luego acercarse a su joven adormecido. Ambos bajaron al suelo y rodearon al joven entre sus brazos, Charlie sabía que esa noche podía ser especial, pero más que nada, era una noche triste.

Una noche más donde Drake no estaba con ellos.



El reloj apuntaba que las doce estaban a menos de una hora de distancia, la nieve había empeorado y casi era imposible salir de la mansión. Ethan se forzó a caminar debajo de la suave lluvia que caía, estaba algo frío pero eso era normal y no podía detenerse hasta llegar al gazebo, tenía poco tiempo antes de que su “regalo” le trajera el conteo del año y tuviera un colapso vergonzoso frente a todos sus seres queridos. Algo que iba a evitar con todas sus fuerzas.

El salón principal estaba llenó de familia, amigos y ciertos dragones que habían demostrado afinidad hacía Kevin. Porque nadie más sería invitado, no mientras el joven estaba superando poco a poco su repulse hacía los nobles. Nick no había estado muy emocionado con la fiesta pero después de ver todo lo que los jóvenes habían planeado, se miraba animado y presentaba una sonrisa cuando hablaba con cada persona que su compañero arrastraba para que no lo dejaran un segundo solo. Pronto Nick se daría cuenta de que su joven compañero estaba escapándose para preparar alguna sorpresa, pero parecía estar divirtiéndose con ser el centro de atención.

Nick normalmente lo odiaba, eso era bueno.

Joe y Charlie también parecían estar divirtiéndose. Sam, Clark y Keith habían traído un par de cachorros que habían quedado huérfanos tras los ataques. Sus compañeros estaban enseñándoles a unir los rompecabezas y a jugar memoria por lo que estaban entretenidos. Todos tenían alguien con quien compartir y eso le daba a Ethan el tiempo suficiente para encargarse de su “problema”.

Llegó al gran gazebo por lo que pudo detenerse y dejarse de caer en uno de las cómodas bancas. Las brazas de los calentadores parecían estar aun encendidos por lo que no estaba tan frío, aunque el aire soplaba a ratos haciéndolo estremecerse.

—De acuerdo... —murmuró quitándose los guantes.

Respiró profundo sintiendo como su nariz se congelaba ligeramente pero logró llamar lo suficiente a su dragón para que le ayudase con el frío. Atrajo sus manos cerca de su rostro y sopló, el aire cálido pronto recorrió su rostro quitándole la incomodidad que su caminata había provocado. Sintióse un poco más conforme con su temperatura y acomodándose en la banca dejó que el llamado de su magia estremeciera sus sentidos.

El frío del afuera parecía nada comparado a la electricidad que recorría su cuerpo. Era algo normal, tal vez debido a que pensaba en esas fechas o lo que significaban para las personas que le importaban. Pero esa noche, acercándose las doce era un momento adecuado para que el llamado de su poder lo hiciera enloquecer hasta que le hiciera caso. Hace mucho había aprendido que estar en un lugar aislado hacía que disminuyera el dolor y dejaba que este se liberase hasta mostrar lo que sea que la premonición quisiera mostrar.

Sería su juguete hasta que esta le mostrase el designio o a quien quisiese hablarle esa noche. Sus premoniciones nunca eran iguales, cada año parecían disfrutar el sorprenderle. Su cuerpo dejaba ser suyo por unos minutos, incluso horas, pero acercándose la media noche parecía ser diez veces peor. Pero quería estar con sus compañeros, ver los juegos pirotécnicos, besar sus labios y abrir los regalos.

Por una vez quería disfrutar de la Nochebuena sin tener el amargo sabor del futuro entre los labios.

—Creo que estar solo no es lo adecuado —murmuró una voz a su espalda haciendo que Ethan abriera muy lentamente sus parpadeos.

Su vista estaba nublada por lo que parpadeó un par de veces hasta lograr enfocar. Miró a su alrededor y no fue sorpresa que sin darse cuenta estuviera sentado en la esquina profunda del gazebo, en el frío suelo. Claro que en ese momento no lo sentía.

—¿Ethan? ¿Te encuentras bien? —la voz preocupada de su compañero hizo que volviera la atención a quienes habían interrumpido su momento de meditación.

Charlie estaba parado en toda su estatura, entre sus brazos Joe estaba acurrucado dentro de un grueso poncho, solo sus ojos parecían mostrarse. El ligero rojo alrededor del iris le recordó que su compañero era hermano del Rey, además, que este estaba cerca de dar a luz.

—Qué... —aclaró su voz y se forzó a mirar a sus compañeros. Poco a poco el llamado de su poder estaba nublando su mente. Se forzó a concentrarse, en vano ayudaría que se bloquease en ese momento. —No es bueno que estés bajo todo este frío, Charlie... lleva a Joe dentro por favor...

Ambos hombres suspiraron pero Charlie no hizo lo que Ethan había pedido, por el contrario, caminó hasta que estuvo frente a este. El doctor alzó la mirada perdida, tratando de enfocarse en su compañero y obligarlo a volver. No quería que ellos estuvieran cuando la visión lo golpease, nunca era bueno.

«Lo bueno o lo malo... algunas veces esta subestimado.»

La voz susurró tan cerca de su oído que miró a su alrededor buscando la fuente.

—Ethan...

La suave mano atrajo su rostro. Cerró los ojos y disfrutó del ligero beso que fue depositado en su mejilla, luego en sus labios. Abrió sus pesados parpadeos para ver a sus compañeros sentados frente a él, las rodillas de Charlie estaban pegadas a las suyas,

mientras Joe sostenía su rostro y su rostro estaba tan cerca que podía ver su alma reflejada en su mirada.

—Estoy bien... —murmuró—, solo es una visión. En estas fechas se hacen muy fuertes, pero voy a estar bien... solo pase.

Joe asintió, Charlie frunció el ceño.

—Entiendo... pero debiste haber dicho algo, nos preocupamos cuando no pudimos encontrarte.

Eso era exactamente lo que había intentado evitar. No quería que sus compañeros notasen su ausencia, pero había sido ridículo, ellos podían sentirlo y seguro sentían su angustia.

—Lo siento...

Joe sonrió, una sonrisa triste.

—No lo hagas, estamos aquí... —acarició su mejilla con sus manos tan calientes, el calor irradiaba desde Charlie, calentándolos a ambos. —Ahora dinos que podemos hacer para que sea más fácil y puedas volver dentro.

Ethan se recostó en el toque. Joe era tan delicado, tan dulce...

«Siempre ha sido dulce, suave y tan cariñoso... Todos ustedes lo son.»

Ethan parpadeó, miró a su alrededor pero entonces el dolor de cabeza lo hizo inclinarse hacia delante. Escuchó la voz de Joe llamándole, así como la mano de Charlie sosteniéndole, pero era como si estuviera desapareciendo todo de su mente, sabía que sus compañeros cuidarían de su cuerpo mientras su mente se movía con la fuerza que los videntes llamaban “su poder casi divino”. Deseó haberles enseñado o al menos decirles a qué atenerse mientras el tiempo se detenía y su mente dejaba de ser suya.

—Lo siento...



Ethan buscó alrededor, algo debía haberle atraído a ese lugar. Aunque no era como si las visiones jugasen justo y le mostrasen todo lo que pasaba, sin embargo, estaba en el solárium. Aunque no parecía ser el mismo, el féretro de Drake había desaparecido. Ese hecho lo hizo tragar con fuerza, pero no tenía un cuerpo para sentir, se sentía como si fuera una mera presencia, aunque le dolía de igual manera.

¿Acaso estaban diciéndole que no podrían revivirlo? ¿Era esa la muestra de que estaban perdiendo el tiempo?

—*No llores... por favor... odio verlos sufrir por mí, nunca fue mi intención hacerles daño.*

Ethan sostuvo el aire, buscándolo, pero una vez más la búsqueda fue en vano. Esa voz... esa voz era de Drake, estaba seguro... esa era la voz de su compañero. Se obligó a recordar que esta era solo una premonición y que nada sería verdad hasta que ciertas cosas aparecieran, mientras sería su mente jugando con su corazón.

—*No seas tan duro contigo mismo, estoy seguro que es un gran regalo... el poder ver el futuro, el poder ver más allá de lo que todos pueden...*

Ethan bufó.

—*No importa nada de eso cuando ni siquiera pude evitar que murieras.*

Cubrió su boca. Nunca fue su intención decirlo en voz alta, no cuando sabía que nada ganaría haciéndolo, nada podría traer a Drake de vuelta. Sus poderes no servían de nada, no cuando su Dusha... el joven había dado su vida porque el mismo destino lo había presionado. El maldito destino que le había mostrado algo, pero nunca le dio la forma de evitarlo.

Lo sabía bien, Drake iba a morir incluso si hubiera podido intervenir. El maldito destino se los había arrebatado todo. Drake y su huevo, se había llevado todo lo que le importaba, destruyendo su unión.

—Vamos... sabes que las cosas no son de esa manera.

Ethan solo notó que tenía un cuerpo cuando suaves manos sostuvieron su rostro. Con lágrimas cayendo por sus mejillas se encontró con los bellos ojos verdes traslucidos que tanto... tanto había extrañado. Los cortos cabellos negros en punta, su nariz con ligeras pecas y su pequeña boca con una mueca serena.

Sus manos suaves, su olor y la loción que adoraba aplicarse. Ethan, Charlie y Joe habían aplicado una buena parte de esa loción en la almohada que Drake había ocupado, pero nada de eso se comparaba a tenerlo en ese momento. Nada.

—¿Sabes cuál era mi deseo para esta navidad? —preguntó el joven hechicero con una triste sonrisa. —Poder verles, poder disculparme... verlos y sostenerlos, decirles que las cosas van a mejorar... que no van a extrañarme por más tiempo, porque mi regalo está a punto de abrirse.

—No... —Ethan sollozó—. No hay nada que haga que dejemos de extrañarte, de luchar por traerte...

Los fuertes brazos le atrajeron. Ethan casi podía creer que no se trataba de un sueño, de una maquinación creada por ese “poder” que detestaba tanto, pero el sentir el golpe del

corazón contra el suyo casi lo desmoronó. No creía poder soportar a un mundo donde Drake no iba a estar, un mundo donde ellos seguirían viviendo una excusa de vida, porque no tener a su compañero a su lado estaba matándoles.

—Por favor... Ethan... ¡por favor! —rogó—. No pueden seguir de esta manera, están haciéndose daño... —Ethan luchó por encararlo, decirle que el daño se lo habían hecho en el momento que él fue arrebatado de sus vidas, pero Drake se aferró a él. —Tienen mucho por qué vivir, ya lo verán, solo tienen que tener un poco de paciencia... les he dado mucho por lo que luchar, no pueden defraudarme, sé que mis Dushas mantendrán mi herencia y cuidarán de ellos... ellos son una parte de mí, Ethan.

Ethan no había entendido las palabras, no hasta que Drake dijo lo último. Su cuerpo tembló y dándose el derecho de sufrir luego por la perdida, se aferró al delgado cuerpo. Drake siempre había sido un poco más alto que él, así como su constitución había sido delgada pero con una fuerza sin precedentes.

Drake estaba hablando de sus hijos, de los niños que había concebido con Joe la noche de su boca. La noche cuando Charlie y él compartían la tristeza de haber perdido a sus compañeros. Fue una gran sorpresa el saber que sus compañeros habían terminado juntos y que al final, los cuatro se habían emparejado. Su vínculo vivía, aunque estaba herido, algunas veces Ethan se preguntaba cómo es que seguían con vida cuando habían perdido a uno de sus compañeros. Ahora lo entendían. Drake había dejado a sus hijos, los colgantes y la magia a su alrededor para cubrir el espacio que su muerte había dejado.

Una vez más, Drake había salvado sus vidas. Aunque le dolía pensar en el gran sacrificio, no había nada que pudiera hacer, su compañero había tomado la decisión.

—Lo entiendes... —murmuró Drake contra su oído—. Sé que duele, ¡también los extraño mucho! Siento haberles causado tanto daño, pero Ethan... tú, Charlie y Joe tienen que salir adelante. Nuestros hijos van a necesitarlos, deben luchar y protegerlos, el maldito no

puede tenerlos... va venir por ellos y yo no voy a estar para defenderles, ustedes deben cuidarlos por mí.

Ethan contuvo el aliento, quería rogarle a Drake por volver pero había vivido tantas visiones y visitas alrededor de su vida que sabía que no funcionaría de nada. Solo iba a hacerse más daño.

—¿Keelegan vendrá por los niños? —preguntó temeroso.

Drake asintió, Ethan lo sintió suspirar contra su cuello, el sentirlo era una tortura pero deseaba poder sostener esa calidez por mucho tiempo. Eso sería lo único que le ayudaría a superar la pérdida que iba a revivir en poco tiempo.

—Sí, él ya se dio cuenta de que mi poder solo puede ser dado de buena voluntad — explicó—. También se dio cuenta de los amuletos, por lo que intentará arrebatárselos, debes decirles a todos que deben cuidarlos y no perderlos por nada del mundo.

—Pero... Drake... —tragó con fuerza—. Conrad y Cameron han tomado la magia con ayuda de Kevin y la devolvieron a tú cuerpo...

El hechicero negó.

—Mi cuerpo es una vasija vacía, Ethan. —su larga mano acarició la espalda de Ethan, intentando calmarlo y quitar el dolor que sus palabras habían causado. —Todo ese poder se comparte entre los amuletos, en mis compañeros —ustedes- y nuestros hijos... mi cuerpo no retiene nada de esa magia, estoy seguro de que Conrad se dio cuenta pero prefirió no decirlo.

Ethan asintió. Eso era cierto, la expresión triste en el rostro de Conrad cuando la magia no causó ningún cambio en el cuerpo de Drake debió haberles avisado, pero era tanta la emoción por devolverle algo de ese poder. Habían estado ciegos.

—Ahora solo quiero decirles, decirte, que deben cuidarse y proteger a los niños... la mansión es inmune al daño que hay fuera por lo que estarán protegidos. —Muy lentamente fue soltándose del abrazo, sus manos recorrieron la figura entera de Ethan, como si quiera recordar el calor de su cuerpo. —Necesitan esforzarse por encontrar a Keelegan antes de que tenga la suerte de encontrarlos primero, además... deben ser precavidos, él piensa que es muy listo atacando donde nadie se dará cuenta, por lo que tengan a sus aliados muy cerca, así como a sus enemigos.

—Drake...

Un dedo se posó sobre los labios de Ethan, callando su protesta al ser alejado del abrazo.

—Necesito que hables con los Guardianes, ellos pueden tener la clave para derrotar a Keelegan, pero más que nada... las parejas deben mantenerse lejos de sus compañeros cuando haya una lucha, sé que se molestarán... pero Keelegan puede romper los vínculos, esa es la razón por la que Rich siente que Michael ha muerto.

Ethan lo miró con sorpresa pero el hechicero negó.

—Puede recuperarse, pero es algo muy difícil y requiere mucha magia... además, que ambos estén dispuestos a unirse, Michael... no creo que quiera hacerlo.

El dedo se fue y en cambió Drake lo beso, sus manos sostuvieron el rostro de Ethan. El beso fue con fuerza, labios, dientes y lengua. Drake saqueó la boca de Ethan haciéndolo jadear y retorcerse por estar cerca de su compañero, pero entonces se retiró.

Su mirada era intensa, pero cerró los ojos y negó lentamente.

—Quisiera poder hablar con los tres, tocar el vientre de Joe... nuestras crías, dejar que Charlie me robe besos y sentirlos entre mis brazos... pero ese nunca fue mi destino.

—Tú nos dijiste que el destino no estaba escrito —respondió Ethan caminando hacia delante, cada paso que daba, Drake retrocedía. —Estoy seguro de que podemos traerte de vuelta... estarás con nosotros... Drake, no te rindas.

Drake sonrió y se apoyó con lo que parecía ser la mesa de trabajo de Conrad, sus ojos brillaban intensamente.

—No puedo prometer nada, Ethan —se disculpó—. Al contrario, necesito pedirles que sigan viviendo, tienen una parte de mí viviendo con ustedes, pequeños regalos que dejé para que no sintieran mi ausencia, es momento de que yo... —bajo el rostro hacía el suelo, sus hombros derrotados. Ethan se acercó pero cada vez parecía como que Drake se alejaba, el cuarto parecía estar alargándose.

Ethan se dio cuenta de que estaba cerca de terminar su visión, lágrimas cayeron por su rostro y un sollozo escapó de sus labios.

—¡Drake! No... por favor —rogó—, necesito más tiempo... ¡solo un poco más!

Drake alzó la mirada y negó.

—Mi deseo para navidad es que sean felices, extráñenme, pero sean felices... por favor, los amo, los amo con todo mi corazón. —Su voz empezó a diluirse, Ethan se encontró siendo arrastrado hacia atrás, Drake se separó de la mesa y dio unos pasos al frente, su ropa blanca brillaba intensamente. —Díselo a Charlie y a Joe, besen a mis niños... nombren a uno como yo, sé que sabrán a quién cuando lo vean... ámense y ámenlos, yo los veré desde la distancia... ¡Los amo Ethan! ¡Los amo tanto como para sacrificar mi propia vida, hagan que valga la pena!

Entonces, todos se volvió negro.



—¡Ethan! —llamó asustado cuando la cabeza de su doctor cayó contra su pecho, su cuerpo rígido pero inconsciente.

Lo sostuvo con delicadeza pero Charlie logró moverlo para que su peso no lastimase su vientre, logró ponerlo de lado, de manera que el peso estuviera contra su costado. Charlie movió los cortos cabellos a un lado, el rostro de Ethan estaba tan pálido, más de lo normal, y su cuerpo había perdido todo calor.

Solo el subir y bajar de su pecho, el sonido de su corazón y la presencia de su vínculo aseguraba que estaba vivo.

Lloró, aunque sabía que ese era el don de su compañero, tenía miedo de que Ethan no fuera a despertar. Había pasado en ocasiones antes, avisos que habían salvado la vida de muchos, pero Ethan siempre regresaba con una expresión llena de dolor. Odiaba esas visiones y Joe odiaba verlo tan dolido. Era casi como si Ethan se culpase por no hacer más, era un doctor y su deber no estaba en el campo de batalla con los demás, él tenía que esperar y algunas veces parecía estar matándole lentamente.

Joe lo entendía, pero tenía suficiente miedo con ver a Charlie marchar.

Un ligero dolor en su vientre lo hizo enderezarse. Charlie había sacado su celular y llamado por ayuda, si Joe no estuviera tan cerca de la fecha de parto seguro podría cargarlos a ambos, pero ahora estaba delicado y no podía doblarse de ninguna forma. Cuando lo sintió tensarse puso una de sus grandes manos sobre su vientre distendido, pero igual que Joe, no sintió alguna patada. Ellos asociaban el dolor con una patada del bebé, pero el

dolor no era el mismo. Charlie debió haber visto algo en su rostro por lo que frunció el ceño y pidió, a quien sea con el que estuviera hablando, que se apurase.

—¿Te sientes bien? ¿Es muy fuerte el dolor? —preguntó rápidamente, el miedo era claro en sus ojos que se movían sin saber donde poder tocarlo, mientras su rostro era la muestra clara de serenidad.

Joe tragó cuando el dolor pulsante jaló de su vientre.

—Duele... —puso una mano en la parte baja de su vientre. —No sé... es raro, duele como si... jaaah!

Se dobló sobre sí mismo, todo su cuerpo se erizó y sintió como si se estuviera mojando. Pero sabía que no es que necesitará ir al baño, era otra cosa.

—¡Joe! ¡Vamos bebé, dime qué pasa! —Charlie lo sentía pero al mismo tiempo sostenía a Ethan. Estaba dividido, entre sostener a uno u al otro, sus dos compañeros estaban heridos y no había nada que pudiera hacer.

Era un guerrero, no un sanador.

—Yo... —Joe se quejó—, creó que el bebé está a punto de nacer.

Pasos y voces se oyeron, estaban acercándose, todos parecían asustados y con el sentido apremiante de que algo malo estaba pasando.

No era algo malo, pero Joe sabía que no era momento aún. Ethan había dicho que tendría que hacer una cesaría pues era muy joven para que se abriera una apertura natural para su primer hijo. Pero podía sentirla, poco a poco, centímetro a doloroso, centímetro. Su vientre estaba formando la apertura donde su hijo nacería.

Kevin fue el primer en llegar. Joe lo miró con ojos suplicantes, su amigo tenía el rostro rojo y aire blanco escapaba de su boca con cada respiración. Su mirada mostraba sorpresa

pero no dudo en correr hacia ellos y ayudar a Charlie a colocar a Ethan con delicadeza en el suelo, colocando su bufanda como soporte. Luego apareció Nick, pero él se había transportado. Traía sus brazos llenos, con el par de huevos que brillaban intensamente.

Su mirada recorrió la escena con calma.

—Tal parece tendremos un milagro de navidad... —asintió para sí mismo. —Pero sería mejor tenerlo dentro de la casa...

Charlie se quitó el abrigo poniéndolo en el suelo, donde recostó a Joe, mientras Kevin se encargaba de ver que Ethan estuviera cómodo. Ambos miraban a Nick con sorpresa, al parecer sus hijos querían nacer al mismo tiempo, lo que parecía irónico cuando Ethan estaba lidiando con su visión.

—¡Joder! ¿No pudieron tener esta fiesta dentro de la cálida sala? —comentó Rich pasando al lado de Nick, Sam le siguió, ambos traían mantas.

Joe se rió pero luego se quejó cuando el dolor, la contracción, le dio un gran tirón.

Nick miró a los que venían entrando al gazebo.

—Gavin vos a transportar a todos a la sala, encárgate que Emily tenga agua caliente y toallas, tendremos varios nacimientos así que necesitamos otro doctor. —Nick hablaba con calma, como el hombre que estaba liderando un ejército para defenderlos. No espero que Gavin respondiera, el joven Guardián había corrido tras oír las órdenes. Nick se detuvo frente a todos, miró a su compañero con suavidad. —¿Cariño, puedes transportar a Ethan?

Kevin asintió.

Nick sonrió y luego se puso de cuclillas frente a Joe y Charlie.

—Entonces vamos dentro, Santa nos ha mandado varios regalos y debemos desenvolverlos...



Ethan parpadeo, lágrimas corrieron por la orilla de sus ojos. Tener tan cerca a Drake para perderlo, su corazón dolía tanto que deseaba volver a dormir y no despertar. No era justo, nunca antes tener una premonición lo había golpeado como en ese momento. Odiaba ese don, tanto como odiaba el saber que Drake no creía que iba a volver.

—Ethan... ¡gracias al cielo! Nos tenían asustados, estaba a punto de interrumpir al doctor Carmichael, aunque no me agrada mucho el sujeto, para que viniera a verte.

Respiró profundo y se obligó a volver su rostro a un lado, mirar a su amigo con su gran vientre lo hizo suspirar. También había perdido su primer huevo, era una desgracia como compañero, sabía que era una probabilidad, pero no tener la fuerza para que el bebé naciera... Algunas veces se sentía tan perdido, no tenía idea cómo es que Kevin había podido lograr superar ese dolor.

—¿Clark? —preguntó cuando su amigo sostuvo su rostro.

Clark frunció el ceño. —¿Tan feo es el futuro? —Preguntó, pero luego agitó la cabeza en negativa— ¡Sabes qué, no quiero saber!

Ethan alejó las manos de su amigo con suavidad para luego enderezarse. Miró a su alrededor, estaba de vuelta en el gran salón. Restregó su frente, miró el reloj de su

muñeca, ni siquiera eran las doce por lo que no había pasado tanto tiempo. Faltaban como unos quince minutos, pero eso era normal, las visiones pasaban en otra clase de tiempo. Algunas veces una visión que para él duraba horas, en realidad, pasaba en minutos.

Volvió la atención a Clark cuando este empezó a jalarlo para ayudarlo a ponerse en pie.

—Clark... no me siento muy bien...

—¡Al diablo con eso! Tienes que pararte...no creo que te perdones nunca el no ser quien este entre las piernas de Joe ayudándole a traer a su hijo a este mundo...

Ethan se levantó de golpe y salió corriendo a su clínica sin esperar, ni escuchar los gritos de Clark por ser un idiota y dejarlo atrás. Necesitaba ver si era cierto, además, tenía que comprobar a sus compañeros. Ahora recordaba que ellos habían estado con él, también recordó las palabras de Drake... este había dicho que su regalo estaba a punto de aparecer. Se refería a sus hijos, ahora recordaba sus palabras. Drake quería que fueran felices.

Corrió y pasó al lado de los amigos de su compañero que caminaban con ropa y cosas que necesitarían después. Todos sonrieron y le animaron al verlo correr por el pasillo. Fue Nick quien le abrió la puerta y se hizo a un lado para que viera a su compañero. Joe estaba sobre la mesa de parto, vestía una bata abierta de color celeste, Charlie estaba con él en la cama, detrás sosteniéndole y hablándole al oído, mientras Kevin sostenía su mano.

Joe levantó la mirada, su rostro estaba rojo y sudor corría por sus mejillas así como lágrimas.

—Ethan... Dios, duele... —se quejó.

Ethan se acercó y lo besó, no le importó que estuviera estirándose sobre la enfermera, tampoco que Kevin y Sam se rieran entre dientes. Besó a Charlie con la misma intensidad,

para luego mirar a sus compañeros, sabía que debería hablarles sobre su visión, pero eso podía esperar. Ahora tenía que encargarse de traer a su hijo al mundo.

—Creo que también debes saber que los huevos están eclosionando —le contó Nick cuando pasó a su lado para lavarse las manos con desesperación. Su amigo tenía los brazos cruzados pero le sonrió con amabilidad. —Mi abuela se está encargando junto a la madre de Sam, no te preocupes, Abu ha traído muchos huevos al mundo.

Ethan asintió, pero estaba nervioso, él también había traído huevos al mundo pero traer los de su compañero.

—¿Dónde?

Nick señaló la cortina que estaba al lado de donde Joe se quejaba y gruñía maldiciones al doctor. Ethan miró como las mujeres preparaban todo con calma, hablando con suavidad a los huevos. Estaban lo suficiente cerca por sí Ethan necesitaba ayudarlos, al mismo tiempo que atendía a su compañero. Asintió a su amigo y Rey, este le palmeó el hombro.

—Vamos Ethan, es hora de traer estos bebés al mundo.



Todos oían los gritos, así como la voz calmada de Ethan animando a su compañero. Los nacimientos de huevos eran tan pocos y tan raros como el nacimiento natural de un niño, que habían varios dragones paseándose por el pasillo, esperando por el momento.

El llanto de bebé se escuchó al mismo tiempo que las últimas bombas dejaban de sonar. Tres llantos se escucharon segundos después.

Dos hermosas dragones, gemelas, de piel negra y ojos marrones. Un fuerte gruñón dragón de piel marrón y ojos verdes. Un asustadizo niño de risos de oro y ojos grises traslucidos. Todos lloraban a todo pulmón, incluso cuando fueron arrullados, casi parecían estar haciéndolo de manera coordinada.

Eran adorables, pero nadie sabía cómo hacerlos que se calmasen.

Kevin sostuvo su celular en alto, sus ojos llenos de lágrimas mientras tomaba fotografías de todos los presentes. Joe lloraba tanto como sus niños, sosteniéndolos con miedo de lastimarlos, mientras que Charlie y Ethan parecían llenos de emoción. Los hermanos de Drake sostuvieron a los bebés de uno en uno, besando sus frentes y alabando al cansado padre, para luego devolverlos y ayudar a acomodarlos.

Era un gran momento, más que Nochebuena, era un momento lleno de alegría, tenían pocos de esos ultimadamente. Los bebés habían llegado en un gran momento, aunque habían dado un gran susto a sus padres.

Cuando Joe tuvo a sus cuatro bebés contra su pecho, todos apretados por sus dos compañeros que estaban uno a cada lado. Todos retuvieron el aliento al ver como pequeños y hermosos collares con los mágicos dijes aparecieron en cada uno de los cuellos, haciendo que los bebés se calmasen y sus padres se aferraran entre ellos.

Kevin se apoyó en su compañero, Nick lo rodeó con sus brazos y depositó un beso en su cuello. Cerró los ojos al sentir la mágica presencia que solo una persona podía tener, estaba seguro de que todos lo sintieron.

Estaba seguro de que Drake estaba feliz.

¿Fin?



Sobre el Autor

Celeste G. es una escritora novel en producción. Divide su tiempo entre: ser hermana mayor y apoyo de su madre, ser estudiante – *próximamente*- de su cuarto año en la Licenciatura en Letras –*cosa que la está matando, pero ama, aunque odie a cada uno de sus profesores-*, y claro, publicar en su blog.

Hay muchas cosas en su vida que hacen una cuesta arriba el escribir, pero lo intenta. Adora saber de sus lectores, tanto como saber que les parece cada una de sus obras. Adora leer manga, leer es casi un vicio y escuchar una infinidad de música –principalmente rock-.

Ella siempre quiere saber de sus lectores por lo que no duden en dejarle un comentario en:

Other.joick.fan@gmail.com

<https://www.facebook.com/celeste.guevara.9406>

<http://novelasdemifantasia.blogspot.com>

Toda la Mierda que dejaste atrás



PALOMA CABALLERO

Sinopsis

Tazas, muebles, cortinas.

Las cosas de West estaban en todos lados, sin embargo, Michael no encontraba a West en ningún sitio.

A pesar de llevar casi un año prácticamente viviendo juntos, Michael no es consciente de lo mucho se ha acostumbrado a West hasta que este se marcha a arreglar algunos asuntos, dejando abierta la posibilidad de no volver jamás.

Es entonces cuando un sinfín de pensamientos le asaltan en la intimidad de la casa que compartieron.

Durante su tiempo a solas tendrá un largo rato para reflexionar sobre sus sentimientos antes de que el invierno termine y West regrese o se marche definitivamente.

Toda la Mierda Que Dejaste Atrás



Paloma Caballero

Prefacio



Encuentro junto al mar

Era veinticuatro de diciembre y él estaba teniendo problemas para llegar a casa.

Los transportes estaban parados, hacía un frío de mierda y nevaba como si no fuese a amanecer al día siguiente. Él estaba saliendo del trabajo, se supone que iba a haber actividad ese día pero las redes estaban caídas, así que el jefe les dio el día libre a todos.

Michael había tenido que volver con el clima como estaba, caminado a pie.

Iba bajando por la empinada calle, intentando no irse de boca, mientras luchaba contra la nieve en su sombrilla. Estaba completamente helado a pesar del grueso abrigo que llevaba cima y lo único que quería era llegar a su casa, prepararse un café caliente y tumbarse bajo un montón de mantas secas.

Casi podía saborearlo.

Michael miró la hora, ya era tarde, muy tarde, las luces estaban encendidas y pronto todo estaría demasiado oscuro como para andar a sus anchas.

Él sonrió al ver su casa al final de la calle, blanca, grande, con el mar rompiendo a unos metros de la construcción. Esa era la casa de playa que le había dejado su abuelo antes de morir, de no ser por ese lugar probablemente el estaría en la calle.

Estaba tarareando una canción cuando se dio cuenta de aquella silueta parada debajo de un farol. Era un hombre alto, de figura estilizada y llevaba algo en las manos que protegía con su cuerpo.

Al principio Michael pensó que debía alejarse del tipo "Podría ser peligroso" se dijo a sí mismo, pero mientras avanzaba se dio cuenta de que el tipo estaba temblando como una hoja.

Aun así decidió caminar lo más rápido posible para evitar a aquella persona.

Él era, generalmente, un defensor de las causas nobles, sin embargo, después de encerrarse a sí mismo en una celda por una semana entera para recibir un aumento había reconsiderado su parte humanitaria.

"No me digan que soy buena persona" se había dicho a sí mismo "Mejor denme dinero" y con ese pensamiento decidió desviar la mirada de la persona que se congelaba en el frío-

Michael había tomado ya decisión, pero como solía ocurrirle, cambió de parecer rápidamente.

El muchacho en cuestión levantó la vista y se le quedó mirando, tenía los ojos azules y el cabello rojo, lacio y tan sedoso que parecía espuma danzando con el viento. La piel pálida de su rostro estaba pintada con un feo hematoma entre el violeta y el verde. Michael se mordió el interior de la mejilla cuando vio lo que el chico llevaba en las manos.

Un ramo de rosas.

El muchacho le sonrió y a Michael se le hizo conocido.

Se quedaron un momento así, mirándose bajo la luz del alumbrado público hasta que Michael supo donde lo había visto.

—¿West?—preguntó ladeando el rostro.

—Zaharia — contestó el muchacho sonriendo.

Y permanecieron un momento más de ese modo hasta Michael se aclaró la garganta.

— Mi apellido ya no es Zaharia — corrigió intentando no fruncir el ceño.

— No me importa — West llevaba una sonrisa demasiado confiada para el estado en el que se encontraba.

Michael siguió su camino.

— ¡Espera!— Le llamó antes de que se fuera y Michael giró el rostro encontrándose con el color vino de las rosas que extendía hacia él — Van a echarse a perder si me las quedo ¿Las quieres? — preguntó. West no dejaba de sonreír, aunque se veía tan melancólico que lastimaba.

Michael suspiró tomando las rosas en sus manos, mientras suspiraba profundamente. Era un arreglo precioso, debía haber sido muy caro.

— ¿Te dejaron plantado? — preguntó sin apartar la vista del ramo. West se encogió de hombros.

— Nada que no me esperase — contestó sin un ápice de vergüenza.

Michael apretó los labios.

— Nunca me pareciste del tipo al que dejaban plantado ¿Que le has hecho a Miller? — Michael estaba tomando con pinzas el ofrecimiento.

— No soy del tipo al que dejan plantado—repitió haciendo una mueca—Pero a parecer soy del tipo que pinta los cuernos, así que por eso estoy aquí, en medio de la noche y cubierto de nieve ¿Vas a querer las flores?

Michael frunció el ceño viéndole fijamente antes de marcharse y dejarle con sus rosas y su rostro golpeado.

El siguió la rutina que estaba planeando cuando venía en el camino, más unos agregados.

Se dio una ducha con agua caliente, bebió algo rico y se divirtió un rato jugando videojuegos en solitario. A las doce llamó a sus amigos para desearles feliz navidad, aunque no parecía necesario porque de fondo podía escuchar las risas de la juerga. A Michael le hubiera gustado poder ir aunque tenía que admitir que aquel aumento había valido la pena.

Mientras intentaba tener mejor señal terminó parado en la azotea, moviéndose de un lado a otro para mantener el calor. Michael estaba concentrado en la llamada así que, hasta que no terminó con ella, no fue consciente de la figura hecha un ovillo a un lado del mismo poste donde le había visto algunas horas antes.

Suspiró.

Tenía que hacerlo, sobre todo después de que una ráfaga de viento salado que le golpeo la cara. Michael dio un pisotón en el suelo antes de apresurarse a bajar las escaleras.

Con mucho disgusto agarró una de las sombrillas que guardaba en la entrada y se dirigió hacia donde estaba West, encontrándose de frente con él. Estaba enojado y tenía que demostrarlo así que le extendió la sombrilla con brusquedad.

— Levantate, vamos a mi casa — West parecía listo para hacer algún comentario listillo, pero Michael se le quedó mirando sin ningún tipo de piedad— No te lo estoy pidiendo — gruñó y West, luego de pensárselo un momento, se levantó irguiéndose en su metro noventa de altura para seguirle a paso obediente hasta la casa.

Michael le miró de reojo, las rosas aún estaban en perfecto estado.



Capítulo 1

West estaba asomado en su refrigerador, como un ladronzuelo cualquiera que se había colado en su casa mientras dormía y ahora revisaba las frutas que podría comerse. Michael por fin entendía a qué se refería su abuelo cuando decía que alguien era "Como una hormiguita comiendo" el tipo pasaba cada momento con la boca llena de fruta dulce o gomas de mascar.

Michael pensaba que había puesto a prueba su paciencia tratando con los Miller, sin embargo, consiguió encontrar a alguien que podía rebasarlo cuando se lo proponía.

— ¿Vas a ir a la fiesta de los Miller este año? — Le dijo al tiempo que miraba triunfante la manzana más grande y roja de todas. Michael metió el cubierto en un bote de mermelada para untar en su pan tostado.

— Probablemente — Él se encogió de hombros — Aunque no sé si habrá fiesta este año.

West asintió dándole una mordida enorme a la manzana. Su cabello estaba un poco más largo que las navidades pasadas y definitivamente se veía más sedoso.

Cuando mordió la manzana este se movió sobre su frente, cayendo de manera que parecía bailar a un ritmo desconocido. Michael nunca había visto un pelo tan perfecto fuera de la tele y tampoco había amado tanto el pelo rojo hasta que se encontró con el perfecto peinado del hombre.

— Mmm — West hizo aquel sonido pensando al respecto, como si no estuviera de acuerdo con algo de lo que había dicho y Michael no podía imaginar lo que estaba pensando— Hay que salir esta noche — dijo sonriéndole — Encontré un bar buenísimo al final de la calle, cerca del metro.

Michael mordisqueo su pan pensando al respecto.

— Esta noche tengo que cubrir un turno extra — murmuró — Si quieres podemos salir, pero solo después de que salga del trabajo, como a las diez — Agregó.

—Me parece bien—Est se encogió de hombros anotando algo en su teléfono, como si tuviese que agendar cada salida pendiente en los próximos diez años.

Últimamente podía notar que no pasaba día sin que se sentaran en la cocina a platicar al menos diez minutos y también se dio cuenta de que las salidas a beber en los últimos meses siempre eran con él.

Desde el día en que lo había invitado a quedarse en su casa no había logrado sacarlo de ahí. Michael no tenía idea de cómo, pero ahora tenía una llave oculta en algún sitio y se quedaba a dormir cuando le daba la gana he incluso algunas veces le vio metiendo despensa en el refrigerador o la alacena.

Por ejemplo, en ese momento había sacado esa manzana que evidentemente Michael no había comprado y también puso en la mesa un bote de yogurt, un tazón de porcelana y una preciosa cuchara de plata que él no tenía idea de donde habían salido.

Michael frunció el ceño.

— Estas acumulando cosas otra vez — dijo mirándole acusadoramente.

— Esta genial ¿No? Ya casi no tengo cosas en mi departamento—comentó encogiéndose de hombros, con una sonrisa en el rostro.

— Esta es mi casa, no puedes venirte a vivir aquí, ya te lo dije — gruñó autoritario e intentando causar un mínimo de remordimiento en el rostro de West. Este movió la cabeza como si hubiese entendido o siquiera escuchado sus quejas.

— Vale — Pero Michael no estaba seguro de que las acciones de West fueran congruentes con sus palabras.

Michael afiló los ojos.

— ¿West?— preguntó dejándole saber, por su tono, que era serio.

— Si, si, no te preocupes, no voy a mudarme—se explicó levantándose para tomar algo de agua caliente de la estufa y mostrándole aquella típica sonrisa suya que daba por finalizada la conversación.

Michael sonrió dándole una nalgada cuando este pasó a su lado.

—Así me gusta guapo.

Y West comenzó a reírse.

Esa noche salieron a beber, el bar en el que se encontraron estaba atestado de gente y definitivamente el ambiente era genial. Había música a lo alto y terminaron haciendo competencias de bebida para ver quien invitaba los tragos. Al finalizar la noche los dos llevaban sus carteras intactas, mientras que el resto de los asistentes terminaron pagando todo lo que ellos ingirieron.

Ellos conocían su propia resistencia y de vez en cuando hacían esa clase de cosas para sacar tragos gratis. A la gente le gustaba el espectáculo y ellos terminaban socializando con personas que en su vida volverían a ver, en especial desde que se habían negado a tener un bar fijo al cual asistir.

Al finalizar la juega siempre terminaban del mismo modo, gritando como idiotas en medio de la calle.

— ¡Joder!— gritó Michael con una botella en la mano — ¡Mira ese pelo! ¡Parece de Justin Bieber! — Y luego empezó a partirse de la risa.

— ¿Quién mierdas es Justin Bieber? — Le contestó West — Si yo estoy como Dicaprio en sus mejores tiempos.

— ¿Quién mierdas es Dicaprio? — preguntó Michael.

Y los dos volvieron a tirarse la carcajada.

Cuando llegaron a la casa Michael notó que algunos de los muebles de West ya estaban en la casa, comenzando por el perchero en la entrada y también había un horrendo cuadro de arte abstracto colgado en la pared.

Dentro de su cuarto había una lámpara como de lava y al momento en que empezó a cambiarse fue consciente de que, desde hace tiempo, había un espacio en su armario para la ropa de West.

Michael estaba tan concentrado en aquel inusual hecho que no se dio cuenta, hasta muy tarde, de que llevaba encima uno de los suéteres de lana que West acostumbraba a usar en casa.

— Cuando la luna se pone redondota, como una pelotota y alumbra el callejón — West llevaba bastante rato canturreando aquella ronda infantil y Michael le escuchó alejarse hacia la planta de abajo.

Con un suspiro de contrariedad se tumbó en la cama, cubriéndose con los edredones mientras observaba las plantas de sus pies saliéndose de debajo de las colchas, estas estaban cubiertas por unos calcetines de capitán América, comprados en una barata del

súper. Los clacelines era suyos, sin embargo, desde ahí también podía ver unas cortinas ajenas que colgaban de la ventana.

Gruñó.

Él iba a dejar de pensar en eso e iría a dormir.

Michael cerró los ojos sintiendo el colchón hundirse a su espalda mientras un par de brazos se enredaban en su cuerpo. Estaba tan cansado que no pensó en ello, se limitó a disfrutar del calor que mitigaba las molestias del invierno, unas piernas largas se encogían para encajar con las de él, al tiempo que un par de pies se frotaban con los suyos intentando recibir calor.

El aliento ajeno a menta sopló en su cuello, mientras mechones de pelo rojo le acariciaban la piel.

Michael estaba a punto de quedarse completamente dormido cuando abrió los ojos de golpe.

¿Pero qué coño estaba pasando?

Su cuerpo tuvo el impulso de levantarse de golpe, pero estaba tan cansado y bebido que o tuvo las fuerzas para hacerlo.

A la mañana siguiente, al levantarse de la cama, ya había olvidado la razón por la que estaba alterado en primer lugar, en especial porque a esa hora West ya se había parado de la cama y probablemente había bajado a correr a la playa.

Michael se lavó los dientes en solitario, como cada mañana y al bajar seguramente West ya había preparado una jarra de té. Él no era muy adicto al té, en realidad solía evitarlo, pero toda la mierda de vida sana que llevaba West le estaba afectando.

Con el cabello revuelto miró la tetera en la estufa, estaba humeando y en la esquina había una taza vacía, ya usada. Michael ladeo el rostro, la taza era muy linda, pequeña, con grabados preciosos, muy pija igual que West.

Michael era de una familia regular, hijo único, con dos padres trabajadores y un abuelo que jamás descansaba, cuando su abuelo murió pensó que lo mejor era dejarle la casa él y Michael lo agradecía porque gracias a eso podía estar cerca de los recuerdos del hombre al tiempo que se independizaba de su madre y se deslindaba completamente de su padre.

Para él aquella cada blanca a la orilla de la playa era su lugar feliz, la habitación recibía una luz agradable en las mañanas, hacia un clima regular todo el tiempo y era un sitio espacioso, quizás un poco grande para una sola persona, sin embargo, desde que West había llegado ese último detalle se pasaba desapercibido.

Un poco aburrido de esperar, Michael tomó la tetera y se sirvió un poco en una taza normal, del tamaño adecuado para él y hecha completamente de barro.

Luego permaneció sentado en la mesa, mirando de vez en cuando a su alrededor, en busca de un indicio de alguien más en casa, sin embargo, los rutinarios sonidos que caracterizaban la presencia de West no se encontraban por ningún sitio.

Nada de cajones abriéndose, el sonido de la ducha o los dientes frotándose contra las cerdas del cepillo. No había tarareos de canciones raras, nada de perfume después de bañarse y tampoco los pasos rítmicos en los pasillos de la casa.

Michael levantó la cabeza esforzándose por escuchar algo, lo que sea, sin embargo terminó por ser aún más consiente del horrible silencio que lo rodeaba.

Por pura inercia miró su reloj de pulsera, aún era las siete y media de la mañana, generalmente West se iba al trabajo rozando las nueve, porque no le importaba un carajo llegar tarde.

Una sensación extraña lo invadió, como ansiedad, era raro.

Miró fijamente la cocina hasta que algo llamó su atención. Era una hoja blanca, colocada en medio de la mesa, con una caligrafía perfecta en ella.

“Una nota” se dijo a sí mismo e inmediatamente la tomó en sus manos, leyendo el mensaje que se había quedado en tinta sobre el papel.

“Hoy me fui temprano porque no me gustan las despedidas.

Tengo unos asuntos que arreglar lejos de aquí, asuntos importantes, sé que estarás feliz de saber que no me pasaré por ahí durante un tiempo, pero quiero decirte algo: si no vuelvo es porque estoy muerto.”

Michael frunció el ceño confundido antes de seguir leyendo.

“Pd: eso último es mentira, nunca me voy a morir, incluso si me muero.”

Y con esa extraña frase terminó el mensaje más desconcertante que había leído en la vida.



Capítulo 2

Michael se fue al trabajar con una sensación extraña en el pecho. Era un vacío muy incómodo que permaneció, volviéndose más cuando esperó por West y este no se apareció por la casa.

Esa noche se fue a la cama pero no durmió nada.

Estaba ansioso, se asomaba por la calle durante las noches y permaneció en ese estado hasta una semana más tarde, cuando cedió a sus impulsos y le marcó al teléfono un montón de veces, pero él nunca contestó. Sin embargo, Michael no se detuvo, le escribió mensajes, casuales y le dejó un mensaje de voz esperando que a la mañana siguiente apareciese una respuesta, alguna explicación a la extraña manera en que había desaparecido.

Esa respuesta nunca llegó.

La primera vez que el teléfono sonó después de que él se fuera casi saltó de su silla, sin embargo, no era West. La llamada era del trabajo, querían avisarle que su solicitud de vacaciones había sido aprobada y debía presentarse en la empresa para firmar los papeles que le liberaban las siguientes semanas, pero él se reportó enfermo.

—Iré mañana, lo prometo—dijo tapándose la nariz. Luego se quedó en la mesa, mirando por enésima vez la nota, con una concentración que en su vida había demostrado.

Aquello era extraño para él, básicamente algún ser divino le había cumplido la petición que llevaba haciendo desde hace un buen tiempo: que West se fuera de la casa, sin embargo, ahora que aquello era una realidad comenzaba a sentirse peor que un adolescente deprimido

Tratando de ignorar el sentimiento se sentó frente al televisor buscando algo interesante que hacer. Cambiaba de un canal a otro, como lo hizo durante los días anteriores, hasta que encontró algo interesante, un especial de cine de culto, bueno para el frío y bueno para la soledad, o eso es lo que pensó al principio, porque después de la primer película se halló a si mismo hablando solo

—Ha sido interesante—repetía esperando una respuesta que no iba a llegar.

A mitad de la siguiente película tomo el móvil y comenzó revisar todo como si fuese a encontrar “algo” que apaciguara lo que estaba sintiendo.

Se acabó todos los post de las páginas que le recomendaba la publicidad, comentó en estados de gente con la que casi no hablaba, mantuvo una breve conversación con un tipo que siempre le invitaba a salir y que por regla general era un pesado al que no le contestaba los mensajes y terminó tumbado en el sillón, mirando al techo, contando las manchas que se habían hecho con el tiempo.

¿Porque había faltado a trabajar?

De repente estaba seguro que poner a la gente en contra de su familia o peleando por la división de terrenos indivisibles era mucho menos cansado que permanecer acostado en el sillón.

—¿Que estoy haciendo?— se preguntó irguiéndose para poder tomar el móvil en busca del número de West para tratar de hallar nuevamente lo que estaba pasando, no estaba seguro de porqué, no tenía nada en concreto, solo un sentimiento, una intuición, algo que

le decía que necesitaba que le explicaran que había ocurrido, pero finalmente volvió a quedarse sin respuesta cuando no le tomó las llamadas.

Suspiró entrando a facebook, él nunca lo había agregado pero podía saber cuál era su cuenta porque conocía a su ex, así que decidió comenzar por ahí.

Buscó la cuenta del chico y gruñó, lo primero que aparecía era una foto de Miller y su novio el mechas-feas sentados en un sillón. Lo que sea, él no se preocupó al respecto.

En su lugar buscó como loco a West sin poder encontrarlo en ninguna parte y después cayó en cuenta que probablemente había sido eliminado de la lista de amigos de Miller después de que terminaron.

Suspiró pensando en la mala suerte que llevaba encima y luego negó con la cabeza. Aquello no era asunto suyo, él no era ningún acosador como para seguirle durante todo el día.

Definitivamente no.

—Entonces ¿Para qué me pediste salir?—preguntó Danny bajándose la gorra, como si no quisiese que nadie le reconociera.

—Quería hacerte unas preguntas—dijo tomando un sorbo de su taza de café — Pero antes dime ¿Por qué los lentes oscuros y la gorra?

Danny se encogió en su lugar, cubriéndose disimuladamente el rostro con la mano. Michael no tuvo corazón para decirle que llamaba demasiado la atención de ese modo y de hecho todos en la cafetería les estaban mirando.

—Estoy escondiéndome ¿No es obvio? Hay un tipo por aquí con el que no me quiero encontrar—murmuró alarmando y Michael asintió.

—Ok—dijo levantando una ceja—Parece que el pequeño Miller es muy popular —canturreo sonriendo y Danny volteó a verle enojado.

—No es así—Se quejó— Ahora pregunta lo que ibas a preguntar.

—Oh, es cierto—comentó sonriendo—¿Sabes algo de West? ¿Te ha llamado recientemente?—Él no era de los que se andaban con rodeos y Danny tampoco era de los que se sorprendían por las pequeñas cosas, ellos podían tener una conversación decente el uno con el otro sin la necesidad de andar dando voces en cualquier lado.

— ¿West? —preguntó Danny—Pues sí, el Lunes pasado me llamó para preguntarme el número de mi hermano—dijo haciendo memoria.

—¿Y se lo diste?—Le cuestionó Michael.

— Pues sí, me lo pidió de muy buena manera—agregó como si fuese algo obvio.

—Eres un mal tipo Danny Miller—espetó Michael frunciendo el ceño.

—¿Yo soy un mal tipo?—exclamó ofendido— eres tu quien se está follando a su ex—aseguró Danny haciéndose aún más pequeño en su sitio.

Por un momento Michael se quedó quieto en su lugar, con la mente en blanco.

—¿Perdón?—dijo frunciendo el ceño—¿Que dijiste?

—¡Que te follaste a su ex!—exclamó levantándose momentáneamente antes de volver a su sitio, tratando de ocultarse.

Todo el mundo se giró a verlos mientras Michael levaba una ceja.

— ¿No tienes ganas de correr y decírselo a los medios?—gruñó mientras trataba de demostrar que no estaba muriéndose de vergüenza.

—No—se quejó—no quiero llamar la atención—murmuró mirando a todos lados.

—¿De dónde sacaste esa mierda de que me follé a su ex? —preguntó bajando de más la voz cuando decía lo último.

—Eso es lo que dicen todos ¡Oh! ¡Espera! Ellos dicen que él te está follando— Y Danny rayaba casi en la paranoia, mirando a todos lados con desconfianza.

—¿Todos?—Michael no pudo evitar sonar alarmado—¿Quiénes son todos?—Casi tuvo ganas de cubrirse el rostro igual que el chico.

—Todos—recalcó Danny haciendo círculos con las manos—Mamá, papá, mis hermanos, mis primos, todos, en tu trabajo deben pensar lo mismo y sus papás también piensan que vive con su nuevo novio—Danny sacó un pedacito de papel del su bolsa—Aquí está la dirección de la casa en la que vivía antes de que se fuera contigo, sabía que terminarías preguntándome y es todo lo que puedo darte—Él se inclinó sobre la mesa, probablemente trataba de verle a los ojos, pero no lo supo porque las gafas de sol no le dejaban distinguirlo—También déjame decirte que no importa si la tiene grado o lo que sea, no deberías salir con él, no es un tipo legal.

Michael se quedó en silencio, sorprendido por la advertencia y luego suspiró.

—Lo tomaré en cuenta.

Un rato después terminó saliendo del café mientras Danny era acorralado por un muchacho de linda sonrisa en una conversación de la que Michael no quería ser parte.

Mientras andaba rumbo a su bicicleta se dio cuenta de una cosa. Tenía la tarde libre y aquella dirección estaba a quince minutos.

Suspiró resistiéndose a dirigirse a ese lugar y fallando en el intento.

Algo le obligó a subirse a su maldita bicicleta y dirigirse a la dirección que Danny le había dejado.



Capítulo 3

Michael se asomó por la ventana de la pequeña casa, tratando de asegurarse de que no se encontraba en el lugar equivocado, sin embargo era obvio que se aquella era la casa de West.

Esta se hallaba casi completamente desbalijada pero era esa.

El trató de suprimir el impulso de meterse dentro y buscarle por todos los rincones, pero finalmente y como siempre se dejó llevar hasta terminar encontrando una llave de repuesto en las macetas.

Finamente, contra todos sus conocimientos legales, decidió que era buena idea meterse en la casa a pesar de que aquello podía ser considerado como mínimo, allanamiento de morada.

—Esto es estúpido—se dijo a si mismo apretando los labios, justo antes de prender las luces de la casa.

Se trataba de un lugar pequeño, muy personal, tenía una sala, una cocina, una habitación, Michael apretó los labios tratando de pensar porqué aquel sitio se le antojaba extremadamente incómodo. Después de todo era una casa completamente normal.

Michael hizo memoria encontrando la respuesta inmediatamente.

Aquel era el lugar en el que West vivió con Miller cuando eran estudiantes. El lugar donde siguieron viviendo tiempo después de graduarse. De repente se quedó parado, incómodo en la mitad de la sala, preguntándose si ellos dormirían juntos en aquella época y se acurrucarían en el sillón.

Michael sabía que lo hacían, pero aun así se lo preguntaba, como si eso negase el conocimiento que tenía.

De alguna manera se sintió muy mal al respecto. Luego notó el vacío. Aquella casa había visto días mejores. Las paredes tenían la pintura descascarándose, había un sillón sin funda, la cocina estaba sin nada, probablemente todos los objetos personales habían sido removidos.

Miller probablemente se llevó sus cosas con su nuevo novio.

Entonces, Michael sintió un hoyo en el estómago, un vacío tan profundo que entorpecido su respiración.

Quizás aquella noche nevada West se sentó solo en el sillón, miró a su alrededor y notó cómo había desaparecido todo rastro de Miller. Luego, tal vez, examinó la casa y encontró esas marcas grabadas en la pared, en el suelo, en todos lados y se dio cuenta de que esas marcas no eran otra cosa que recuerdos de la relación que se había terminado.

El horrendo fantasma de lo que fue asechaba en cada esquina y no había podido soportarlo, se marchó de ahí y terminó estacionándose en casa de Michael, cargando todo eso a costas, escapando de esa madriguera de melancolía.

Y ahora West se había ido, con una nota tan lamentable que daba risa ¿Volvería? Quien sabe, pero había dejado a Michael atrás junto con toda esa mierda que ya no necesitaba.

Michael se sentó en el sillón, con las manos, sobre el rostro mientras pensaba en lo que estaba pasando.

¿Realmente le importaba tanto que se hubiera ido? ¿Acaso lo extrañaba o era simple nostalgia? Quizás la rutina le tenía confundido, no sabía y tampoco quería saber.

Michael tomó aire, apagó las luces, cerró la casa, devolvió las llaves a su lugar, tomó su bicicleta y se largó.

De repente estaba un poco enfermo así que no cenó, se fue directo a la cama mientras pensaba en lo que estaría haciendo aquel idiota en esos momentos.

¿Estaría divirtiéndose?

Había pedido el número de Miller así que quizás estaba rogándole para que volvieran.

No sería raro, lo había dicho con anterioridad, West no era de los que rogaban, pero con Miller siempre terminaba dando su brazo a torcer. Tampoco es que culpara a Miller por algo, en realidad era un amigo al que apreciaba un montón y debía reconocer que West la cagó de la peor manera con él.

Aun así, el pensar que hubiese una posibilidad de que regresasen le ponía mal.

—Esto no está bien—murmuró enrollándose en las sabanas de su, ahora, solitario cuarto.

Suspiró.

West solía dormir en el sillón las primeras veces. El mueble era amplio y cómodo, además el sitio aseguraba que su lugar en la casa era temporal. Sin embargo, el tardó relativamente poco en meterse en la cama.

Michael recordaba que había sido una noche especialmente fría y le había dado lástima porque una ventisca reventó una ventana en el piso de abajo, así que el lugar estaba helado. Michael le había invitado a regañadientes al cuarto y se acurrucaron juntos debajo de las sabanas, buscando el calor del otro.

Había sido una sensación extraña, nueva. Michael estaba acostumbrado a la soledad, a menudo salía con los Miller durante las fechas festivas y en las fiestas del trabajo se la llevaba larga, pero jamás se preocupó por el hecho de vivir solo.

En realidad él era muy privado, le gustaba la idea de tener un lugar íntimo, un sitio donde esconderse del resto del mundo. Él a veces iba a quedarse en casa de algún Miller pero ellos jamás fueron a su casa porque el odiaba que la gente invadiera su espacio.

Sin embargo, ahí estaba West, durmiendo en su cama, viviendo en su casa, comiendo en su cocina y compartiendo los cajones de su ropero.

Michael lo maldijo interiormente por acostumbrarle tanto a su presencia, porque ahora la soledad pesaba demasiado.

Apretó los labios y miró al techo, se quedó muy quieto esperando a dormirse, pero era muy difícil, se sentía incapaz de cerrar los ojos, estaba hasta cierto punto aterrorizado y no sabía porque. Era horrendo.

Al final terminó bajando una vez más para ver una película y encontró un maratón de Friends en la televisión, el cual no le hizo sentir mejor porque ¿Quién quería ver una serie sobre amigos estando completamente solo?

El definitivamente no era de los que se sentía bien observando lo que no podía tener y a media noche estaba desesperado por encontrar algo para distraerse, así que volvió a salir al patio en la pequeña playa privada de la casa, donde se sentó sobre una toalla, envuelto en algunas mantas para contemplar el mar.

Por culpa del tiempo, el cielo estaba cubierto de nubarrones que dejaban ocultas las estrellas.

Michael suspiró.

El clima lo ponía nostálgico y pensó que quizás si West estuviese con el aquello sería más fácil de sobrellevar, sin embargo, ese era un deseo estúpido para pedir.



Capítulo 4

—¿Señora Miller?— preguntó frunciendo el ceño. Él llevaba bastante rato sentado afuera, cuando una llamada inusual entró, rompiendo su calma. Se trataba nada más y nada menos que de la señora Clarice Miller, con quien Michael llevaba, por regla, una perfecta relación.

—Ooh Mitchi—exclamó la mujer usando el apodo cariñoso con el que siempre le llamaba — ¿Cómo estás?

—Estoy bien—dijo extrañado—¿Cómo está usted?

— Estoy bien, solo te llamaba para comprobar algo, resulta que me han contado que estás viviendo con Johnny¿Eso es cierto?—ella trató de sonar discreta, pero la verdad, la discreció no era lo suyo — ¡No creas que estoy enojada!—se apresuró a decir—Aun no sé por qué Petey terminó con él, pero a mí me parece un muy buen muchacho y creo que has tomado una buena decisión y también creo que Petey lo entenderá—la mujer suspiró—después de todo, fue el quien terminó con Johnny.

—Yo...—Michael parpadeó—Yo no estoy saliendo con West—dijo un poco confundido, porque era la segunda vez en el día que alguien mencionaba una relación de ese tipo entre ellos dos.

—¡Oh vamos!—exclamó la mujer al otro lado del teléfono. El casi pudo verla moviendo las manos en señal de incredulidad.

—Es en serio—respondió tratando de sonar lo más convincente posible, sin embargo, aquello no resulto del todo bien.

—Bien—Ella pareció rendirse durante un instante—Ustedes dos no están saliendo— agregó—Solamente viven juntos desde hace como medio año, no te preocupes, no voy a presionarte, espero que tengas feliz navidad mi niño.

—Señora Miller—Michael le habló tratando de explicarse pero la mujer se le adelantó.

—No, no, no, está bien, solo te llamaba para decirte que no hay ningún problema de nuestro lado, si quieres puedes venir a pasar las navidades con nosotros como cada año, ni a mí ni a mi marido nos molesta y si quieres puedes traer a Johnny—Ella se rio al otro lado de la línea—No te preocupes por el asunto, él ya se arregló con mi niño y han estado

saliendo juntos la última semana—Clarice hizo una pausa—¡Como amigos!—aclaró—Así que eso quiere decir que todo va bien para todos ustedes— La mujer sonaba realmente maternal cuando le hablaba, pero era obvio que ella no conocía toda la historia entre West y su niño. Sin embargo, lo que más afectó a Michael fue la idea de que ellos hubiesen “arreglado sus cosas”.

¿No significaba eso que ellos estaban saliendo de nuevo? La señora Miller dijo que no, pero ella no se enteraba de mucho.

Michael se mordió el labio inferior pensando en lo que había pasado los últimos días ¿Sería posible que Miller hubiese dejado a su Ryan para volver con West? No, eso no era posible, en realidad ni siquiera parecía algo que podría llegar a pasar por la cabeza de Miller ¿O sí?

Suspiró.

—No se preocupe señora Miller, iré a verle estas navidades— dijo tratando de no sonar desinflado. Él casi pudo ver a la mujer sonriendo al otro lado de la línea.

—Está bien, te estaré esperando nene— Y luego de un escueto saludo se despidieron.

Michael apretó los labios mirando la pantalla de su teléfono. Delante de él había un mar horrendo y estaba seguro de que si seguía ahí se iba a enfermar, de modo que hizo un amago por levantarse de su sitio, no obstante, aquello se quedó únicamente en una intención, porque se dio cuenta de que no quería volver a la casa.

Un sentimiento de impotencia le llenó, sentía que había sido echado de su propio hogar.

El cerró los ojos cuando las lágrimas se escurrieron por sus mejillas. No tenía una puta idea de porque había comenzado a llorar, pero no podía evitarlo.

De repente en su cabeza apareció el recuerdo lejano de lo que había pasado varias navidades atrás, cuando encontró a West con las flores mirando hacia el mar ¿Habría pensado lo mismo que él? Que no quería volver a casa solo, que no tenía ganas de verse rodeado por recuerdos estúpidos toda la noche. Seguramente había sido peor porque Miller no solo era su pareja, era su mejor amigo, él se había quedado ahí, en el frío, porque prefería eso a volver a casa.

Michael suspiró sintiéndose adormilado, recordaba su rostro nítido, mirándole con esos ojos alegres que le caracterizaban. Michael no había hablado mucho con él cuando estaban en la universidad, probablemente por eso era la única persona que aún le llamaba Zaharia.

—Hemos terminado—Le dijo mientras tomaba un sorbo de café caliente—Bueno—Hizo una pausa— En realidad él fue quien terminó conmigo— West no dejaba de sonreír mientras hablaba, como si no estuviese del todo triste, aunque su mirada se encontraba perdida, su mente estaba en otro lado—Pero eso ya debes saberlo, ustedes son muy amigos—comentó bajando la cabeza mientras su expresión se volvía temblorosa.

—No somos “amiguitass de pijamada”—Había contestado—Ese eres tú, así que dudo que la gente se entere en un rato—Michael había estado preparando el sillón para que durmiese, colocando sabanas y almohadas apiladas de manera que pudiesen simular una cama lo suficientemente cómoda para pasar la noche.

—Ya—murmuró, no muy contento, cosa que en ese momento le importó un carajo. Él recordaba que Miller solía consentir a West de manera excesiva con su trato, de ahí a que probablemente no estuviese satisfecho con lo que recibía en respuesta.

Daba igual.

Él le había observado tomándose la taza de café, robándose el calor del líquido para sí mismo. Ellos se quedaron callados un largo rato después de eso.

—¿Sabes?—Le dijo cuándo Michael estaba por irse a dormir—Fue mi culpa—West se giró para verle y no dejaba se sonreír, era sonrisa tristísima.

—¿Qué cosa?—cuestionó fuera de órbita.

—Que se terminara—aclaró—Nunca debí haberle dicho que sí cuando no le quería de ese modo—suspiró—Es mi mejor amigo—él bajó la vista—Era mi mejor amigo.

Y Michael le había visto sumirse en un estado de tristeza como nunca presenció en él, pero tampoco se detuvo a consolarlo, porque estaba en contra sus principios el ponerse del lado de una persona que se merecía lo que le estaba pasando.

—Espero que la próxima vez te lo pienses antes de ser un imbécil—Le había dicho dejándolo solo en el piso de abajo.

Si se ponía a pensar al respecto, aquello había estado de más, pero no en ese instante no pudo evitarlo. A la mañana siguiente, cuando bajó, encontró las sabanas dobladas y las almohadas apiladas una sobre la otra, mientras que la taza que West había utilizado ya estaba lavada y acomodada en su lugar.

Michael pensó que luego de eso no lo volvería a ver, pero al otro día este se apareció en su casa, muy temprano, con una cafetera nueva, argumentando que la suya era horrenda y el café le sabía a mierda.

Luego de eso no había podido sacarlo de la casa y ahora solo quería que volviera.

Michael apretó los labios, estaba cansado y en medio de aquella pequeña remembranza no pudo evitar pensar que echar una cabezadita no estaría mal. Al menos estaba envuelto en sabanas y él no era un tipo enfermizo. Él siempre fue así, testarudo y poco cuidadoso.

En menos de quince minutos ya estaba profundamente dormido.



Capítulo 5

—Creo que se murió—dijo una voz muy cerca de su oído.

—No jodas ¿Será que tengamos que llamar a la ambulancia?—preguntó otra.

—Tengo que twittear esto—una tercera voz habló casi al mismo tiempo en que el sonido seco de un golpe le obligó a abrir los ojos.

—¿Qué mierda?—gruñó tratando de distinguir las figuras que le rodeaban, lo primero que captó fue el rostro de un adonis rubio, de ojos azules y sonrisa de en sueño. Michael parpadeo y le extendió los brazos—Cárgame rumbo al horizonte guapo—murmuró aun confundido y el Adonis se inclinó para tomarle en brazos, pero alguien más le empujó lejos.

—Deja de joder Atreyu, o te levantas o quemo la maldita casa—exclamó la voz y Michael se levantó de golpe.

—¡Joder! ¿Cuántas veces tengo que decir que soy Michael?—Exclamó a modo de queja, e inmediatamente sintió como su cabeza comenzaba a dar vueltas haciéndole trastabillar.

Fue cuando un par de brazos le sostuvieron antes de que se estampara contra el suelo.

—Cuidado Zaharia—murmuró aquella persona contra su cuello. Michael se giró el rostro con expresión confundida.

—¿West?—preguntó con un hilo de voz. Ojos verdes, piel blanca y cabello... ¿Rosa?— ¡Pero qué coño le pasó a tu cabello!— exclamó empujándolo sin poder evitar su reacción, aunque inmediatamente tuvo que sostenerse de él porque volvió a marearse.

—Larga historia—contestó encogiéndose de hombros.

Michael respiró cerca de West, sintiendo sus brazos rodearle protectoramente ¿Qué diablos? Se giró observando a las demás personas que estaban metidas en su casa; Frank, Peter y Danny Miller, por un lado y por otro estaban Sam y Ryan-mechas-pintada. Todos mirándole muy atentos, algunos sonreían y otros parecían molestos, pero los ojos de Michael se centraron en Peter quien llevaba el rostro compungido por la preocupación.

Cuando sus ojos se cruzaron este avanzó hasta sostenerle el rostro y tocarle la frente.

—Estás enfermo—dijo—tienes que recostarte.

Miller siempre fue así, era el hermano mayor de todos, sus hermanos pequeños, con excepción de Frank, lo adoraban con locura, él siempre estaba cuidando de los demás, incluido Michael y probablemente por eso este pasaba más tiempo con Frank, porque después de todo, el no soportaba que lo cuidaran.

Era desagradable, las personas que cuidaban a los demás siempre terminaban dando demasiado, siempre sufrían y siempre acababan sintiendo que el mundo no era justo con ellos.

Michael no quería ser otro malagradecido en la vida de Peter, prefería mantenerse al margen y no estaba teniendo problemas hasta que apareció West.

—Ay, no jodas, me duele todo—Se quejó recostándose en el sillón y Peter se apresuró en ir a la cocina.

—¿No tienes alguna pastilla? Creo que voy a tener que ir a comprar medicamentos al veinticuatro horas—dijo apresurado.

—Vamos, déjalo, no se va a morir ¿Verdad Atreyu?—preguntó Frank.

—¡Callate Frank! ¡Si me pasa algo es tu culpa!—Se quejó sosteniéndose la cabeza por culpa del dolor que sentía. De repente comenzaba a notar las molestias en el cuerpo, desde la temperatura hasta los ojos llorosos y el dolor de cabeza.

—¿Estas bien?— West se sentó a su lado, tocándole la frente. Sonreía como siempre, pero había algo de tensión en su rostro, como si esperase algo. Michael negó con la cabeza.

—No, no lo estoy, me estoy muriendo y te teñiste el pelo de rosa ¡Joder!—lloriqueo tratando de empujarlo. Sam se rio desde su lugar, con esa risa tonta que tenía. Era tan guapo cuando reía tontamente, se le hubiera quedado viendo de no ser porque la cercanía de West le ponía nervioso.

—Yo le dije que le quedaba más horrendo de lo que se ve habitualmente—acotó Frank cruzándose de brazos.

—Yo le dije que lo único bueno que tenía era su pelo de zanahoria—Danny imitó el gesto de su hermano mayor.

—Yo le dije que se ve horrendo, no importa que se haga—agregó Ryan.

—Yo le dije que no era necesario que pagara penitencia para nada—Peter suspiró mirándole el cabello y Michael comenzó a hacerse una idea de lo que había pasado.

—Yo le di un golpe ¡Boom bitch!—exclamó Sam y los hermanos Miller comenzaron a reírse como si fuera lo más gracioso del mundo mientras Ryan levantaba una ceja.

Michael también sintió el impulso de reírse, pero trató de no dejarse llevar por las hormonas.

—Vamos, ya, ya, basta de eso—gruñó Ryan y luego señaló a Michael con el dedo, avanzando hasta que el índice quedó pegado a la nariz del chico—¿Qué estabas haciendo allá afuera? ¿Tratabas de suicidarte?—reclamó. Michael le golpeó el dedo.

—Estaba tratando de tomar una foto cool para mi Instagram—contestó con una seguridad que casi se creyó—y me quedé dormido—Michael preferiría que le cortaran las manos antes de que alguien supiese que lloraba por West—De todas formas ¿Qué mierda hacen todos en mi casa?

El grupo comenzó a intercambiar miradas, esperando que alguien, específicamente Peter, hablara. Finalmente este levantó las manos en señal de protesta.

—Que conste que no fue mi idea—Se excusó son decir exactamente qué estaba pasando. Frank soltó un suspiro fastidiado.

—Necesitamos a alguien que haga el desempate—dijo encogiéndose de hombros—Nosotros somos el jurado y estamos determinando si John merece que lo perdonen o no.

—Yo ya dije que no me importa, parece muy arrepentido—Peter parecía apenado por la situación, como si quisiera terminar con eso de una vez y además reunía a la mirada de Michael, este se preguntó por qué.

—¡Joder! ¡Ya te dije que no lo perdones! ¿Cómo carajo se supone que vaya a irse de rositas luego de lo que te hizo pasar las navidades anteriores?—Se quejó Ryan evidentemente molesto.

—Yo creo que debería perdonarlo, parece un tipo cool—dijo Sam levantando la mano y Frank se la bajó de inmediato.

—Deja de decir tonterías Sam, ni siquiera te acuerdas de él ¿Y ahora votas a favor?—pregunto Frank confundido.

—Bueno—El chico se cruzó de brazos— Es que no soy bueno con los rostros.

Ryan puso los ojos en blanco y luego Michael miró a Danny.

—Mira, yo no sé qué está pasando así que voto a favor hasta que alguien me diga—Se quejó frunciendo el ceño.

—Cállate Danny, deja de conspirar—gruñó Ryan y Michael parpadeó.

—Pero... ¿Eso no debería decidirlo Miller?—comentó sin entender de que iba toda aquella pelea.

—Miller lo está decidiendo—contestó Frank, señalándose a sí mismo.

—Me refería a Peter—agregó Michael.

—Les dije que no era buena idea, ha estado teniendo sexo con el enemigo ¿Quién pensó que podía ser imparcial?—exclamó quejó Ryan cruzándose de brazos y Peter le dio un golpe en el brazo, para después mirar nerviosamente a Michael.

Ahí estaba.

Michael gruñó.

Por eso Miller estaba tan raro, probablemente trataba de no entrar en discordia con él hablando mal de West. Michael miró a Ryan.

—¿De dónde sacas tanta mierda, Mechas?—Entonces se dio cuenta de que debería haber sido más directo al respecto.

—No me digas Mechas—Se quejó Ryan.

—No me digas Atreyu—refutó Michael.

—Es que es divertido—Y a Ryan se le escapó una sonrisa.

Todos se quedaron mirando hasta que Peter suspiró.

—Todo esto es una tontería, Michael tiene razón, esto es mi decisión y ustedes no tienen derecho a opinar sobre ello—Peter se cruzó de brazos como todo un Miller, mirando retadoramente al resto.

—¿Ni siquiera yo?—preguntó Ryan mirándole del mismo modo y la firmeza en el rostro de Peter vaciló, sin embargo, luego de un momento se repuso.

—Vale, tu sí, pero eso no quiere decir que vaya a hacer todo lo que digas.

Los dos se miraron fijamente, sus expresiones se quedaron congeladas, perdidas en las del otro hasta que Ryan suspiró y alargó las manos hasta las mejillas de Peter para besarlo. No obstante este le volteó el rostro, luego Ryan le jaló, lentamente, se inclinó hasta él buscando su mirada, Peter le rehuyó momento, pero al final terminó cediendo al contacto.

—Te amo—Le dijo Ryan entre besos.

—Yo también te amo—contestó Peter, y todos, incluido Michael comenzaron a hacer muecas de ascos y a pedirles que se separan. Ryan les sacó el dedo de en medio mientras afirmaba a Peter de la cintura con la otra mano y todos comenzaron a dispersarse ante la incómoda vista.



Capítulo 6

A Michael le pareció ridículo tener que marcharse con lo mareado que estaba, pero prefirió trastabillar por el pasillo en lugar de presenciar aquella escena. Era como si todos hubiesen salido huyendo y Michael pensó que al fin y al cabo todos era la misma clase de personas, con excepción de Sam que sonaba increíblemente divertido.

Al final terminó en la cocina, con la cabeza recostada contra la mesa y la puerta cerrada, él no supo a donde fueron los demás, pero sí que en el camino se quedó solo.

Escuchó murmullos y asomándose por la ventana pudo ver a Danny, Sam y Frank sentados en el descanso, frente a la casa. Parpadeó dos veces antes de saltar de su lugar al escuchar cómo se abría la puerta detrás de él.

—Ey—West le estaba sonriendo y cerraba la puerta de manera discreta— ¿Estás bien?— Le preguntó acercándose hasta quedar a un metro de distancia, aquello no era raro, siempre lo hacía, sobre todo en la cocina que era muy pequeña.

—Necesito una aspirina—contestó Michael suspirando—pero estoy bien, me recuperaré.

—¿Qué estabas haciendo allá afuera?—Le preguntó recargándose casualmente de la mesa—¿Por qué dormías a la intemperie?

—Ya te lo dije—Michael se encogió de hombros— Estaba tratando de tomarme una foto cool y me quedé dormido—Luego hizo una seña con la cabeza hacia la puerta— ¿Has logrado arreglarte con él?—preguntó para cambiar de tema.

—Sí, eso creo, aún tengo que trabajar en ello pero vamos por buen camino—West desvió la mirada—Por eso me fui estos días, neceaba arreglar lo nuestro—Hizo una pausa— Cerrar círculos—aclaró.

—¿No planeabas volver con él?—Le cuestionó intentando sonar divertido. West levantó la vista, sus ojos verdes se clavaron en Michael, como si estuviese sorprendido por la pregunta.

—Dices unas cosas muy interesantes—contestó sonriendo nervioso—Pero estas equivocado, salir con él es lo que causó este problema desde un principio—Se encogió de hombros—Éramos cercanos, muy amigos, decíamos estupideces y nos hacíamos bromas todo el tiempo. Pensamos que el paso lógico era comenzar a salir pero... Bueno, yo seguía viéndolo como un amigo, me comportaba como uno, hacia niñerías para molestarlo y creo que él esperaba que cambiara mi forma de ser con el luego de comenzar la relación.

West no dijo nada más, volvió a mirarle y se quedaron de ese modo un largo rato, hasta que Michael se giró hacia la ventana y sonrió.

—Dios—dijo—pobre Danny.

Afuera Sam y Frank se besaban mientras Danny les miraba con los brazos cruzados y tan molesto como un duende amargado de navidad. Era obvio que más que sentirse incomodo, estaba terriblemente ofendido por la manera en que lo estaban ignorando.

—Se la pasaron así toda la semana—comentó con un toque de humor.

Michael apretó los labios pensando en el tiempo que había pasado fuera, jugueteando por ahí mientras el pasaba un pequeño infierno tratando de que le tomara una llamada.

—Eres un desconsiderado—gruñó.

—¿Cómo?—West retrocedió ladeando el rostro, preparándose para la batalla. Definitivamente conocía bien a Michael.

—Eres un bastardo desconsiderado—repitió cruzándose de brazos.

—Ok—Él hizo memoria—¿De qué me perdí?—preguntó finalmente y Michael levantó una ceja mirándole en silencio—Zaharia, no soy bueno en esto, de verdad que no, por favor dime que pasa—Le rogó West.

—Pues que vienes, te instalas en mi puta casa, me traes todas tus porquerías, las arrumbas por ahí ¡Y luego te largas!—exclamó señalándolo de manera acusadora y logrando que West se recorriera poco a poco hasta quedar pegado a la pared.

—¿Quieres que me las lleve?—preguntó mirando el dedo índice que le apuntaba.

—Quiero que dejes de ser un imbécil—gruñó—Vas por la vida cagandola y luego le echas la culpa a los demás, te quejas y luego ruegas y esperas que te perdonen. Te metes en la vida de la gente a fuerzas ¡Cuando nadie te llamó! Y luego te vas y dejas el hueco ahí, sin cubrir y dejas que el frio entre a la casa y tu...—Michael se quedó en silencio, consternado por las cosas que estaba diciendo, no tenían ningún sentido ¿O sí?— ¡Te pintaste el pelo de rosa!—exclamó—¡Odio el rosa! Te lo hubieras pintado de azul, si ibas a cagarla así...

Y Michael no dijo nada más, se alejó, bajó la cabeza y se quedó pensando. West no sabía si debía moverse o tendría que quedarse acorralado el resto de la noche hasta que finalmente suspiró tratando de encontrar la mirada de Michael.

—Zaharia—murmuró—Si quieres puedo pintarme el pelo de azul.

Michael se sintió como un idiota, negando con la cabeza.

—Mejor vete ¿Si? Necesito pensar—Él se recargó de la encimera, clavando la vista en la nada y con la cabeza gacha, derrotado.

West se le quedó viendo un momento y luego se le acercó suavemente, tomándole de los hombros y bajando las manos lentamente hasta su cintura.

—¿Estas bien?—murmuró en su oído, enviando un escalofrío por todo su cuerpo. Michael reaccionó por instinto, un instinto que no había tenido cuando no era consciente de todas las libertades que le estaba dejando a West y se separó de él.

—¿Qué estás haciendo?—preguntó alarmado y él le miró confundido.

—Preguntándote si estás bien—aclaró tomándole del rostro para pasarle la mano por la frente—Por lo visto la enfermedad está ralentizando tus sentidos ¿Eh?—comentó a tono de broma antes de pegarse a su cuerpo y Michael volvió a empujarle.

—¡Para ya! ¡Idiota! ¡La gente va a pensar que tenemos algo!—Se quejó empujándole con fuerza y West volvió a mirarle confundido.

—¿Qué no tenemos?—preguntó aún más perdido que al principio.

—¿De qué mierda hablas?—Ahora si no estaba entendiendo nada.

—Bueno, yo supuse que...—Él guardó silencio—Bueno, nunca lo dijimos pero...Ya sabes, comemos juntos, vivimos juntos, dormimos juntos, te pones mi ropa y esas cosas, pensé que salíamos o algo así, lo di...—West se aclaró la garganta—Por hecho.

Michael se quedó un momento en silencio, sin saber que decir a aquello y luego negó con la cabeza efusivamente.

—¡Oh vamos! Los novios se besan, se toman de la mano, tienen sexo ¡Hacen muchas cosas que nosotros definitivamente no hacemos!—se quejó frunciendo el ceño y West se quedó en silencio, pensativo, antes de asentir y quedársele mirando.

—Es cierto—dijo—Se me olvidaba que los novios normales hacen eso.

Y nuevamente silencio se hizo presente. Michael suspiró cansado, llevándose las manos al rostro.

—Y a mí se me olvidaba que estuviste cinco años saliendo con el Peter Miller, el santo patrono de la castidad y la pureza, casi Sor Juanita encarnada—Se quejó frotándose el rostro, desesperado y West suspiró, entonces Michael fue consciente de algo— Tú—tragó duro— ¿Pensabas que estábamos saliendo?—preguntó confundido.

—Lo supuse—contestó encogiéndose de hombros—De todas formas, si no estamos saliendo, entonces ¿Qué somos?

Michael le miró muy serio y luego volvió a desesperarse.

—¡Somos roomies! ¡Idiota!—exclamó ofendido aunque la mayor parte de él estaba simplemente avergonzado.

—¿Eres así con todos tus roomies?—cuestionó West, haciendo énfasis en la última palabra. Michael le miró con la mirada afilada.

—¿Así como? —preguntó y West negó rápidamente, sintiendo alguna clase de peligro en la conversación.

—No, no importa, de todos modos ¿Dices que si salimos puedo besarte?

Michael parpadeó.

—Sí, supongo—contestó consternado.

—Bueno, entonces ¿Quieres salir conmigo?—dijo acercándose lentamente, hasta quedar muy cerca de él, obligándole a recargarse de la encimera, mientras trataba de combatir el

sonrojo que amenazaba con aparecer—Porque llevo como seis meses queriendo hacerlo y no hallaba la forma.

—S-sa ¿Cómo?—preguntó levantando la vista y encontrándose con el rostro sonriente de Jonh, quien le levantó el mentón, quedando a centímetros de su rostro.

—Quiero besarte, Zaharia—repitió.

Michael apretó los labios, perdiéndose en los ojos de West y en su cabeza dijo que sí, pero su cuerpo se quedó paralizado, confundido, sin saber si debía moverse o permanecer como estaba, mientras su boca balbuceaba cosas sin sentido.

West sonrió, con esa chulería tan propia de él y como nunca le había sonreído en el tiempo que estuvo en casa.

Michael dejó escapar un pequeño suspiro cuando sus labios se tocaron. West era rudo y gentil, le rodeó de la cintura levantándole ligeramente, dejando que sus manos viajaran por debajo de su suéter. Michael apretó los puños sosteniéndose de la camisa de West.

No podía creerlo.

No tenía idea de lo que estaba haciendo, ni tampoco pensaba en lo que iba a pasar después o lo que pasó antes, simplemente se dejó llevar por los besos y las caricias. West bajó sus manos hasta levantarlo y colocarle sobre la encimera. Michael sintió sus dedos fríos ponerse calientes contra su piel.

Gimió cuando pudo sentir a West entre sus piernas, ansioso, esperando a que Michael hiciera algo por continuar, probablemente debía agradecerle esa paciencia a Peter.

—¡Ahí está!—gritó Ryan desde la puerta de la cocina—Mira, te dije que se acostaba con él y lo negaba ¿Te dije o no te dije?—gruñó.

—Me dijiste—masculló Peter jalando a Ryan para que se fueran.

—¡Bien! La próxima vez que...—Su frase se quedó al aire cuando Peter consiguió sacarle y cerrar la puerta, desde afuera se escuchó otro grito.

—¡Arreglaremos esto luego!—Era la voz de Frank, estaba en la entrada, haciéndole señas por la ventana para indicarles que ya se iban.

Michael se llevó las manos al rostro, completamente avergonzado.

—Mierda—gimió, para después mirar a West—Dios, deja que me baje—Y le empujó regresando al suelo.



Epílogo

Otra vez habían cancelado el trabajo por la nieve, generalmente declaraban el día inhábil por cualquier estupidez, como que se acabó la tinta o el papel de las impresoras, sin embargo, en caso de nieve se ponían especialmente estrictos.

A Michael no le importaba, aún tenía un par de semanas de vacaciones que gastar en la vagancia.

—Iré a verlos mañana señora Miller—contestó al teléfono.

—Eso espero ¿traerás a Johnny?—preguntó interesada y él se giró para mirar a West, sentado en la mesa, comiendo quien sabe que mierda vegetariana con apariencia de pavo y sonriendo. Michael le hizo una seña con la cabeza y West levantó el pulgar como una afirmación.

—Supongo que sí, espero que Miller no se moleste—comentó por lo bajo, sabiendo que Peter no era exactamente el problema.

—No, no te preocupes, mis angelitos jamás harían algo incorrecto en navidad—Y nuevamente Michael supo que no era cierto.

El siguió hablando un rato más hasta que llegó el momento de colgar y volver a la mesa con West.

Ellos estaban sentados uno frente al otro, con pijamas de navidad, nada demasiado exagerado, pero suponían que estaban siendo festivos.

—Por cierto—comentó Michael llevándose un pedazo de carne a la boca, carne de verdad—¿Cómo estás en Facebook?—preguntó bajando la vista. West se le quedó mirando.

—Lo olvidaba—Hizo una pausa— No somos amigos en Facebook—Michael levantó la mirada hacia él invitándole a continuar—Estoy como Johnny West— dijo con una mueca divertida. Michael sonrió.

—Yo estoy como Atreyu Zaharia.

Los dos se quedaron viendo y luego West dejó su cuchara en el plato.

—¿De dónde es ese apellido? Zaharia—preguntó ladeando el rostro.

—No sé, es de mi papá, él también me puso el nombre y cuando se divorciaron me quedé con mi abuelo y tome su apellido—Michael bebió un sorbo de chocolate caliente—Cuando cumplí la mayoría de edad me cambié el nombre a Michael.

—Michael Anderson—West hizo una mueca—Suena mucho más normal, aunque yo prefiero llamarte Zaharia, nadie más te dice así ¿Cierto?—comentó sonriéndole con un brillo de diversión en los ojos mientras se pasaba la lengua por los labios, en una mueca provocadora. Michael se sonrojó.

—Tú—dijo señalándole con su tenedor—Eres un coqueto.

West ensanchó la sonrisa y Michael lo imitó. Unos minutos después, mientras soplaba el contenido de su taza, West miró a Michael.

—Ya solo me falta la cama—dijo— es lo único que queda para poder dejar completamente el viejo cuarto.

—Véndela—opinó Michael desviando la mirada—Ya tenemos una.

Aquello era nuevo, muy nuevo, aún estaban un poco aturridos por el asunto de comenzar una relación, pero la mayor parte del trabajo ya la habían hecho sin darse cuenta.

—Tenemos una—repitió West—Eso suena bien—comentó alcanzando el aderezo para su intento de carne.

Ellos se miraron a los ojos una vez más y Michael empezó a reírse.

—Joder, ya quiero que pasen los seis meses que le prometiste a Miller, no soporto ese cabello rosa del carajo—Se quejó mirándole el pelo.

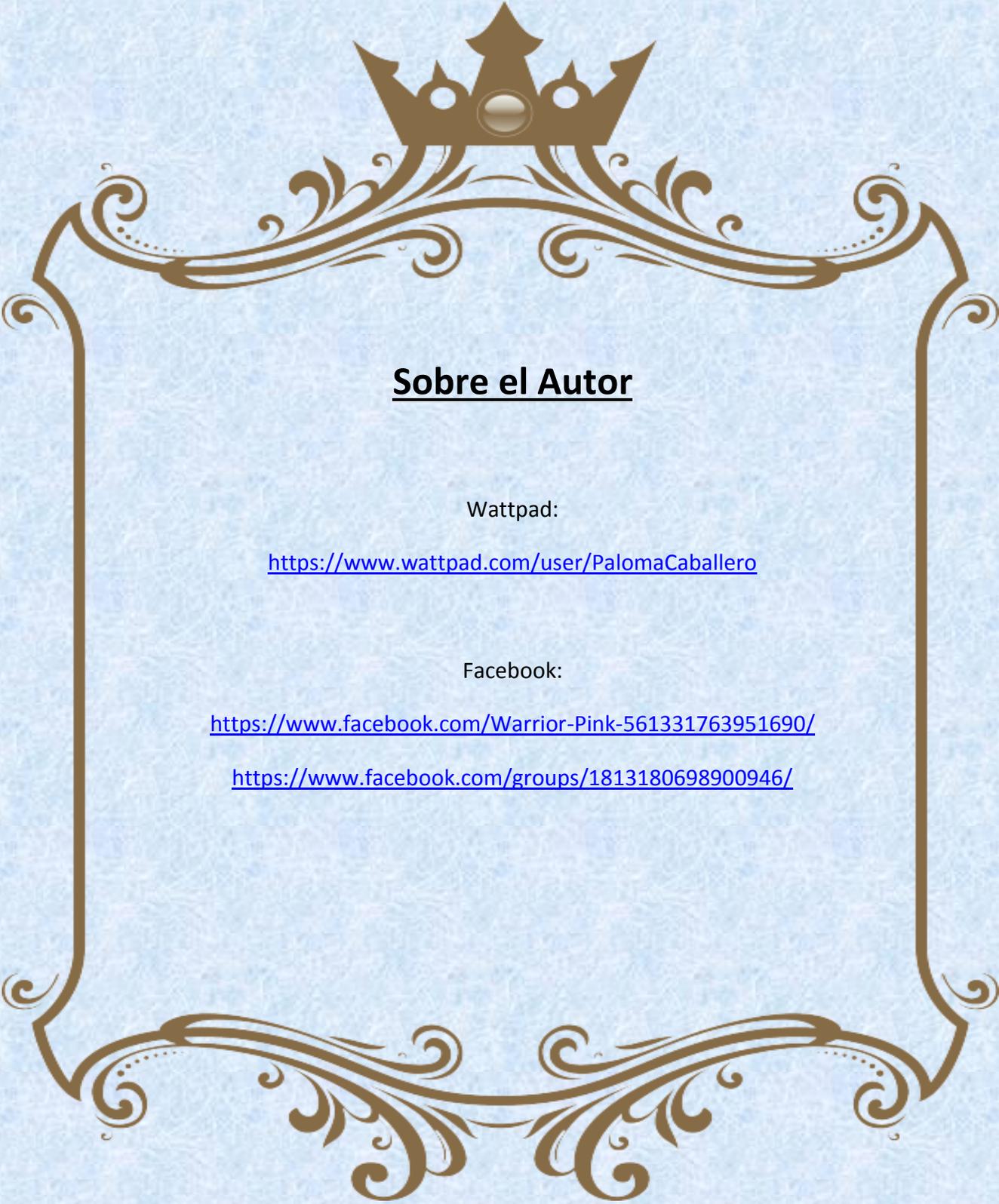
—Cuando se acabe el tiempo puedo volver a teñirlo de rojo, aunque no va a aquedar igual, si quieres puedes escoger otro color para mi—West no parecía muy apurado por el asunto.

—¿En serio?—preguntó Michael—¿Te lo puedo dejar como Rainbow Dash?

Ellos comenzaron a reírse como idiotas.

—¿Quién coño es Rainbow Dash?





Sobre el Autor

Wattpad:

<https://www.wattpad.com/user/PalomaCaballero>

Facebook:

<https://www.facebook.com/Warrior-Pink-561331763951690/>

<https://www.facebook.com/groups/1813180698900946/>

H.Y. BARRIOS



Una Navidad
con Eros

Una Navidad con Eros



H.Y.Barrios

Resumen

Habían pasado ya diez meses desde que Eros el dios del amor le entrego su flecha al joven repostero de rojos cabellos.

Diez meses en los que ambos tuvieron que acostumbrarse a las peculiaridades del otro.

Tami está feliz ya que una de sus festividades favoritas está cerca, pero Eros aun no comprende la importancia de la misma.

Un malentendido entre ambos y su amor se tambalea, pero después de todo es navidad y los milagros navideños están a la orden del día.



Aun no podía creer que ya habían pasado diez meses desde aquel día en el que Eros le había entregado su flecha, sonrío al recordar con esa mirada nostálgica todo lo que tuvo que pasar para que sus sentimientos se encontraran.

Siente su corazón palpitando un poquito más rápido y esa calidez que lo envuelva cada vez que el dios está cerca de él, se voltea y lo ve entrando con ese caminar tan suyo, seguro de sí mismo, se queda atontado viendo esa pasarela exclusiva para él, con el hombre más hermoso y sexy que han visto sus mortales ojos.

Eros le sonrío con esa sonrisa ladina y coqueta sabiendo perfectamente lo que provoca en el cuerpo de su pelirrojo, sonrío más abiertamente en el momento en que sus miradas se encuentran, y es como si no existiera nadie más, solo ellos y esos sentimientos que los embriagan.

— ¡Eros! Cariño, que bueno que vienes— Le dice el joven repostero, con la voz melosa.

—Sabes que jamás te dejaría solo—Le responde el Dios, con la voz ronca y con esa sonrisa enamorada pintada en la boca.

—Gracias, de verdad estoy atareado, los pedidos están llegando como locos y necesito que hagas unas entregas por mí—Le responde con la voz casi en un susurro y esa mirada de disculpa que opacan sus ojos verdes.

—Lo sé, amore, dame la lista y are las entregas—Le contesta, besando la frente blanca, le sonrío y besa ambas mejillas para terminar con un casto beso sobre esos labios dulces como la miel.

—Te lo compensare, e-esta noche—Le susurra sobre los labios esponjosos, saboreándolos un poquito mas.

—Lo espero con ansias—Lo grita fuerte y claro con esa voz ronca que hace estremecer a Tami.

—Yo lo espero más—dice al viento, sonriendo por lo bajo al imaginarse en los brazos de Eros.

El sonrojo permanece sobre sus tersas mejillas por el resto de la mañana, sus labios un sienten la calidez y humedad de los labios ajenos a los que conoce tan bien.

La genta va y viene, entran y salen, o simplemente disfrutan de una rebanada de algún postre navideño en la tienda, él sonríe al ver a las parejas, familias, disfrutar de la calidez y sentimiento navideño que cada día se apodera más y más de la ciudad.

Se siente nostálgico de repente, al recordar las navidades anteriores, ese sentimiento de soledad y vacío, pero inmediatamente se reprende, y agita la cabeza, sacando de su mente y cuerpo esos sentimientos pesimistas, después de todo esta navidad no estará solo, Eros estará a su lado.

Una vez más la sonrisa vuelve a su rostro, y ese brillo en sus ojos que solo el Dios del amor puede lograr en él, y su mente se llena de un sin fin de imágenes de lo que tiene planeado, para pasar la primera navidad con eros.

Solo falta una semana para la noche buena y el aun no terminaba de hacer los preparativos para la fiesta sorpresa que tenía planeado para Eros, pero el trabajo estaba mortal y aun cuando su jefe y amigo le había prometido dejarlo libre desde el veintitrés de diciembre, sabía que no le daría tiempo terminar de organizar la fiesta.

El sonido de la alarma del horno lo saca de sus pensamientos, se apresura a sacar el pastel, se sumerge en el trabajo haciendo los pedidos a domicilio, así como también los

pedidos al momento, siente la frente sudorosa, se siente cansado, pero aun así sonríe porque sabe que sus pasteles les traerán felicidad y alegría a alguna familia, o pareja y eso lo hace sentir inmensamente satisfecho y feliz.

Así avanza el día entre hacer los pasteles, atender a los clientes y robándoles uno que otro beso y caricia a su ser amado cada vez que viene a recoger un nuevo pedido.

Después de una mañana agitada, su jefe regresa para cubrirlo mientras el joven repostero se toma un momento para descansar y alimentarse.

Siente esa calidez rodearle y sabe de inmediato que es Eros, se deja abrazar y mimar, estira su cuello a un lado dándole espacio al dios de depositar más besos efímeros sobre su sensible piel.

Deja salir una suave risa cuando Eros le muerde dejando una visible marca sobre su piel blanca, acaricia el pecho amplio y cálido de su amor con su cabeza, se siente travieso y con unas ganas inmensas que el dios lo mime, lo bese, lo ame.

—No me tientes amor—Le susurra con esa voz ronca, sobre la sensible oreja del pelirrojo.

—No lo hago—Contesta con la voz dulce, dejando salir un gemido suave desde lo profundo de su ser.

—Estas en el trabajo, compórtate—Le dice Eros, dándole una suave nalgada, sobre esos montículos perfectamente firmes, redondos y del tamaño perfecto para sus manos.

—Eres tú el que me esta manoseando, señor perverso—Le susurra sobre los labios, antes de besarlos, de saborearlos y sentir la calidez y humedad de la boca ajena.

Se voltea, amoldando su fino cuerpo al de su Dios, meciendo sus caderas, sintiendo ese fuego que solo el otro es capaz de encender y pagarlo, se besan saboreándose, disfrutando de las sensaciones que recorren sus cuerpos, sus gemidos salen ahogados.

Eros a regañadientes se separa de su tentación, manteniendo aun las suaves caricias sobre esa cintura diminuta, roza su nariz contra la otra, respirando su aroma a chocolate y fresa, la sensación de tranquilidad, paz y felicidad se desborda desde su corazón hacia todo su cuerpo, la calidez del cuerpo de Tami lo hace sentir satisfecho, pleno, lo aprieta un poco más cerca de su cuerpo, respirando el aroma de su cuello, y agradece a su madre por mandarlo a la Tierra en busca de su ser único y especial.

—Cariño, no respiro—Dice con un tono molesto intentando apartar a eros de su cuerpo.

—Lo siento, solo que aún no puedo creer que te tengo—Le acaricia la cabeza, aflojando así un poco el abrazo.

—Esa es mi línea, no la robes—Sonríe Tami, mientras ve directamente en esos ojos negros, que son capaz de ver su alma.

Sonríen como dos enamorados y se besan esta vez lento, solo sintiendo la calidez y amor por el otro.

—Ven vamos a comer, tu descanso está a punto de terminar—Dice preocupado Eros, jalando al joven repostero a la parte trasera de la tienda.

—Espera un tengo que ir a comprar mi comida—Le contesta un poco más fuerte haciendo un puchero, haciéndolo ver adorable a los ojos de su amante.

—Lo sé, pero yo ya compré tu comida—Lo jala un poco más para que se apresure, sonriendo por ver ese brillo en los ojos de su amor.

—Gracias, sabes que te amo ¿verdad? —Le dice con la voz suave y el rostro sonrojado, y aun cuando no es la primera vez que dice esas importantes palabras, cada vez que las dice el sentimiento es diferente cada vez cálido, e importante.

—Te amo igual, eres mi significado de amor ¿recuerdas? —Lo abraza, dejando descansar su quijada sobre la suave cabellera pelirroja de su amor.

Se quedan así abrazados, sintiendo el su amor desbordarse y rodearlos con esa aura roja y cálida, como la primera vez, cuando Eros dio su flecha a su corazón destinado.

Tami sonrío, al sentir la calidez de su amor, recordando cuando el acepto gustoso ser el guardián de la flecha, el corazón del hombre que tenía en sus brazos.

El tiempo parece detenerse a su alrededor, pero el sonido de una voz lejana, haciendo eco en su mundo los saca del trance, y se ríen a carcajadas al ver al jefe de Tami con el ceño fruncido y gritando desde la puerta trasera de la tienda.

—No es divertido, cariño el descanso termino—Les dice a ambos mientras le enseña la lengua a eros en un modo infantil, que solo provoca más risas en los enamorados.

—A la orden jefe—Contesta el joven pelirrojo, haciendo un saludo militar, con la risa tratando de escapar de su boca.

—Para nada creíble, Tami, puedo ver claramente la mueca en tus labios—Le reprende su jefe, pero el enojo no llega a sus ojos.

—Solo termino el almuerzo y listo—Contesta Tami, guiñándole el ojo y riendo más fuerte al ver como su jefe mueve la cabeza en signo de negación.

—Apresúrate, y tu deja que coma—Le señala con el dedo acusadoramente a Eros, la voz firme, pero una leve sonrisa estira sus labios.

—Bien, como digas jefe—Imita el saludo que un momento atrás hizo Tami, riendo a carcajadas, al ver el ceño fruncido del jefe una vez más.

—En verdad no puedo con ustedes, parasen adolescentes calientes—Le dice fuerte, cerrando con un ruido fuerte la puerta.

—Ups, creo que ahora si se enojó—Dice Eros, serio casi arrepentido, casi, la sonrisa ladina sobre sus labios desmiente la seriedad de sus palabras.

—Mejor como y regreso al trabajo, quiero estar libre lo antes posible—Lo último lo dijo en un suave susurro que el Dios no alcanzo a oír.

—Si, como, traje tu comida favorita—Le dice mientras señala la pequeña mesa y las sillas en donde tomas sus alimentos.

—Gracias, ahora te quiero más y más—Contesta alegre, dando saltitos hasta llegar a la mesa y sacar su comida.

— ¡Filete de res!, gracias— Sonríe de esa manera en que los ojos le brillas como esmeraldas.

—de nada, ahora come, no queremos que el feje nos regañe de nuevo—Le decía Eros, mientras acariciaba los suaves cabellos de Tami.

—Esto esta delicioso, gracias amor—Le sonrío, mientras ve a Eros acercarse cada vez más a sus labios.

El dios lame delicadamente la comisura de los labios del joven repostero, retirando asi la salsa de tomate que manchaba la perfecta y blanca piel que tanto ama.

—Sí, es delicioso—Le contesta, lamiéndose los labios, viendo como el rostro de su amor se torna de un rojo brillante.

—N-no hagas eso—Dice nervioso Tami, siente el rostro caliente y puede jurar que hasta sus orejas se sonrojaron, ante la caricia tan íntima.

Eros solo sonrío, satisfecho de provocar esas reacciones lindas y adorables en su novio.

Así termina la comida y su descanso, se despide con un suave beso sobre los labios de su Dios, lo ve irse y su corazón se siente pesado como cada vez que se tienen que separar, suspira, una vez más cansado, como si su felicidad y alegría se hubiera ido con Eros.

Regresa a su trabajo, y una vez más la sonrisa regresa a su rostro, trabaja con entusiasmo, tenía que terminar todos los pedidos antes de salir ese día.

—Bien es todo por hoy, pequeño, hoy yo cierro—Le comunica su jefe, mientras le guiña un ojo.

Su jefe y amigo era el único que sabía lo de la sorpresa que tenía para su pareja.

—Gracias, me voy entonces, buenas noches—Grita ya desde la puerta de salida.

—Hasta mañana—Le contesta de igual manera su jefe, quien estaba atendiendo a los últimos clientes del día.

Tami camina, de manera apresurada esquivando a una que otra persona en su afán de llegar antes de que la tienda cierre ese día.

Su corazón se agüita por la apresurada carrera, jadea un poco cuando siente que sus piernas están arder por el sobre esfuerzo, aminora un poco los pasos, respirando un poco más de oxígeno que sus pulmones necesitan, después de casi veinte minutos de carrera llega a su destino, la tienda de disfraces, tenía que encontrar el disfraz adecuado para la ocasión.

Vio diferentes disfraces, pero nada lo convencía, ya fuera por la tela, el precio o la forma, estaba a punto de darse por vencido cuando lo vio, el disfraz perfecto para sorprender a su dios del amor.

Sonrió como bobo enamorado, al imaginarse la cara de sorpresa y emoción de su pareja.

Se probó el disfraz, y era perfecto, el vestidito resaltaba sus caderas, y dios su trasero se veía más redondo y respingado, las medias se envolvían a la perfección sobre sus delgadas y torneadas piernas, haciéndolas ver más largas y sexys, el cinturón acentuaba aún más la finura de su cintura, las clavículas se resaltaban más y su cuello se veía más largo y estético, convencido de que ese era el disfraz adecuado para su sorpresa, lo compro y salió de la tienda.

Saliendo de la tienda su celular sonó, se apresuró a contestar.

—Hola, gracias por llamar, estaba a punto de hacerlo yo—Le contesto a la persona de la otra línea.

—Lo se cariño, ya está listo todo, como lo querías—Le respondieron, la voz Catarina y alegre de su amigo lo hizo sonreír.

—Gracias, Iván no sé qué habría hecho sin ti—Responde dejando salir un suspiro, se sentía aliviado que los preparativos de su fiesta estaban quedando poco a poco.

Tami sintió su corazón acelerarse y esa tibieza que conocía tan bien llenar su cuerpo, volteo por todos lados en busca del ser que era el responsable de hacerlo sentir así, feliz y pleno.

Se distrajo buscando a Eros, que ya no puso mucha atención a lo que su amigo Iván le decía.

—¡T-tami!, cariño deja de estar en la nube, sé que estas emocionado pero sabes que odio que no me pongan atención—Le reprendió su amigo, sonando molesto y si Tami lo conocía desde hace mucho para saber que ciertamente su amigo odiaba que lo dejaran hablando solo.

—Lo siento, te debo una, no sé qué haría sin ti, te quiero y gracias por esto—Contesto sincero y con una sonrisa adornando su rostro.

Eros sonrió cuando localizo al pelirrojo, conocía tan bien su silueta que era imposible confundirlo, ese trasero era único.

Se acercó con paso tranquilo, no es que quisiera asustar a su pareja, pero lo vio tan lindo tratando de encontrarlo que no lo pudo evitar, cada vez más cerca, lo vio voltearse en su dirección, pero estaba concentrado hablando por teléfono, se acercó aún más y pudo escuchar el final de esa llamada.

—Lo siento, te debo una, no sé qué haría sin ti, te quiero y gracias por esto—

y algo que jamás sintió, alzo su cabeza desde su interior, su cuerpo ardía en una furia ciega al ver la hermosa sonrisa que adornaba el rostro de su pareja, de su amor, y las palabras susurradas se repetían una y otra vez en su mente, trato de calmarse, de encontrar sentido a la conversación y una a una desfilaron imágenes de Tami, hablando en susurros, saliendo para contestar una llamada, cerrando su computadora o cambiando de página cada vez que él se acercaba, los secretitos que se susurraba al oído con su jefe, lo tarde que llegaba a casa, lo cansado que decía siempre estar, cuando él sabía que Tami amaba su trabajo y nunca antes se quejó de ello, y ese sentimiento atroz se extendía por todo su cuerpo, sus ojos se oscurecieron aún más, haciéndolos ver como una noche sin luna ni estrellas.

Tami sintió un frío recorrer su cuerpo, se estremeció y se abrazó a si mismo acariciando sus brazos para entrar en calor, pero la pesadez y frialdad se apoderaron de su corazón, por un momento pensó y sintió que su corazón dejó de latir, asustado se llevó ambas manos al pecho y respirando entrecortadamente, busco desesperado a su amor, lo vio ahí de frente, a dos pasos de él con la mirada vacía.

Intentaron ambos acercarse, pero al tratar de tocarse, una descarga eléctrica atravesó sus cuerpos, dejándolos aturridos, se miraron a los ojos, pero esta vez no se perdieron en sus miradas, Tami trato de acercarse una vez más, pero el desprecio que vio en los ojos de su

Dios lo dejó aturdido y algo que nunca había pasado la flecha que tenía en su interior comenzó a doler.

Eros lo vio a los ojos esos ojos verdes que tanto le gustaban, ese bosque eterno, la sombra de sus secretos se asoma, el arrepentimiento que se dejaba ver en esas esmeraldas lo obligan a cerrar los ojos, siente la pesadez de su alma y siente que toda su eternidad no vale nada si perdió el brillo de esos ojos verdes que tanto ama.

Se ven una vez más, ninguno de los dos sabe cómo reaccionar o que decir, ambos callan, ocultando sus miradas, Eros es el primero en darse la vuelta y salir de ahí, no puede seguir viendo la tristeza, desesperación y arrepentimiento en esos ojos grises.

Tami lo ve darse la vuelta, intenta alcanzarlo, pero solo se queda con el brazo extendido, la flecha en su interior se agita oprimiendo su pecho, haciendo que le cueste respirar, se deja caer de rodillas y las lágrimas saladas escurren por sus mejillas.

No entiende que es lo que paso, y le da miedo imaginar que Eros haya descubierto la sorpresa que tenía preparada para él y que no le gustara la idea, se enoja consigo mismo por ser tan torpe, como si sus relaciones anteriores no le hubieran enseñado nada, se reprende mentalmente por pensar siquiera que Eros de verdad lo amaba, después de todo que podría un Dios ver en él.

La gente pasa y lo ven ahí sollozando reprimiendo esos gemidos de dolor y angustia que quieren salir de su pecho, las lágrimas amargas se resbalan silenciosas. Empapando su rostro y dejándolo con esa sensación de vacío, frío y soledad.

Eros siente sus mejillas húmedas, los ojos parasen llamas y a duras penas puede ver por dónde camina, se toca el rostro, no entiende por qué está saliendo esa agua salada de sus ojos, tampoco comprende ese sentimiento oscuro que poco a poco entumece su interior haciéndolo ver una y otra vez esas imágenes crueles de la traición de su amor, escucha en

susurros y en gritos las palabras que Tami le dijo al desconocido, y esas ganas de hacer llorar, gritar y marcar el cuerpo, el corazón y el alma de tami como suyo no lo abandonan.

Deja que esa agua salada siga fluyendo, se recrimina y reprocha esos feos sentimientos que poco a poco lo están inundando, dejándole con el corazón pesado y frío, la psique al punto del colapso, se asusta de sí mismo de esos sentimientos que solo los dioses de la guerra, y el inframundo deben tener.

Saca su arco, sus flechas, pero estas han perdido su brillo, se enoja más, que le hizo el humano para dejarlo en ese estado, y recuerda que ese humano traidor tiene su corazón.

Regresa al parque en donde hizo entrega de su flecha, su corazón y amor, se inca en la fuente y pide a gritos, implora a su madre que le quiete ese dolor, esa agonía y esa furia que carcome su interior.

Afrodita acude al llamado desesperado y doloroso de su hijo, lo ve llorar y aferrarse a su cintura, con la mirada perdida y el dolor desgarrando su interior.

—Tú me mandaste aquí, quítame esto que siento— Le ruega con la voz entrecortada.

—No puedo, hijo mío, fue tu voluntad entregar tu flecha—Susurra su madre acariciando sus cabellos como cuando era un niño.

—M-madre, te lo imploro—Le suplica aferrándose aún más, le duele y asusta lo que siente.

—Solo tú puedes hacer que deje de doler—Le dice con la voz firme pero aun así acariciándolo, reconfortándolo.

—No sé qué siento, me duele aquí—Le confiesa a su madre, señalando su pecho justo donde parece que apenas y palpita su corazón inmortal.

—Eso hijo mío es amor—Sonríe su madre, levantando su cabeza y riendo.

—El amor no es así—Contradice Eros, enojado, sintiéndose perdido por la reacción de su madre.

—El amor, no siempre es bondadoso y benevolente, no todo el tiempo es felicidad y alegría—Le dice viéndolo a los ojos, limpiando el rastro de lágrimas que aun caprichosas quieren salir de sus ojos.

—Yo nunca les he dado más que felicidad a los humanos—Contesta, titubeante, porque hasta el momento solo flechaba los corazones y dejaba lo demás a sus ayudantes.

—El amor es hermoso, pero en ocasiones también es doloroso, porque así como la rosa es hermosa, de agradable aroma si uno no tiene el cuidado necesario, las espinas en sus tallos pueden herirnos—Le dice su madre dándole esa lección de la vida mortal e inmortal por igual, algo que solo se aprende con la experiencia.

—Así es el amor, hermoso, egoísta, bondadoso, caprichoso, tu eres así, tienes todas esas contradicciones que te hacen ser quien eres, así es el amor— Le habla como si le explicara aun niño, al verlo ahí tan frágil, tan humano, tan enamorado.

—Pero él me traiciono—Grita con rabia, se agüita tratando de respirar adecuadamente.

—Tu solo viste y escuchaste lo que querías ver—Le reprende su madre, que después de todo, siempre vigilaba a su hijo.

—La flecha no dejo que me acercara a el—Confiesa, la resignación se escucha en su voz.

—Eso es porque tu corazón está confundido, te recuerdo que esa flecha se mueve conforme tus sentimientos, después esa flecha es tu corazón—Le recuerda su madre acariciando la mejilla de su hijo.

—Eros recuerda, las apariencias engañan, a veces vemos lo que nuestro egoísmo, miedos e inseguridades nos hacen ver, no dejes que esos sentimientos oscuros ganen sobre lo

belleza y pureza del amor—Le dice mientras desaparece, su trabajo estaba hecho, dependía de su hijo hacer el resto.

—Gracias madre—Susurra al viento, viendo los destellos que su madre dejó atrás, sonriendo, porque el hablar con ella lo hizo sentir mejor.

—No lo olvides dios del amor, el amor está compuesto por dos, ¿sabes cómo se siente él?

— La suave voz de su madre se escuchó dentro de su cabeza, y se reprendió a si mismo por ser tan egoísta y solo pensar en su dolor.

—Soy un verdadero tonto, debería ser el dios del egoísmo en vez del dios del amor—Se reprendía a sí mismo.

Regreso al lugar en donde dejó a su corazón, y no fue capaz de encontrarlo solo encontró el suave aroma de sus saladas lágrimas, y la tristeza, desesperación y angustia de Tami lo llenaron.

Fue hacia su hogar, sabía que su corazón estaría ahí, en casa.

Llego, saco sus llaves y entro sigiloso, con miedo, vergüenza, unos suaves sollozos se dejaron escuchar, corrió a la habitación que compartían y lo que vio lo hizo llorar.

Tami lacia boca abajo con los ojos cerrados y las lágrimas fluyendo como ríos sobre sus mejillas sonrojadas, apretando el labio inferior entre los dientes en un vano intento de acallar sus dolorosos gemidos y gritos.

Se acercó con una calma que no sentía, se acercó más con ese miedo de que tal vez una vez más su toque seria rechazado, respiro profundamente, trato de hablar pero su voz no salía tenía un nudo en la garganta, se acercó más y por fin lo alcanzo, le acaricio los suaves cabellos rojos, le limpio las mejillas y deposito suaves y castos besos en cada una, y fue ahí donde se dio cuenta que su Tami estaba dormido, y eso le hizo sentirse aún más

miserable, provocho que el ser más noble, bondadoso, lleno de vida y alegría se durmiera con esa expresión de dolor y tristeza.

Le susurro que todo estará bien, que lo amaba y que saldrían de esto, porque su amor era más fuerte que sus miedos e inseguridades, lo abraza contra su pecho, le besa la frente y los labios, se recuesta con el sobre la cama, lo atrae más a su cuerpo para sentir su tibieza y suavidad, le susurra una vez más que lo ama, le pide perdón y se entrega también a los brazos de Morfeo.

Respira tranquilo, se siente en calma y poco a poco esos sentimientos negros que entumecían su interior desaparecen, el sostener su corazón tan cerca lo hace ser el inmortal más feliz del universo, lo abraza más buscando esa sensación de felicidad, respira ese aroma de chocolate y fresa que lo hacen sonreír en sueños, después de todo tenía a su corazón, su mundo entre los brazos.

Tami se despierta con la sensación de tibieza y el corazón agitado, el conoce esa sensación, sonríe al ver el amplio pecho de su amor frente a su rostro, talla y acaricia con su cabeza, solloza y agradece a la diosa por dejarle ser feliz, por darle la oportunidad de no arruinar lo mejor que le había pasado en años.

Suaves sollozos se escapan de su garganta, se pega más al cuerpo del moreno, llena sus pulmones del aroma único de su dios, a tierra mojada, a bosque y cítricos, sonríe y deposita un beso sobre esos labios cálidos.

—Te amo—Le dice antes de besarlo de nuevo y acurrucarse en la calidez que desprende Eros.

—Te amo también mi amore—Contesta Eros, besando una vez más esos labios rojos.

Se ven a los ojos y sonríen, perdiéndose en la mirada del otro, creando su mundo, amándose.

Se besan una vez más, se abrazan fuerte y duermen tranquilos, suspiran en sueños, con esas sonrisas bobas en sus labios, después de todo sostienen a su corazón en ese abrazo.

A la mañana siguiente hablan y aun cuando el Dios se desespera al no encontrar satisfactoria las evasivas respuestas que le da su amor a sus preguntas, pero aun así suspira derrotado cuando Tami le pide que confié en el y que no es nada malo.

Sonríe al darse cuenta que de eso se trata de la confianza que se tengan, y si su corazón le pide que confié él lo haría, porque sabe que Tami confía en él.

Así con una nueva resolución en mente, las ataduras que aun permanecían renuentes dentro de él desaparecen y un vez más se siente pleno, feliz y más enamorado que nunca, besa al pelirrojo poniendo todos sus sentimientos en ese beso, transmitiendo de la mejor manera su amor.

Tami llora entre el beso al sentir lo amado, adorado que es, el aura roja de su fleca los rodea, suspiran al mismo tiempo pero no se separan, se besan, disfrutando de su amor.



El día tan esperado llega, y como Eros le prometió a Tami, dejó de sentirse inseguro y le daba la libertad de salir a contestar sus llamadas y hacer lo que sea que tenía en mente, después de todo él también estaba en busca del regalo perfecto para esa ocasión.

El amigo que conoció el primer día que llegó a la tierra, le dijo todo lo que se tenía que saber de esas fechas, así que desde ese día está en busca del regalo perfecto para su corazón.

Busco en todos lados, pero no encontró algo digno de la belleza de su amor, así que mando hacer unos collares con el oro del olimpo, y los dijes de las piedras preciosas que solo existen en su mundo.

Él sabía que el veinticuatro de diciembre se tenía que hacer la celebración, tenía planeado hacer una reservación en el restaurante favorito de Tami pero este se negó, diciendo que cenarían en casa.

Eros se reunió con Damián su único amigo humano, tenía que ir a recoger su regalo y Damián también, aprovecho para sacar más información de ese día, él pensó que Tami estaría feliz y saltando de un lugar a otro, con esa personalidad tan única que tenía, pero al parecer se equivocó ya que parecía solo ser otro día mas.

—Tranquilo amigo, tu regalo definitivamente hará que Tami se valla de espaldas—Le decía Damián mientras veía el hermoso juego de cadenas y dijes que Eros le daría al pelirrojo.

— ¿en verdad crees que si le gustara? —Pregunto nervioso, y es que el aun pensaba que era poco, nada podía igualar la belleza y calidez de su amor.

—Definitivamente le encantara, Tami, es dulce y sencillo, tu mejor que nadie debe conocerlo—Le contesta, riendo por la expresión de enamorado de su amigo.

—Bien es hora de regresar—Dice el dios del amor mientras emprende el camino de regreso a su hogar.

—Bien, esto va a estar bueno—Susurro más para sí mismo Damián, al ver la sonrisa en los labios de Eros entre más se acercaban a la casa de este.

Subieron en el ascensor después de todo Tami y Eros Vivian en el cuarto piso, al llegar saco sus llaves y abrió la puerta de su casa, había invitado a Damián a pasar las festividades con ellos, esperaba que Tami no se molestara por ello, entraron, pero la sala

estaba a oscuras estaba a punto de encender las luces cuando un montón de velas comenzaron a encenderse una por una.

—¡SORPRESA! —Gritaron todos al mismo tiempo incluido Damián.

—¿Qué es esto amore? —Pregunto con una sonrisa plasmada en los labios

—Es tu primera navidad eros, y quería que fuera especial—Dice tímido como pocas veces, con los ojos brillantes y los labios estirados en una hermosa sonrisa.

—Gracias—Le Dice Eros mientras le da un sinfín de besos en toda la cara, terminando con muchos besos en esos labios rojos.

—Te amo—Contesta Tami, besándolo un poco más profundo, saboreando la boca del contrario.

—Bien, es hora de cenar—Interrumpe Damián, entre risas de los demás.

—Eros, quiero presentarte a Iván, es un amigo de la infancia y es quien me ayudó a organizar esto—Aclara Tami, mientras hace las presentaciones.

—Un gusto y espero que no vuelvas a hacer llorar a Tami de nuevo—Lo amenaza Iván mientras se dan un apretón de manos, la seriedad de sus palabras y su mira azul le dicen a eros que el joven no está mintiendo.

Continúan las presentaciones, Tami organizo una cena íntima, solo con los amigos importantes de ambos, y aun cuando Eros no quería trabajar en ese día especial para su pareja, sus flechas brillaban y tintineaban cuando Damián e Iván se conocieron, suspirando salió un momento después de todo él era el dios del amor y apreciaba a su amigo.

Termino lo que tenía que hacer, después de eso la cena transcurrió tranquila entre risas y anécdotas de todos, Tami le sonrió a su amor, cuando se dio cuenta de las miradas y risas

nerviosas que se daban sus amigos, una calidez y felicidad lleno su interior al darse cuenta de la tarea tan importante que tenía su dios.

Una vez que se terminó la velada cada quien se fue a sus hogares, Pero Tami aún tenía un regalo para su cupido, y Eros aún no se atrevía a darle su regalo, la renovación de su promesa.

Tami termino de despedir a sus amigos y regreso a su habitación lo más rápido posible, con la pobre excusa que tenía que cepillar sus dientes.

Tami saco su trajecito de duende y se vistió, gracias a Iván había colocado esa mañana un poco de muérdago en la puerta de su recamara.

—Eros cariño ven necesito de tu ayuda—Grito Tami, mientras reía en voz baja, se moría de nervios no es como si fuera la primera vez que se entregaría en cuerpo y alma al Dios, pero se sentía diferente, más especial, quizá porque era navidad.

—Claro—Medio contesto, estaba nervioso, metió la caja en su chaqueta, suspiro y fue en la ayuda de su corazón.

Cuando llego a su habitación, se quedó boquiabierto, su Tami vestía un diminuto vestido verde, las medias verdes con blanco cubriendo sus sexys piernas, el cabello recogido en una trenza de lado y un gorrito sobre su cabeza.

—No te quedes ahí, Ven—Le sonrío coqueto, con la voz meloso y aniñada, le extiende la mano y ambos se paran bajo el marco de la puerta.

Tami señala el muérdago que esta sobre sus cabezas, gracias a los zapatos de plataforma que lleva puesto, no le cuesta mucho susúrrale a Eros

—Tradición navideña, nos tenemos que besar bajo el muérdago—Le dice coqueto, humedeciendo un poco sus labios, saboreando su bálsamo de fresas que siempre lleva puesto.

—Una tradición que no pienso romper—Contesta divertido Eros, mientras captura entre sus labios, los labios ajenos, los lame disfrutando del sabor natural de los mismo, se hunde en esa cálida boca que se abre dispuesta para que sus lenguas se encuentren.

Se besan lento, interminable, se besan con pasión, jadeando se separa poco a poco dejando sus frentes juntas, Eros toma valor y le entrega su regalo a Tami.

Tami sonrío enternecido, abre emocionada la pequeña caja y sus ojos se maravillan al ver la preciosa cadena que brilla como el sol dorado, y la mitad de un corazón rojo que tiene la E incrustado con un precioso color negro, eros se desabrocha un poco la camisa para mostrarle, la otra mitad del mismo corazón solo que este tiene una T incrustada en verde.

Tú tienes la mitad de mi corazón y yo tengo la mitad de tu corazón y cuando estamos juntos somos uno, lo abraza para demostrar su punto y ambas mitades brillan aún más.

—Feliz navidad Tami, mi amor, mi corazón—Le susurra Eros, dejando un casto beso en sus labios.

—Feliz navidad, eros, mi dios, mi corazón—.



FIN



Sobre el Autor

Nació un dieciocho de noviembre en el bello estado de Oaxaca, amante de los libros, sus inicios en la escritura fueron con poemas que expresaban su sentir en la adolescencia, dejó de escribir por la presión escolar y familiar.

Amante del yaoi desde la adolescencia y aún conserva su amor por este género.

Se reencontró con la escritura cuando descubrió el amor por SHINee y el 2min, comenzando a escribir fanfics de esa pareja bajo el seudónimo de hinayaoi.

El significado de su nombre, H.Y. Barrios, es el símbolo de la unión de su amor por el yaoi, SHINee, y su vida privada.

E-mail: hinayaoi@hotmail.com

blog: <http://hinayaoi-2min.blogspot.com>

Portadas: ***Daniel Richards***



¡Muchas Gracias a Todos por su Apoyo!

¡Felices Fiestas!